

DE LA AUTORA *BEST SELLER*

LENA VALENTI



AMOS Y MAZMORRAS XIII

VENGANZA DE CALAVERA

PARTE I



LENA VALENTI

AMOS Y MAZMORRAS XIII

VENGANZA DE CALAVERA
PARTE I



EDITORIAL VANIR

Primera edición: abril 2019

Diseño de la colección: Valen Bailon

Corrección morfosintáctica y estilística:

Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:

Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Editorial Vanir, 2019

Del texto: Lena Valenti, 2019

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2019

Editorial Vanir

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

ISBN: 978-84-949846-7-9

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

AMOS Y MAZMORRAS XIII

VENGANZA DE CALAVERA

PARTE I

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

CAPÍTULO 1

Había dos cosas que Koda sabía a la perfección.

La primera: que de los tres Kumar él era el más maldito.

La segunda: que su venganza personal no acababa con ver a Ben y Harvey Bellamy entre rejas. No era suficiente para él.

Desde siempre, desde que era pequeño, tuvo la sensación de que estaba marcado de un modo distinto a sus hermanos. Probablemente, porque la herencia de la sangre de su padre lo convertía en alguien más proclive a la oscuridad, aunque la compensara con la luz y la empatía que su madre Cihuatl le transmitió.

Llevaba muchísimos años siguiendo el rastro del origen de su rabia.

Y sí: quería a la bruja. A la bruja que los maldijo y que los impelió a creer que no merecían ser amados.

Él lo tenía tan asumido que sabía que, en su caso, era cierto. Pero sus hermanos se habían librado y ahora eran correspondidos por dos mujeres de bandera, de esas que hacían mejores a los hombres como ellos. De esas que no se merecían. Y se alegraba. A pesar de que no corriese la misma suerte para sí mismo.

Aunque tampoco la quería.

Su objetivo era muy claro. Venganza. Y no había cesado en su empeño desde que llegaron a Carson City. Y habían sucedido ya tantas cosas... entre ellas: sus hermanos se habían vuelto locos por la atención de dos mujeres. Mujeres pura sangres que no necesitaban príncipes, solo hombres con huevos como toros a su lado que las apoyasen y les acompañaran en su camino.

Karen y Shia eran las elegidas.

Ahora que por fin podía ver a Lonan y a Dasan tranquilos con sus parejas, él podía dedicarse a su anhelo más personal.

Por esa razón había realizado esa visita. Por eso estaba en ese lugar. Por ese motivo esperaba en el coche, paciente, a entrar en aquel local.

Días atrás había ido en busca de Marlene, la exmujer de Ben Bellamy, la

misma que contrató a la bruja que señaló a su madre y a sus hijos. Koda la chantajeó para que le diera el nombre de la mujer que lanzó la maldición. O se lo decía, o tiraba por tierra la campaña en la que estaba sumida para limpiar su imagen y su reputación. Si una mujer era celosa y cabrona, lo era y punto. Y Marlene lo había sido. Ella prefirió pensar que su madre Cihuatl había seducido a Ben Bellamy en vez de ver la realidad. La que demostraba que su marido era un hijo de puta violador y abusador. Pero hacía semanas que la verdad había golpeado a Marlene, y en la actualidad era una mujer que pocos compraban. Porque nadie se creía su versión.

La visita de Koda había valido la pena solo por ver la descomposición en su rostro y el miedo en sus tristes ojos a que él tomara represalias. Koda tampoco obviaría que Marlene también había sido un daño colateral de los Bellamy. No hacía falta saber leer almas para darse cuenta de que esa señora fue infeliz toda su vida.

—Solo quiero su nombre. No me interesa que me conozcan como el bastardo de Bellamy. Ni quiero pedirle cuentas a usted, aunque se lo merezca —le aclaró severamente—. Solo deme el nombre de la bruja. Y me iré.

Esas fueron las únicas palabras que Koda Kumar había pronunciado en la entrada de la residencia de Marlene. No quiso entrar, tampoco iba a ser invitado. Solo fue ahí para dejar constancia de que él no olvidaba, que sabía dónde vivía y que, si no le daba lo que quería, sí iba a complicarle mucho la vida.

Marlene, con sus facciones tensas, habló con la boca pastosa y seca por el miedo.

—No sé nada de ella desde entonces.

—Me da igual. Dígame el nombre y dónde la encontró.

—En Las Vegas. Las mujeres de los amigos de mi marido me dijeron cómo encontrarla. Habían requerido de sus servicios.

—Bien. Dónde de Las Vegas. No me haga sacarle la información con sacacorchos. Los dos somos adultos ya para eso —le advirtió con una voz letal.

Marlene carraspeó y, lejos de estar tranquila, le dio la dirección donde encontró a la bruja.

Se llamaba Gossip. Poco o nada sabía de ella, solo que en su tiempo era una bruja muy conocida por la gente poderosa de Nevada. Los ricos acudían a

ella.

—No tenía una residencia fija —le explicó Marlene muy cohibida por su poderosa presencia—. Lo único que sé es que solía estar en Las Vegas. Era una especie de hechicera y vidente para los millonarios. Su trabajo estaba relacionado con el juego. No sé nada más.

—¿Y por qué acudió a ella si según dice sus labores solo tenían relación con el juego?

Marlene bajó la mirada y se miró las puntas de los pies, embutidos en unos carísimos zapatos de marca.

—Porque es conocido en pequeños círculos que los trabajos mágicos de los indios son los más poderosos. Gossip era la que mejor reputación tenía. Decían que además hacía amarres, y sabía lanzar males de ojo y cosas parecidas.

Koda frunció el ceño. La brujería era pecado en los indios con dones. ¿Gossip era india? Era como traicionar su propia esencia. Si esa mujer era una india nativa americana, se había vendido a la cultura blanca. Aquello hizo que su animadversión hacia ella creciera exponencialmente.

—¿India? ¿Era india? ¿Está segura?

—Sí.

—¿De qué tribu?

—No lo sé —exclamó cada vez más histérica.

Koda se frustró.

—Yo también poseo el don —le dijo Koda despreciándola—. El veneno de Bellamy no empañó el talento de los de mi sangre. Y si cree en ello, sabrá que la maldición de un chamán puro como yo, puede afectarle notoriamente.

—Sí —dijo ella acobardada.

—Bien. Porque deseo que sea infeliz el resto de su vida —espetó dañino y seguro de sus palabras—. Adiós, señora.

Ahora, sentado en su coche, recordaba el gesto de Marlene al recibir su maldición. Estaba aterrorizada. Y por él, así debía seguir el resto de su vida.

Después de la información de Marlene, Koda había invertido mucho tiempo en seguirle el rastro a Gossip. Pero en el camino, descubrió cosas cuanto menos turbadoras.

Que Gossip no tenía autonomía y que era una bruja al servicio de poderosos

jefes. Una mujer comprada. Continuó investigando y halló más información. Toda inquietante.

Decían que Gossip fue vendida por su madre. Que a su vez fue vendida por la suya. Generaciones de mujeres compradas por señores caudalosos de Nevada para su propio beneficio. La bruja original nació en las reservas indias del centro de Nevada, las shoshones. Lo que suponía que, la mujer que maldijo a su madre gunlock, era considerada un objeto comprado, un medio, por parte de sus propietarios.

Saber aquello le removió el estómago y echó ácido sobre su rencor. La herida se hacía más profunda.

Koda llegaría al fondo de todo ese asunto. Hablaría con el chamán de las reservas de Battle Mountain, Garia, para que le dijera todo lo que sabía sobre ese turbio asunto y si sabía lo que sucedía con esa generación de shoshones. Era una red de trata de seres humanos, en realidad. Durante décadas, algunos ricos de Nevada habían usado a generaciones de mujeres indias, de otras reservas. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por sus dones de adivinación? ¿Con qué fin?

Era inaudito.

Pero antes de ir a hablar con el chamán, decidió proseguir con su hallazgo.

Iba a por Gossip. Le daba igual cuán desgraciada había sido en su vida. Quien pecaba, lo debía pagar. No ante la justicia. Ante él.

Siguió la estela de la bruja y averiguó que tenía relación con los casinos y el círculo social de los Bellamy. Aquello era cada vez más turbio. Se trataba de personas muy poderosas relacionadas, cómo no, con los juegos de azar. Gossip les había dado servicio a todos ellos. Y... para más inri, formaba parte activa en timbas ilegales, jugando un papel muy especial.

El de Hermes. La bruja Hermes.

Eso boló la cabeza de Koda en mil pedazos, porque empezaba a temerse lo peor. ¿Y si todo estaba relacionado? ¿Y si lo que había vivido en los últimos días estaba maquiavélicamente ligado por ese hilo oscuro y caprichoso del Destino? Él tenía el don, y había aprendido a ver todo tipo de giros en los acontecimientos de la vida. Quería asegurarse de ello.

Sin embargo, para desinflar de su suflé personal, lo que descubrió fue que Gossip había muerto.

Sí. La bruja estaba bajo tierra.

Hacía muy poco además. La habían enterrado sorprendentemente en el

cementerio de Carson. Justo allí. En el mismo cementerio donde su madre reposaba.

¿Cómo podía ser? ¿Por qué en Carson? ¿No era una shoshone? Y la pregunta que más le inquietaba: ¿Tendría que ver su fallecimiento con la anulación de la maldición? ¿Muerta la bruja, muerto el hechizo? ¿Así era?

La noticia de la defunción de Gossip no le sentó nada bien a Koda, que veía que no podía satisfacer sus ansias de venganza. Si ya había muerto, ¿cómo iba a castigarla? Si no había una mujer a la que rendir cuentas por su afrenta a los Kumar, ¿cómo iba a satisfacer su hambre de revancha tan alimentada durante tantos años?

Se había sentido muy frustrado durante muchos días. Pero no iba a rendirse. Así que se obligó a escarbar más, porque sabía que incluso en el barro había a veces brotes verdes. Sus sueños le advertían que no se detuviera, que encontraría la conexión y su modo de finalizar su propósito.

Soñaba con unos ojos violetas desde hacía días. Los mismos que había visto en el local de Las Vegas, ocultos tras la máscara del Dios del Azar. De otra Hermes, como había sido Gossip. Y eran los ojos de una mujer que había jugado con ellos como le había dado la gana. Una mujer que manipuló a sus hermanos y a Karen.

Koda sabía que si estaba relacionada con los juegos de azar clandestinos como Hermes, tal vez conociera a Gossip y a lo que quedaba de su estirpe. Porque si los dueños de esas mujeres las habían usado durante generaciones, seguramente, habría algún descendiente... y si se tenía que acabar con la historia de esas brujas, él acabaría, aunque fuese al Infierno por ello.

Joe Lombardo, el que organizaba las partidas clandestinas de menor escala, murió en la batida que realizaron sus hermanos y él, junto a Karen y los agentes del FBI en El Amo. Koda intentó sonsacarle información sobre la desconocida enmascarada cuando este yacía moribundo. Joe le dio un nombre: «Sky. Nacida del fuego de las brujas...», y desde entonces, ese nombre se había convertido en su obsesión.

El menor de los Kumar fue el más listo de todos, y se apropió del móvil de Lombardo. Un iPhone que llevaba en el bolsillo de su pantalón. Un teléfono en el que tenía todas las conversaciones y todas las partidas clandestinas pactadas a un mes vista. Obviamente no habían nombres ni datos. Solo nicks y apodos absurdos. Pero eran partidas que, de seguir vivo, pretendía continuar organizando, a pesar de las advertencias de él y de sus hermanos de no volver

a hacerlo.

Joe había fallecido en el tiroteo, pero las partidas pactadas seguían adelante.

Gracias a eso, Koda ahora estaba muy cerca de ese aquelarre de brujas supuestamente shoshones compradas, que se hacían pasar por dioses del Azar. Fuera como fuese, iba a llegar al fondo de todo aquel asunto.

Quería ver si la bruja Gossip estaba relacionada con la mujer de ojos violeta que la perseguía en el velo astral. Era una mujer con talentos, de eso no había duda. Su percepción especial le decía que algo había con ella, pero a Koda le urgía obtener respuestas, o nunca podría enterrar su necesidad de represalia.

Si averiguaba quién era y qué quería de él, tal vez podría sacar un clavo con otro clavo.

Gossip ya estaba en el otro barrio, ya no podría vengarse. Pero estaba convencido de que la mujer que hizo de Hermes en Las Vegas podía decirle quién era Gossip y si tenía algún tipo de descendencia. Porque de ser así, Koda iría a por ella para eliminarlas de la capa de la tierra.

Los Shoshones y los Gunlock siempre se habían llevado muy bien. Históricamente, siempre fueron buenos amigos. Esas mujeres, compradas o no, habían ido en contra de los pactos de las tribus.

Y lo que era peor. Habían ido en contra de su madre y de ellos.

Su venganza debía consumarse o no tendría paz jamás.

Desde el interior de su vehículo, Koda miraba la fachada de aquel hotel de cinco estrellas de Las Vegas. Llovía con fuerza en la ciudad del juego y el vicio. Así que encendió el parabrisas para retirar la cortina de agua que cubría el cristal y que le daba una percepción borrosa y luminosa del horizonte.

De los tres Kumar, era el que mejor sabía extorsionar a los demás. Puede que su don le hiciera más calculador, más inteligente emocionalmente para ver cómo eran las personas en realidad y cuáles eran sus talones de Aquiles.

Por ese motivo, después de revisar bien todas las conversaciones en los chats de Lombardo, e infiltrarse mediante un programa de ordenador como invitado invisible, había dado con los hilos adecuados para dar con Sky.

Había en pie una partida en la *suite* presidencial del hotel. Los participantes ya habían sido elegidos con antelación y solo debían reunirse en la sala de juego ilegal. Joe ya no estaba para captar otros jugadores kamikazes de las

salas de los casinos, pero se cumplía el mínimo de participantes asegurados.

Koda iba a irrumpir en la partida, pero no en la mesa. Iba a hacerlo directamente en la sala colindante donde la supuesta Hermes movería las fichas del juego.

Agarró su Glock de nueve milímetros, comprobó el cargador y lo volvió a meter. Centró sus ojos amarillos al frente, tomó aire por la nariz y salió del coche.

No iba a negociar. Esa chica se iba a ir con él, fuera quien fuese su dueño. Le importaba poco los daños colaterales que pudiera provocar.

Esa noche se iba a liberar del todo del odio y de su maldición.

Sky miró su máscara con desgana. Después se dio la vuelta para encarar el espejo de marco dorado que había tras ella. Lentamente se miró de arriba abajo. Sus *leggings* negros muy ajustados, su camiseta del mismo color bien prieta a su cuerpo. Se colocó la capa roja por encima y después cubrió su cabeza con su capucha.

Sus ojos violeta y limpios, sin maquillaje, igual que su rostro, níveo y solo con las leves imperfecciones de esos lunares extraños. Uno en el labio y el otro debajo del párpado derecho. Con la punta de los dedos se remitió los rizos de su pelo rojo por dentro de la holgada caperuza.

En esa *suite* de lujo ella era como un Dios para el resto de jugadores al otro lado de la pantalla. Hacía tanto que ejercía ese papel, y tenía su habilidad tan desarrollada que no le era complicado encontrar las grietas en las armaduras de las personas que jugaban a esos juegos. Qué querían, qué deseaban, quién mentía, quién ganaba...

En realidad, todos eran parecidos. A todos les movía lo mismo; el dinero y el sexo. Y eso unido a una falta de escrúpulos escandalosa y a una total desidia e interés hacia la vida, convertía a todos los jugadores en meros títeres en sus manos.

Era curioso lo vacías que algunas personas estaban por dentro. Cascarones huecos. Eso eran.

Sky miró a través de las pantallas a los jugadores reunidos en aquella mesa. Dos hombres de unos setenta años, muy morenos por los rayos UVA. Una mujer de ojos tristes y alcoholizados con un vestido que costaba unos veinte mil dólares. Dos chicas con unos escotes hasta el ombligo y sin sujetador, que

repasaban con interés a todos los machos del lugar. Dos chavales jóvenes con aires narcisistas y relojes de más de medio millón... y dos árabes, con gafas de sol, aburridos porque sabían que lo que iban a poner en juego era limosna comparado con su imperio. Pero les encantaba ganar y sentirse superiores. Estaban ahí solo por eso.

Sky no podía creer que hubiese gente con tantísimo dinero que no valoraban, y otras con el dinero justo para pasar el mes que peleaban por ganarlo con dignidad.

En cambio ella, si alguna vez había ganado dinero era así, haciendo lo que hacía. Y muchas veces en contra de su voluntad. Como muchas de las cosas que le había tocado vivir en la vida.

Trabajar era lo que sabía hacer. Su madre le enseñó a ejercer sus habilidades, a aceptarlas y de algún modo, había recogido su legado. Cuando pensó en ella los ojos se le llenaron de lágrimas.

Hacía poco que había muerto. Se cayó por las escaleras con tan mala suerte que se rompió el cuello. Nadie sabía cómo había sucedido, pero el cómo ya no importaba. Lo único relevante era que ahora su cuerpo descansaba bajo tierra. De hecho, una semana atrás, ella había pedido permiso a su Patrón para que le permitiera ir a visitarla al cementerio de Carson. Gossip había pedido que, si alguna vez se iba, quería ser enterrada allí, en una tierra Santa copada de tribus como la suya. Gunlock, Shoshones, Bannock, y Paiutes.

De algún modo, aunque siempre vivió lejos de las reservas y se había hecho a las costumbres gringas como una más, no olvidó sus raíces. Por eso su último deseo fue que la dejaran allí.

Pero los Patrones la dejaron en una tumba sencilla con una lápida de piedra cualquiera. Después de todo el servicio que les dio, no le quisieron pagar nada más.

Así eran ellos. Nada espléndidos.

Sky pensaba en su madre. No habían tenido una relación excesivamente estrecha, pero ella le enseñó a comprender sus dones. El consejo que más valoraba de ella era «ve siempre un paso por delante de los demás». Y eso procuraba. Adivinar las intenciones de todos para que nunca la tomaran desprevenida. No porque ella pudiera cambiar sus decisiones, pero al menos sí podía encajarlas mejor si ya estaba preparada.

La echaba de menos. Echaba de menos estar vinculada o emparentada con

alguien. Ahora, estaba más sola que nunca en el mundo.

Hacía mucho que Sky se había dejado de preguntar por qué hacía lo que hacía y quién tenía sus derechos. ¿Qué contrato la ataba a esas personas? ¿Podía deshacerse de ellos? ¿Cómo?

Su madre solo le dijo que eran de ellos. No le dijo cómo ni cuándo sucedió. No hablaban de ello. Simplemente era así y no había más que hablar.

Por su cabeza ya no cruzaban esos pensamientos, porque sabía que escapar de allí era imposible. Lo intentó alguna vez, y las consecuencias fueron terribles. No podía olvidarlo dado que sus cicatrices se lo recordaban, y lo último que deseaba era volver a vivir nada parecido.

—Espabila, guapa —le ordenó el guardaespaldas apoyado en la puerta cerrada. La miró de arriba abajo y sonrió con perversión. Ese era nuevo. Hacía mucho que no sabía nada de Joe. Desde la muerte de su madre que no sabía nada de él. ¿Dónde estaría?

—Ya voy —contestó perdonándole la vida con la mirada.

Sky rotó los hombros, se crujió el cuello a un lado y miró su reflejo por última vez.

Sí. Esa era su vida. Una vida de la que no podía ser dueña.

Tomó la máscara dorada con desgana y justo cuando iba a cubrir su rostro con ella, el vello de la nuca se le erizó como a los gatos.

Sky volteó la cabeza hacia atrás y fijó su atención en la puerta.

Pero el guardaespaldas pensó que lo miraba a él.

—¿A qué coño esperas? Espabila. Están esperando a que te conectes —gruñó el orangután con perilla y el pelo rasurado.

Sky frunció el ceño y sintió una extraña sensación en el centro del pecho. Era como si acabase de beber una bebida muy fría. No... algo iba a pasar.

—Viene alguien.

El guardaespaldas dio un paso al frente, como si perdiese la paciencia.

—No viene nadie. Está todo el pasillo vigilado. Ponte la puta máscara ya. No me obligues a hacerlo a mí.

Sky sabía que no iba a hacer falta. Sintió la presencia acercarse a la puerta.

Y esta se abrió de par en par.

Un hombre con cresta, *piercings* en la cara y unos ojos salvajes que Sky ya había visto, se plantó tras el nuevo miembro de seguridad. Lo pilló tan

desprevenido que no le dio tiempo a protegerse. El desconocido lo sujetó por el cuello tan fuerte que en diez segundos lo dejó sin conocimiento. Y mientras dejaba el cuerpo sin sentido de ese hombre en el suelo, fijó sus ojos oro en ella y le dijo:

—Como grites, te mato.

El tono autoritario con el que pronunció aquellas palabras hizo enmudecer a Sky. Extraño porque nunca se quedaba con la palabra en la boca si no eran el Patrón o los guardias los que la hacían callar. Pero ese tipo irradiaba mucho poder.

Sky entrecerró los ojos. Sabía quién era.

—¿Tú?

Koda la apuntó con la Glock. Sus ojos fríos la estudiaron.

—¿Me recuerdas?

—Sí —dijo ella sin levantar las manos ni mostrar aflicción por la situación—. Sí te recuerdo. De la partida clandestina de hace un mes.

—Bien —la urgió a moverse agitando el arma—. Venga, nos vamos.

—¿Adónde?

—Te vienes conmigo.

—No —se negó ella en rotundo—. No podrás escapar. En la sala de juego hay diez miembros de seguridad más.

—¿Te tengo que dejar inconsciente?

—No. No hará falta —dijo ella con tranquilidad—. Pero vendrán tras de mí. No van a permitir que me vaya. Si me dices lo que quieres, tal vez pueda ayudarte y evitar que te maten.

—Nadie va a matarme. Hoy no —aclaró.

Sky arqueó las cejas rojas con sorpresa.

—¿Qué quieres de mí?

—Tengo un nombre. Si me dices dónde encontrar a las personas relacionadas con ese nombre, tal vez te deje ir —Koda dejó caer su atención en la máscara que sujetaba Sky.

—¿Qué nombre?

—Gossip.

Sky no pudo reaccionar a tiempo. ¿Qué tenía que ver ese chico con su

madre? ¿Sabía lo que le había pasado?

—¿Qué tienes que ver tú con mi madre? —preguntó perdida.

Koda abrió los ojos de par en par. Sujetó la Glock con fuerza y de repente supo que ya no tenía salida. Ese era su destino.

El Gunlock dio dos pasos al frente, le golpeó la cabeza con el culo de la pistola y se la cargó al hombro antes de que cayera desvanecida sobre el suelo.

Salió de esa habitación con la bruja sobre el hombro y su larga melena roja boca abajo, semicubierta por la capucha.

Koda avanzó por el pasillo esquivando los cuerpos inconscientes de los miembros de seguridad que no supieron verlo venir. El spray de gas somnífero había hecho su efecto inmediato. Cuatro hombres dormían sobre el suelo tapizado como si fueran bebés.

Se metió en el ascensor, apoyó a Sky en la pared y le quitó la túnica.

No pudo evitar mirar su cuerpo embutido en esa ropa negra. Llevaba unas zapatillas de tela negra en los pies, con los cordones blancos. Nada de tacones.

Sin querer ahondar más en los detalles, Koda se pasó un brazo de ella por encima de sus hombros y salió directamente del ascensor con la joven a cuestas, como si acarrearla con una mujer borracha.

Todos lo miraron con curiosidad.

Pero una vez en el exterior, se convirtió en una estampa cotidiana más. Una noche más en Las Vegas y una escena protagonizada por una pareja pasada de vueltas.

Nadie sabía que Koda acababa de secuestrar a Sky, el Dios del Azar de las partidas clandestinas de póker all in.

La hija de Gossip, la bruja que maldijo a los suyos.

La mujer que debía pagar por los pecados de su gente para que él pudiera dormir en paz de una vez por todas.

CAPÍTULO 2

Habían revolucionado Carson City. Los Kumar y su Reino de la Noche era un fenómeno de masas en el Estado de Nevada y fuera de él.

Un viernes por la noche sus Mazmorras estarían llenas de personas ansiosas y curiosas por descubrir cuál era su grado de sumisión. Los Amos que regentaban el Reino tenían derecho de admisión y ellos elegían a quienes querían mostrarles las mieles y las hieles de la liberación de rendirse a otros.

Koda y Lonan, seguramente, estarían disfrutando de la compañía de sus mujeres. Puede que estuvieran en el Reino, o puede que disfrutaran de su pasión en sus casas, en sus respectivas salas de dolor y placer, que dominantes como ellos habían mandado hacer en sus hogares.

Por eso Koda sabía que no le molestarían.

Él se había quedado la casa de las afueras, en uno de los montes que rodeaban el valle en el que se ubicaba Carson.

Era una casa muy grande y lujosa para él solo. Pero le gustaba, por esa razón había decidido mantenerla, ya que sus hermanos parecían decididos a compartir sus viviendas con sus chicas. A los Kumar no les iba eso de conocerse y con los meses irse a vivir juntos. Ellos eran de impulsos y necesidades. Y estaban tan enamorados que no querían pasar por la ansiedad de estar separados de sus parejas. ¿Para qué iban a retrasar lo inevitable?

Ahora aquella era su casa. Su casa, sus normas. Su vida desvinculada sexualmente de sus hermanos.

Koda no dejaba de mirar el cuerpo maniatado de esa chica.

Realmente era bellísima. Ese color de pelo tinto le encendía la sangre y esos ojos tan raros lo hacían sentirse curioso.

Pero era la maldita hija de Gossip. Sky era la hija de la bruja que los maldijo. No diría que era una casualidad pero sí una artimaña innegable de la Fortuna. Koda necesitaba saber. Tenía cientos de preguntas que hacerle.

Sabía que Sky no era Gossip, pero Gossip maldijo a los hijos de Cihuatl. Le importó bien poco que ellos no tuvieran culpa de nada y que fueran almas inocentes.

A Koda tampoco le iba a importar que ella pagara los platos rotos de su madre. No iba a tener escrúpulos. Lograría que Gossip se removiera en su tumba. Iba a convertir su reposo eterno en un infierno.

Sky estaba sentada en una silla con la cabeza caída hacia adelante. Seguía sin despertarse. Tenía las manos maniatadas por detrás del respaldo de la silla, sujeta a su estructura.

Sin maquillaje y sin ropa más llamativa, esa chica parecía joven. No tendría más de veinticinco años.

La miraba, la analizaba, y se hacía una idea de lo que podía haber sido su vida. Para él se resumía en que tenía un don y se lo habían comprado para invertirlo mal. Su madre le habría enseñado con toda seguridad cómo hacerlo. Sin que le importara qué vidas afectaba con sus decisiones y sus juegos. Era tan distinta de la educación que había recibido él de su madre.

Su madre Cihuatl siempre le animó a que olvidara, a que perdonara, a que siguiera con su vida y desarrollase su don para usarlo siempre para un bien común, nunca para hacer daño.

Y siguió con esa convicción hasta el día de su muerte.

Pero ellos tres, sus hermanos y él, eran animales heridos y resentidos. No por ellos, sobre todo porque los ardides de los que fueron víctimas, afectaron a la mujer de sus vidas, a Cihuatl. Y no había remisión para algo así.

Cuanto más pensaba en el dolor y en las vejaciones que su madre sufrió, más le hervía la ira en su interior.

Si Sky era preciada para los que la habían comprado, irían tras ella. Tras él.

Pero él no quería quedársela. Se la devolvería a sus supuestos dueños, incluso les pagaría por sus servicios, cuando hubiese acabado con ella y ya no tuviera fuerzas para seguir usando su don.

Koda se quedó de pie ante ella. Había llenado un vaso de agua, y ahora lo sujetaba como el que no tenía tiempo para tonterías.

Así que vertió su contenido en su cara.

¡Plas! Así, de golpe.

Sky abrió los ojos y los volvió a cerrar al recibir el impacto del líquido frío en su piel. Le había mojado la camiseta y el escote.

Volvió a cerrarlos y se removió, para darse cuenta de que no podía mover las manos y que las tenía sujetas con bridas que le apretaban la piel y le cortaban la circulación. Alzó el rostro y se encontró a su secuestrador. Sintió un pinchazo en el lateral del cráneo, detrás del oído. Le había golpeado ahí con la culata y ella había perdido el sentido.

Sky se humedeció los labios, mojados por el agua, y clavó sus ojos en él. Ese hombre tenía una mirada muy familiar. En sus sueños honíricos un águila real de ojos dorados como los suyos, la acompañaba. Ya lo pensó cuando lo vio por primera vez aquella noche en Las Vegas. Pero ahora, teniéndolo tan cerca, la evidencia era muy patente.

¿Era amigo o enemigo? ¿Y si el aguilucho siempre estuvo al acecho?

—Me golpeaste la cabeza.

—Fue sin querer —contestó Koda falsamente.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó echando un vistazo a aquel salón. La cocina americana se veía al otro lado. Y también divisaba una escalera que subía a la planta superior.

—Todavía no lo sé —contestó encogiéndose de hombros—. Quiero venganza. Pero no sé cómo ejecutarla.

Sky se removió internamente. No le gustaba la voz de ese tipo, porque parecía hueca e inflexible. Pero sabía que la quería poner nerviosa.

—¿Quieres venganza? ¿Contra mí? ¿No te gustó lo que tuviste que hacer en la *suite* del Hard Rock? —le dijo con osadía—. Creo que tú y tus hermanos lo disfrutásteis mucho. Os follásteis a una chica entre los tres. Y sabiendo cómo os gusta a los hombres todas esas hazañas —recalcó con retintín— creo que salisteis contentos. Sin vuestro dinero —arguyó—. Pero contentos.

Koda cruzó sus brazos por delante y sus músculos ondularon con impertinencia por debajo de la ropa. Ese comentario llamó su atención.

—¿Te acuerdas entonces? ¿Sabías que éramos hermanos?

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—Por vuestras facciones. Y por algo que teníais en la mirada. Como si los tres hubiéseis sufrido una misma tortura —comentó sin darle mucha importancia—. Como si pagáseis por los mismos pecados.

Koda rechinó los dientes.

—Sí. Eso es verdad. Y dime —se crujió los nudillos—. ¿Qué más pudiste ver de nosotros aquella noche, Hermes?

—No me llamo Hermes.

—Lo sé. Sé que te llamas Sky y que eres hija de la bruja Gossip.

—Sí, así es. Pero mi madre no era una bruja. Era una facilitadora.

—¿Una facilitadora? —Koda tenía ganas de echarse a reír. Pero no podía, porque le daba rabia la serenidad y la frialdad de Sky—. Interesante. ¿Qué facilitaba?

—Necesidades. ¿Qué tiene que ver tu tormento conmigo? No comprendo. ¿Y por qué buscabas a mi madre?

Koda alargó el brazo y hundió los dedos en la melena roja de la chica.

—Las preguntas las hago yo —siseó con los ojos encendidos.

—Esto también lo vi aquella noche —le dijo sin quejarse por los tirones, mirándolo de soslayo.

—¿Qué viste?

—Que de los tres, tú eras el más voluble. El mayor era el que estaba enamorado de la chica de pelo rizado. El otro chico, el mediano, no creía en estar emparejado pero ya lo habían cazado, y podía llegar a ser muy esquivo, incluso violento si lo ponían entre la espada y la pared. Y tú... tú te veías extraviado, pero eras de mecha corta.

—¿Todo eso solo con un vistazo?

—Te sorprenderías de todo lo que puedo ver con solo un vistazo —carraspeó—. No deberías estar ofendido por lo de esa noche. Sabíais a lo que íbais. Además, os hice un favor.

—¿De qué hablas? —Koda tironeó de su pelo de nuevo.

—La chica morena que os acompañaba.

—Karen.

—Sí. Sabía que llevaba un arma en el costillar. Yo se la noté.

—¿Cómo pudiste notar eso?

—Intuición. Me gusta observar, y vi cómo se marcaba a través de la tela negra que llevaba. Los hombres se fijaban en lo buena que estaba. Yo, en cambio, vi otras cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Sabía que aquello era una prueba de amor para ella.

Sky siempre creyó que el águila que la acompañaba en sueños era la extensión de su guardián. Como una elongación de ese alma que estaba en unión con ella y que algún día encontraría.

Los ojos de Koda se achicaron de nuevo y la miraron con suspicacia.

Y ella dio un respingo. Verdaderamente, eran los mismos ojos, la misma mirada. ¿Qué estaba mal en todo eso? ¿Por qué no lo había visto venir? ¿Por qué la repasaba con tanto desprecio? Había deseado volverlo a ver. Pero no de ese modo. La ponía muy nerviosa, sobre todo porque experimentaba lo mismo que la noche del Hard Rock. Había podido leer a sus hermanos y a la chica. Pero a él no. Y ahora, teniéndolo delante, el don no le susurraba ninguna información. Era ilegible para ella. Y no le había sucedido con nadie.

—¿Cómo podías saber eso? —exigió saber Koda de manera autoritaria.

—¿Que esa mujer estaba enamorada o que llevaba un arma?

—Ambas. ¿Cómo funciona tu don?

—¿Quieres que te hable de algo para lo que no tengo respuesta? Yo no lo sé —se quejó y cerró los ojos. Le hacía daño en el nacimiento del pelo—. Supongo que capté cómo miraba a tu hermano mayor y el modo en el que él intentaba protegerla.

—Eso no es suficiente para dar por supuesta tanta información.

Sky se encogió de hombros.

—Nací con ello. Como mi madre. Es un don. Tú también tienes uno, ¿verdad? —ella también percibía a la gente especial. Lo veía en su poderosa aura tintada de blanco brillante y del rojo de la rabia—. Las personas con habilidades nos percibimos.

—Mi don no importa. ¿La bruja de tu madre te enseñó a jugar con el azar y el destino de los demás? ¿Nunca te has planteado si lo que haces está bien o no? Dices que ella era facilitadora. ¿Tú también cumples necesidades? ¿Qué necesidades? ¿Las de los que te pagan o las de los que pierden el dinero? —rozó los mechones de su pelo con disgusto—. ¿Nunca te has parado a pensar que con tus juegos has podido destrozar la vida de muchas personas?

Sky no entendía la pregunta. Ella había aprendido una profesión. Había nacido para ello y la habían educado para perfeccionar sus habilidades. Nunca pensó en si lo que hacía estaba bien o no. Ella solo obedecía y seguía las normas de su Patrón. Porque era consciente de lo que sucedía si no cumplía

con su rol.

—La noche que aparecisteis vosotros minimicé daños. Podría haber sido muy diferente. Pero leí algo en vuestras actitudes. Si dejaba que esa chica se acostara con otros, los observadores, los clientes que pagan por presenciar esas partidas *online* y los guardias descubrirían que llevaba un arma. Yo tenía que tensar la cuerda y provocarla para que los jugadores vieran que intentaba mover las fichas. Pero al mismo tiempo sabía que ella no iba a dejar que los tres la tocarais. Porque solo estaba interesada por el mayor. No me equivoco, ¿verdad? —El silencio de Koda la animó a continuar—. Capté lo que sucedía entre ellos. Sabía que ella iba a decir que no. Porque enamorada como estaba no iba a querer follarse a sus hermanos. He visto de todo en esas partidas. Y ninguna mujer entró con tantas reservas como ella. Así que en cuanto dije lo que debía hacer, esperaba que se negara. Y se negó. Con esa respuesta pude cambiar el juego y dejarla a ella al margen, solo como observadora. Tenía la excusa perfecta para eliminarla del foco de atención de todos los demás clientes. Sabía que aquello iba a traer consecuencias a vuestro cuarteto. Sobre todo entre ellos dos. Pero fue un movimiento necesario. No sé si eso responde a tu pregunta sobre si sé diferenciar entre lo que está bien y lo que no —se encoge de hombros—. A vosotros os salvé. Sé quién merece sufrir más que otros.

—¿Quién te has creído que eres para valorar algo así? —Koda se acercó tanto a su rostro que Sky tuvo que apartarse, a pesar de que él la tenía sujeta por el pelo.

—Conozco a las personas. Las estudio. Llevo años haciéndolo. Ellas me hablan y sé hasta dónde tengo que presionar. A pesar de la presión y de que los espectadores que siguen esas partidas quieran otras cosas. Intento que todos salgan contentos. Yo les doy lo que quieren. Pero no del modo en que ellos lo esperan. Esa noche, aunque no lo creas, os protegí —sentenció con claridad—. El mayor de vosotros tres comprendió que la joven morena estaba enamorada de él. Y él se dio cuenta de que también estaba enamorado de ella. Por muy doloroso que fuera el método para que ambos lo descubrieran. Y vuestras cadenas...

—¿Qué cadenas? —repitió Koda con un tono de voz muy lejano.

—Los tres compartíais unas cadenas. Seguro que después de esa noche se rompieron. Vuestra vida cambió después de hablar con Hermes —sentenció

con la mirada brillante y el gesto altivo—. No sé si ha sido para bien o para mal. Pero visto lo visto, debió ser para peor.

Koda la soltó de golpe.

Dio dos pasos atrás para alejarse y ver la situación con retrospectiva.

Sky era bruja como su madre. Pero su madre no pudo haberle advertido sobre quiénes eran ellos porque no tendría ni idea. Había pasado muchísimo tiempo.

¿Podría ser el destino tan caprichoso que Sky, la hija de la bruja que los maldijo, hubiera ayudado a que la maldición se rompiera esa misma noche? ¿Y de ser así? ¿Cambiaría eso algo? No. Nada.

Sky no era una mujer inocente. Como tampoco lo fue Gossip. Ellas habían decidido prestar sus habilidades a la oscuridad, a su Patrón.

Koda no debía olvidarlo nunca.

—No tienes ni idea de a lo que juegas, estúpida.

—No me insultes.

—Te insulto, porque puedo. Tú no minimizas nada. Pero síguelo pensando si eso te hace sentir mejor.

Sky tragó saliva y esperó a que él siguiera hablando.

—Salisteis vivos de ahí gracias a mí.

—Estás trabajando para gente muy oscura, Sky. ¿De eso eres consciente?

—A qué te refieres.

—Esa noche, el hombre que tenía la cara marcada, el que ganó gracias a vuestras trampas los tres millones de dólares y medio...

—¿Qué trampas? —susurró.

—Ese hombre —insitió Koda señalándola con el cañón de su arma—, siguió a Karen hasta su casa y la intentó violar. ¿Tu don no te mostró eso? ¿O te da igual lo que te muestre siempre y cuando ganéis todos?

—¿Ella está bien?

—Sí. Lonan llegó minutos después de que dejara inconsciente a su agresor. Pero quedó malherida.

Ella se quedó blanca al oír aquello. Joe nunca le habló de eso. Él era el único con quien conversaba, y le caía bien. Nunca imaginó que...

—Está viva, entonces —quiso cerciorarse Sky.

—Sí.

—Tu hermano y ella están juntos ahora.

—Sí. Ese tipo, el ruso, no acabó bien. Como tampoco acabó bien Lombardo.

—¿Cómo? —murmuró asustada—. ¿Joe? ¿Dónde está? Hace días que no sé nada de él.

—Joe ha muerto —contestó Koda cansado de esa pantomima—. ¿No sabías nada de eso? El tipo que organizaba las partidas y que hablaba contigo la palma, ¿y tú ni lo sabes?

—Joe era amigo. No era conmigo con quien hablaba para organizar nada. No sabía que él... —se quedó afectada—. No me lo dijeron.

—¡No te creo, Sky! —le gritó.

—¡Te digo la verdad! —replicó cada vez más enfadada—. ¿Por qué me tratas así?! ¡Yo no tengo nada que ver con tus historias! ¿Por qué me odias?

—¿Que por qué te odio? —se rio despectivo—. Hace muchos años, tu madre, una shoshone vendida en pos del dinero —le explicó Koda con tono nocivo—, aceptó el dinero de una mujer blanca de Carson. Le importó poco comprobar si la historia que contaba la mujer era cierta o no. Preparó un trabajo. Una maldición para intentar destruir a otra mujer. Una Gunlock. Mi madre. ¿Cómo? Atacando y maldiciendo a sus hijos de por vida. Y a ella misma. Soy hijo de Gunlocks —dijo con orgullo—, y en nuestra tribu nos apartaron como apestados. Fuimos víctimas de un complot del que tu madre, con sus conocimientos y habilidades, participó.

Sky carraspeó y se movió intranquila. Era demasiada información.

—Yo no tengo que ver nada con los trabajos de mi madre. Ella murió hace poco más de tres semanas. No soy responsable de sus acciones. Solo de las mías. Y nunca he realizado amarres ni maldiciones ni nada por el estilo. No sé trabajar con eso —aclaró humedeciéndose los labios—. Me da igual si no me crees. Yo no hago esas cosas. Mi madre pudo verse vista obligada a ello.

Koda apoyó el cañón de la pistola entre las cejas de la joven y esta se tensó y cerró los ojos con fuerza.

—Cállate. Sería tan fácil acabar con esto...

Sky estaba en *shock*. No se podía creer lo que estaba viviendo.

Ella siempre soñó en escapar y ser liberada, pero no así. Había salido de una cárcel, para acabar en manos de un carcelero peor y vengativo. ¿Cómo

podía hacerle entender que no le hiciera pagar a ella por los errores de otros? Si al menos pudiese leer a ese hombre. Si supiera cómo llegar a él y cómo afectarle, tal vez podía tener alguna posibilidad de escapar y salir de allí con vida. Pero era un muro. No le había pasado jamás.

—Me quieres asustar. Y lo estás consiguiendo. Pero sé que no vas a disparar —arguyó con voz débil y temblorosa.

—Sabes poco entonces. No te mataré ahora. No sé lo que haré más adelante.

—¿Qué puedo hacer para que me liberes y me dejes ir? ¿Es que de verdad me vas a matar? —Abrió los ojos y miró hacia todos lados asustada.

Koda negó intransigente y se pasó la mano por la corta cresta.

—Las personas de tu tipo no deberían gozar de segundas oportunidades. Porque al final siempre elegís el camino más fácil de nuevo. Como tu madre. Y como ahora haces tú. Que echas a perder tus habilidades a cambio de dinero.

—No es así como son las cosas —le aclaró. Ella sobrevivía gracias a su don, que era distinto—. Y créeme que, de haber tenido otras posibilidades, esta no es la vida que habría elegido.

Aquello hizo pensar a Koda. No era lo que quería. No necesitaba que la conciencia lo viniese a visitar ni que las dudas le echaran hacia atrás sus convicciones durante tanto tiempo alimentadas.

—Escucha —Sky se inclinó hacia adelante—. Sé que estás enfadado con mi madre. Ella os afectó con su trabajo. Os hizo daño. Pero debes comprender que ella solo obedecía órdenes.

—No. Las personas no solo obedecen órdenes. Eso es lo que decís para quedaros más tranquilas. Como si nunca hubieseis tenido otra opción. Pero lo cierto es que afectáis a otros con vuestras acciones. No os podéis proteger siempre con esa excusa. Uno tiene dos caminos: obedecer o desobedecer. Venderse o no venderse. Vosotras estáis compradas.

Sky sabía que, de alguna manera, Koda no erraba en sus conclusiones. Pero desobedecer no era algo que pudiesen vislumbrar entre sus planes. El castigo a pagar por ello era excesivo. Pero lo entendía. Entendía que él estuviera enfadado. Los trabajos mágicos de su madre eran muy potentes. Y no siempre los usó para hacer el bien. Ella nunca preguntó, solo ejecutó los deseos de quienes le pagaban.

—¿Cómo te llamas? —Quiso saber ella.

—Koda. Koda Kumar.

—Kumar... —repitió como si así pudiera evocar algún recuerdo—. Los Kumar... —abrió los ojos con sorpresa—. Ya sé quienes sois. He oído hablar de vosotros. Sois los que destapasteis las partidas clandestinas de los Bellamy.

—¿Nos has visto por televisión?

—No. No veo televisión.

Él sonrió incrédulo.

—¿Tienes información que me sirva?

—Puede —contestó echándose un farol a medias. Tenía que sobrevivir a eso y si era valiosa para él, no la mataría.

—Conmigo no hay tratos, bruja —le aclaró Koda amenazante—. Estás mintiendo. Sabes lo que tienes que decir para mantenerme interesado. Conozco a las que actúan como tú.

—No quiero mentirte. Sé cosas. A veces, las paredes tienen oídos...

—Y las cotillas también.

—Hablaron de vosotros muchas veces.

—¿Quiénes? —se interesó.

—En las radios. El día que vine a visitar la tumba de mi madre a Carson, en el coche que me trajo, tenían la radio condal en antena. Hablaban de vosotros... De la trama que ayudasteis a resolver —le explicó con calma. Tenía que creerla. No iba a mentirle.

—Tu madre está enterrada en Carson, dices. ¿Por qué?

Sky se encogió de hombros.

—Fue una decisión suya. Decía que se sentía vinculada a las reservas.

—Ojalá y profanen su tumba. No merece estar ahí.

Ella lo miró decepcionada y dolida.

—Sé que solo me tienes a mí para desahogarte, Koda. Me ves y ves a mi madre. Pero no soy ella. Lo que haces no está bien.

—No me des clases de falsa moral. No las necesito de parte de una india traicionera.

Ella frunció el ceño y abandonó la actitud cautelosa.

—Mi Patrón no va a quedarse de brazos cruzados. Vendrán a por ti y te

matarán. Será así.

—¿Lo has visto con tu don maldito? —le preguntó incrédulo.

—Es lo que suele pasar cuando alguien intenta llevarse sin su permiso.

Koda dio un par de pasos hacia ella y la miró desde su posición más alta.

—¿Tienes un Patrón?

—Sí.

—¿Y qué hace cuando alguien quiere tus servicios?

—Nada. No negocia.

—¿Y si hacen lo que yo he hecho?

—Van en su busca y lo matan. Y yo regreso de nuevo a sus condominios.

—Debes de darle muchísimo dinero con todas esas partidas —elucubró asqueado—. ¿También te abres de piernas para él?

La pregunta hizo que Sky lo fulminase entre sus mechones de pelo rojo y largo.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —dijo desafiante.

—Solo quiero saber si además de bruja eres puta. ¿Tu madre lo era? ¿Se abría de piernas para su Señor? ¿Qué servicios prestáis a vuestros dueños además del de adivinación?

—Yo no tengo ese tipo de relación con mi Patrón... —replicó molesta y avergonzada—. Tan solo pensarlo me... repugna.

—Entiendo que por tu manera de hablar estás acostumbrada a ser de su propiedad. Una mascota, ¿no? —le sujetó la barbilla sin delicadeza—. Como una perra al que él alimenta. Nunca pensé que una tribu tan digna como la shoshone cayese tan bajo. Y menos que vendierais vuestra magia así. Avergonzáis a las tribus —masculló las palabras con inquina superlativa.

—Yo no hago daño a nadie —contestó ella alejando el rostro de su contacto.

—Tampoco haces nada digno ni bueno.

—Tú solo estás cegado por la ira.

—Puede —No iba a esforzarse a negarlo—. Esta noche te vas a quedar aquí y mañana veré qué hago contigo.

—Los guardas de mi Patrón vendrán —le aseguró—. Te pondrás en peligro si me mantienes cautiva. Déjame ir —le rogó—. Si ellos me encuentran, a ti te harán daño y a mí me llevarán de vuelta.

—¿Y no quieres volver a casa de tu Amo? ¿Por qué? —se burló de ella—. Qué perra más mala y desobediente...

—Te lo suplico —le pidió nerviosa—. Déjame ir y no hablaré de ti a nadie. Haré lo que sea. Lo que me pidas. Deja que me marche.

—Vaya —sonrió inclemente—. ¿No te gusta su correa?

Sky agachó la cabeza avergonzada. Koda no tenía ni idea de cómo era su vida ni de lo que le gustaría para sí misma. Porque que se hubiera acostumbrado a vivir de ese modo no significaba que no anhelara algo mejor. Era todo muy complicado.

Koda elevó la comisura de su labio y la miró condescendiente. Tal vez Sky le serviría de cabeza de turco para conseguir algo grande. Una venganza a gran escala. Solo tenía que tolerar su presencia y usarla como la usaban los demás.

—Déjame que medite con la almohada lo que haré contigo —se dio la vuelta y se alejó del salón.

—¿Me vas a dejar así? ¿Atada?

—Sí. Voy a dormir un rato. Es la una de la madrugada. Seguro que el cojín sobre el que te hace dormir tu Patrón es más cómodo que esa silla. Pero no estoy acostumbrado a tener mascotas. Lo siento —se encogió de hombros.

Caminó hasta las escaleras. Ahí le echó una última mirada furtiva y apagó la luz dejándola a oscuras.

Sky miró hacia todos lados y se obligó a serenarse. No le gustaba la oscuridad. Hacía que le vinieran todo tipo de pesadillas que no quería recordar.

Tenía sed. Y hambre.

Pero el sentimiento que la atenazaba era el miedo. Miedo a pensar que su captor era peor del que ya tenía. Pero era imposible.

El animal totémico de Koda la visitaba en sueños. Él águila. No se lo iba a decir porque sabía que él no la creería. Pero estaba segura de que era él.

¿Por qué? ¿Era un prelude de algo malo?

CAPÍTULO 3

Sky no era una mujer cobarde ni miedosa.

Tampoco era excesivamente sumisa, y el hecho de estar atada e indefensa, en casa de su águila desconocido y secuestrador, tampoco le anulaba las agallas.

Sabía, por experiencia, que su Patrón la encontraría. No sabía cuándo, pero no tardaría mucho. Porque le había pasado otras veces. Por ese motivo no podía dormir. Desde que Koda la dejó en el salón, había intentado tensar las bridas de sus muñecas para liberarse. Sentía la sangre deslizarse hasta las puntas de sus dedos, se había cortado por el esfuerzo y tendría la carne abierta. Pero no le importaba. Si podía escapar antes de que los demás vinieran a buscarla, bien valía la pena las heridas.

Ese chico no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. No sabía el tipo de personas que la rodeaban y que no la dejarían ir jamás. Se había metido en un buen lío.

Entre tirón y laceración, Sky había tenido tiempo a pensar en sus duras palabras. Tenía razón. En parte. Nadie podía culpar a otra persona de querer sobrevivir. Su don podía usarse de muchas maneras. Su Patrón lo requería para sus negocios, obviamente. Pero ella siempre había intentado cometer daños mínimos. Porque, aunque leía muy bien a las personas, y sabía detectar a los individuos bondadosos de los que no lo eran, todos estaban rodeados de gente que sufría si les hacían daño. Y esa gente inocente no tenía por qué pasarlo mal.

¿Qué pasaría cuando la descubrieran?

Lo primero que harían sería devolverla a su lugar. A su particular confinación protegida, casi como si fuera una Estrella de la música o una gran personalidad, pero sin flashes y sin la popularidad que eso conlleva. Muy al contrario, ella vivía en el anonimato. Una vez la recuperasen, los guardas acabarían con la vida de Koda. Lo torturarían, porque al Patrón no le gustaba que le tocasen lo que era suyo. Pero ella no quería que eso sucediera. La angustiaba acarrear con más muertes sobre sus hombros. Y tampoco quería que

a ese hombre de cresta y ojos sagaces le sucediese nada malo. Porque Sky sabía que era alguien que, de algún modo, estaba vinculado a ella. Era su ave depredadora; la que la acompañaba en sueños, aunque ahora ya no sabía identificar con qué intención lo hacía. Sin embargo, no le asustaba. Ese tipo duro y desafiante no le daba miedo. Sabía que no le haría daño físicamente.

Por eso el Patrón y su beligerancia no debían eliminarlo.

La sangre de los cortes de sus muñecas se deslizaba por la yema de sus dedos, caliente y viva...

¿Podría escapar alguna vez y soñar con otra vida? En las *suites* que hospedaba por temporadas, realizando su trabajo, siempre pedía libros. Libros de todo tipo. Miles. Era lo único que la distraía. A sus veinticinco años llevaba un ritmo de dos libros semanales. Y empezó a leer libros de más de quinientas páginas a los diez. Dado que no tenía amigos y no se relacionaba con nadie, encontró compañía entre las páginas de los tomos que pedía. Era de los pocos caprichos que le concedía el Patrón. Tal vez porque él era también un hombre culto y de letras.

La mayoría de esas lecturas eran de psicología. Porque su don tenía mucho que ver con ello... Saber sobre personas, sobre expresiones y lenguaje no verbal. Ser observadora. Ir más allá de lo que no le contaban. Todo le servía para ser lo más certera posible como Hermes. Era formación que la enriquecía y que la hacía más lista, para ir siempre por delante. El conocimiento era poder, eso le decía su madre.

Sin embargo, los que más disfrutaba eran los libros autobiográficos de viajes imposibles y autoaprendizaje. Sky anhelaba esas experiencias. No veía mundo.

Excepto las maravillosas *suites* de todos los casinos de los estados donde siempre la hacían residir con incesante vigilancia.

Lujos. Sí. Pero no elegidos. Y tampoco para su uso exclusivo. Leer y poco más podía hacer confinada entre las paredes de sus cárceles. Porque no lo iba a negar jamás. Su vida, su propia existencia, era una prisión de la que solo podía escapar cuando dormía y soñaba.

Pero leer la había hecho ágil mentalmente, más preparada, más inteligente y, por supuesto, la había enseñado a ser cuidadosa y con una visión muy aguda de su entorno y de las personas que la rodeaban.

Por ejemplo: aquel era el típico hogar de tíos con dinero. Una casa muy

recogida y limpia, diáfana y más bien minimalista. Lo tenía todo eléctrico. Los electrodomésticos eran de última generación, la televisión gigante, los sofás de piel reclinables... La casa tenía jardín y piscina, porque lo veía a través de las puertas de cristal que daban a la zona trasera. No vivían mujeres allí, de eso estaba segura. Ni una planta ni un detalle que otorgara calidez o color... no. Era un hogar de alfas, masculinos y metódicos. Fríos y calculadores. A los que les gustaba tener el control.

Allí habían vivido los tres. Tíos a los que les gustaba compartir. O, al menos, les había gustado antes de que esa maldición que acarreaban se rompiera.

Recordaba perfectamente la escena en la sala de póker. Le parecieron hermosos. Él, Koda, le pareció un animal precioso en su salvajismo. Sky había tenido que presenciar todo tipo de perversiones protagonizadas por gente depravada. Pero la hermosura de los Kumar no se podía olvidar, porque eran hombres muy atractivos, y la habían dejado cautivada. La mujer que poseyeron disfrutó mucho con ellos. Y no era de extrañar. La coparon entera.

Aunque Sky ahora dudaba de que siguiesen compartiendo, dado que la chica morena había robado el corazón del mayor, y el mediano, posiblemente, habría corrido la misma suerte. A los hombres enamorados de sus mujeres no les gustaba que otros tocaran a sus parejas, porque formaba parte del sentimiento de territorialidad. También le sucedía lo mismo a las mujeres.

Los ojos grises del mediano poseían la mirada del hombre extraviado en los laberintos del amor. Tal vez había encontrado la salida de ese laberinto en los brazos de otra chica.

Y si era así, el único Kumar que no tenía pareja era él, Koda.

Así funcionaba su don. Su cabeza divagaba, analizaba, buscaba posibilidades hasta que encontraba las respuestas a sus enigmas.

Puede que estuviera equivocada. Pero eso solo lo sabría cuando volviese a hablar con él.

Tal vez eso no sucedería jamás, porque su deseo era huir.

Repentinamente, Sky dejó de mover las manos al escuchar un sonido proveniente del exterior. Era un crujido. Como el típico que hacía una bota al pisar una rama.

Volteó la cabeza y fijó su atención en el jardín. La noche caía sobre él, y solo los focos interiores de la piscina y el juego de sus aguas, se reflejaban en

la fachada y en el interior de aquella casa.

Fue muy fugaz, pero pudo ver una silueta, la sombra de un hombre atravesando el umbral del porche que comunicaba con la cocina.

Estaban ahí.

La habían encontrado. Como siempre.

Ni un minuto había dormido.

No había podido pegar ojo.

Koda Kumar miraba el techo de su habitación como si fuera un enigma indescifrable. Como el que mira un croquis para el que le faltan piezas. Con las manos cruzadas tras el cuello y un pie descalzo sobre el otro, pensaba en la tranquilidad con la que hablaba esa joven, como si se creyera su inocencia de cabo a rabo.

Esa chica de abajo... esa Sky... lo ponía muy nervioso. Más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y sentir atracción por alguien tan vacío y superficial le hacía sentir vergüenza de sí mismo.

Era algo que le era completamente ajeno. Él, un individuo con empatía y un don onírico, se sentía totalmente desconcertado por la naturaleza de la chica de pelo rojo. Se parecía a una de esas brujas celtas de las que hablaban las leyendas del Norte de Europa. Pero sus rasgos no eran tan blanquecinos. Si su madre era una shoshone como ella, Sky probablemente era fruto de la unión de Gossip con un hombre blanco. De lo contrario, no comprendía cómo alguien indio tenía aquella apariencia.

Era hermosa, maldita bruja mestiza.

Pero, además de su apariencia, a Koda le empezaban a inquietar otras cosas.

¿Quiénes eran los Patrones de Sky? ¿Qué personas había detrás de la compra de mujeres shoshones? ¿Para qué más las hacían servir?

No iba a fiarse de ella completamente. Seguía pensando mal y no le gustaba, porque la veía y solo pensaba en Gossip. Y en su madre. Y en el doloroso pasado.

Pero todo sucedía por una razón. Había encontrado a Sky y debía sacar provecho de su pesquisa.

La alarma de su móvil empezó a sonar. Koda agarró el celular y miró la pantalla para darse cuenta de que el sistema de alarmas exterior que tenía

conectado en toda la casa acababa de saltar por la intromisión de dos objetivos.

Se levantó de golpe. Abrió el cajón y tomó su Glock. Poco le importaba si bajaba descalzo y en calzoncillos. Le sorprendía que lo hubieran encontrado tan rápido. ¿Cómo le habían seguido?

Empuñando su pistola salió de la habitación sin hacer ruido, como una pantera, con lentitud pero una agilidad felina. Bajó las escaleras y se encontró a Sky, con los ojos fijos al frente, hacia él.

Estaba asustada, seguía sentada en la silla, tal y como él la había dejado.

Por su expresión y al ver que la puerta que conectaba el porche con la cocina estaba semiabierta, comprendió que fuera quien fuese quienes lo acechaban, ya estaban dentro. Se pegó a la pared y esperó.

Solo se oía la respiración de Sky. Ella sabía dónde estaban ellos y miraba hacia su posición.

De alguna manera, le estaba indicando dónde estaban. ¿Por qué lo ayudaba?

Y a continuación, se oyó un traquido leve pero muy obvio, justo al otro lado de la pared, donde había el salón con las butacas y la mesa de reuniones.

Koda se ayudó del reflejo de las puertas del mobiliario de la cocina, para divisar a sus objetivos. Y el láser rojo de la pistola de uno de ellos les delató.

No se lo pensó dos veces. Se agachó en el suelo. Ellos no mirarían hacia abajo. Estiró el brazo y apuntó en su dirección. Entonces disparó.

Había alcanzado a uno de ellos en la pierna porque el grito fue ensordecedor. Acto seguido se levantó, pero justo cuando lo hizo, el otro individuo se le echó encima y golpeó con el pie la mano con la que sujetaba la pistola. Esta se disparó pero Koda no la soltó.

En el siguiente movimiento, sujetó las piernas de su atacante con una llave con sus pies y lo hizo caer. Se sentó encima de él y le asestó un golpe en la sien que le hizo perder el conocimiento.

El otro tipo, que estaba herido, se arrastraba para ir a por su arma, ya que al recibir el balazo en el tobillo y caer fulminado, se le había caído también la pistola. Koda fue más rápido, le chutó la cara con el dorso del pie, y lo dejó igual que a su compañero.

—¿Hay más?! —exigió saber a Sky.

Ella temblaba sin control y negaba con la cabeza.

—N-no.

—¿Seguro? —quería cerciorarse. No se fiaba de Sky.

—Sí. Solo han entrado e-ellos dos...

—Bien.

Koda se guardó la glock en la parte de atrás de los calzoncillos, encendió la luz y se dispuso a registrar a los dos individuos que lo habían seguido hasta allí.

No era una buena noticia. A Koda no le interesaba que nadie supiera dónde vivía.

En las chaquetas americanas de los dos tipos encontró un par de móviles y sus respectivas carteras. En el móvil del que tenía el tobillo reventado había un mapa con una luz intermitente de color verde que no dejaba de parpadear.

Koda caminó hasta Sky con su atención volcada en el dispositivo y cuando llegó hasta ella espetó:

—¿Dónde demonios tienes el localizador?

—Yo... —La voz de Sky sonó débil—. No lo sé.

—¡Joder, Sky! ¡ No me mientas! —le gritó enervado—. ¡Te siguen porque tienes un localizador! —sacudió el móvil ante sus ojos—. ¡¿Dónde está?!

Ella levantó la cabeza y mostró sus ojos acuosos. Estaba asustada y sudaba.

—No sé de lo que me hablas...

—¡Mientes!

—Koda... —cerró los ojos presa de un dolor punzante.

—¡Dímelo!

—¡Koda! —gritó ella con todas sus fuerzas sin poder moverse.

Él enmudeció de golpe. Y cuando ella tuvo toda su concentración le dijo:

—Me han dado...

—¿Qué? —él no comprendía nada.

Sky torció el rostro y se miró el hombro.

Sangraba, y la hemorragia se deslizaba hasta el codo.

Cuando Koda advirtió la herida, él mismo se afligió. Por mucho que odiara lo que Sky representaba no deseaba que sufriera ningún daño físico.

—No me jodas...

Koda dejó los dos móviles en la mesa alta donde se preparaba la comida, y

rápidamente se arrodilló detrás de Sky.

Cuando vio la sangre en sus muñecas no se lo podía creer. ¿Estaba loca? ¡Se había hecho unos cortes horribles con las bridas!

—¿Qué te has hecho? —musitó incrédulo—. Las bridas no se pueden romper así. ¿Es que no te dolían?

—Tenía que intentarlo...

—Tienes que decirme dónde tienes el localizador o vendrán más —le pidió.

—Te digo que no lo sé —contestó ella gimoteando por el dolor—. No sabía ni que tenía uno.

—Pues peor me lo pones —cortó las bridas con un cuchillo y acto seguido la ayudó a levantarse de la silla—. Porque emites una señal —se quedó mirando su hombro, analizándolo como un cirujano—. Es tuya. Viene de ti. Y eso solo quiere decir una cosa. Creo que tienes un localizador subcutáneo en alguna parte de tu cuerpo.

—Vale...

Sky puso los ojos en blanco y perdió el equilibrio. Koda la cogió a tiempo antes de que se golpeará contra el suelo.

Se acababa de desmayar en sus brazos.

Él se la quedó mirando sorprendido por los acontecimientos. Después echó un vistazo a los cuerpos inconscientes de los dos guardas. Seguían ahí. Y permanecerían así unas horas más.

No quería molestar a nadie.

Pero iba a necesitar que le echaran una mano.

Así que subió las escaleras con la chica a cuestas, y dejó a Sky en su habitación, sobre la cama.

Acto seguido, realizó una llamada a sus hermanos.

—¿Koda? —era la voz de Dasan al otro lado. Parecía sonriente y se oía música de lejos. Estaba en algún local—. ¿Qué pasa, tío?

—¿Dónde estás?

—Con Shia en el Aserradero, ¿por?

—Necesito que tú y Lonan vengáis rápidamente a la Villa —dirigió sus ojos al rostro pálido de Sky.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Koda miró al techo y resopló.

—Tengo problemas.

Una hora y media después

Shia salía de la habitación con una palangana de agua roja y gasas tintadas de grana. Había limpiado las heridas de Sky y ahora la chica estaba durmiendo.

La abogada de la familia, flagrante nueva cuñada, y Reina y señora de Dasan, exhaló en cuanto cerró la puerta tras ella y buscó el contacto visual con Koda, que la miraba de soslayo mientras escuchaba con atención las directrices de Lonan y Dasan respecto a lo que tenía que hacer. Pero el pequeño de los Kumar no pudo evitar preguntarle con preocupación:

—¿Está bien?

La rubia se subió las gafas metálicas y contestó:

—¿No crees que le apretaste mucho las bridas? —le recriminó.

Koda sintió un pinchazo de culpa pero se repuso rápido. La tenía que atar para que no se escapara.

—No estaban fuertes... eso se lo hizo sola intentando quitárselas.

Shia hizo un gesto conforme y añadió:

—Bueno, no soy enfermera pero por lo que he visto la bala solo la rozó. Le hizo un corte. Eso es todo.

—Sí, solo la rozó —añadió Karen que acababa de subir las escaleras para reunirse con ellos en el descansillo que comunicaba todas las habitaciones—, porque la bala está incrustada en la pared de la cocina. ¿Tienes unas pinzas técnicas por ahí? —preguntó con curiosidad entrecerrando sus ojos marrones.

La agente del FBI hacía poco que se había tomado la excedencia, pero en realidad no la habían dejado descansar. Ni unos ni otros, y era como si todavía estuviera en activo. Se recogió los rizados en un moño alto y cuando no recibió ninguna respuesta por parte de Koda, dijo:

—Da igual... ya me encargo yo —colocó las manos en jarras sobre sus caderas y adoptó una postura profesional—. Sabes tan bien como yo que hay que extirparle el localizador. ¿Habéis descubierto dónde lo tiene?

—Tres centímetros por encima del hueso de la muñeca —dijo Lonan indicándole la posición exacta. La habían estado revisando entre los tres.

—Pues hay que sacárselo —sugirió sin dar más opciones—. Y dejarlo en otro lugar para que pierdan su rastro. Los tres miraron a Shia, y Karen también.

La joven los miró sin comprender.

—¿Qué es lo que no entendéis de que no soy médico?

—Eres la más fina de los que hay aquí —dijo Karen tranquilizándola—. La más delicada. Seguro que lo harás muy bien. No vamos a llamar a nadie para meterlo en líos.

—Es solo un corte superficial, rubia —insistió Dasan mirándola con ternura—. El chip es muy perceptible. Es como una pequeña protuberancia.

—¿Ah, sí? —lo miró como si fuera un sabiendo—. Pues ven conmigo. Acompañame y me ayudas —le ordenó dándose media vuelta y volviendo al interior de la habitación.

—Sí, señora —contestó Dasan divertido siguiendo a su pareja.

—¿Qué más sabes sobre ese supuesto Patrón de la chica? —Karen estaba muy interesada en todo el tema.

—Nada. No me ha dado ninguna información —contestó metiéndose las manos en los bolsillos de los tejanos. Se había vestido para recibir la visita de los cuatro o se lo hubieran encontrado en calzoncillos—. Que le tiene miedo y respeto.

—¿Sabes que lo que has hecho es un completo acto inconsciente e irreverente, Koda? —recriminó Lonan con sus ojos verdes juiciosos fijos en los de su hermano—. No puedes secuestrar a nadie así. Sea quien sea.

—Es la hija de la bruja que maldijo a mamá.

—Ya lo sé. Nos has explicado toda la historia —contestó Lonan abriendo los brazos y marcando músculos por debajo de la camiseta—. Pero es peligroso. ¿Qué pretendías hacer con ella? —No lo entendía.

—Está metida en algo gordo —se defendió Koda—. Quiero llegar al fondo de todo el asunto —sorbió por la nariz y miró hacia otro lado—. Y llevarla a ella y a quienes estén en el ajo ante la justicia. Quiero que paguen por lo que hacen.

Karen entrecerró los ojos y lo miró con suspicacia.

—¿Por qué la juzgas así? ¿No te has parado a pensar que esa chica es una víctima más? Tú mismo lo has dicho. Hay una serie de personas del círculo de poder de los Bellamy que mercadean con shoshones para sacar provecho de sus negocios ilegales. Ella es un daño colateral más. No es culpable de nada —le aseguré—. Te lo digo yo que estoy especializada en complicados casos de tratos de blancas. No importa de quién es hija. La compraron y la usan como a todos.

—Sí, importa —gruñó él—. Es tremendamente inteligente y sabe cómo manipular a las personas. Es...

—Koda —gruñó Lonan—. Tú nunca has querido que te relacionaran con Bellamy. Y siempre has luchado por no tener nada que ver con él. ¿Por qué le das un trato distinto a esa chica?

Koda calló durante unos segundos.

—¿Mereces cargar con los pecados de Bellamy? —Preguntó Karen—. No, ¿verdad? Porque sois personas distintas. Pues no le cargues a esa chica el muerto de todo lo que hizo su madre. Tal vez no lo merezca —se encogió de hombros.

Koda frotó su nuca, como hacía cuando estaba intranquilo, y resopló.

—No sabéis lo que es... es una bruja. Es peligrosa.

Lonan y Karen se miraron con curiosidad.

—Te lo voy a decir muy claramente, cuñado —Karen se acercó a él y posó su mano sobre su hombro—. Somos expertos en meternos en problemas. Vosotros tenéis ya los huevos pelados. Puedes hacer dos cosas con esta chica. O la devuelves al hotel de Las Vegas de donde te la llevaste o la mantenemos aquí en secreto para protegerla e investigar todo el asunto y ayudarla. Nick ya está analizando los móviles y revisando las identidades de esos dos guardas. Empezaremos por ahí, una investigación escalonada para llegar arriba de la pirámide.

—Ella me dijo que no quería regresar. Que la dejara libre. Y esos tipos solo son dos guardas más de las partidas clandestinas —contestó Koda aburrido con el tema.

—Vamos a dejar que descansa por esta noche —Lonan se frotó la cara y continuó—. Tenemos que asegurarnos de que no han facilitado la ubicación de esta casa ni tu identidad. O volveremos a tener una diana en el culo. Y ahora tenemos el Reino, y...

—Y a ti te quiere Carson como presidente de la ciudad —le recordó Karen.

—Y a ti como primera dama —replicó Koda—. Tenéis que alejaros de esto —Les recomendó decidido—. Solo he querido que vinierais para que estuvierais informados y me echarais una mano con ella —con el pulgar señaló la puerta cerrada de color blanco de su habitación—. No me han visto la cara. Por ahora no saben nada sobre mí. Ni en el hotel, dado que eché gas lacrimógeno en el pasillo y privó la visibilidad de las cámaras. Ni ahora en casa, porque estaban las luces apagadas. No han podido tomar ninguna foto. No han tenido tiempo.

—Lo sé. No hay llamadas de ningún tipo ni entrantes ni de salida en sus dispositivos en unas cuantas horas —verificó Karen—. No habían podido informar de ninguna manera a sus jefes.

—Cuando Shia extraiga el chip, les tenderemos una trampa —concedió Karen—. Entregaremos a los dos de abajo a la comisaría de Carson y los mantendremos aislados para que no se puedan comunicar con nadie. Tendré que hablar con Montgomery sobre ello —anunció pensativa—. Necesitaremos una serie de permisos de las altas esferas para poder maniobrar... Pero por ahora vamos a esperar a que Sky se despierte y a que hable contigo. Necesitamos más información y más datos. ¿Te portarás bien, Koda, mientras tanto? —preguntó Karen de frente—. No puedes hacerle nada.

—¿Qué piensas que voy a hacerle, rizos? —contestó entre dientes.

—No lo sé —contestó fingiendo una disculpa—. ¿No te la comerás ni nada de eso? De los tres Kumar eres el más confiable a solas... no hagas que deje de pensar así de ti.

—Ya veremos.

Los ojos oscuros de Karen titilaron con desafío.

—Soy un agente de la Ley.

Koda se echó a reír porque sabía que Karen no se lo decía en serio.

—No te preocupes. Sky va a estar bien. Prometo no comérmela ni despellejarla.

—Bien. Vamos a llevarnos a esos dos de ahí abajo para interrogarlos —dijo Lonan finalmente—. En cuanto Shia extraiga el localizador lo guardaremos y anularemos su frecuencia para usarlo cuando creamos necesario. Koda —lo miró de frente. Sí. Estaba preocupado por él—. Ya hemos hablado de esto largo y tendido. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte después. Los

Kumar metemos mucho la pata.

—Eso es cierto —aseguró Karen sonriendo a Lonan y metiendo su mano en el bolsillo trasero del pantalón de él.

Los ojos verdes de él se tiñeron de cariño al mirarla y en un tono más suave le dijo:

—¿Me ayudas a cargar a esos dos en el Hummer?

Ella asintió y Lonan pasó uno de sus enormes brazos por encima de sus hombros.

Mientras bajaban las escaleras, salieron Shia y Dasan. Dasan parecía divertido y Shia estaba pálida. Se reía de ella.

—Mi pequeña abogada se ha mareado —tenía los dedos entrelazados con la mano de ella—. Le ha hecho un corte diminuto y le ha sacado el dispositivo. Es minúsculo, mira —se lo mostró.

Koda lo tomó entre sus dedos. No medía más de un grano de arroz.

Se lo volvió a dar a Dasan.

—Lleváoslo y guardadlo. Mañana hablaremos.

—Koda —Shia retiró la cara porque le dio angustia recordar la sangre—. Por favor, cuida de esa chica. No la quemes ni nada por el estilo.

Koda sonrió y negó con la cabeza.

—Descuida. Tengo calefacción en casa si la necesitara. No necesito hacer fuego.

—Bien. Ponle crema cicatrizante y encárgate de limpiarla bien. Dale ibuprofeno o algún analgésico... para que duerma. Eso le va a doler. Ahora sigue dormida. Pero se despertará. Encárgate de ella y sé un caballero no un secuestrador matón.

Koda desvió la mirada amarilla hacia Dasan.

—¿Os habéis dado cuenta de que vuestras chicas no dejan de dar órdenes?

—Eso es a ti, porque eres un pelele —dijo Dasan en tono jocoso.

Koda no entró al trapo.

Sabía que no era así. Y que sus hermanos amaban a esas chicas por ser como eran. Y no callarse ni una.

—Venga, tío —le dio una colleja cariñosa—. Te dejamos. Si pasa cualquier otra cosa, no dudes en llamarnos. Mañana nos vemos.

—Sí. Hasta mañana. Adiós —se despidió Koda.

Cuando escuchó la puerta de su casa cerrarse, después de que se llevaran a esos individuos, Koda se cruzó de brazos y clavó su atención en la puerta blanca tras la que yacía en cama Sky.

Joder. Menudo cambio de planes.

No era ningún cretino y, aunque sus ansias de venganza no se habían sofocado del todo, no iba a permitir que esa chica sufriera.

Se dirigió al baño, sacó el botiquín y nervioso e incómodo con la situación, se metió en su habitación para atender a la bruja de pelo rojo y ojos violetas.

CAPÍTULO 4

El águila estaba a los pies de la cama.

La miraba incesantemente. El ave de presa abría sus alas largas y anchas y las agitaba. Su color parduzco con tonos dorados era hermoso. Tenía un porte increíble. El porte de un Rey. Había estado en vigilia toda la noche. Siempre que Sky abría los ojos, ahí estaba el animal, emitiendo un silbido fino, como si quisiera hablarle.

Cuando abrió los ojos por fin, completamente despierta, se dio cuenta de que el águila no estaba. Tal vez fue un espejismo. Tal vez era un sueño consciente o el tótem de Koda que se materializaba ante ella. Como fuese, no había sentido miedo en ningún momento, dado que su presencia la calmaba, la sosegaba.

Curioso que en casa de su captor, en su nido, no se sintiera una presa. Era así, porque aunque Koda se había esforzado en intimidarla, había algo en él que le aseguraba que era un cuidador, no un agresor.

Miró hacia un lado y encontró el cuerpo gigante de ese mestizo, porque era mestizo, acomodado en una silla. Los rayos del sol le iluminaban el rostro galano. Era perturbador que su severidad y su actitud guerrera no pudiera afear nada de su belleza. Muy al contrario, lo hacía más magnético.

Los *piercings* en la cara, en la ceja y el labio. Los lados rasurados y la cresta morena, y esos tatuajes... nunca le habían gustado los hombres tatuados, posiblemente, porque eran los que más frecuentaban las partidas clandestinas y desesperadas. Pero en él, era un elemento más que lo hacía especial.

Y entonces recordó todo. La irrupción de los guardias del Patrón, los disparos... su herida.

—¿Dónde están? —quiso saber alterada.

—¿Quiénes? ¿Los guardias que irrumpieron en mi casa para rescatarte?

Ella asintió sin más.

—Se los han llevado a comisaría. Están hackeando sus teléfonos ahora mismo y estudiándolos para ver con quiénes están relacionados. No tenían ficha policial. Estaban limpios.

—Lo sé —dijo ella—. Los miembros de seguridad que rodean las partidas y al Patrón lo tienen todo en regla. No son matones de tres al cuarto.

—¿Seguridad privada?

—Puede ser —lo miró fugazmente.

Koda se inclinó hacia adelante, y apoyó sus codos sobre sus rodillas.

—¿Por qué me parece que sabes más de lo que dices?

—Tal vez porque me has secuestrado para darme un castigo que no merezco. Tal vez porque haga lo que haga siempre pareceré culpable a tus ojos.

Él alzó la comisura del labio del *piercing*.

—¿Cuál es tu apellido?

—Gossip.

—¿Te apellidas como se llamaba tu madre?

—No. Mi madre me dijo que la conocían todos por su segundo nombre, que es distinto.

Aquello sorprendió a Koda.

—¿Cuál era el primero?

—River. River Gossip. Pero la conocían por Gossip.

—Río chismoso. Y cielo chismoso —tradujo Koda puntilloso.

Sky se frotó el corte que tenía por encima de la muñeca. Lo hizo sin querer. Pero en cuanto fue consciente de él se alarmó. Su cuerpo se despertó y comenzó a sentir el resto de heridas. La del hombro, el golpe en la cabeza, las muñecas raspadas...

—Estoy hecha un cromo —murmuró—. Me duele todo.

—Es normal. Te daré medicación para que no te duela.

—Recuerdo a una pareja en esta habitación. La chica rubia no dejaba de hablar —evocó—. ¿El chico que la acompañaba es tu hermano?

—Sí. Hace poco que son pareja. La maldición de tu madre nos obligaba a compartir a la misma mujer y a no poder exigir a ninguna en particular. Pero la maldición se ha roto —le recordó Koda levantándose de la silla nervioso. Se frotó las palmas de las manos en los tejanos y le dio la espalda.

—Los vi en el cementerio —anunció Sky sin más. Koda esperó a que ella continuara. Miraba a la puerta cerrada esperando que prosiguiera su relato—. La única vez que mi Patrón me permitió salir, fue para despedirme de mi

madre e ir a visitar su tumba a Carson, hace muy pocos días. Yo estaba ahí, frente a su sepulcro y entonces, algo me golpeó el tobillo —Sky lo recordaba perfectamente—. Miré y descubrí un círculo parecido al de un atrapasueños. Intenté comprender de dónde venía, pero solo vi en la lejanía una pareja que se abrazaba y se besaba. Él estaba de espaldas a mí. Y no le vi la cara. Pero a ella sí. Dado que era hermosa es un rostro difícil de olvidar... —aseguró—. Hoy mientras me curaba, me ha sorprendido verla de nuevo. Pero ahora entiendo por qué.

Koda se dio la vuelta lentamente.

—¿Viste a Shia y a mi hermano en el cementerio hace siete días?

Ella asintió cohibida.

—Sí.

—Mi hermano me dijo que cuando se alejó de allí, lo que quedaba del atrapasueños había desaparecido.

—Lo tengo yo —contestó con honestidad—. Me... me lo guardé. Me pareció muy curioso. No tenía ni idea de que todo estaba ligado a ti y a tus hermanos. Te lo juro. Pero esto solo confirma mis sospechas.

—¿Cuáles son?

Sky se pasó la lengua por los labios, para humedecerse y alzó el rostro. Iba a encararlo y a decirle lo que pensaba.

—Que nuestros caminos están entrelazados.

Él chasqueó con la lengua contra sus blancos dientes.

—Eres la hija de la bruja que arruinó a mi madre. No hay nada que deba entrelazar contigo.

Sky cambió de posición en la cama y se acomodó para continuar con su observación sin bajar la cabeza.

—No tengo nada de lo que avergonzarme, Koda. He hecho cosas... como tú. He visto muchas cosas, depravadas, como tú... pero nunca he hecho daño a nadie que no estuviera allí para jugar o para recibir justamente lo que querían recibir.

—Tus partidas estaban trucadas. Ya sabíais quién debía ganar para repartiros el bote.

—No a mi costa —aseguró—. Yo no sabía lo que me contaste. Pero no voy a mentir. De saberlo, tampoco me hubiese negado a hacerlo, porque sé

cuál es el precio que hay que pagar por desafiar al Patrón y a los señores. Intenté escapar un par de veces. Pero el precio a pagar fue excesivo así que dejé de intentarlo. Y ahora, tú estás en peligro. Tus hermanos también. Y yo.

Él meditó sus palabras y la observó de arriba abajo. En aquella cama parecía una cría. Pero no lo era. Sky tenía carácter y el temperamento de una mujer.

—¿Sabes por qué te encontraban las dos veces que pretendiste escaparte?

—Porque no se puede huir de ellos. Una vez se apropian de ti, ya no se sale.

—No es por eso —Koda se acercó a ella, y le señaló la herida por encima de la muñeca—. Te lo dije ayer antes de desmayarte. Te extrajimos un localizador de ahí.

Ella abrió la boca anonadada.

—¿Mi quiste de la muñeca?

—¿Quiste? —repitió divertido—. No era ningún quiste. Era un localizador. Mandabas una señal y te localizaban con un GPS. Tus jefes no son dioses, son solo personas.

Sky pasó sus dedos por su herida. No se lo podía creer. Había vivido años creyendo que tenía un quiste de grasa cerca del abductor largo del pulgar. Era una patraña. No podía ocultar su decepción.

—¿Qué habéis hecho con él?

—Mis hermanos lo tienen. Vamos a guardarlo para que se anule la señal. Aunque antes iban a poner un señuelo. Vamos a empezar a investigar tu caso. Todo lo que tiene que ver con él. Las timbas clandestinas, y la trata con la tribu shoshone de por medio.

—¿Eres investigador privado?

—No —negó—. Pero nos gusta involucrarnos con las cosas que descubrimos, y más si nos incumben.

—Ah... —dijo con voz baja—. ¿Y cuál es el plan que tienes pensado para mí?

—Por ahora te quedarás conmigo. Vigilada —le dejó claro—. Aquí estarás a salvo. Sola no durarías ni un día. Por eso no te libero. No me gusta cargar con muertes que podían haber sido evitadas.

—Eres como un superhéroe de esos —marcó bien el tono irónico.

—Mi placer personal con todo esto es acabar con la trata, con la

participación de los shoshones y de paso, quiero arruinar a tu Patrón. Hace trampas en sus partidas. Eso es ilegal. Dame el nombre de tu Patrón y acabaremos antes.

Ella miró hacia la ventana y dibujó un mohín con sus labios.

—Sé que no me vas a creer. Pero no lo sé.

—Claro que no te voy a creer. Llevas años con ellos, desde que eras pequeña —le echó en cara.

—Lo sé. Pero no lo sé. Mi Patrón siempre hablaba conmigo con una máscara. Tardé unos años, hasta que empecé a leer, para identificar que esa máscara era de un expresidente de Estados Unidos. Una máscara de Ronald Reagan.

—Me cuesta mucho creerte.

—Pero te digo la verdad. Mi madre nunca me dio su nombre. Si lo conocía o no nunca me lo dijo. Nosotras solo...

—Ya. Obedecíais órdenes.

—Sí. Pero sí sé algo. Algo que oí en una conversación telefónica —apuntó.

—¿El qué?

—En una semana se celebrarán las partidas clandestinas de Nevada, «Las Justas» lo llaman. Es como una especie de mundial de póker privado pero con participantes muy especiales. Hacen actividades por lo poco que pude oír. No sé de qué tipo. Pero creo que tienen intención de mezclar el póker con otros entretenimientos más sexuales, porque se han dado cuenta que los observadores pagan más por ver el espectáculo de después que por la partida en sí.

—Sí. Es el morbo del vicio. Dinero, sexo y depravación —enumeró—, y nunca te faltarán clientes. ¿Sabes dónde? ¿En qué locales?

—No. No sé más. Pero habrá más Hermes y más dioses del Azar. Como yo. Es lo único que sé.

Aquella información tenía su peso en oro. Una semana. Nevada. Las partidas de póker *All In* más depravadas y lascivas de la historia. Eso atraía a personajes de todas las índoles, dinero sucio y dinero que blanquear, seguramente. Negocios de los más corruptos, el misterio de las shoshones... no, era demasiado jugoso para dejarlo pasar.

—Koda, si dejas a un lado que soy la hija de una mujer que odias —susurró

Sky suavizando su tono—, en realidad, no crees que yo sea mala, ¿verdad?

—Lo que crea o deje de creer ya no importa. Hay cosas más importantes por hacer. Más importantes que tú y que yo. Hoy iremos a hablar con mis hermanos sobre lo que me has contado. Es posible que volvamos a Nevada la semana que viene o antes.

Ella se tensó y frunció el ceño.

—No quiero volver. No puedes liberarme para dejarme allí de nuevo.

Él alzó la ceja de manera incrédula.

—¿Sientes que te he liberado?

—Me has sacado de esa cárcel. Y ahora, lo quieras o no, eso te convierte en mi protector.

—No soy tu protector —gruñó.

—Da igual lo que me digas —contestó ella volviendo la mirada hacia la ventana—. Sé que no dejarás que ellos me vuelvan a coger.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella movió el hombro con cuidado y dejó caer la cabeza hacia atrás, para relajar el cuello.

—Tal vez porque soy bruja —le dijo con sarcasmo, reprobándolo por debajo de sus espesas y largas pestañas—. O puede que porque tú no eres malo y en el fondo sabes que yo tampoco lo soy.

—En una de esas dos frases hay una verdad como un templo —dijo él agriamente dándose la vuelta.

—Lo sé. Solo el tiempo dirá cuál de ellas es la verdadera. Yo creo que es la segunda.

Él abrió la puerta de la habitación con calma y antes de cerrarla le recordó:

—Tienes toallas y ropa en el baño. Cuando estés, nos iremos.

—¿Adónde?

—Al Reino.

—¿Qué Reino?

Koda escondió una sonrisa pero no le contestó.

—Hay que hablar con los demás. Apresúrate.

Koda cerró la puerta y Sky se la quedó mirando pensativa.

No. Él no le haría daño. Se portaría bien.

Koda no lo sabía, pero estaba escrito que él la rescataría. Sus alas eran lo suficientemente grandes como para protegerla y ocultarla de su verdadero carcelero.

Por primera vez en su vida, Sky estaba dispuesta a pensar que incluso para almas compradas como la de ella, también se le podía otorgar la libertad.

Después de ducharse, secarse el pelo y ponerse la ropa que Koda le había facilitado, y que le iba bien de abajo pero un poco ancha de arriba, Sky bajó a la cocina. Solía maquillarse, pero dado que no tenía ni sus ropas de siempre, oscuras y uniformes, ni sus pinturas, se obligó a ir al natural.

Con la cara limpia y lavada se encontró a Koda sentado en la mesa alta que dividía los ambientes del salón y la cocina americana. Llevaba unos jeans, unas botas y un jersey de color mostaza que le hacía juego con los ojos. Bebía un café solo y consultaba algo en su portátil. Cuando la vio aparecer, la miró fugazmente y le dijo:

—Me alegra que la ropa de Karen te sirva.

Sky vestía unos tejanos claros, una camiseta negra de manga larga y las mismas zapatillas planas que llevaba cuando él la secuestró. Tenía rizos rojos por todas partes, pero no podía hacer nada para remediarlo.

—En realidad, Karen debe tener mucho pecho —se miró hacia abajo.

—Lo tiene —asintió—. Siéntate —le pidió Koda señalándole la butaca alta de enfrente—. ¿Tomas café?

—Sí —dijo ella ocupando la silla.

—Quiero que dejemos las cosas claras. Porque si nos vamos a hacer cargo de ti hasta que todo esto se solucione, no queremos tener sorpresas desagradables.

—De acuerdo.

—Bien —Koda le ofreció una taza de café, azúcar y Stevia.

Sky se lo acercó y se puso dos sobres de azúcar. Le dio vueltas con la cucharilla y esperó a que él la interrogara.

—Sin paños calientes —Koda entrelazó las manos y las apoyó sobre la mesa blanca—. ¿Serás completamente sincera?

—Sí.

—¿Qué tipo de relación te une a tu Patrón?

—Lo conozco desde que soy pequeña. Siempre ha estado en mi vida. Venía a visitarnos a mi madre y a mí y nos evaluaba.

—¿Os evaluaba?

—Sí. Sobre todo a mí. Me mostraba fotografías de personas y yo tenía que decir lo que veía de ellas.

—¿Con una foto? ¿Puedes averiguar detalles de la vida de una persona con una foto?

—Sí. Puedo —contestó sin más.

—Ya... —Koda no salía de su asombro—. ¿Y tu madre?

—Hacía lo mismo. Pero ella realizaba otro tipo de trabajos. Supongo que relacionado con... —bajó la cabeza avergonzada— bueno, con cosas como...

—Amarres, hechizos, maldiciones y brujería... Comprendo —asumió con disgusto.

—Sí.

—Qué me puedes decir sobre ese Patrón, Sky. No puede ser que siendo una lectora como la que eres, observadora y tan inteligente, no me puedas decir nada sobre él.

—Nunca le vi la cara.

—¿Y las manos?

—Siempre llevaba guantes. Al menos cuando venía a vernos a nosotras. Una vez al mes. Durante... supongo que desde siempre. Poseo recuerdos de él desde que tengo conciencia.

Koda empezaba a vislumbrar que ese hombre se cuidaba mucho de que nadie supiera nada sobre él. Se cuidaba de ella.

—De acuerdo, no me digas qué sabes de él. Dime qué piensas de él.

—Pienso que es un hombre que oculta su identidad porque puede ser alguien poderoso o de altas esferas. Es controlador. Metódico. Lleva siempre la ropa perfectamente planchada. Es un hombre de costumbres. Siempre se pide lo mismo cuando está con nosotras. Un Bourbon con hielo. Tiene un acento extraño.

—¿Qué acento es? ¿Inglés? ¿Francés?

—No. No lo sé ubicar. Sé que es americano, pero no sé de qué zona —Sky bebió de su taza y cerró los ojos al sentir algo caliente y dulce en la boca—... Está muy rico.

—Gracias. Es de Colombia.

—Ah... yo jamás he viajado a ningún sitio —jugueteó con la taza y volvió a mirar al frente—. Al Patrón le gusta apostar a los caballos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque le oía hablar cuando lo llamaban por teléfono y estaba con nosotras. Repetía mucho un nombre... Amazing Red.

—¿Y cómo sabías que se trataba de un caballo? —no comprendía.

—Porque en nuestras *suites* disponíamos de internet. Nosotras no teníamos dispositivos para comunicarnos con nadie. Pero... los guardias de seguridad, sí —enmudeció unos segundos y continuó—. Había un chico. Randolph.

El tono que usó para mencionarle puso en guardia a Koda. Parecía que le tenía un cariño especial.

—Randolph...

—Sí. Era muy gracioso. Latino —le recordaba con cariño—. Se encargaba de vigilarnos a mí y a mamá. Él me prestaba su celular para que yo pudiera conectarme a internet y descubrir cosas de vez en cuando. Gracias a ello averigüé que Amazing Red era un pura sangre.

—¿Y descubriste a qué caballería pertenecía?

—No. No llegué a tanto. No podía tener demasiado tiempo el móvil por miedo a que el Patrón lo descubriese. Solo Randi me lo dejaba.

Koda hacía apuntes mentales de lo que ella le contaba.

—Pero hay más —inquirió Koda—. Hay más con Randolph. ¿Qué es? ¿Era tu amante?

—¡¿Qué?! ¡No! —contestó horrorizada—. ¿A ti qué te pasa? A todo le ves relación con el sexo.

—Es por cómo hablas de él...

—Porque era mi amigo. El único que he tenido. Randolph me ayudó mucho.

—¿A qué?

—Él gestionaba lo que ganaba por libre, al margen de las partidas.

Koda puso cara de sorpresa.

—Explícate. Habías dicho que no ganabas dinero con eso.

—Porque yo no he cobrado nunca por lo que llevo haciendo desde que tengo uso de razón. Nunca he tenido una nómina. Simplemente se encargaban de

darme un techo, ropa y alimentarme. Nunca he tenido autonomía. Mi madre tampoco.

—Eso es explotación.

—Trabajábamos a cambio de poder sobrevivir en buenas condiciones —sonrió con tristeza—. En cierto modo, nunca nos faltó de nada, aunque jamás tuvimos lujos, ni viajes ni salidas...

—En permanente encierro. ¿Así vivíais?

—Sí. No manipulábamos dinero. Nunca. Menos los años en los que Randolph y yo coincidimos. Él y yo... bueno ideamos algo para que a ambos nos fuera un poco mejor —narró acariciando con la punta de su uña la taza blanca de café.

—¿Qué ideasteis?

—Muchos de los jugadores de las partidas All In se quedaban después para preguntarme cosas sobre su vida, la buenaventura y... cualquier hecho que les intrigara. Me pagaban por hablarles. Estaba prohibido para mí y para mi madre ganar dinero aparte. Pero Randolph me ayudó. Él... se aseguraba de traer a los clientes a la sala contigua para que tuvieran un encuentro conmigo. Yo le daba una parte a Randi de lo que me pagaban, y lo demás me lo quedaba yo. Pagaban muchísimo —recordó todavía impresionada—. Randi me ayudaba a gestionar el dinero. Me abrió una cuenta y Randi ingresaba en esa cuenta mi parte. Sin que nadie se enterase.

—¿Durante cuánto tiempo duró ese idilio?

—Duró diez años. Ahorré muchísimo dinero en diez años. Mucho. Los jugadores pagaban auténticas barbaridades.

—¿Por qué hiciste eso si sabías que el Patrón nunca te dejaría libre? ¿Para qué querías el dinero si no lo podías usar?

—Porque soñaba con poder escapar. Me habría fugado con Randolph. Habría sacado a mi madre de ahí y nos habríamos largado. Lo intenté cuando tenía ocho años. Intenté huir. Entonces no tenía ni dinero ni nada —recordó con tristeza—. Fue un desastre. Mi madre pagó por ello y yo también.

—¿Qué os hicieron?

—No importa —lo cortó de golpe—. Pero ya de adulta, lo volví a intentar. Hace cinco años... —los recuerdos le estrangulaban la garganta—. Y tampoco salió bien —entonces pensó en que el corte abierto de la muñeca era la razón por la que no pudo huir. El localizador.

—¿Qué pasó?

—Simplemente —apretó los dientes con fuerza—, pagué por mi atrevimiento.

—¿Y Randolph?

Sky inhaló por la nariz, y con rictus acongojado cerró los ojos e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Lo mataron —sentenció Koda.

Ella retiró el rostro para que no la viera tan afectada.

—Es el motivo por el que sé que no se puede huir del Patrón.

—¿Te queda familia?

—Que yo sepa no. No conozco a nadie más.

Koda se acabó su café y se la quedó mirando con muchísima atención. Sky era un rompecabezas. Podía creerla. Parecía que decía la verdad.

Ella también tenía sus heridas y sus cicatrices de un pasado nada amable. Era una hermosa mujer, con un don increíble, y que no tenía familia conocida viva.

Alguien debía cuidar de ella. Y ese alguien, a la fuerza, iba a ser él.

—He vivido en cárceles de cinco estrellas toda mi vida. Entre los muros de las *suites* —narró con desidia—. Mi Patrón no permitía que saliéramos de nuestros apartamentos para relacionarnos socialmente de ninguna manera. Es un hombre muy supersticioso. Él estaba convencido de que mi don no podía contaminarse con ningún agente externo.

—¿Contaminarse? Como un amuleto al que nada ni nadie debía tocar —comprendió.

—Más o menos. Debía permanecer pura. Con mi madre era mucho más permisivo. Conmigo no. Soy su posesión. Su objeto máspreciado.

—¿Eso te lo decía él? ¿Te considera suya y no te personaliza?

—Él es así de impersonal.

—¿Sientes algo por él? Dependencia, cariño, agradecimiento... describes tu vida como si él fuera un secuestrador. ¿Sientes algún tipo de afecto por él?

—Ni por asomo. No he desarrollado ningún apego hacia él de ningún tipo. Solo siento indiferencia. Para mí no es una persona real, es como un monstruo con máscara. No sé quién hay detrás.

—De acuerdo, Sky —Koda exhaló como si estuviera agotado de luchar contra su instinto—. Pongamos que te voy a creer. ¿Vas a poner de tu parte para ayudarnos? ¿Aunque eso suponga meter entre rejas a tu Patrón?

A ella los ojos le resplandecieron con esperanza.

—Os ayudaré. Pero él no trabaja solo. Tiene a mucha gente a su alrededor.

—Ya llegaremos a ellos —la tranquilizó—. En cuanto salte el primero iremos a por los demás. Pero tienes que obedecerme en todo.

—No estoy acostumbrada a vivir así... —reconoció mirando a su alrededor.

—Así cómo.

—Como si fuera libre.

Aquello enterneció el duro cascarón de las emociones de Koda, pero se esforzó en disimularlo.

—Estás en observación —le recordó.

Koda se levantó y esperó a que ella hiciera lo mismo.

—Por lo pronto, hoy vamos a ir al Reino a darles la información que me has dado. Comeréis ahí —se miró el reloj—. Ya es tarde. Venga, nos vamos.

—¿Y no me vas a esposar ni nada de eso? ¿Seguro?

—Si te portas bien no tengo por qué hacerlo.

Sky lo miró de reojo pero aceptó la respuesta como buena.

—De acuerdo. Vámonos al Reino —Sky se levantó ilusionada como una niña.

—No te esperes Disney World —le aconsejó.

—No he estado en Disney World, pero sé lo que es —contestó ella—. Aunque, tranquilo. Si es algo de tus hermanos y tuyo, sé que tiene que ser lo opuesto a un parque de atracciones infantil.

Eso le hizo gracia a Koda. Cogió las llaves de su coche y le abrió la puerta para que ella pasara delante.

—¿Y eso por qué?

Sky se detuvo y se dio la vuelta sobre las escaleras para decirle:

—Porque los Kumar no tenéis nada Disney.

CAPÍTULO 5

Lonan iba en Hummer. Aunque disfrutaba mucho de llevar a Karen en su Ducati.

Dasan tenía su precioso deportivo y el viejo Porsche de Shia.

Y Koda no quería ser menos que sus hermanos, así que se había comprado el nuevo Suzuki Jimny 4 x 4 en color negro y con los cristales semi tintados. Era como la versión más pequeña de un Hummer o de un G-Wagen. A él le gustaban de ese estilo. Que pudiera ir por cualquier terreno, que tuviera buena sujeción, que diera sensación de protección y que corriese mucho. El suyo corría. Aunque aún no lo había puesto al límite.

Koda conducía de camino al Reino con Sky a su lado. Y, aunque la chica no hablaba, parecía pensar en algo que la hacía gracia. Porque no dejaba de sonreírse.

Hasta que la curiosidad le pudo más y tuvo que preguntarle:

—¿De qué te estás riendo?

Sky lo miró como si fuera evidente.

—No me río. Disfruto de esto —se señaló a sí misma y al interior del coche—. De poder ver el paisaje, de salir y viajar, de ir delante como una chica normal... —se estiró el cinturón de seguridad—. Es todo nuevo para mí.

Él sujetaba el volante con una de sus manos y la miraba como si no tuviera ni pies ni cabeza.

—Me tomas el pelo —volvió a mirar al frente muy serio.

—No. ¿Por qué te lo iba a tomar? Te he dicho que mi vida ha sido una prisión continua. Túnicas, máscaras, partidas ocultas, gente con dinero y... sexo —dijo sin más. Por muy duro y pobre que sonara, así fue y Sky no tenía por qué fingir.

—¿Nunca fuiste al cine? ¿A bailar? —ella negó con la cabeza—. ¿Nunca has ido de compras?

—¿Compras? ¿Con quién, cómo y con qué dinero? —señaló con evidencia—. No me dejaban salir. Y no tenía ningún sueldo como te he explicado.

Respecto a eso... —Sky bajó la cabeza, algo dubitativa—. Tengo dinero. En un banco. Supongo que sigue ahí.

—¿El que Randolph y tú acumulasteis durante casi una década?

—Sí.

—Pero Randolph murió —él le dirigió una mirada rasgada y de color amarillo brillante—. ¿Tienes algún tipo de identificación, Sky, que pueda hacer que recuperes ese dinero?

—No tengo. Nunca he tenido.

Koda se quedó callado. Meditando en ello. Tenía lógica. Esa red de trata con las shoshone, no iba a dar de alta como ciudadanas a las mujeres que se llevaban. ¿A qué edad se las llevaban? ¿Cómo? Koda no podía retrasar la reunión con Garia, el jefe de Battle Mountain, porque ese hombre era una eminencia en cuanto a reservas se trataba y, seguramente, podría decirle algo sobre la de los shoshones. ¿Quién era el jefe? ¿Cómo funcionaban? ¿Sabía lo que estaba sucediendo con esas mujeres?

—Entonces, no sé cómo recuperarás ese...

—Pero me pasó todas las claves de las cuentas. Me lo sé todo de memoria —añadió mirando al frente.

Koda repiqueteó con sus dedos en el volante y asintió.

—¿Sabes si se anunció la defunción de Randolph?

—No sé si así fue o no. Probablemente el Patrón ocultaría su cadáver —hablar de Randi siempre le rompía el corazón—. Pero él ideó un sistema. Tenía a un gran amigo suyo en un banco. Como director. Él le abrió la cuenta a su nombre y me añadió a mí como titular. Eso me explicó. Por eso no necesitó ninguna identificación. Tengo los códigos de acceso a la cuenta y todas las claves.

—Comprendo... ¿Te gustaría disponer de ese dinero?

Ella lo miró estupefacta. Sus ojos titilaron con esperanza.

—¿Podría?

—Es tuyo. ¿No?

—Sí, claro que es mío.

—Depende del banco que hayáis elegido para ello. Algunos tienen servicio de banca *online* y demás. Si consigues acceder a ese dinero, ¿qué harías con él?

—No lo sé —contestó—. Nunca he tenido economía para saber qué hacer con ello. Pero lo ahorré con la esperanza de poder comprar mi libertad. O de huir y tener un buen respaldo económico para que cubriera el resto de mi vida y el de mi madre. Pero ahora... yo... —se detuvo. ¿Cómo le hacía entender a ese hombre que no era una persona como las demás? Nunca había sido independiente, nunca tuvo una nómina... jamás hizo lo que hacían las demás a su edad—. No sabría qué hacer sola, aunque tuviera dinero. Ahora mismo, estoy perdida...

Él alzó un ceja al percibir el tono algo inseguro en su voz. Y eso lo volvió a remover por dentro. Esa mujer tenía algo que lo ablandaba... y eso que podía ser todo un papel. Una farsa.

Rodeó el volante con los dedos.

—Sé en lo que estás pensando —dijo de repente, Sky—. Piensas que si cojo el dinero, puedo escaparme. Podría coger algún vuelo a cualquier otra parte del mundo y desaparecer —dejó caer su mirada violeta sobre él—. ¿Me equivoco?

—No.

—Ya sé que no... —sonrió altiva—. Pero no me voy a fugar, Koda Kumar.

—¿Por qué no ibas a hacerlo?

—Porque sé que eres como un águila. Eres el águila. Es tu animal totémico. Protector y vigilante —abrió la consola delantera y encontró una glock. Koda la cerró de golpe y la regañó, y ella sonrió una disculpa—. Y, aunque tienes tus reservas hacia mí, no dejarás que el Patrón y sus guardias me lleven.

—¿Cómo estás tan segura de todo eso?

Ella encendió la pantalla táctil y empezó a toquetearla llena de curiosidad.

—Sky —Koda le agarró la mano y la detuvo—. ¿Cómo sabes tú cuál es mi tótem?

Ella se quedó mirando cómo su manaza cubría por completo la suya. Se apartó los rizos rojos de la cara y contestó:

—Tú me sacaste de ahí. Y sé que bajo tus alas estoy más segura que en ningún otro lugar.

Koda la soltó, porque su contacto suave le había dejado un cosquilleo extraño en los dedos. No quería pensar en que esa chica confiara en él de ese modo. Lo pintaba como un héroe. Acababan de llevársela, de secuestrarla, la habían herido por su culpa... y le hablaba como si fuera alguien bueno. No

entendía nada.

—Cuando lleguemos al Reino vamos a acceder a tu cuenta. Reclamaremos tus tarjetas para que puedas operar desde cualquier sitio. Solicitaremos un permiso exprés para que Karen nos ayude con tu tarjeta de identificación. Y te harán también un pasaporte.

—¿En serio haréis todo eso por mí? —Sky apretó un botón digital que los conectaba con una emisora de música.

—Necesitas poder presentarte y vivir como una ciudadana normal.

—¿Y si me buscan? ¿El Patrón puede rastrear mi nombre?

—Puede. Pero te daremos una nueva identidad. Sky Redhead Gossip. Natural de... Milwaukee.

—¿Redhead? ¿Pelirroja? —repitió divertida—. ¿Te gusta mi pelo? —podía ser coqueta. Podía tontear porque en todos esos años había aprendido muchísimo sobre hombres, sobre mujeres, sobre el sexo y el placer. Pero no quería coquetear. Solo quería que Koda fuera su amigo—. Yo creo que sí.

Él parpadeó un par de veces y volvió a retirarle la mirada.

Era todo un misterio. Sky era como tener un unicornio al lado. Sabías que su magia era poderosa, pero incluso los unicornios usaban sus cuernos como puñales cuando lo requerían.

Debía andar con mil ojos y no relajarse.

«Todos consideramos malos a aquellos que nos hacen vulnerables», eso se lo dijo una vez a Dasan en la inauguración del Reino de la Noche.

El encanto de Sky y esa inocencia que cada vez era más obvia, no debían nublarle la razón.

—Qué canción más bonita —dijo ella maravillada alzando el volumen y cerrando los ojos—. Escuchaba música alguna vez. Me encantaba —se recogió las rodillas, apoyó su mejilla en ellas y se quedó mirando el paisaje por la ventana—. *You're the best thing, you're a beautiful feeling I have...*

El Reino de la Noche

—Por todos los... —eso fue lo primero que dijo Sky al entrar allí.

—¿Te sorprende este lugar?

Koda comprendía que Sky no podía poner el grito en el cielo al ver aquello. Había sido Hermes, y mandaba a todos los participantes a hacer auténticas salvajadas sexuales para pagar sus deudas.

—Sí que es Disney World —murmuró ella perdiéndose entre las mazmorras acristaladas de la planta superior y el amplio salón principal con pequeños espacios colindantes para dominar y someterse. En la pared frontal ovalada, había tres arcos insondables y oscuros. Tres pasillos que podían llevar a las catacumbas y al infierno del placer—. Pero es el Disney World del sexo y las fantasías prohibidas. Sabía que os dedicábais al BDsM.

—No nos dedicamos. Es una manera de vivir —la corrigió él cruzándose de brazos y admirando su creación y la de sus hermanos.

—Reconozco las actitudes dominantes a leguas. Sé diferenciar entre un mandón, un arrogante y el típico hombre que cree que su palabra es ley... como la de mi Patrón —se acercó a la barra circular con leds azules y pasó los dedos por la superficie de cristal. Le encantaba tocarlo todo—. Vulgares modos de mandar. En cambio, sé cuál es el poder real de un Amo y de un Dómine. No ordenáis porque sí. Lo hacéis con el único pretexto de ofrecer placer. Todo en vosotros lleva al placer, aunque haya dolor de por medio.

—¿También eres experta en sexo? —quiso saber Koda.

Sky ocultó una sonrisa y se removió el pelo. No contestó, aunque lo miró de frente.

—He leído mucho. He visto mucho. Y he aprendido mucho. Soy una esponja.

—Todo lo que sabes lo has encontrado en los libros.

—Sí.

—Pero... tengo curiosidad por algo.

—¿El qué?

—Sabes mucha teoría. Eres, posiblemente, la más analista y observadora de todas las personas que he conocido. Pero... ¿experiencia?

—¿A qué te refieres?

—En tus partidas como Hermes, ¿participaste alguna vez? Esas bacanales, esas orgías... —dijo haciendo ademanes con las manos—. ¿Con Randi, tal vez?

Aquello provocó que Sky mirase a Koda como si no tuviera remedio.

—¿Por qué te interesa tanto saber si me lo montaba con alguien? ¿Por qué para ti todo tiene que ver con el sexo?

—Es por tu actitud —dijo él caminando hacia ella y colocándose a su lado, apoyado en la barra, mirando a la misma mazmorra que ella—. Porque puedo creerme tu papel de inocente. Puedo creer que lo que me cuentas es cierto, pero —la miró de arriba abajo—, tienes veinticinco años, sabes perfectamente cómo ordenar a la gente que cumplan sus deseos sexuales. ¿Y los tuyos?

—¿Qué pasa con los míos? —los ojos violetas de Sky se centraron en los labios de Koda. Era como si controlase la situación perfectamente y lo tuviese justo donde deseaba tenerlo.

—Sabes a lo que me refiero...

—No. No lo sé —mintió.

—¿Cómo los complacías? Dices que no dejaban que te relacionaras socialmente y que los únicos que te rodeaban eran los de seguridad. ¿Los tenías a todos comiendo de tu mano? ¿Es eso?

Ella entrecerró los ojos y lo miró haciéndose cruces.

—Creo que te gusta imaginarme así... —le espetó.

Koda ni se inmutó ante la pulla. Solo alzó la comisura de su labio y le dedicó un símil de sonrisa leonina.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! —Lonan entró en la sala principal del Reino y los saludó. Llevaba una camiseta estampada militar, unos tejanos ajustados por los muslos y unas panama altas de color whisky. Se quitó las gafas de sol e inspeccionó a Sky—. No te va mal la ropa de mi agente.

—No. Gracias por vuestra ayuda —dijo ella educadamente.

—¿Cómo te encuentras de tus heridas?

—Bien. Son solo unos rasguños —contestó tranquila. Le escocían, pero sabía aguantar el dolor—. Eres Lonan, ¿verdad?

—Sí. Y tú la bruja que nos hizo jugar en Las Vegas. Cambias mucho sin máscara.

Sky sabía muy bien cómo sobrellevar esos caracteres y esas actitudes. Los ojos verdes de Lonan se alejaban mucho de la simpatía, pero no eran ariscos.

—Tu hermano cree que soy Lucifer —le dijo Sky repentinamente—. ¿Tú también lo crees?

—No sé qué creer. Lo que sí sé es que no te juzgaré por ser hija de nadie. Y

Koda —aseguró centrándose en su hermano pequeño—, debería hacer lo mismo.

—Yo entiendo que se sienta así —confirmó con calma—. Pero no se lo tengo en cuenta. Estoy muy agradecida por lo que ha hecho.

—¿Por secuestrarte?

—Por liberarme —respondió ella.

Lonan arqueó las cejas negras. La respuesta había sido inesperada. Finalmente les dijo:

—Vamos a la oficina. Supongo que tienes información... —esperaba que Koda hubiese hecho su trabajo.

—Sí. Y muy interesante.

—Bien. Sky —la invitó a que caminara delante—. ¿Has comido algo?

—He tomado un café.

—Cuando llegue Shia y Karen comeremos en el Orleanini. Pero si te apetece algo ahora... ¿Tienes hambre? —Lonan era duro. Pero muy caballero. Le caería bien.

—Sí.

—Te traeremos algo del restaurante entonces.

Mientras Sky y Lonan hablaban delante de él, Koda se dio cuenta de que ella no le había respondido a la pregunta que había emitido.

Que la esquivaba. No cabía ninguna duda. Sabía cómo mantener a un hombre interesado.

Era una seductora nata la Diosa del Azar.

Dasan, Koda y Lonan, parapetados detrás del iMac miraban estupefactos la cuenta de Sky.

La joven pelirroja, al otro lado de la pantalla, les había dado el número de cuenta completo, las claves de acceso y todo lo que les hacía falta para acceder a ella.

Era una cuenta del Banco de Nevada. El amigo de Randolph les había dado facilidades para añadir el nombre de Sky como cotitular sin necesidad de hacer acto de presencia.

La cuenta era invisible a ojos tributarios. Solo quien poseía las claves podía entrar a ella. Con Randolph fallecido, Sky era la única propietaria de ese dinero, y podía moverlo a su antojo. Hacer traspasos pertinentes y demás.

La joven esperaba que los Kumar le informasen, pero ninguno articulaba palabra.

—Hay mucho dinero, ¿verdad? —dijo ocultando su satisfacción.

—¿Mucho dinero? —repitió Dasan asomando sus ojos grises por encima del monitor gris oscuro de veinticuatro pulgadas—. ¿Me tomas el pelo?

—Yo no sé lo que hay. Ni siquiera recuerdo cuánto me daban los jugadores por darles mis consejos. Pero algunos iban borrachos, otros con las endorfinas por las nubes después de los orgasmos, y también había los que tenían tantos millones que no les importaba repartir parte de ellos a una joven enmascarada que creían que hacía magia. A veces me daban fajos de billetes que se me caían de las manos. Los más pulcros los traían en montones del banco, perfectamente precintados. Pero nunca sumé nada. Nos repartimos las ganancias entre Randi y yo.

—Sky —Koda se incorporó y señaló la pantalla medio recriminándola—. ¡Tienes una docena de millones de euros en esa cuenta! ¡Es una barbaridad! ¿Cómo no voy a pensar que puedes estar relacionada con el negocio si...?

—No —Sky lo cortó rápidamente—. Me tenían trabajando desde que era una niña. Te lo he dicho. Han pagado salvajadas en esas partidas, y lo que hay en esa cuenta es la suma de las «limosnas» que toda esa gente rica consideraba darme. No les importaba. Fue idea de Randi, y él miraba por mí y mi bienestar. Se preocupó por que yo pudiera tener un futuro. Por eso creía que podía comprar mi libertad —explicó con sosiego—. Porque sabía que había mucho dinero pero no tenía control de cuánto. No sumaba lo que me daban. A veces lo metíamos en la bolsa directamente, Randi lo guardaba y al día siguiente hacía el ingreso en el banco. Eso que veis ahí, es mío. Me lo he ganado dignamente —alzó la barbilla—. No me lo podéis quitar.

—Aquí nadie te va a quitar nada, Sky. Eso es tuyo —Lonan zanjó la conversación—. Te abriremos una cuenta en uno de nuestros bancos y, dado que tenemos buena relación con los directores, les pediremos que agilicen el alta y te ofrezcan tus tarjetas lo antes posible para que puedas disfrutar de él. Nosotros no te tenemos secuestrada. Sencillamente, has resultado destapar un asunto de tráfico de humanos y partidas de póker subterráneo que se siguen haciendo. Todo muy inquietante. Dices que la semana que viene se celebra en Nevada el encuentro de jugadores y de partidas con vuestro formato, ¿no es así? Algo a lo que le han llamado «Las Justas».

—Sí.

—Con Dioses del Azar, Hermes y toda la parafernalia.

—Sí, así es.

—¿Y se supone que esos formatos acaban todos en bacanales? —insistió Dasan muy interesado.

—No lo sé. Las partidas de póker acababan en bacanales. Pero nunca participé en una Justa. Desconozco qué es lo que pasa ahí.

—Fascinante —murmuró el mediano.

—Tenemos que centrarnos en los datos que ya conocemos. Hay unos señores que se hacen llamar Patrones que trabajan con shoshones. Las explotan y las tienen como prisioneras —empezó a enumerar Koda intranquilo—, o eso parece. Las hacen servir para sus negocios. Negocios ilegales y trucados, dado que, tal y como nos pasó a nosotros, el ganador se elige a dedo, y es un figurante más. En todas esas partidas se requiere una invitación muy especial. De ellas se enriquece el que gana in situ, el que apuesta como observador y el que organiza la partida. En el The Joint fue Lombardo el que nos captó. Ahora, no sabemos cómo lo harán. Sky solo me ha dado rasgos de su Patrón. Que no muestra su rostro nunca, que lleva guantes, que tiene acento americano pero un tanto peculiar y que le gusta apostar a los caballos. Las últimas apuestas las hacía a nombre de Amazing Red. ¿Me dejo algo? —Koda esperó a que Sky añadiera algún detalle más, pero la chica negó con la cabeza.

—Solo una pregunta, Sky —intervino Lonan—. ¿Cómo murió tu madre?

—Se rompió el cuello al caerse por las escaleras.

Los tres lamentaron oír eso.

—¿Del hotel en el que estábais? —Aquello chocó mucho al mayor de los Gunlock.

—Sí.

Las expresiones de los tres hermanos era descreída por completo.

—Yo también creo que es raro. No la vi —asumió con tristeza—. Me dieron la noticia y no pude ir a verla —lamentó—. Pero ella ya está descansando. La enterraron.

—De acuerdo —Koda resopló y volvió a clavar sus ojos amarillos en la pantalla del ordenador—. Vamos a solucionarte esto. Lonan, ¿hablas con Karen para lo de su tarjeta de identificación? ¿No tienes carnet de conducir?

Ella se rio como si fuera un chascarrillo.

—¿Bromeas? ¿Qué no entendéis de que no podía salir de las paredes que me confinaban de los hoteles?

Lonan asintió como si se disculpara.

—Necesita fotos de carné y las huellas dactilares. Karen está agilizando todos los trámites con el agente Jim. No todos los estados cumplen con los mismos estándares federales y...

—Y si a eso le sumas que ese Jim está loco por ella —se jactó Koda—, pues tendrá la tarjeta rápidamente.

—Lo sé. Está en las oficinas de la comisaría de Carson y el joven agente está esperando a que Karen reciba las fotos y las huellas.

—Ahora se las haré yo —Dasan sacó su móvil—. Con eso de que Karen es del FBI, consigue todo.

—Y porque desenmascaró al clan Bellamy. Es una heroína —recordó Koda orgulloso de ella.

—Como sea —Dasan colocó a Sky arrastrando la silla contra la pared—. Ahí tengo un fondo blanco. Perfecto. No te muevas. Sonríe —le hizo la foto—. Genial.

Koda miró cómo había quedado el retrato. Salía muy guapa. Las facciones de Sky eran muy atractivas. Una leona de pelo rojo y ojos violeta.

Lonan le facilitó una almohadilla impregnada con tinta y ella puso los dedos tal y como él le indicó ante la atenta mirada de Koda. Después, al ver que ella se frotaba las yemas para limpiarse él añadió:

—Puedes ir a limpiarte las manos al baño. Mientras tanto —le indicó Koda—, nosotros enviaremos esto a Karen.

—De acuerdo. Gracias —Sky se levantó educadamente, pasó rozando el brazo de Koda y salió del despacho de los Kumar.

Una vez estuvieron los tres a solas, Koda sabía que le iban a bombardear a preguntas, y él esperaba poder contestarlas todas.

—¿Cómo ha ido la noche? —indagó Dasan.

—Bien. La he vigilado y no ha dormido mal del todo.

—¿Tiene bien las heridas?

—Sí. Están desinfectadas y limpias.

—Esa chica es mestiza. ¿Cómo era Gossip? ¿Era una shoshone pura? No es nada común encontrarse con una india con pelo rojo oscuro y los ojos de ese

tono —apuntó Lonan—. Tiene facciones nuestras, pero también clásicas, de personas blancas.

—Pero su piel es un tono más oscura que la de Karen o Shia —señaló Koda—. O Gossip era mestiza, o el padre lo era. Como yo.

—Vuestras vidas parecen ser paralelas —se burló Dasan sentándose sobre la mesa con despreocupación—. Te veo nervioso, hermano.

No eran nervios. Se sentía algo desubicado al darse cuenta de que no sabía cómo odiar a Sky como odiaba a su madre. Él había comido odio y venganza todos esos años, y en vez de eso, en esos momentos estaba protegiendo a la hija de su enemiga de sus captores, los hombres que iban tras ella. Todo había cambiado radicalmente.

Con la mirada fija en la puerta por la que había salido, Koda contestó:

—Estoy bien. ¿Qué habéis hecho con el localizador?

—Está guardado en una caja y, por ahora, desconectado —le informó Dasan—. Estuve jugueteando un poco con él para ver cuál era la última señal que había emitido, pero solo la recibieron los dos terminales de los guardias que os atacaron anoche.

—¿Y han hablado? ¿Han dicho el nombre de la persona para la que trabajan o la agencia a la que pertenecen?

—Solo el nombre de la agencia de seguridad privada para la que trabajan. Logic Eye. Ni una palabra más sobre nada —dijo Lonan comprobando que el material hubiese llegado bien a Karen con la fotografía de las huellas. Cuando se cercioró de ello, guardó el móvil y dijo—: esos tíos obedecían órdenes. Hacían su trabajo. Vamos a pedir las últimas contrataciones de la agencia. Pero si el negocio de las timbas es ilegal, no constarán en ningún sitio. Será como perseguir fantasmas.

—Una lástima por ellos —concluyó Koda—. Se quedarán en la cárcel si no colaboran. Entonces, ¿me puedes asegurar que nadie más recibió la señal del localizador?

—Te lo puedo asegurar —contestó Lonan—. Solo esos terminales captaron la emisión. Solo ellos tenían el programa activo. Nos lo ha dicho Nick. Al parecer, solo los enviaron a ellos dos a buscarla. Nadie debería venir por aquí a tocarnos las narices. Al menos, por ahora.

—Bien.

—¿Con quién se va a quedar la chica? —quiso saber Lonan.

—Conmigo.

Lonan y Dasan mantuvieron una conversación telepática. La típica de hermanos que se conocen al dedillo.

—¿Seguro?

—Sí. Vosotros estáis ahora viviendo con vuestras parejas. Yo me he metido en este lío y yo me hago responsable de ella —asumió.

Lonan se quedó conforme con la respuesta. Pero Dasan se pasó los dedos por su pelo y con una risita maquiavélica le dijo:

—Eh, Koda.

—¿Qué quieres, Dasan? —el tono de Koda era el de alguien que no tenía paciencia para tonterías.

—Tienes la polla dura.

—Vete a la mierda.

CAPÍTULO 6

Aquel lugar era muy estimulante.

Sky estaba acostumbrada a cubrirse con máscaras para dar órdenes y que la gente hiciera cosas pecaminosas que no se atrevían a hacer por voluntad propia. Porque les daba vergüenza aceptar sus impulsos o sus necesidades.

Pero ese palacio... era como si te dijeran: «aquí puedes ser quien quieras sin jugarte tu dinero, sin perder. Solo ganarás. Nadie te va a juzgar por ello».

A Sky nunca le había asustado el sexo. Estaba acostumbrada a ello. Debido a su condición de Hermes, estudió muchos patrones de comportamiento, y muchos de ellos relacionados con el sexo, para poder dar directrices adecuadas a los perdedores en sus partidas.

Ella tenía una enciclopedia de conocimientos sobre muchas cosas. En eso Koda tenía razón. Tenía tantos datos, tanta información, que sabía la teoría sobre casi todo. Pero el Kumar también tenía razón en lo otro: la experiencia era un grado que a ella le faltaba.

Allí, en aquel baño de colores grises oscuros y claros, con luces leds y espejos enteros impolutos y resplandecientes que iban de punta a punta, se lavaba las manos con jabón y sin perder de vista su reflejo, pensaba en lo que iba a ser su vida a partir de ese momento.

Estaba sola. Y sabía que el Patrón no iba a cesar en su búsqueda. ¿Cuántos días tenía reales de libertad? No tenía duda de que él acabaría encontrándola. Y, si eso sucedía, ¿qué pasaría con los Kumar? ¿Qué sucedería con él? ¿Con Koda?

La había rescatado. La había liberado sin saberlo. Pero ¿para qué? ¿Cón qué objetivo? Sí, con el objetivo de castigarla por las afrentas de Gossip.

Sin embargo, ella no era su madre. Él debía darse cuenta de ello. Y a pesar de sus reservas estaba decidido a protegerla y a devolverle lo que le habían quitado desde que nació.

Independencia.

Autonomía.

¿Sabía él acaso la oportunidad que le estaba dando?

El jabón se deslizaba entre sus dedos y su aroma a fresa inundaba sus fosas nasales.

Sus ojos morados transmitían miles de deseos e inquietudes que le encantaría cumplir. La Sky que nunca fue, a la que no le permitieron crecer, a la que explotaron y obligaron a trabajar y a usar su don de modos poco productivos. Ella podía ver muchísimas cosas, pero la habían usado para que los millonarios se engancharan a sus juegos y decisiones perversas. Y no le fue difícil darles lo que querían. Eran muy fáciles, muy planos. El sexo era sencillo. Excitar era sencillo.

Pero aquel lugar... ese reino de criaturas, antorchas, gárgolas en el exterior, de estilo gótico y luces y sombras era una provocación en toda regla. Era como hallar un cartel con luces de neón en una profunda oscuridad desierta con un mensaje subliminal: «Aquí corres el riesgo de ser tú mismo».

Tal vez la vida le estaba dando la oportunidad de abrazar todo aquello que le prohibieron. Tal vez tenía solo una oportunidad antes de que el Patrón diera con ella... No iba a escapar, porque la realidad era que sola no iba a estar mejor que rodeada de los Kumar. Ellos la protegerían. Porque esos hermanos eran así.

¿Y si lo aprovechase? Tal vez, si se ganara el respeto del águila, ella podría vivir todo lo que se había perdido... Si él...

—Buenos días.

Sky vio en el reflejo del cristal a un hombre muy alto, de espalda muy ancha, como los Kumar. Con la cabeza rubia rasurada, unas cejas espesas del mismo color, y ojos negros como el betún. Tenía la barbilla cuadrada y la mandíbula dura y marcada. Iba trajeado. Un traje de corte exquisito, de marca. Un traje caro. Si no fuera por su actitud segura y firme, se parecería al jefe de una importante empresa que se había perdido en aquel lugar. La diferencia era que aquel chico se veía de todo menos extraviado. Poseía un diamante en la oreja derecha, y se estaba desabrochando los botones de la manga de la camisa para arremangárselas. Se colocó en uno de las seis lavamanos de mármol gris de textura parecida a la piedra, cuyos grifos de oro eran bocas de gárgolas. Dejó uno vacío entre ellos, señal de que no quería violar su espacio.

A ella le llegó su perfume. Y le gustó. Pero también reconoció otros matices. El cuero, el metal...

—Buenos días —contestó Sky sin querer ser maleducada.

Para ella era inevitable fijarse en detalles, estudiar a las personas, ver sus movimientos y analizar sus expresiones. Y aquel hombre tenía mucho que esconder.

Él ni siquiera la miraba, aunque era muy consciente de que lo estaba observando. Lo que quería decir que era cauto y que no le gustaba el contacto que no fuera necesario.

Pero entonces, sin levantar la cabeza ni observarla le preguntó:

—¿Primera vez?

Ella contestó automáticamente.

—¿En el Reino? Sí.

—¿Con quién?

—Con nadie.

Eso provocó el interés del hombre. Alzó la cabeza para mirarla fugazmente.

—¿No vienes a jugar?

—No.

—Menos mal —añadió divisando la piel magullada de sus manos—. Esas marcas en las muñecas no son aceptables aquí. Iba a poner una reclamación.

—No es nada —contestó ella.

—¿Cómo te las has hecho?

—Él cómo no es relevante.

Eric continuó lavando sus manos pausadamente pero con brío.

—Protegida de los calaveras, entonces —asumió repasando cada uno de sus dedos de forma metódica.

—Algo parecido.

Los Calaveras. ¿Así se hacían conocer? Le gustó el apodo.

Sky se apartó del lavamanos y cogió dos toallitas grandes del dispensador. Mientras se secaba se lo quedó mirando sin disimulo, y él a ella también. Tenía una sonrisa socarrona en los labios. Era un vikingo. Un atractivo vikingo trajeado y soberbio. Nada ni nadie le tosía.

—¿Solo juegas con ellos? —volvió a preguntar él—. ¿Con los Kumar?

—¿Jugar? No juego —contestó ella haciendo una bola con la servilleta. La dejó en la papelera metálica—. Tu sumisa está a punto de llegar, me temo. Es un ritual que sueles hacer, ¿verdad? Bajar aquí, marcar...

Sabía que al decirle aquello la reacción del chico no se haría esperar.

—¿Das por sentado que soy un Dómine?

—Sí —respondió Sky. Se cruzó de brazos y apoyó una cadera en el mármol del lavamanos—. Lo eres.

El tipo se apartó del lavamanos, alargó un brazo hasta el dispensador y se secó con los papeles sin retirar los ojos negros de Sky. Una vez acabó y tiró el papel a la papelera, le ofreció la mano a la joven.

—Eric.

—Eric el Vikingo —espetó Sky aceptando la mano—. Soy Sky.

—Hola, cielo.

«Adorable adulator...», pensó ella.

El gesto serio de Eric se relajó, como si hubiese oído su pensamiento.

—¿Por qué crees que soy Dómine? Tal vez, vengo a probar. Tal vez, quiero que me sometan —le preguntó soltándole la mano suavemente.

—Los personas acostumbradas al poder, tienden a relajarse permitiendo que otras les dominen —contestó Sky sin bajar la cabeza ante la intimidación inconsciente de Eric. Era poderoso. Incluso podría llegar a ser descortés. Pero tenía su avieso de una exquisita educación caballerosa. Era un raptor. De sangre fría—. Tú no. Tienes la apariencia de un hombre de negocios... pero tengo la sensación que haces colecciones de cabelleras.

Eric hizo un mohín con la boca, sus ojos destilaban interés pero su pose seguía siendo inflexible. Poseía una voz grave que se metía bajo la piel, como los acordes de un bajo rasgado.

—¿Qué más crees que sabes de mí? —la animó a proseguir.

Sky estaba acostumbrada a ofrecer sus lecturas a quienes quisieran saber sobre ellas. No creía que decir la verdad fuese indiscreto ni incómodo. Y si no querían oírla, que no le preguntasen. Ella jamás había edulcorado nada.

—No tienes más de treinta años. Eres joven. Empresario. Millonario. Muy millonario —recalcó por el Rolex—. Y eres del tipo de millonario que se lo ha ganado todo él mismo. No has heredado nada. Lo que me hace pensar que conseguiste tu imperio muy joven. Y eso te enorgullece. No todo el mundo viste creyendo que esa ropa de miles de dólares no es nada sin una buena percha. Conduces un coche con el interior de piel. Huele a nuevo. Es nuevo —se corrigió—. Y tienes un toc obsesivo en la mandíbula. Aprietas los dientes repitiendo secuencias de dos en dos. Lo veo en el movimiento del músculo

masseter —se tocó la mandíbula para mostrárselo—. Puede que seas irlandés —adivinó por sus rasgos—. O que tengas sangre irlandesa por tus venas. Pero tus ojos negros hablan del Este... Eres hedonista. Egocéntrico. Te gusta cuidarte y verte bien. Eres un Dómine instigador. Adoras llevar a tu sumisa al límite. Solo porque sabes que lo puede sobrellevar y disfrutar —apuntilló frotándose la barbilla—. Y... —no supo si decirlo o no, porque era algo muy lejano a su persona, pero los detalles estaban ahí—. En algún momento estuviste casado o prometido. Lo sé por cómo frota la última falange del dedo anular. Como si dieras vuelta a un anillo que ahora no tienes, pero que estuvo ahí.

Los ojos de Eric se oscurecieron más de lo que estaban, y pareció ser barrido por una oleada de respeto hacia esa chica.

—¿Quién eres? —quiso saber él.

—Nadie —respondió—. Solo Sky.

—Señorita Sky —Eric hizo una pequeña reverencia—... ¿Te gusta el mundo de la dominación y la sumisión? —le preguntó abiertamente. Sin más. ¿Para qué iba a irse por las ramas con alguien que acababa de hablarle de él mismo así? Era una descarada.

—No me disgusta —contestó ella con sinceridad.

—Si es así, te invito a que visites mi mazmorra. No suelo invitar a nadie —le aseguró.

Sky sonrió pero negó suavemente.

—Muchas gracias. Pero debo declinar.

—¿Por qué?

—No quiero someterme a un amo que tiene la mente puesta en otra mujer. Además, no serías muy amable conmigo. Te encanta quitarte la ropa, pero no que desnuden tus secretos. Te molesta que te descubran. Me castigarías solo por eso.

Aquello sí dejó a Eric tieso. Fue como si le hubieran dado un latigazo.

—Sky.

Ella se dio la vuelta, aún entretenida con Eric, y se encontró a Koda apoyado en el marco de la puerta de los baños públicos, mirándola con cautela. Encontrarse con esos ojos amarillos en la vida real, la hacían sentirse cuidada. Era una sensación indescriptible. Koda quería que le tuviera un poco de miedo al menos, pero no la podía asustar. No le salía.

—Hola, Koda —lo saludó Eric recuperándose del balazo de la joven.

Koda entró al baño y miró a uno y a otro con suspicacia.

—No sabía si te habías perdido o si, sin querer, te habían metido en alguna mazmorra —bromeó. Aunque no del todo.

—No. Nadie me ha metido en ningún sitio —aclaró ella.

—Veo que has conocido a uno de nuestros Dómines.

—Sí, así es —contestó Sky.

—¿Sabes? Es curioso que Sky hable con tanta libertad y dé tantos datos sobre personas a las que, supuestamente —masculló Eric entre dientes—, desconoce.

—Esa es la impresión que da a todo el mundo —la tensión de Eric se palpaba a leguas y él debía relajarlo—. Los Kumar no rompemos promesas —le recordó Koda tranquilizándolo. Sabían detalles de la vida de Eric, pero nunca lo dirían—. No hablamos de nadie.

El rubio parecía descreído. E incómodo.

—Sky es una persona altamente intuitiva —le aclaró Koda de nuevo—. Eso es todo.

—Por un momento pensé que cazaba asesinos en serie.

—Podría —espetó ella—. ¿Tienes intención de matar a alguien?

El silencio que siguió a esa pregunta se hizo tan insoportable que Koda tuvo que intervenir de nuevo.

—Está bromeando. Siempre bromea —puso los ojos en blanco.

—Oh —espetó Eric sonriendo con interés a la pelirroja y dejando que los dientes le destellaran—... Entiendo.

Sky tenía la sensación de que acababa de meter la pata, aunque estaba convencida de que, lo que ella sabía, también era de conocimiento de los Kumar.

Eric echó un vistazo a su reloj de oro y lamentó sinceramente tener que abandonar aquel espacio.

—Debo irme. En cinco minutos mi sumisa me espera —contestó—. Ha sido un encuentro muy interesante, señorita Sky —él estudió sus rizos rojos y sus extraños ojos violetas—. Mi invitación sigue en pie.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Eric pasó por el lado de Koda mirándolo de reojo, y antes de cruzar el

umbral de la puerta, se detuvo, se apoyó con los brazos a cada lado del marco y con una sonrisa diabólica añadió:

—Pero tu intuición falló en algo.

—¿En qué? —quiso saber ella.

—Sobre mis domas. Yo no castigo. Yo te hago pedazos... para reconstruirte de nuevo —le guiñó un ojo y se fue dejando a Sky con la palabra en la boca.

La pelirroja se frotó la nuca un tanto cohibida por la energía abusiva de Eric. Cuando alzó el rostro, Koda la observaba con una expresión indescifrable.

—Eric Dunne es, de todos los Amos, del que más lejos te debes mantener.

Le habló con calma pero con una intención certera que llegó a Sky tarde, porque eso era algo de lo que ella ya se había dado cuenta.

—Es... como si estuvieras cerca de un destripador.

Koda arqueó las cejas.

—Es... diferente. Solo eso.

—Ya. Me he dado cuenta. No es como tú.

—¿Como yo?

—Sí —contestó ella sin ocultar sus pensamientos—. Eric planea una venganza que sí va a llevar a cabo en algún momento. Es metódico y tan controlador... Lo tiene todo pensado y no titubeará. Tú, en cambio, visualizaste una venganza que no ejecutarás.

—No estés tan segura, Sky. Sigo sin poder creerte al cien por cien. Por eso tengo que vigilarte.

—Lo sé —asumió no sin pena—. Me has vigilado siempre, sin tú ser consciente de ello. Como un águila.

—Lo vuelves a decir... ¿de qué hablas?

—De nada —contestó. No iba a revelarle nada todavía. No la iba a creer—. Pero me vigilas y también te entretienes. Sientes curiosidad. Curiosidad por ver si esta es mi cara —se señaló el rostro—, o es solo una máscara más.

—Estoy en mi derecho de dudar.

—Sí. Lo sé. ¿Cuál es tu don, Koda? ¿Puede ser que tu don sea onírico? ¿Que te comuniques con los sueños? —se precipitó a preguntarle. Quería saber cosas de él, de su protector, del Tótem que él le enviaba para protegerla del mundo astral.

—¿Por qué me lo preguntas? —sus ojos se convirtieron en una fina línea—. Puedes llegar a adivinar cualquier detalle secreto de las personas. ¿Es que acaso a mí no me lees?

—No —contestó con honestidad—. A ti, de todos, es a la única persona que no sé leer aún. Pero lo conseguiré —se juró.

Era una información muy delicada y que la dejaba en una posición menor frente a él.

—Entonces, si no me sabes leer —contestó él sintiéndose un poco más poderoso de lo que se había estado sintiendo con ella hasta entonces. Dio un paso al frente y le fue suficiente como para arrinconarla contra la pared. El secador automático se encendió al estimular el sensor sin querer, y el aire caliente atizó la melena roja de Sky. Los mechones quedaron por encima del antebrazo ancho y definido del Gunlock—, no deberías estar tan segura de que soy inofensivo. Porque soy Dominante, y un calavera. Y, si me mientes y si todo esto es un papel, puedo llegar a cobrarme la venganza que siempre planeé.

Ella tragó saliva y entreabrió los labios. La marea de Koda la bañaba de pies a cabeza, como olas que la arrastraban a una orilla de tierras desconocidas.

—Koda, ¿puedo hacerte una pregunta? —estaba nerviosa. ¡Y ella no se ponía nerviosa nunca!

—¿Qué?

—No te enfades, eh...

Él dejó ir el aire con una risa de suficiencia y oteó los mechones de pelo rojo que caían como ebras rojas sobre su antebrazo.

—Tus hermanos ya no pueden acostarse en grupo porque han encontrado a las personas con las que quieren hacerlo todo. Ya no comparten.

—Exacto. No comparten.

—¿Tú no querrás acostarte con tus cuñadas, no?

—Claro que no —contestó horrorizado:

—¿Y con quién follas tú ahora?

A bocajarro. Una pregunta franca y directa, sin posibilidad de que la respuesta se fuera por las ramas.

—¿Por qué te importa?

—Solo quiero saberlo —dijo sin más.

—Estás en el Reino de la Noche. Mis amigas son Amas y Dóminas. Puedo jugar con quien quiera siempre que les apetezca hacerlo en grupo.

—¿Y solo?

—¿Solo qué?

—Entiendo que la maldición que pesaba sobre vosotros os obligaba a creer que solo podíais compartir a la misma mujer... pero, la maldición está rota ahora. ¿Seguirás haciéndolo en grupo?

—Me gusta el sexo en todas sus formas. Y me gusta dominar. Mucho —sentenció—. Son detalles que no debería hablar contigo, pero dado que como Hermes has dirigido auténticas orgías y bacanales, dudo que nada de lo que diga te escarmiente.

—No. Nada me asusta menos que el sexo —concluyó. Y era verdad. No le parecía ni poderoso ni seductor. Solo un modo de desahogar las bajas pasiones y darles salida. Eso era para ella.

—A veces, el miedo y el respeto, pueden parecer estimulantes. No todo el mundo puede transmitirlo. Ese es el arte de un Dómine —su voz sonó gutural y extraña.

Ella asumió sus palabras y un brillo desafiante y lila claro rodeó sus pupilas.

—Tengo veinticinco años. Por ahora estoy libre y fuera del alcance de mi Patrón. Me gustaría poder disfrutar de una noche en grupo. No sé si vendrán a por mí...

—Estás con nosotros. No te harán nada.

—Como sea —exhaló—... tengo unos objetivos en mente para cumplir durante el tiempo que esté en libertad vigilada —aclaró mirándolo de reojo— ... Gastar lo que nunca gasté. Comprarme lo que nunca me compré. Comer lo que nunca comí, y disfrutar del sexo, no verlo solo como una mera transacción.

Koda observó a Sky con un brillo febril en la mirada. Esa chica debía estar de vuelta con el sexo. Aburrída. Y ahora quería vivir aventuras.

—¿Quieres jugar en grupo, bruja? —dijo sin poder creer lo que salía de su boca.

—Quiero vivir y hacer todo lo que me prohibieron hacer todos estos años. Este es un lugar de placeres... Quiero probarlo. Quiero investigarlos. Tengo derecho, aunque me los arrebataron desde que nací.

Koda se frotó la frente, nervioso. Debía decir que no. Pero, por otro lado, tal vez, solo tal vez, si cedía a los deseos de esa chica y se desahogaba y le hacía lo que quería hacerle, él ya no tendría la necesidad abrumadora de dominarla. Porque cuanto más inocente y poderosa se mostraba Sky, más ganas tenía de meterla en una mazmorra, por atrevida.

Era extraño. Ella desafiaba su lado más autoritario y masculino. Y sería un mentiroso si dijera que no había dormido esa noche porque, desde que ella estaba en su casa, había tenido sueños en los que la sometía. Esa era la razón de su insomnio. Y lo llevaba por la calle de la amargura.

—Es sábado noche —insistió ella—. He leído en la entrada que los sábados hacéis fiestas y eventos abiertos para todos. ¿Crees que podría venir y probar lo que hacéis?

Él decidió ser franco y todo lo descarnado que podía ser para que comprendiera dónde se estaba metiendo.

—No es una fiesta de globos y bailes. Si quieres jugar, tendrás que hacerlo con todas las consecuencias.

—Acepto. Soy consciente.

—No es lo mismo ordenar a que te ordenen.

—Lo sé —asumió—. Solo quiero probarlo. No estoy diciendo que sea ni sumisa ni Dómine ni nada de eso... solo quiero probar este mundo de la mano de los mejores. Te has erigido como mi protector.

—No exactamente...

—Sí —le cortó—. Lo eres. Si estoy donde tú estés —tenía que convencerlo— es otro modo de vigilarme. Y si me esposas o me encadenas —bromeó— no me podré escapar.

Aquello dejó claro a Koda que Sky no se iba por las ramas y que, de vez en cuando, era tan repelente que le gustaba tomarle el pelo, tan inteligente como era.

—No tienes ni idea.

—Idea —movió la cabeza mirando al techo— tengo.

—No. Esto no va de estar en una sala lujosa, meterle cabezas de Moët a una por la vagina, ni a hacer que otro se toque mientras los demás follan. No es así. La sensación es totalmente distinta.

—Bien. ¿Me lo enseñarás? —insistió llena de curiosidad. No le ofendía aquel vocabulario.

Necesitaba ver a Koda en ese ambiente para leerlo mejor. Tal vez en su mazmorra podría saber más cosas de él que en la vida diaria no podía vislumbrar. Porque era hermético.

En un momento, había visto miles de cosas de Dasan y Shia, o de Lonan y Karen, o de Eric mismo... que de Koda. Y llevaba más rato con él a solas de lo que nunca pasó ni con Randolph ni con nadie que no fuera su madre.

Si Koda había llegado a su vida era para que la liberara. Para que estuvieran juntos.

Y ahora, el hombre que la rescató y la sacó del nido estaba con ella para echarle un cable y cuidarla. ¿Por qué no podía ser también su amigo? ¿Su mentor? ¿Su compañero?

Debía conseguir que confiara en ella de verdad. Pero el corazón del águila era libre y no entregaba su confianza ni su lealtad a cualquiera.

—Eres un ser extraño —sentenció Koda nervioso, dando un paso atrás—. Me tienes muy confundido.

—Lo siento. Siento confundirte —reconoció ella apartándose del secador. Este se apagó de golpe—. No me estoy tomando esto como unas vacaciones. Sé cuál es el peligro que corro, sé cuál es mi historia y que soy víctima de la trata de personas. Todo eso lo sé. Pero intenté escapar otras veces y siempre pagué por ello. Nunca me dio tiempo a experimentar nada. Si viene alguien y me libera, ¿no estoy en mi derecho de, en el tiempo del que disponga, saborear mi vida como debería de ser y no como otros han querido que sea?

Eso hizo parpadear al gunlock. Comprendía lo que ella quería decirle. Y, en cierto modo, la entendía. Sky era una víctima. No podía convertirla en una rehén. Era una víctima del Patrón y los juegos ilícitos de mesa.

Todo lo demás... no fue su culpa.

Koda dejó ir el aire entre los dientes y finalmente, se pasó la mano por la cresta. Debía ceder.

—Gastar. Comprar. Comer. Follar —alzó los cuatro dedos de la mano.

—Vivir, básicamente —resumió Sky.

—Esos son tus cuatro deseos.

—Sí —repitió emocionada. Ya sabía que él iba a ayudarla.

—Explícame lo de comer. ¿No te alimentaban?

—No me dejaban comer cualquier cosa. Llevaba una dieta vegetariana

porque mi Patrón creía que mi don se mantenía más puro así y canalizaba mejor la información. Lo primero que iba a hacer cuando me fugase con Randolph era irnos a comer algo muy grasoso e hiper calórico. Soñaba con eso, a menudo.

Koda sonrió y asintió recibiendo la información y guardándola en el archivador donde guardaba todo lo de Sky. Ya lo analizaría más tarde.

—Puedo ayudarte a que cumplas todos tus deseos —le explicó el pequeño de los calavera—. Esta tarde recibirás tu tarjeta de crédito y tu tarjeta de identificación. Podrás comprar y gastar lo que quieras.

—Y me registrarán y me encontrarán enseguida —asumió Sky como si tal cosa—. Pero valdrá la pena.

—Nadie va a registrarte. Vamos a ocultar tu información hasta que solucionemos este tema... —aseveró con mucha certidumbre—. Mientras te alejes de Las Vegas no te encontrarán. Y te aseguro que no te rastrearán, Sky Redhead Gossip.

—Ojalá sea así.

A él le entristecía que Sky tuviera tan asumido que irían a por ella y que ellos no la podrían proteger. No sabía que nadie se llevaba lo que estaba bajo su protección. Pero ya lo aprendería.

—Solucionemos lo de comer —propuso Koda—. ¿Qué te gusta?

—No lo sé —se encogió de hombros con una sonrisita de vergüenza, mordiéndose el labio inferior.

Koda comprendió que estar con Sky iba a suponer verle cara de descubrimiento una vez tras otra. Comer era un placer maravilloso.

Y ella no sabía la cantidad de sabores que se había perdido.

Sería incluso divertido para él.

—Bien. Empecemos por el Orleanini —sugirió él—, y después iremos viendo.

—Vale, Koda Browncrest Kumar —bromeó pasando delante de él burlona—. Pagarás tú, supongo.

—Qué remedio. Ya me cobraré después —susurró observando su melena roja con intensidad.

—Estamos hablando de comida, ¿no? —lo miró por encima del hombro.

No debía olvidar de dónde venía Sky. Del mundo del juego, el vicio, las

trampas y el dinero. Y sabía coquetear muy bien. Era una caradura.

Una caradura muy atractiva que no tendría reparos en decirle lo que quería y en tentarlo y provocarlo hasta conseguir sus propósitos.

—De comida. Por supuesto —el piercing de su labio adquirió tonos acerados.

Sky miró al frente y sonrió orgullosa de sí misma. Había hecho entrar en razón a su protector para que le diera un poco de cancha y le enseñara a relajarse.

Ella quería que él se distendiera, que dejara atrás toda esa tensión que acarreaban sus hombros.

Podían hacer un paréntesis juntos.

Ni ella se iba a escapar.

Ni podía hacerlo de las garras de un ave depredadora. Porque estaba más segura en vuelo que si se soltaba y se precipitaba al vacío.

El golpe la mataría.

CAPÍTULO 7

—Come más que yo —dijo Karen anonadada.

La agente y Shia miraban con fascinación a Sky mientras comía todo lo que le estaban sirviendo los camareros del Orleanini.

Habían quedado para comer allí y entregarle a la joven shoshone su identificación recién aceptada y tramitada por Jim desde Carson. Y Lonan había agilizado el traspaso del dinero de Sky a otra cuenta a su nombre en el mismo banco que ellos. Esa mañana había llamado expresamente al director para verse en la sucursal. Shia llevaba todos los papeles en regla como gestora del dinero de Sky. El director de la sucursal estaba encantado de tener a un cliente con la propiedad monetaria de la pelirroja y no había puesto ningún impedimento para reclamar el traspaso a una de sus cuentas a su nombre. Su nombre.

Su identificación.

Su dinero.

Sky estaba satisfecha y orgullosa de tener algo suyo. No iba a negar que se sentía feliz. No se había sentido así nunca.

Siempre tuvo miedos y reservas a ser castigada, alejada o vendida a otro Patrón. Jamás tuvo el dominio de su propia vida. Ahora, los Kumar, por un golpe de suerte del Destino, le estaban dando las riendas para que ella pudiera cabalgar sola.

Y lo haría.

No obstante, en esa mesa lo que más llamaba la atención de Sky era la comida. La pasta, los panes, las sodas, los quesos... todo hidratos de carbono que no le permitían comer y que ahora podía ingerir sin problemas ni miedo a represalias de ninguna clase.

Los spaguettis a la carbonara, el bacon, el parmesano... Lo probaba todo. No como una muerta de hambre, sino como una mujer que probaba los sabores de la vida por primera vez.

—Entonces, Sky —preguntaba una asombrada Shia, sonriente por ver ese buen comer. A ella también le gustaba comer y disfrutaba de ver a otros darse

el gusto—. ¿Solo consumías verduras y frutas?

—Sí —contestaba ella bebiendo de su cola sin azúcar. Cerró los ojos al sentir las burbujas y su indudable buen sabor—. Frutas, verduras, legumbres, agua y café.

—¿Leche tampoco?

—No. Leche tampoco.

—Pero, ¿qué pasaba si alguien te ofrecía algo? Los guardias de seguridad, por ejemplo. O ese amigo del que nos has hablado...

—Randolph.

—Sí, ese.

—No lo hacían. Si el Patrón lo descubría les castigaba. O me castigaban a mí.

—Sí que era tiquismiquis tu Patrón con la comida... —musitó Karen desaprobándolo.

—Tenía creencias muy arraigadas. Yo ni las creía ni las dejaba de creer —explicó enrollando spaguettis en su tenedor—. Pero le obedecía porque no era bueno no hacerlo.

—¿Era violento?

—Muy autoritario. Si no se hacían las cosas como él quería, se enfadaba mucho. Nos tenía a mi madre y a mí continuamente vigiladas.

—¿Y no has recordado nada más que nos sirva de pista para dar con él y averiguar quién es?

Ella se limpió la boca con la servilleta. Que estuviera comiendo más que nadie no implicaba que se olvidase de sus modales. De hecho, tenía una educación exquisita.

—Sí —Sky miró a Koda—. Eric ha hecho que recuerde algo...

El menor de los Calavera frunció el ceño. Y Karen y Shia se miraron la una a la otra mientras comían cada una su pizza.

—¿Eric? —repitearon intrigadas.

Koda tomó su cerveza y miró por encima del borde a sus cuñadas y a sus hermanos, que pedían explicaciones.

—Se lo ha encontrado en el baño. Y... han tenido una charla muy reveladora —les aclaró.

—Pero si el vikingo apenas habla —evidenció la rubia subiéndose las gafas

—. ¿Ha hablado contigo?

—Sí. Y me ha invitado a su mazmorra.

A Shia se la cayó la caña del vaso de agua con hielo y limón. Y Karen por poco se ahoga con la espuma de la cerveza.

—No —objetaron Dasan y Lonan con seriedad.

—Ya sé que no —les hizo ver Koda divertido por las reacciones de su familia—. Solo se han conocido y ya está —y ella le había hecho un tercer grado que dejó a Eric pálido. Pero eso lo iba a obviar—. Sky —le pregunto directamente a ella—. ¿Qué has recordado del Patrón?

—A veces olía muy fuerte. Siempre llevaba colonia. Pero otras veces... no sé a qué olía, no lo puedo comparar con nada, pero... era un olor personal. Extraño. Y no era sudor. Se trataba —recordó con desagrado—, de algo distinto. Si huelo algo parecido, os lo diré.

—¿Y siempre ibas dando tumbos de un hotel a otro? —continuó Karen queriendo saber más de ella—. Aquella noche en el Hard Rock, daba la sensación de que tenías todo el poder del mundo, que hacías y deshacías. Recuerdo cuando me dijiste —é imitó su voz—. “Lo sé todo de ti” o algo así... y luego te pusiste a dar órdenes como la hija del demonio y aquello se convirtió en un infierno de lascivia.

La pelirroja sonrió una disculpa pero asumía sus palabras. Karen aún estaba resentida por lo que les hizo hacer a los hermanos delante de ella.

—En cierto modo así era —reconoció Sky—. Solo que mi poder empezaba y acababa en las partidas. Fuera de ellas solo era una mujer que vivía con límites, confiscada entre *suites* y hoteles con casinos, que no podía ver ni disfrutar. Sé lo que provoqué aquella noche del Hard Rock con mis órdenes —alzó la mirada violeta y la fijó en los ojos negros de Karen—. Sabía lo que podía pasar e intenté evitar que os descubriesen. Koda me ha contado todo. Que el ruso te agredió y que...

Karen negó con la cabeza y la detuvo.

—No digas nada más. En realidad, tú fuiste el detonador para que aquella misma noche el atrapasueños se rompiera. Aquella noche acabó la maldición de Lonan —reconoció ella entrelazando los dedos con el Kumar mayor—. Sea como sea, te lo agradezco. No fue fácil, pero... sí nos ayudaste. Gracias.

Sky asintió y recibió con agrado el aserto de Karen. Esperaba que Koda hubiese abierto bien los oídos.

—Pero, ¿qué les hiciste hacer exactamente? —indagó Shia comiendo su porción de pizza.

—Nada, rubia —Dasan le agarró la barbilla y le torció la cara para besarla.

—No, pero quiero que me...

—No es necesario —le dejó claro el de ojos plateados—. Hazme caso.

—De acuerdo. No lo quiero saber —le dirigió una mirada perdona vidas.

Dasan sonrió y volvió a darle un beso en los labios, aunque ella intentase apartar el rostro un poco picada.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Lonan a Sky—. ¿Cómo haces lo que haces?

—Observo. Y mi intuición me cuenta lo que necesito. Llevo haciéndolo desde que soy una niña. Mis ojos advierten los detalles que tienen que revelarme la información, y yo solo empiezo a hacer conclusiones y a divagar. Hasta que doy con la verdad.

—Pero no ves futuro, ni pasado... solo presente. Lees la historia de vida de esa persona —intentó comprender el de ojos verde.

—Sí. Es una manera muy aguda de explicarlo. Leo la historia de las personas.

—¿Sí? —Shia se apoyó en los codos y se inclinó hacia delante—. ¿Podemos hacer un ejercicio? ¿Me lo puedes mostrar?

—¿Qué dices, abogada? —Koda la miró alertado.

—Está bien —lo sosegó Sky. Después atendió el reclamo de Shia—. ¿Qué quieres saber?

Shia se dio la vuelta y echó un vistazo a todo el salón del restaurante. Aquel día los Amos comían juntos en una mesa para ocho. Y habían otros comensales más repartidos.

—Háblame de ellos.

Sky alzó la cabeza y los localizó.

—¿De los ocho?

—Sí —dijo ella emocionada.

Sky giró la cabeza para mirar a Koda. Le estaba pidiendo permiso para hacerlo y aquello le agradó al de la cresta, dado que le había pedido que controlara su “espontaneidad”. Podía meterse en muchos problemas desenmascarando a la gente así.

Él bajó la cabeza de manera afirmativa.

La joven superdotada estudió al conjunto de Amos y después de unos segundos expectantes inició su radiografía:

—De acuerdo. Vamos a empezar por las chicas. Cada una cuenta una historia distinta, pero juntas se apoyan y encuentran más equilibrio y más comprensión. Tres de ellas trabajan juntas. Son como una extensión la una de la otra.

—Katryn, Liz y Tori. Las tres Arpías. Así se hacen llamar —le informó Koda.

Sky asintió y admiró la belleza aguerrida que las tres poseían. Una tenía ascendencia oriental. Sus ojos eran negros y grandes y su pelo largo y liso, recogido en una cola alta. La otra tenía el pelo como ella, tal vez más rojo, y los ojos claros. Y después estaba la mulata de aspecto dulce y ojos marrones claros rodeados de kohl. Las tres iban maquilladas igual.

—Ellas son un equipo. Se han mimetizado la una con la otra y debe ser un espectáculo verlas trabajar juntas. La de rasgos orientales no necesita ordenar para que la obedezcan. Ejecuta su mandato de manera pasiva o indirecta. Con solo una mirada. Es poderosa y ha trabajado mucho su presencia.

—Es Tori —le informó Karen.

—Tori odia que le cojan comida —señaló divertida—. Le encanta la cocina. Saborea los platos intentando averiguar qué llevan. Los analiza como si quisiera sacar la receta. Y la pelirroja no deja de picar de su plato y eso la revienta.

Karen y Shia se dieron la vuelta para observarlas. Se rieron porque Sky tenía razón.

—La pelirroja es Katryn.

—Esa es, de las tres, la más descarada. Se ríe de todo y de todos —puntualizó—. No se toma nada en serio. Ni siquiera a sí misma. También será la que relaje a los sumisos con alguna sonrisita para rebajar tensiones. Pero si la hacen enfadar... —sacudió la cabeza disconforme—. Mira el móvil de manera compulsiva. Está preocupada por alguien, aunque hace lo indecible para que nadie se lo note. Porque odia preocupar a los demás.

—¿Cómo puedes saber...? —dijo Karen admirada por la facilidad de Sky.

—Chist —le pidió Koda—. No ha acabado. Deja que hable de todos los demás.

Karen obedeció sin rechistar.

—La mulata es exbailarina.

—¿Cómo? —Dasan no se lo creía—. ¿Liz? ¿Exbailarina?

—Sí. Está escuchando la música que hay en el hilo del restaurante. Y marca los pasos con el pie derecho embutido en esa bota de Dómina. Pone el pie de puntillas. Marcando el paso. Probablemente —Sky tomó su refresco y volvió a beber, dejándolos a todos hipnotizados, esperando que prosiguiera su narración—, su lesión la apartó del baile. Tiene una cicatriz muy fina en su rodilla derecha —señaló—, es imperceptible, pero está ahí.

Volvieron a girarse todos. No se habían fijado en nada de lo que ella decía.

—La Dómina rubia...

—Dómina Trix. Jessica.

—No se anda por las ramas. Es... tiene un carácter muy fuerte, pero es asertiva y puede comunicarse con todos. Tiene mucha paciencia, y sabe que al final siempre consigue lo que quiere. Es demoledora para conseguir sus propósitos y no le importa jugar sucio, porque viene de lugares en los que debía arrastrarse para sobrevivir. Es superviviente y conquistadora a la vez. Sin embargo... —Sky alzó el rostro para ubicar a otra persona fuera de la mesa de dómynes. Era otro reservado ocupado por una chica guapísima morena y un chico de pelo castaño que tenía una grabadora, como si le hiciera una entrevista— tiene puntos débiles que hacen que no se sienta cómoda del todo. Esa chica —la señaló—. Está reconstruyéndose.

—Esa es mi amiga Blanche. ¿Qué pasa con ella? —preguntó Shia limpiándose las gafas en el jersey—. A ver, deja que esto lo tengo que ver bien —se las recolocó y miró hacia ella definitivamente.

—Trix la vigila, como si la estuviera protegiendo, como un jaguar...

—Blanche ha pasado por algo muy traumático —aseveró Shia—. Ahora está hospedada en el Origin hasta que ella quiera. Pasará una temporada larga con nosotros.

—A Trix le encanta dominar a las chicas —continuó Sky como si nada—. Blanche no se entera de nada, pero la Dómina está agazapada y bajando el lomo para que ella se sienta cómoda y no se asuste. No quiere saltarle encima. Quiere que Blanche se suba a su lomo.

—¿Mi amiga Blanche con Trix? —Shia dejó ir una carcajada—. No creo.

—Pues debería replanteárselo, porque solo se ha fijado en capullos maltratadores y destroza vidas —contestó Karen.

—Pues también es verdad —Si lo pensaba fríamente, Blanche era un caramelo. Pero no sabía lo que era el amor y el respeto por parte de una pareja. Su experiencia con el rapero hijo de puta y sus fans locas le había pasado factura. Se recuperaba poco a poco.

—Ya se verá —dijo Lonan divertido.

—Harían una pareja muy interesante —bromeó Dasan con Koda, pensando los dos en lo mismo.

—Sois unos cerdos —dijo Shia lanzándole una patata a Koda.

—Por favor... no estropeéis este momento. Dejad que Sky siga hablándonos de nuestros Amos. Me parece fascinante —suplicó Karen. Estaba ante una persona increíblemente observadora, y no se lo quería perder. Alguien así le iría bien como asistente del FBI. Ellos ya tenían a sus especialistas, pero no como esa chica. Sky era otra generación evolucionada. Cleo y Leslie Connelly se volverían locas con ella. Se las presentaría algún día.

—Eric...

—No —Koda la miró de reojo y negó con la cabeza pidiéndole que no hablase de él.

La pelirroja lo aceptó, cogió otro pan recién horneado y lo empezó a comer pellizco a pellizco—. El moreno con pecas tenues en la cara, ojos negros y manos tatuadas.

—Mi amigo Derek —informó Dasan.

—Tiene una marca debajo del oído. Parecida a una carimba, una marca de esclavo. Sus manos están tatuadas con rostros de animales... pero cubren otros que estaban ahí antes. A Derek lo han intentado matar muchas veces, tantas veces como él ha matado después.

Aquello hizo que a todos se les comiera la lengua el gato. Los Kumar también habían matado. Eran Deltas. Y sabían que Derek también venía de mundos así, pero desconocían de cuáles. Dasan lo conoció en el mundo de la noche bedesemera. Posiblemente hicieron tan buenas migas porque ambos habían vivido la misma oscuridad y se habían codeado con la muerte varias veces.

—Tiene la actitud de alguien que está por encima del bien y del mal, pero sabe que, en el fondo, nunca estará a salvo. Su pasado lo perseguirá. Hasta que decida plantarse y dejar de huir.

—¿Derek? —para Shia él era su amigo. La había ayudado desde que

decidió meter la nariz en el Reino y en la vida de Dasan—. ¿Esclavo de qué? Pobrecito...

—El chico de pelo largo y negro y ojos verdes con gafas. ¿Cómo se llama?

—Alan —contestó Lonan.

—Está leyendo la misma página desde que hemos llegado. No se concentra con gente alrededor. De hecho, no le gusta la compañía por eso no se relaciona. El libro es un escudo para que no le molesten. Es un lobo solitario. Y habla muchos idiomas. El que está leyendo ahora lo lee de izquierda a derecha. Creo que es hebreo.

—Tienes una vista de lince —la aprobó Koda entrecerrando los ojos para ver mejor la página que Sky sí veía perfectamente.

—Gracias —agradeció ella—. No deja de dar golpecitos con el talón izquierdo. Es el mismo ritmo continuamente. Uno-uno-uno... No es una canción. Probablemente es un ritmo de diapasón y él esté recitando algo en su cabeza. O puede que sea lo que lea. Tal vez esté memorizando esa página en cuestión —se encogió de hombros—. Y tiene una pulserita en la muñeca. Es una trenza de pelo natural atada con una goma rosa. Pertenece a una niña. Alguien muy apegada a él. Tal vez su sobrina o su hija... —enumeró.

Karen se frotó la cara y Shia no movía ni un músculo de su rostro.

—Pero si Alan es un encanto. Muy educado y amable...

—Y lo será. Pero también es más cosas —aclaró Sky. Después echó un vistazo al chico de la cara marcada y ojos grises, más claros que los de Dasan. Parecía un vampiro. Un hermoso y atractivo chupasangre—. ¿Ese es...?

—¿El que va por el tercer plato de pasta?

—Michael. El Arcángel —respondió Koda.

—Michael... —susurró Sky con interés—. Michael tiene dedos de músico. El hombro izquierdo sufre una elevación más pronunciada que el derecho. Toca el violín. Lo hace desde hace muchísimos años. La cicatriz de la cara le afectó el ojo. Parpadea a veces porque nota que la piel le tensa. No se avergüenza a primer efecto, y creo que tiene más lesiones que disimula. Pero las verdaderas cicatrices de Michael no se ven, no están en el exterior. Habla con todas las chicas con amabilidad. Con todo lo grande que es y ese aspecto marcado... es muy dulce. Se siente muy protector con las féminas. Y —miró a la chica que estaba pagando en la barra y hablando amablemente con todos los camareros—, esa mujer castaña con gafas grandes de pasta negra, que está

pagando, y cubre su voluptuoso cuerpo con ropa oscura y ancha conoce muchos detalles de todos. Lo sé porque los Amos la respetan, y ella los ve como si fueran los niños de una guardería. No se siente intimidada. Sin embargo, no cubre su cuerpo para protegerse de miradas y pasar desapercibida. Hay otras razones por las que lo hace. Todos tenemos pasados que ocultar —finalizó su observación y dio un largo sorbo a su cola. Cuando vació su copa la miró con entusiasmo—. Es la primera vez que pruebo este tipo de comida. Ha sido maravillosa.

El resto la observaba como la rareza inaudita que era. Acababa de abrirles en canal a todos los Amos, la mayoría muy reservados, y ella hacía como si nada. Estaba tan acostumbrada a ello que no le daba la importancia que tenía.

—Samantha.

—¿Qué? —le preguntó a Karen. A la morena le brillaban los ojos y negaba sin podersele creer.

—La chica de la ropa holgada... es Samantha, la recepcionista que estudia psicología y trata con todos los Amos y entrevista a los clientes. Hace una semana que está en plantilla.

—Ah, pues muy bien —dijo Sky sonriente.

—Yo... perdón que me meta —a Karen se le escapaba la risita histérica típica de alguien que acababa de presenciar algo inaudito—. No sé cómo decirte esto...

—¿El qué? ¿Te gustaría que cediera mis capacidades a los servicios de inteligencia? —arqueó las cejas rojas y ocultó su satisfacción al saber que estaba en lo cierto.

Karen abrió la boca de par en par y Dasan y Shia sonrieron cómplices. ¿De verdad creía la agente que alguien tan vivo y audaz como Sky no iba adivinar lo que estaba pensando?

—¿No te has planteado nunca poder colaborar con alguna institución? ¿Quiero decir, poner tu don al servicio de la justicia? Montgomery se iba a poner cachondo de pensar que existe alguien como tú. Le he hablado de lo sucedido y me ha dado permiso para que sigamos investigando por nuestra cuenta. Las tribus de las reservas de Nevada sufren extorsiones al estar aisladas, y desde que los Kumar llegaron a Carson City, levantamos una piedra y salen escorpiones por todos lados. Nos interesa lo que pasa con los shoshones. ¿Has pensado que podrías ayudarnos?

Fue la primera vez que Sky mostró algo de inseguridad. Koda lo captó perfectamente. Supo el momento preciso en el que la grieta se hizo visible. Pero Sky no la ocultó. El menor de los Kumar estaba descubriendo con el paso de las horas, que a esa chica no le gustaban las apariencias y que prefería mostrarse tal cual, sin máscaras, posiblemente porque se había hartado de llevarlas desde que era pequeña.

Todos esperaban una respuesta. Y la joven se la dio. Sin subterfugios evasivos.

—Si te digo la verdad —sus ojos lilas no parpadearon ni una vez cuando contestaron a la morena de pelo rizado—, nunca creí que pudiera ser algo distinto a lo que era. Me enseñaron que estaba hecha para el juego y la deducción. Mi madre ha vivido igual que yo, aunque nos mantenían separadas la mayor parte del tiempo. Supongo que lo hacían para aislarnos y que no nos pudiéramos comunicar. Coincidíamos un fin de semana al mes, y aunque yo era su hija y ella era mi madre, la falta de contacto nos había convertido en compañeras de trabajo. Nada más. Ahora estoy sola —asumió—. He vivido todos estos años a caballo entre coches con cristales tintados, para que solo pudiera ver las fachadas de los hoteles y los casinos en los que nos metían. He respirado y dormido siempre entre suites de lujo, en las que nunca me dejaban asomarme ni a las ventanas ni a los balcones para vislumbrar el exterior. Me han convertido en un animal de cuevas. He vivido pero no he disfrutado de la vida. Y ahora... —bajó los ojos para observar los platos vacíos de lo que nunca había comido, y oteó el restaurante porque era la primera vez que pisaba uno—. Ya no estoy allí. No sé si puedo ser libre de verdad. O si soy libre —miró de reojo a Koda—, y no una rehén más.

—No eres una rehén —sentenciaron Lonan y Karen a la vez—. Puede que el objetivo de Koda al ir a por ti no fuera el idóneo. Pero, eres víctima de la trata de personas, Sky. No importa lo que hayas hecho o lo que te hayan hecho hacer... No sé si has sufrido algún tipo de maltrato o vejación, pero quiero que sepas que pondré a tu disposición a Samantha, por si quieres hablar con ella.

—No me hacen falta psicólogos, Karen —contestó Sky con sinceridad.

—Sé que no. Sé que has leído mucho, probablemente muchos autores relacionados con la mente y la psicología, pero siempre viene bien hablar.

—Es posible que me cueste mucho quitarme la idea de que mi vida y mis deseos están supeditados al Patrón. Llevo veinticinco años creyéndolo. Pero

no tengo síndrome de Estocolmo. Eso sí te lo puedo asegurar. Si quiero volver allí es porque sé de lo que es capaz. Él odia perder. Y os habéis puesto en peligro —jugó con las mangas de su jersey, que no era de ella sino de Karen—. Eso me inquieta. Me inquieta pensar que por mi culpa os puedan pasar cosas horribles.

—Como te han pasado a ti y a Randolph —asumió Koda con confianza.

Sky asintió y se retiró el pelo de la cara para alzar la barbilla. Seguía siendo orgullosa. Nunca bajaría la mirada. Ese era un rasgo muy característico de ella.

—Me costó mucho superar lo de Randi. Con Joe Lombardo no tenía ni mucho menos la relación ni los planes que tenía con mi amigo. Pero también he lamentado su muerte porque era amable conmigo. Sé que vosotros no pensáis igual, pero a mí no me hizo nada. La cuestión es que, respondiendo a tu oferta, Karen, no tengo ni la más mínima idea de lo que voy a hacer con mi vida. Siempre he sido una esclava. No sé vivir en el exterior. Así que necesitare ayuda y orientación para todo supongo. A cambio, escucharé ofertas —se encogió de hombros y le sonrió agradecida.

Karen sonrió de oreja a oreja. Sky no era bruja, pero habían quemado su libertad en la hoguera. Ahora debía asumir que podía abrazarla. Pero debía ayudarlos a solucionar todo aquel embrollo. Y esperaba que fuese ella quien se ofreciera, porque Karen odiaba tener que exigirle nada a alguien bajo los efectos de un captor de vida. No era justo.

—Os ayudaré en lo que necesitéis. No sé muy bien qué debo hacer —inquirió Sky—. No conozco vuestros protocolos ni nada por el estilo, pero si os soy de ayuda para destapar al Patrón y a sus negocios, contad conmigo.

La expresión de alivio de la agente estaba salpicada de orgullo hacia ella y admiración. El valor de sus palabras era incalculable.

—Siento que abuso de ti al aceptarlo —le aclaró Karen—. Pero contigo todo puede ser más sencillo. No te preocupes que te ayudaremos en todo. Además, Koda estará pendiente de ti en todo momento, ¿verdad?

Sky tomó aire por la nariz y se sintió bien al escuchar aquello. Ser de ayuda. De ayuda para algo provechoso, para hacer el bien, era nuevo. Y estimulante.

Cuando miró al águila, este parecía sacar pecho y sonreír.

—No te preocupes. Te enseñaré lo que quieras —añadió con voz profunda y un brillo dorado en los ojos que presagiaba desafíos y aventura.

Al menos, ya no pensaba que ella era maligna. Koda estaba más flexible, y la escuchaba sin juzgarla, esperando a descubrir la verdad por sí mismo y a dejarse llevar por la intuición.

Y la intuición de un hombre con dones no podía ser tan mala como para no ver que ella decía la verdad. Que lo que veía era lo que era.

Y que no era lo que él creía.

Koda Kumar jamás se había visto en una como esa.

Pero se lo había prometido a Sky.

Que la acompañaría y la ayudaría a hacer todo lo que no había hecho en su vida. Él tenía que pagar de algún modo por haber pensado mal de ella.

Ella lo tenía claro. No quería perder el tiempo. En su fuero interno creía que aquella libertad era ficticia y que tarde o temprano se la arrebatarían, así que quería aprovechar todo el tiempo del que dispusiera.

Sky había comprado ropa. Toneladas de ropa de todo tipo. La expresión de felicidad que mostraba a las cajeras al enseñar su tarjeta de identificación y su nueva tarjeta bancaria era para que le echaran una foto. Koda le había aconsejado el iPhoneXMax y la había ayudado a elegir otros accesorios de Apple. A él le encantaban. Y por lo visto, a ella también.

En las últimas *boutiques* Koda no había entrado con ella y se había quedado esperando en el coche. Pero había salido de los tres últimos locales con bolsas colgadas incluso de las orejas. O eso parecía.

El coche estaba a reventar con todas las cajas y paquetes que había adquirido, y ella iba sentada delante, comiendo un gofre con nata y chocolate. Cerrando los ojos presa del placer y de la explosión de azúcar en la lengua y el paladar.

Koda la miraba de reojo como el que se divierte espiando algo prohibido. Estaba disfrutando como una niña. De algún modo, se sintió bien consigo mismo por haber sido la persona que le enseñara a usar su tarjeta, sacar dinero y gastar.

Sky también era muy generosa. Decía que le aburría comprar cosas solo para ella. Quería comprarle cosas a él. Y se las había acabado comprando. Era un vendaval. “Esto te va a quedar muy bien”. “Fíjate, pega con tus ojos”. “Mira, esos pantalones son tu talla”... y no le podía decir que no porque ella no atendía a razones.

Sky era, por derecho propio, una mujer millonaria, aunque no supiera todo lo que eso comportaba. Si quisiera, no tendría que trabajar el resto de su vida. Ni en las vidas venideras. Podría invertir sus días en lo que quisiera y su dinero también.

Sin embargo, estaba orgullosa de su capacidad aunque no le diera la importancia que en el fondo tenía. Y quería saber lo que se sentía al ponerla al servicio del bien. Probablemente, si todo salía bien y llegaban al fondo de la cuestión de toda aquella trama, haría de asistente de la policía o del FBI con mucho gusto. Ese parecía ser su sino. Increíble.

—¿Quieres un poco? —le preguntó ella.

—No, gracias.

—Has estado mirando el gofre desde que he entrado en el coche. Yo creo que sí quieres...

—Que no —y no estaba mirando el gofre. La miraba a ella.

Sky volvió a morder el gofre sin dejar de mirarlo.

—¿Es por si mancho el coche? Eres un hombre muy limpio y ordenado —apuntó con total naturalidad. Sus ojos violetas sonreían por encima de la nata y el helado.

—No —contestó él nervioso.

—Es porque te sientes extraño entonces —acabó señalando sentándose mejor en su asiento y mirando al frente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque llevas tiempo queriendo llevar a cabo tu venganza. Y ahora ya no tiene razón de ser. Tus sensaciones hacia mí están cambiando, ¿verdad?

—Sky no hagas eso —le pidió—. Deja de analizarme.

—No es un análisis. Solo son suposiciones. Recuerda que no sé leerte. A ti no.

—Pues no supongas.

—¿Tú respiras? —preguntó tomándolo por sorpresa.

—Claro. ¿Qué pregunta es esa?

—Para mí analizar y suponer es lo mismo que respirar. Lo hago automáticamente. No puedo controlarlo.

Koda se quedó callado porque el coche parecía cada vez más pequeño con ella al lado. La energía femenina que irradiaba era incontestable. Y Sky no

dejaba de toquetear los botones de la consola. Había movido ya los retrovisores, puesto los intermitentes y encendido los parabrisas. Y para colmo había tocado el claxon. La chica se partía de la risa. Era un peligro. Con él se comportaba con atrevimiento y desvergüenza. Pero en la mesa, ante todos, en el Orleanini, su actitud fue seria y respetuosa.

En resumen: a él no le tenía ningún respeto y se lo tomaba por el pito del sereno. ¿Cuándo había dejado de transmitir autoridad con ella?

—¿Por qué no te estás quietecita?

—Lo siento —contestó—. Es la emoción. No sabía que me emocionaría tanto ser libre —suspiró y se llevó el último bocado del gofre a la boca.

—Lo entiendo. Pero no sabes si llevo torpedos o misiles en el coche... imagínate que activas uno.

Ella giró la cabeza de golpe, con los rizos alborotados y los ojos lilas abiertos de par en par.

—¿En serio? ¿Eso se puede?

A Koda le tembló el labio y su fachada se fue al garete.

—Es mentira. Te tiembla el labio —le cogió los labios con los dedos y se los pinzó como si nada—. Te sonríes cuando mientes. Es muy fácil descubrirte. Y este piercing —lo acarició con el pulgar—. Destella con el movimiento. Es fácil pillarte —murmuró con dulzura.

Koda la miró fijamente. Sky carraspeó, sintió algo que provocó que lo soltara y se acomodara de nuevo en su asiento.

De repente, se había puesto nerviosa.

Su águila era muy poderosa e intimidante cuando quería.

—Quiero estar esta noche en el Reino —confesó ella mirando a la carretera. Carson era una ciudad de cielos interminables, valles y montañas gigantescas rodeándolos. Le gustaba. Era un pequeño lugar secreto en el mundo. Y aquel viaje en coche era el más especial que había tenido en su vida.

—Ya has visto lo que es. ¿Todavía quieres?

—Sí. Quiero vivir las cosas por decisión propia —aseguró con las mejillas sonrosadas. Hacía calor en el coche. Y era muy consciente de la presencia de Koda.

—¿Y si te asustas?

—He estado en salas con matones, guardias con armas dispuestos a volarse

los sesos y he obligado a hacer a los jugadores cosas aberrantes que deseaban hacer, por otro lado —aclaró—. Siempre he tenido el poder de hacer lo que quisiera con los jugadores.

—No es lo mismo cuando eres tú la persona que juega y obedece.

—He hecho las dos cosas toda mi vida. Jugar para que otros ganaran el dinero. Y obedecer las órdenes del Patrón. No haría nada distinto con vosotros.

Koda lo negó convencido.

—No. Definitivamente, no es lo mismo. El Reino tiene sus reglas. Los que venimos del mundo del BDsM tenemos nuestras reglas. Los dominantes y Amos como yo, jugamos de otro modo.

—Sé todo lo que hay que saber sobre tu mundo y tus preferencias, Koda. Nada me va a asustar —se aseguró de dejárselo claro—. Y quiero estar ahí, verlo y experimentarlo.

—Sabes teoría, Sky. Una experiencia bedesemera es otra cosa. Podría cambiarte por dentro. Podría gustarte tanto que querrías convertirlo en tu modo de vida.

—Sé lo que necesito saber —asumió sin más.

Koda no dudaba de que en su enciclopedia personal, Sky sabía mucho. Pero vivirlo era muy distinto.

—Te trataremos como a una vainilla.

—Conozco los conceptos —espetó rodando los ojos—. Trátame como lo que quieras pero deja que sea yo la que te diga qué sabor me gusta. Además, será mi primera fiesta. Mi primer evento real —dijo emocionada—. He comprado ropa de la vuestra y esas cosas....

Eso le hizo gracia.

—¿Ropa de la nuestra?

—Tenéis vuestras ropas, vuestros colores, vuestros eventos, vuestros juguetes y vuestra manera de entender el sexo. Sois...

—¿Cómo? —quiso saber él.

—Diferentes. Lo diferente es muy estimulante. Tengo una ansiedad constante dentro de mí —expresó animada—. Hoy me estoy desvirgando en todos los sentidos... Mi primera tarjeta de crédito, mi documentación, mis primeras compras, mis primeras dosis de azúcares e hidratos... mi primer evento

bedesemero —murmuró—. Mis primeros tacones... me he comprado de todo —suspiró—. Y estoy agotada.

—Creo que antes deberías dejar las cosas en casa y descansar. Piensa bien si quieres probar el Reino, Sky...

Ella suspiró y se mordió el labio inferior. Como hace la gente cuando algo le duele y se muerde para no gritar.

—¿Te duelen las heridas?

Sky se miró el brazo y la muñeca consternada. Estaba tan entretenida que se había olvidado de ellas. No le habían dolido. Pero ahora empezaba a estar cansada.

—Eh, no... estoy bien.

—Te diré lo que haremos. Ahora intentarás dormir un poco. Cuando te despiertes echaremos un vistazo a los rasguños. Y después decidiremos qué hacer y si es buena idea que vayamos al Reino o no.

—Iremos —replicó ella apoyando la cabeza en la ventana—. Ahora ya no puedo pensar en otra cosa. Y quiero estrenar lo que me he comprado. Nunca me he puesto mi propia ropa comprada por mí... ¿no es maravilloso?

Koda hizo una mueca disconforme con la cara. ¿Cómo a una chica que siempre había vivido encerrada, iba a gustarle que la redujeran en una mazmorra?

¿Acaso le gustaba a Sky ser dominada? ¿Qué habían alcanzado a hacer ella y Randolph? ¿Y ella y el Patrón?

Era una mujer hermosa y muy atractiva. No podía pretender que él creyese que no la habían obligado a hacer cosas. Tal vez habían abusado de ella.

Y comprendía que lo ocultara por vergüenza y porque era muy doloroso reconocer algo así.

Pero a Koda le daba miedo que el Reino, sus salas especiales y sus Mazmorras, asustaran a Sky y le recordaran lo que había pasado en manos del Patrón.

De repente, el calavera ya no quería que ella lo temiera como temía a su secuestrador.

Ya no le interesaba alimentar el miedo de Sky.

La prefería natural, espontánea y confiada.

Porque eso lo hacía sentir bien.

CAPÍTULO 8

Se había dormido en el sofá.

Nada más llegar. Sky estaba tumbada, con el antebrazo cubriéndole los ojos.

Se había descalzado y ahora descansaba, gozaba de un sueño profundo.

Koda la observaba sentado en el otro sofá. Era normal que le sucediera eso. Debía estar agotada. El estrés siempre pasaba factura, aunque ella aparentase una fortaleza y un aplomo inaudito en alguien que acababa de ser liberado de una prisión a la que se había acostumbrado.

Esa mujer era la persona más inesperada para él. Nunca se imaginó cuidando de nadie, y menos de la hija de la bruja.

Sky no había necesitado más de veinticuatro horas para demostrarle que ella, como su madre, era una víctima más de las manipulaciones del Patrón.

Y ahora hacía de canguro. Estaba en su casa, a su cargo. Mientras sus hermanos y sus parejas la ayudaban a tenerlo todo en regla y a convertirla en una ciudadana americana más. Libre en su derecho.

Apoyó los codos en sus muslos y se frotó la cara. Él tampoco había dormido nada en absoluto. Ni antes de encontrarla. Ni después de llevársela.

Y después de esa tarde comprando cosas que ella necesitaba, y de haberle preparado una habitación y haberle subido todo y metido en armarios para que ella no lo tuviera que hacer, se sentía exhausto.

Tal vez debería dormir como ella. Echarse y descansar, solo para recargar energía.

A lo mejor...

En ese momento, Sky se agitó. Parecía estar soñando.

Koda no quería molestarla.

Pero entonces, ella volvió a moverse. Sus piernas sufrieron un espasmo y comenzó a musitar noes, primero inteligibles y luego cada vez más claros y más altos. Hasta que empezó a gritar y a patallar...

En ese momento, Koda decidió agacharse, sujetarla por los hombros y despertarla llamándola por su nombre sin alzar mucho la voz.

Los rizos rojos de la joven se revolvían de un lado al otro. Koda la sujetó fuerte para evitar que se hiciera daño o se le abrieran las heridas.

—¡Sky!

Ella regresó a la realidad y abrió los ojos.

Estaba temblando, estremecida por la fuerza de aquella pesadilla.

Sus ojos violeta estaban dilatados por el miedo. Fuera lo que fuese lo que había soñado, la había alterado y aterrorizado hasta el punto de provocar que el corazón se le acelerase, al igual que la respiración.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Él... —dijo como si estuviese transida de frío—. Él estaba aquí...

—¿Él? ¿Quién?

—El Patrón.

—No —Koda le apartó las guedejas de pelo rojo para asegurarse de que lo mirase a los ojos—. Ese hombre no llegará hasta aquí. Has tenido una pesadilla.

—Pero lo he visto... —repetía. Le temblaba la barbilla—. Tengo... tengo que irme de aquí —se quiso levantar del sofá, mirando a todos lados para encontrar el modo de escapar—. Él vendrá. Lo sé...

—Sky, mírame.

—Siempre viene. Tú no lo entiendes. Siempre me ha encontrado...

—Sky —Koda acunó su rostro y ella agarró sus muñecas como si quisiera amarrarse a algo que la mantuviera a flote—. Has tenido una pesadilla. He estado aquí en todo momento y te aseguro que no hay nadie. Tengo el sistema de seguridad activado. Y detecta movimiento y calor humano a cuarenta metros alrededor de la casa —pasó los pulgares por las pecas difuminadas de su rostro—. No hay nadie. Solo tú y yo.

Cuando por fin Sky comprendió que había soñado y que en realidad era una pesadilla más, su rostro se convirtió en una mueca de aflicción y empezó a llorar.

Koda había visto llorar a muchas mujeres, y todas le afectaban, pero Sky le partió el corazón. Era una víctima. Estaba escapando de su Patrón y él la ayudaría a lograrlo.

Sky se abrazó a él. Su cuerpo temblaba contra el suyo, y Koda percibió todo su miedo como si fuera propio. Le pareció horroroso que alguien le provocara

aquello a esa chica, cuando había demostrado ser tan inteligente y con tanta clarividencia. El Patrón debía tener sus propias tácticas para someter a alguien de la personalidad de Sky.

Koda se quedó de rodillas en el suelo, entre las piernas abiertas de Sky.

No dejaba de temblar. Tiritaba como si estuviera en *shock*.

Y de repente, una marea, un fuego arrollador barrió el cuerpo del calavera y sintió la necesidad de calmarla como mejor sabía un Kumar.

—Sky... —se apartó ligeramente, sujetándole de nuevo el rostro y clavó sus ojos amarillos en los violetas de ella.

—¿Qué? —susurró debilitada.

Él se mantuvo pensativo unos segundos. Tenía un lunar en el labio y debajo de uno de sus párpados. Era inquietante, seductora de un modo innato pero no inconsciente.

Las chicas así eran un peligro. Hasta que dejó de pensar en nada de eso y se abalanzó sobre su boca.

Nunca hubiese imaginado que acabaría besando a la hija de la bruja. No tan pronto. Nada de lo que sucedía en su vida en esos momentos, tenía que ver con nada planeado ni esperado. Era el Azar, el Destino o la Buenaventura caprichosa los que los ponía en aquella tesitura.

Una atmósfera que nunca hubiera elegido.

Sus labios eran ardientes, suaves y húmedos. Sky rodeó su cuello con sus brazos, torció la cabeza e introdujo su lengua en el interior de su boca al tiempo que Koda se sentó sobre sus talones y ella a horcadas sobre sus muslos.

—Lo sabía —musitó Sky contra su boca—. Sabía que eras mi protector.

Él no comprendía nada. No supo qué contestar. Se le había ido toda la sangre a la polla y estaba como un mástil. Un maldito beso le había sido suficiente a esa mujer para ponerlo cachondo.

Él volvió a besarla y se dio la vuelta con ella para colocarse encima sobre el suelo.

Se hizo hueco entre sus piernas y acomodó sus ingles contra las de ella.

Sky lo atrajo a su boca de nuevo y le dio una orden clara y concisa:

—Fóllame.

Esa palabra. Carnal, cruda y sincera.

Nada de amor. Nada de promesas. Sexo. Solo sexo, él y ella en estado primitivo y de necesidad.

Koda asintió y se desabrochó los tejanos, para bajárselos con brío por los muslos.

Con la misma celeridad le quitó los pantalones a ella, y también sus braguitas blancas. Se había imaginado a esa chica con otro tipo de ropa interior. Pero dejó de pensar cuando vio el color rojo intenso del vello de su pubis. Era hermoso.

Koda se agarró el miembro, duro y preparado y abrió bien las piernas de la pelirroja. Follar así era extraño. A él le gustaba la dominación y la rendición de sus amantes. Y siempre había follado en grupo. Y casi nunca... joder.

Estaba penetrando a Sky con todas sus ganas, como no había hecho nunca. Y lo hacía sin condón. Nunca follaba sin preservativo.

De repente ella empezó a sollozar y a quejarse... él se apartó alertado.

Cuando miró hacia abajo, solo vio sangre. Sangre en los muslos de ella, sangre en su cintura... Koda frunció el ceño asustado.

—¿Sky? ¿Por qué sangras?

Y de repente, la puerta de la casa se abrió, y vio la silueta recortada de un hombre con un traje negro entrando en estampida a la casa. Tenía una pistola en la mano.

Koda quiso proteger a Sky. El tipo llevaba una máscara de Ronald Reagan puesta.

Inclinó la cabeza a un lado para mirarlos con frialdad. Alzó la pistola.

Y apuntó a Koda directamente en el corazón.

¡Búm!

Koda se despertó de un salto.

Miró hacia todos lados buscando una pistola. Pero encontró a Sky durmiendo plácidamente en el otro sofá.

Se miró a sí mismo y empezó a tomar consciencia de lo sucedido. Muy lentamente.

Él había tenido una pesadilla. Él. Y había soñado que era Sky quien la tenía y él...

—Por todos los demonios —se levantó del sofá con los nervios a flor de

piel. Había sido tan real... Se frotó la cara y dio vueltas alrededor del salón para tranquilizarse.

Echó un vistazo a la puerta de entrada de la casa. Estaba cerrada.

Nadie, nadie podía entrar. Después corrió a otear el móvil para cerciorarse de que la aplicación de seguridad no daba avisos de ninguna alarma. Y efectivamente, nada rodeaba la casa no había violado el perímetro de seguridad.

Se sentó de nuevo en el sofá, y se quedó mirando a la joven. Dormía.

Koda tenía un don. Podía averiguar cosas que habían sucedido a través de los sueños. De los tres hermanos Kumar él tenía la visión. A él le hablaba el espíritu de los gunlock, lo marcaba con sus presagios y su videncia. ¿Era una pesadilla más? ¿Era un miedo? ¿El miedo de Sky tal vez? ¿Y por qué lo soñaba él?

Lo que tenía claro era que ningún sueño anterior le había dejado aquel efecto residual en el cuerpo. Si aún podía oler la sangre de Sky entre sus piernas.

—Joder —murmuró dejando caer la cabeza. Quería quitarse de encima aquella sensación.

Pero entonces, Sky empezó a musitar algo y a mover las piernas.

Koda entrecerró los ojos de manera inquisitiva.

Aquello iba mal... Vio sus gestos. Sus espasmos. Se parecía mucho y peligrosamente al sueño. Muchísimo.

Koda se levantó inquieto. No quería un déjà vu.

Y entonces Sky abrió los ojos estirando brazos y piernas como si se quisiera sacar algo de encima y dejó ir un grito:

—¡No! ¡No!

Koda se quedó muy quieto. Sin atreverse a mover un músculo.

Ella miró hacia todos lados, desorientada. Le faltaba la respiración. Entonces advirtió a Koda, que parecía una estatua, parado con las piernas abiertas y los brazos relajados. Su gesto era tenso y serio y la miraba a ella como si se tratase de un bicho raro.

El apretó la mandíbula y sin atreverse a acercarse a ella le preguntó:

—¿Una pesadilla?

El tono incrédulo con el que lo dijo tensó un poco más a Sky. La chica se

humedeció los labios y se apartó el pelo de la cara. No lograba serenarse.

—Él estaba aquí.

Pronunció las mismas palabras que le había dicho en el sueño a Koda. Oírlo no le gustó nada al mestizo. Le puso la piel de gallina y quiso salir del bucle lo antes posible antes de que por un casual se repitiese su escena del sueño.

Sky se levantó como si tuviera ganas de irse.

—Tengo que irme... él vendrá, lo sé...

Koda reaccionó rápido y la detuvo sujetándola de la muñeca. Antes de eso miró su móvil para reconfirmar que no sucedía nada y que nadie se acercaba. Estaba todo bien.

—Suéltame —le pidió ella.

—No —contestó Koda sin liberarla—. No te vas a mover de aquí. Nadie va a venir. Has tenido una pesadilla. Eso es todo —añadió como un robot, convirtiéndose en alguien inaccesible.

—No... Él puede venir y...

—Tú Patrón no te encontrará.

Sky dejó ir el aire por la boca. Temblaba y todavía estaba en *shock*. Se cubrió la cara con las manos y cuando las retiró la barbilla le temblaba y sus hermosos ojos brillaban de humedad.

—Ha sido tan real... —susurró ella insegura. Estaba pidiendo a gritos que la tranquilizaran—. ¿Cuánto he dormido?

—Dos horas.

—Ah... —ella lo miró con ojos de corderito degollado—. ¿Y tú estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—No.

—Tienes mala cara —se abrazó a sí misma y se frotó los brazos.

—Es mi cara.

Koda no la iba a tocar ni loco.

—No. Esa fue tu cara al sacarme de Las Vegas. Esta tarde todo había cambiado. Y ahora vuelves a estar igual.

Koda no quería seguir hablando. Cortó el contacto visual con ella, como si lo que le sucediese no fuera importante.

—Solo fue una pesadilla. Ya está —Koda dio un paso atrás para mantener

las distancias—. Ahora ve arriba. Tienes una habitación para ti y he guardado todas las cosas que has comprado en los armarios —ella sorbió por la nariz y tragó compulsivamente—. Espero que te guste el orden en que he organizado todo. Aséate o haz lo que consideres —carraspeó y se dio media vuelta—. En una hora nos iremos al Reino.

—De acuerdo —Sky sabía que él no quería tener que ver con ella ni con su pesadilla. Se veía a leguas, no hacía falta leerlo o analizarlo—. Koda —él se detuvo en el inicio de las escaleras—. No quiero ser un estorbo ni molestarte. Podría largarme muy lejos y...

—No digas tonterías. No te vas a largar a ningún sitio. Y date prisa. Las chicas tardáis mucho en arreglaros.

—Está bien —Pero a Sky no le convencía. Las oleadas de incomodidad de Koda le llegaban altas y claras. Y frías, más bien heladas—. ¿Puedo ir como quiera?

Koda subió tres peldaños más y volvió a detenerse.

—¿A qué te refieres?

—Al Reino. ¿Hay un protocolo de vestimenta? Es mi primera vez, ¿recuerdas?

Él no podía seguir mirándola. Le estaba poniendo los nervios de punta. Sky se sentía vulnerable y él se sentía fatal pero no pensaba dar ningún paso en falso.

Con todo lo que Sky era y lo fuerte y poderosa que transmitía ser mentalmente, en ese momento, todavía tiritaba.

—Pero tú sabes de todo, ¿no? Seguro que ya tienes uno de esos modelitos pensados —ella se quedó muda ante la respuesta y él matizó sus palabras—. Ve como quieras. Hoy es noche bedesemera. Rojo, negro, violeta...

—Pero... —iba a protestar ella.

—Sky —la cortó sin paciencia— no es una fiesta de disfraces. Ni siquiera sé por qué he aceptado que vengas a algo así. El Patrón ese no va a encontrarte, pero no es buena idea que salgas y te vean mucho por Carson... estoy haciendo todo lo que un supuesto guardaespaldas no debería hacer. Que es exponerte.

Aquello ofendió a la joven. No se estaba tomando la experiencia del Reino como una visita a un parque de atracciones cualquiera. Era Hermes y mandaba realizar perversiones a sus jugadores. Le gustaba ese mundo nocturno y libre,

lleno de órdenes y sumisión. No quería ir disfrazada. Quería sentirse poderosa en su cuero y en su piel, siendo libre por primera vez. No era una fachada.

—No tienes que venir conmigo si no quieres. Puedo ir yo —contestó alzando la barbilla para dejarle claro a Koda que no lo necesitaba. Le encantaría que fuera con ella, porque con él se sentía mucho más segura que sola. Pero, de repente, a Koda le incomodaba mucho tenerla cerca. Era una mujer. Se daba cuenta de esas cosas.

—No vas a salir de esta casa sola.

—¿Entonces esto también es un encierro? —le echó en cara.

—Estamos protegiéndote. Eso hacemos, no lo olvides.

—Pues háblame como si de verdad me estuvieras protegiendo y no como si estuvieras enfadado conmigo o fuera una carga para ti —sus ojos violeta se oscurecieron. El genio enseñaba el hocico.

—Puede ir todo de la mano.

Ella abrió la boca pasmada.

—¿Soy una carga para ti? —contestó ella con voz trémula—. Yo no te pedí que me sacaras del hotel en Las Vegas. Fue tu decisión, ¿recuerdas? Querías torturarme. Pero ahora estoy agradecida y tan sorprendida como tú por esta atmósfera que me rodea.

—Pues no estés sorprendida. A veces se toman malas decisiones —contestó Koda diciendo lo que pensaba en ese momento—. Y hay que ser consecuente. Yo te saqué de ahí y ahora eres mi responsabilidad.

—No quiero ser responsabilidad de nadie. Solo quiero ser responsable de mí misma a partir de ahora. Además, ¿qué te ha pasado? —volvió a recriminarle—. ¿Me he perdido algo en la cabezadita que me he echado? Porque vuelves a mirarme como si fuera... una mala persona.

Él resopló agotado de la tensión que crecía en su interior.

—Me hablas como si me conocieras de toda la vida. Todo es extraño —añadió algo perdido—. No me gusta.

—¿No te gusta cómo te hablo? —dijo ella con un hilo de voz.

—No —contesto de nuevo—. Me pone nervioso. No sé por qué tienes esa confianza en mí. Me haces sentir incómodo. Eres como una niña que acaba de salir de su huevo. No estoy acostumbrado a hacer de canguro de nadie.

—¿Como una niña, dices? —las cejas rojas de Sky se elevaron hasta el

nacimiento del pelo. Hizo una mueca con la boca sin poderse creer aquella comparación—. ¿Me estás haciendo de canguro? Es curioso... A veces me ves como la prostituta sin escrúpulos del Patrón. Otras como si fuera una cría. Aclárame eso.

—No es eso lo que he querido decir —se excusó Koda.

—¿Ah, no? ¿Y qué has querido decir?

—Nada. Da igual. Solo estoy cansado.

—Entiendo —La decepción de Sky era muy palpable. No iba a poder fingir que no había escuchado esas palabras de boca de Koda.

—No he dormido bien. Ahora sube a ponerte a punto. Nos iremos en cuanto estés lista. Ve de negro. El negro nunca falla.

—Claro. De negro, muy bien —asumió Sky desilusionada. Retiró la mirada de la de Koda y se quedó de pie en el salón.

Tenía que recuperarse de dos cosas: de la maldita pesadilla que acababa de tener.

Y de sentir que el águila se sentía en una jaula con ella.

No había negado que era una carga. Lo había omitido, pero lo pensaba en realidad. Sky odiaba ser carga de nada ni de nadie.

Y no solo eso. Koda la veía como a una cría inexperta en todo por no haber visto mundo.

Quería ir al Reino. Quería verse en una de esas, porque jamás creyó que llegase el día en el que pudiera experimentar algo así... Eso no la haría olvidar que el Patrón no cesaría hasta encontrarla. Pero sí le daría algo que recordar cuando se la llevase de nuevo.

Aunque le hubiera gustado ir con Koda de buenas, como antes de echarse la siesta maldita.

¿Qué diantres había pasado para que él volviera a ser arisco y desconfiado?

CAPÍTULO 9

Hubiera deseado morderse la lengua.

Se había puesto nervioso y lo había pagado con ella. Para alejarla. Para entender y ver con perspectiva que nada de lo que le sucedía tenía sentido. Nada. Su vida y su visión de las cosas no podían cambiar de ese modo en el poco tiempo que llevaban juntos.

¿Y si Sky le había lanzado un hechizo? Sus sensaciones parecían tan irreales y repentinas que dudaba que fueran sostenibles.

La pesadilla lo había desequilibrado. Y si él le hacía daño a ella. ¿Por eso había sangre por todas partes en ese sueño?

Koda esperaba en la entrada, extraño en sí mismo. Como si se sintiera fuera de su propio cuerpo.

Se había vestido para una noche de las suyas en el Reino. Una noche donde poder desahogarse y encontrar calma mental para pensar mejor, para saber qué hacer y tomar las mejores decisiones.

Y Sky quería hacer en ese tiempo que consideraba a contrarreloj, todo lo que no había hecho en su vida. Cada palabra, cada paso, cada conversación, era tan intensa que lo sobrepasaba. Estar con ella era como convivir con alguien que consideraba que le quedaban unas horas de vida. Y él, que era igual de controlador que sus hermanos, que lo planeaba todo y lo organizaba para no perder ni un detalle y no dejarse sorprender, de repente estaba haciendo todo lo que iba en contra de su naturaleza: improvisar continuamente. Estaba clarísimo que no podía dar nada por hecho con la pelirroja.

Miró el reloj por enésima vez. Y cuando alzó la vista, vio a Sky bajar las escaleras.

Bueno, esa no era Sky. Esa era una escultura andante... Una humana que desafiaba a las diosas.

No iba de negro. Se había pasado su recomendación por donde le había dado la gana y llevaba un mono de cuerpo entero rojo. La parte de arriba le dejaba los hombros al aire pero le cogía la parte superior de los brazos. Se cerraba por delante con cremallera y le levantaba el pecho. El corsé

enmarcaba sus caderas y sus últimas costillas haciendo que el cuerpo le dibujara la silueta de un reloj de arena. Sus piernas torneadas y sus muslos se veían fuertes.

Lo único que llevaba negro eran las botas altas de tacón que le llegaban por las rodillas. Llevaba su pelo suelto pero recogido por una sencilla diadema metálica con brillantes negros y unas orejitas diminutas de gata.

Sin duda llevaba un conjunto perfecto para calentar el ambiente y poner cachondo al personal.

El rostro le brillaba con luz propia. Se había maquillado. Los labios pintados de rojo, las mejillas sonrosadas... Todo hacía un conjunto perfecto con sus ojos y sus sombras. La melena de leona y pelo rojo con tirabuzones lo enloqueció.

Tenía una cabellera espectacular.

Sky llevaba un bolso de mano tipo sobre y dentro había guardado el móvil y efectivo, además de su identificación.

Koda se la quedó mirando sin pronunciar palabra.

Con los tacones era más alta, desde luego, pero no tanto como él. Tal vez por eso Koda pudo vislumbrar la expresión de sus ojos y darse cuenta de que estaba más reservada que antes de su conversación.

—Ya estoy lista —le confirmó mirándolo de frente.

Él la miró de arriba abajo, su nuez hizo el mismo movimiento, y contestó con voz ronca:

—Entonces, vamos —Koda esperó a precederla. Y no pudo evitar pensar que ese mono le hacía un culo impresionante. Rectificaba. No era el mono. Era la percha en sí. Sky hacía a esa prenda más sexi de lo que era.

Sky no tenía ganas de hablar en el coche.

Ni tampoco fuera de él.

Había una tensión muy extraña que ella no comprendía. No sabía a qué era debido ni qué se suponía que había hecho para poner a Koda de mal humor. De hecho no había hecho nada. Sky no era de las que se amedrentaban y se culpaban de cosas que no había hecho solo porque otro intentaba hacerle sentir mal. No. La autocompasión no iba con ella.

Esa noche Sky acompañaría a Koda, porque ella se lo había pedido. Porque

se sentía como un pajarito volador vigilado por sus cazadores. Y antes de que la cazaran quería vivir y experimentar. Un vuelo solo. Solo uno quería.

Koda le había repetido por activa y por pasiva que nada malo le iba a suceder y que ellos, los Calavera, no iban a permitir que se la llevaran.

Lo agradecía. Pero no creía en promesas y palabrerías. «Los Kumar no faltamos a nuestra palabra» le había dicho Koda.

Ella le dirigió una mirada sesgada. Tal vez no faltaban a su palabra, pero cambiaban del modo amable al arisco con solo darle a un botón. ¿Dónde tenía el botón?, pues no tenía ni idea pero estaba segura que ella no lo había pulsado.

Para no pensar en lo incómoda que se sentía, alzó la mano y bajó el espejito para asegurarse de que todo estaba en su lugar y de que se había pintado bien.

Sabía maquillarse. De eso no había duda. Cuando Randi le dejaba su móvil para investigar en redes cosas de la vida cotidiana y ver vídeos, había visto muchos tutoriales. Los de maquillaje se contaban entre sus favoritos.

Era perturbador verse así. Pero le encantaba. Así es como le gustaría ir a menudo. Pero bajo el mandato del Patrón casi nunca se podía pintar. Es más, no podía llevar nada que llamase la atención al equipo de guardas que la rodeaban. Nada que los distrajera. Porque ellos eran hombres y ella una mujer. Unas piernas bonitas, un escote, un rostro más llamativo y maquillado, el pelo suelto... «No eres una mujer cualquiera, Sky», le había dicho el Patrón.

Los hombres eran muy básicos y planos y cualquier cosa podía alertar sus instintos más primitivos, al parecer.

Sky estaba muy aburrida de todas aquellas premisas. Había vivido confinada, intimidada, amenazada, pero de un modo sibilino y educado, para hacerla creer que, en realidad, no estaba tan mal.

Solo había necesitado veinticuatro horas para advertir que aquella era la autonomía que cualquier persona merecía. No se atrevía a abrazarla ni a soñarla, todavía no. Pero sí quería, al menos, vivirla una noche.

Ser una chica normal que disfrutase de ella, de su cuerpo, de sus necesidades... De unos tacones, los cuales, por cierto, eran muy incómodos. Esas cosas que no había hecho en sus veinticinco años por culpa del Patrón.

Se pasó las manos por los muslos y le encantó la textura del mono en el que iba inmersa. Era de piel fina y elástica. Costaba mucho dinero. Pero ella se lo podía pagar. En ese momento sí. Como cualquier cosa que quisiera. Ahora

mismo, nada le impedía irse y vivir intensamente esa independencia esporádica de la que gozaba. Si hasta tenía su propio móvil con los teléfonos de los Kumar, Karen y Shia. Como si fueran su grupito de amigos.

Sin embargo, el hombre con cresta y *piercings* que tenía sentado al lado, y que estaba tan tenso que parecía que se iba a partir en cualquier momento, no iba a estar por la labor de perderla de vista.

Su águila, bueno o malo, iba a estar al acecho y Sky era muy consciente de que sería más difícil escapar de Koda que del Patrón.

Carson City

El Reino de la noche

¿A cuánta gente le intrigaba el misterio y lo prohibido?

¿Cuántos no podían ni sabían cumplir sus fantasías por no disponer de lugares como el Reino?

Había tantísima gente allí. Y todos se divertían en un ambiente de profundo respeto, sano, seguro y consensuado.

A unos les gustaba ir a hacerse *tattoos*, a otros les apetecía agujerearse la piel... otros tantos preferían salir de fiesta y acostarse unas noches con unos y otras con otros. Y otros cuantos preferían ir a lugares de relaciones abiertas. Pero aquel lugar palaciego y gótico, con un toque elitista, era sin duda, el hogar de los que querían jugar a dominar y ser dominados con pizcas sazonadas de dolor placentero.

El paraíso. Eso era para todas las personas que querían más picante, más roles, más emoción.

Estaba a reventar. Y todos habían asumido las normas de etiqueta.

Negro, cuero, silicona, charol, tacones, metal, fustas, látigos, collares de sumisión... y mucha seducción y poderío.

No todo el mundo tenía el valor de abrazar sus deseos. Por eso, para Sky, toda esa gente que bailaba como en una discoteca normal y corriente, y que bebían y charlaban en reservados y en barras, eran valientes.

El Reino no dejaba entrar a cualquiera. Samantha se encargaba de psicoanalizar fugazmente a todo el que quería entrar y ella daba el visto bueno.

Tenían reservado el derecho de admisión, y si algún tonto de la cola se ponía pesado y ofensivo, ya venían los orangutanes de seguridad que habían contratado a poner paz.

Aquella noche, no iban a estar los demás, ya que habían informado por whatsapp que iban a investigar en Las Vegas para dar con la empresa privada contratada por el Patrón.

Koda no iba a ir porque al día siguiente debían hablar con Garia sobre lo que él pudiera saber acerca de ese conflicto con los shoshones.

Pero en ese instante, con Sky vestida de aquel modo, su cuerpo perfectamente sinuoso delineado por el mono... su melena roja y esas orejitas de gata en la cabeza... Pffff, le implosionaba la cabeza.

Y para colmo no podía dejar de pensar en esa pesadilla que había tenido. Podía leer entre líneas y atisbar los significados de los sueños, los podría llegar a traducir.

Pero estaba de mal humor. Frustrado. Y así no podría encontrar el sentido a nada de lo que le estaba sucediendo.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Koda para romper un poco el hielo. Había sido muy poco cordial con ella. No quería hacérselo pasar mal porque Sky no había hecho nada malo.

Ella no le miró. Continuó perdiéndose en cada rincón de ese local. Asombrada por los actos de coqueteo y toqueteo que veía. Pero no le desagradó. Ni siquiera le turbó.

—¿Toda esta gente que hay aquí son bedesemeros?

—La mayoría es simpatizante, sí.

—¿A todos les gusta la dominación y la sumisión?

—Sí. Seguramente también habrá curiosos que estén probando su primera vez. Como tú —le aclaró con tono irónico. Él no se lo creía porque consideraba que Sky debía tener muchísima experiencia. Fingir que no la tenía era absurdo—. Pero la gran mayoría ya saben de lo que va esto —Koda seguía con la cabeza el ritmo de la música—. ¿Sabes diferenciar a los amos de los sumisos?

—Por supuesto —contestó ella—. Es como separar el blanco del negro.

—¿Y a los switch?

—Obviamente, sí —replicó ella.

Koda oteó la sala central. El podium.

—Vamos a ver cuánto sabes de mi mundo...

—¿Me vas a poner a prueba? —aquella fue la primera vez que ella lo miró desde que salió de la casa.

Koda se encogió de hombros. No quería examinarla pero sí ver hasta qué punto Sky encajaba en aquel universo de Amos y de Mazmorras. Porque no todos estaban hechos para abrirse a la dominación.

—¿Qué ves en el podium? —le preguntó Koda señalándoselo.

Ella resopló como si le aburriese.

—Hay un animal play en juego. Las dos amas dan órdenes a los sumisos, como si fueran sus perros.

Koda asintió con orgullo. El podium estaba plagado de gente, y sí, Sky estaba en lo cierto. De entre toda la multitud, habían cuatro personas comportándose de un modo distinto. No bailaban. Ordenaban y controlaban que sus sumisos hiciesen lo que ellas quisieran.

—Le ha pedido que le traiga hielo —explicó Sky—. Los dos han ido a por un cubata. Y ellas les han ordenado que les den el hielo con la boca.

—¿Hay algo de todas estas personas que te llamen la atención? ¿Algo que debamos saber y que hayamos pasado por alto?

—¿Quieres mi opinión?

—Eres experta en ver detalles que a la mayoría se nos pasan de largo.

—Veo algún que otro comportamiento esquizoide que es posible que no vaya a más. Pero me han llamado la atención un par de cosas. Se os ha colado un Emo —señaló a un chico pálido con líneas rojizas asomándose por debajo del cuello de la camiseta negra—. Puede reclamar servicios que no dais.

Koda giró la cabeza y miró a Sky con admiración.

—Y otra cosa.

—¿Qué?

—Uno de los barmans os roba. Cada vez que abre la caja, hace un juego de manos y acaba metiéndose la derecha en el bolsillo trasero del pantalón.

Koda entreabrió la boca y divisó al tío en cuestión.

—No jodas. Es Larry... empezaba esta misma noche.

—Pues Larry no es buen fichaje —añadió Sky sin darle excesiva importancia.

Koda asumió que debían controlar al Emo y echar a Larry cuando acabara la noche y, siempre y cuando le vaciaran los bolsillos.

—¿Por qué te gusta esto? —Él se lanzó a preguntárselo. Porque necesitaba comprender qué era lo que la atraía. ¿Le gustaba el sexo pero ya le aburría lo convencional? Habiendo ejercido el papel de Hermes fue directora de juego pervertidos y obscenos. ¿Qué más quería? ¿La dominación total? ¿La sumisión total?

—¿Y a ti? —le preguntó ella.

—He preguntado yo primero. ¿Qué esperas de esto? —señaló el lugar.

Sky volvió a otear al frente.

—Me gusta la honestidad. Que sean sinceros consigo mismos y acepten que las cosas les gustan a su modo, no al que hay preestablecido. Es fácil seguir las mareas, te dejás llevar y ya está. Lo complicado es salir de ellas y buscar tu propio mar —parpadeó un par de veces e hizo un pequeño mohín—. He obedecido sin sentir nada durante toda mi vida. He aprendido a captar las emociones y los pensamientos de los demás, pero no los míos. Me gustaría, por primera vez, recibir órdenes que me estimulen y me muevan por dentro. Necesito hacer algo que me —posó su mano en su esternón y suspiró agotada— haga sentir que estoy viva. ¿Comprendes eso? —alzó el rostro y dejó caer su atención en él.

Koda movió la cabeza afirmativamente. Fue un segundo. Pero ella lo captó. A continuación, el Kumar echó un último vistazo al Emo y al ladrón. Los tendría localizados y avisaría a los de seguridad, por si acaso. No quería problemas de ningún tipo en el Reino.

—Está bien, Sky —concedió Koda—. ¿Quieres emociones?

—Sí. Me gustaría experimentarlo —confesó ella sin atisbo de reparo en su actitud ni en su voz.

El gunlock tomó de la mano a la joven. Ella tragó saliva nerviosa al recibir aquel contacto de su parte.

—Te puedo regalar esta noche de libertad —sentenció Koda—. Pero es solo eso. Y tampoco vas a poder jugar del todo. Solo hasta donde yo diga.

—No sé si es justo.

—¿Hoy? —chasqueó con la lengua—. Ya lo creo que lo es. Hazme caso. Los sábados de baraja son salvajes. No quiero que te metas en esto así. Esto es solo una concesión. Si esto es lo tuyo, espero que lo descubras por ti misma

cuando estés libre y sin coacciones de ningún tipo.

Sky no recibió aquellas palabras con agrado. Él no lo sabía. Pero le encantaría que Koda quisiera probarlo todo con ella. Porque Sky sabía quién era él. Koda, en cambio, no sabía verla. Y era extraño que alguien con un don, no supiera identificar las cosas especiales, como que ellos se hubiesen encontrado de ese modo.

—¿Por qué lo vas a hacer? —le preguntó la joven después de su decepción parcial.

—Por juzgarte desde el principio. Es mi manera de pedirte disculpas, mostrándote sin más parte del mundo al que pertenezco. Te voy a meter en el juego de rol de Dragones y Mazmorras DS. Seguro que te lo vas a pasar muy bien.

—¿Un juego de rol? —preguntó ella muerta de curiosidad.

—Sí, es una baraja de cartas.

Koda tiró de ella y avanzó entre la multitud hasta llegar a las escaleras que iban a las mazmorras superiores que parecían nidos de cristal.

—Pero... ¿os jugáis dinero?

—No. No nos jugamos dinero —contestó. Sus ojos amarillos lanzaban destellos divertidos.

—¿Entonces? —Sky subía las escaleras con la mirada fina en las anchísimas espaldas de Koda.

—Nos jugamos lo que nos mueve —Koda se detuvo frente a La Gruta—. Nuestra reputación. Nuestro dolor —puso su mano en el lector de cristal del exterior y cuando las puertas se abrieron de par en par finalizó con—: Y nuestro placer.

Y los dos desaparecieron en el interior oscuro de aquella sala de castigo y de placer.

La sala grupal de todos los Amos.

La Gruta.

La Gruta

En la parte superior, donde se mostraban las ocho celdas acristaladas de los

Amos del Reino, había una novena que no estaba a la vista de todos.

La llamaban la Gruta. Era oscura y solo quedaba iluminada por pequeñas luces leds rojizas dispuestas alrededor de los zócalos y en los techos que otorgaban un ambiente de intimidad y secretismo solo disponible para aquellos que más sabían.

De los techos pendían cadenas, había una cruz de San Andrés al final, como si fuera el altar de una iglesia.

En el centro de la sala una mesa redonda de mármol fino esperaba por dos comensales más.

En ella, sentados y rodeados por el magnetismo del que es Dómine se encontraban Dómina Trix y Derek el Griego, cada uno con una sumisa a su lado. Las dos chicas, una morena de pelo liso y la otra rubia con un moño alto, estaban muy excitadas y nerviosas y les habían cubierto los ojos con vendas negras. Tenían las manos relajadas sobre la superficie perlada de la mesa, como si fueran dos señoritas educadas.

—¿Y las Arpías? —preguntó Koda—. ¿No venían a jugar?

Jessica se reclinó en su trono de piedra. Allí todas las sillas eran iguales, como si en ellas se sentaran los caballeros del Rey Arturo.

—Deben estar al llegar —le contestó Trix—. Están jugueteando con un grupito de despedida. Creo que les están haciendo llorar.

Koda se echó a reír y se imaginó el percal.

—¿A quién has traído? —preguntó Derek.

—Ella es Sky.

—Bonito nombre —adujo la rubia Trix—. Estas son Sandrine —presentó a su sumisa—. Y la de Derek es Coral. Han querido venir esta noche.

—¿Han querido venir? —repitió Sky.

—Todos los Amos del Reino tienen a sus sumisos de toda la vida. Les instruyen. Y pueden invitarlos cuando ellos quieran. Hoy es día de competición.

—¿Día de competición? Sé que parezco un loro repitiéndolo todo, pero...

Koda la disculpó con una sonrisa para tranquilizarla.

—El día de baraja es un juego para los Amos. Tenemos una tablilla para conseguir puntuaciones.

—¿Competís entre vosotros?

Derek y Trix asintieron y después se miraron el uno al otro decididos a buscarse las cosquillas y a competir entre ellos. Había una rivalidad subyacente entre los dos dómines.

—¿Entras a jugar conmigo, Sky? —le preguntó Koda.

—¿Contigo? ¿Aquí? —Sky estudió el habitáculo y los dómines presentes.

—Sí. Aquí.

—¿Y en calidad de qué juego? —quiso saber ella intrigada.

—En calidad de mi acompañante —calló unos segundos y añadió—: Y mi sumisa.

—¿Tu sumisa?

—Estas cosas se hablan afuera —indicó Derek provocando a Koda.

—Cómeme la polla —le espetó Koda. Derek y Trix se echaron a reír. Después volvió a concentrarse en ella—. ¿Quieres experimentarlo?

—Sí —contestó ella sin echarse atrás.

—Bien. Recuerda que debes obedecerme en todo.

—Vale.

—Siéntate —le pidió Koda.

Sky obedeció. Tenía un gusanillo extraño en la boca del estómago. No lo había sentido nunca antes, excepto cuando vio a Koda en el Hard Rock a través del monitor. Era una buena sensación, de eso estaba segura.

Trix señaló las cartas que había en el centro de la mesa.

Koda se quitó la americana negra y la dejó perfectamente colocada en el respaldo de la silla. Tomó asiento al lado de Sky y la miró de reojo.

—Lee la carta solitaria que hay en el centro. Es un protocolo que hacemos en todos los días de baraja.

Sky alargó la mano y la tomó. Se había pintado las uñas del mismo color que las botas. Iba de rojo y negro.

Pero cuando empezaba a leer entraron por la puerta las tres arpías: Katryn, Tori y Liz. Iban las tres vestidas iguales, como Dómina Trix. Con colas altas, tacones y ropa negra muy ajustada de cuero barnizado.

Traían cada una a un sumiso sujeto por una cadena al cuello, como si fueran perros. Los habían sacado de sus celdas en calzoncillos para meterlos en la común.

Dómina Trix alzó la comisura de sus labios y dejó ir una carcajada:

—Te dije que los iban a traer —se dirigió a Derek—. No van a olvidar nunca esta noche.

—Hola —dijo Tori acariciando los rizos de Sky por atrás.

—Hola —contestó Sky.

—¿Y de quién eres tú? ¿Del indio punk? —señaló Katryn con toda su cara.

—Katryn, alguien debería ponerte un gag para toda la eternidad.

—Tú no —le guiñó un ojo claro.

—Te hemos visto esta mañana en el restaurante —anunció Lis hablando todavía con Sky.

En esas que el sumiso de Tori, que era delgado y pálido le dio por expresarse cuando no tocaba.

—Por favor, *madame* —dijo con voz trémula—. El suelo está frío y yo me constipo rá... ¡aaaaa!

Tori, la oriental, cuya cola alta le tensaba los hermosos rasgos, acababa de pellizcarle el pezón y se lo retorció entre los dedos.

—Pero, ¿qué *madame*? ¿Esto es un puticlub? —le preguntó acercando el oído a su boca.

—¿Eh? No.

—¡Más alto!

—No... —lloriqueó el individuo.

—Soy tu Ama esta noche, perro —le recordó tirándole de la oreja para sentarlo en la silla, a su lado.

Trix no podía aguantarse la risa. Derek los miraba como si fueran deshechos. Y las arpías jugaban con ellos como les placía.

—Ahora sentáos. Venga —Katryn les dio con la pala en las nalgas. Tenían la piel tan pálida que ya se les había sonrosado.

—Como no te portes bien —Lis, que era la mulata de ojos marrones claros, se acercó a Sky, por su lado izquierdo—, puedes acabar con los pezones como ubres, como los de estos. ¿Eres como ellos? ¿Vas a llorar? —sus dientes blancos destellaron—. Podemos hacer que llores.

Koda se mantuvo impávido. Sabía que Sky sabría cómo defenderse. No le intimidaban. Nadie de los que estaba ahí le intimidaba.

Eso le hizo gracia a Sky. Observó a los tres tipos. No, ni por asomo ella era como ellos.

—Tu sumiso —le dijo a Tori—, es el que se casa. Los otros dos son los padrinos. Dos de ellos tienen purpurina negra y roja en la cabeza. Y huelen a puro. Seguramente la purpurina será de la stripper que contrataron antes de llegar aquí. Los puros los suelen fumar en las despedidas de solteros. Probablemente, esto lo ha organizado tu mujer —le dijo al que iba a contraer matrimonio en breve—. La que se va a casar contigo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el esmirriado tembloroso.

Sky sonrió de oreja a oreja y Koda se acomodó en la silla como si se sintiera el Rey.

—Porque sabía que tus padrinos querían pagarte a unas putas. Tu mujer te conoce y sabe cómo quiere que acabes la noche.

—¿Y cómo quiere que la acabe? —preguntó inclinándose hacia adelante lleno de interés.

—Asumiendo que te has casado con una dominante. Ella solo te está preparando.

—No jodas, Tomas... —dijo uno de sus amigos.

Katryn coló la mano entre sus piernas y le sujetó los testículos sin mucha ternura.

—Tranquilo, polluelo. A ti también te va a encantar. Tu mujer es amiga mía —le recordó.

—¿Cómo sabes esas cosas? —quiso saber Trix anonadada.

—Sky es muy analista —Koda respondió por ella.

—¿Ah sí? —arqueó sus cejas rubias, espesas y bien perfiladas—. Maravilloso —dijo satisfecha—. Me encanta jugar con gente inteligente.

—Eso también lo sé —contestó Sky cogiéndole el guante.

—¿Y qué más sabes de mí? —Trix dejó la fusta sobre la mesa y acarició la punta lanzándole una mirada velada.

—Que en esta mesa falta una chica —contestó Sky sin más.

Las Arpías y Derek murmuraron un «Uuh» muy elocuente. Como si acabase de decir un secreto a voces.

—Me encanta toda esta palabrería. Pero... ¿empezamos? Quiero daros la tunda que os merecáis —aseguró Derek impaciente.

—Sí. Vamos a empezar —Jessica dirigió una mirada desafiante a Sky.

—¿A qué? —dijo uno de los sumisos, con poco pelo, como una chica miedosa.

—Que te calles —le ordenó Lis mordiéndole la oreja. Y después le dio un cachete en el muslo. El tipo dejó ir un alarido nervioso.

Esos tres individuos nada tenían que ver con los dómines ejemplares del Reino. Los Amos de allí parecían todos pura sangre. Grandes, musculosos, guapos y misteriosos.

Sky entendía que era un reclamo para la gente. Lo bello vendía.

—Lee —Koda obligó a Sky a que lo mirase solo con el tono.

Ella obedeció, volvió a tomar la carta sin demora, y empezó a leer.

—Uso de esta baraja.

CAPÍTULO 10

1. Estas cartas son para jugar en grupo o en pareja, pero siempre bajo consenso de modo sano, seguro y consensuado, como es el BDSM.

2. No hay uso de cuerdas ni tendencias sádicas. No son unas cartas destinadas ni al bondage ni al sadismo.

3. Las cartas se eligen al azar y siempre las escoge el sumiso. El Amo solo ejecuta.

4. Las cartas objeto: deberás coger una carta objeto sencilla y una carta Objeto X.

5. Cartas modalidad: Se pueden elegir hasta dos cartas al azar, dependiendo del castigo que salga a ejecutar en ellas.

6. La intensidad de los castigos dependerá siempre del aguante que tenga el sumiso. El Dómine respetará siempre su decisión y se detendrá en cuanto escuche la palabra de seguridad (codeword). Si el sumiso tiene un gag o mordaza siempre se le facilitará un objeto que pueda sostener y después lanzar al suelo cuando ya no resista más.

—Baraja las cartas, Sky —le ordenó Koda—. Todos debemos coger una carta de cada.

Ella nunca fue croupier ni nada por el estilo, pero sí sabía barajar muy bien.

Tomó cada montoncito, el de Objetos, Objetos X, Modalidad, Superficie y Tiempo. Y los cortó y mezcló varias veces. Después los dejó de nuevo, como un abanico sobre la mesa.

—¿Lo haces todo tan bien? —preguntó la provocadora Dómina—. Qué callado te lo tenías, Koda.

—Es una noche excepcional. Nada más —aseveró él.

—Perfecto —Jessica estaba deseosa de que empezara el juego. Así que tomó un mando de televisión que Sky no supo de dónde sacó, y encendió una pantalla tras ellos, que los alumbró con tonos blancos y azulados, en los que había una clasificación de los Amos ahí presentes—. ¿Quién empieza?

—Mejor empieza tú —sugirió Tori mirando con desaprobación a su sumiso—. Mucho me temo que estos no nos van a aguantar nada.

Estaban tan excitados que se les veía el empalme a través de los calzoncillos.

—Es lo que pasa por hacer favores a amigas —le recordó Derek.

—Vamos a empezar por Sandrine —dijo Jessica—. Ella será la primera en coger las cartas —Jessica acarició el rostro de su sumisa y esta buscó su caricia como un gato—. Lo harás bien, preciosa —le aseguró la Dómina—. Estira la mano y elige un naipe de cada abanico.

Sandrine lo hizo en riguroso silencio.

Y le salió la siguiente combinación.

Modalidad: 10 golpes de fusta.

Superficie: Mesa

Tiempo: Dos orgasmos 20 minutos.

Jessica se levantó satisfecha. Tomó de la mano a Sandrine, ella era más alta, y la colocó a cuatro patas sobre la mesa, con el culo en pompa.

Sky parecía fascinada y entretenida a partes iguales. Muchos otros, en su primera noche bedesemera como participante, podrían sentir respeto o miedo a lo desconocido.

Pero allí todos, excepto los de la despedida de soltero, sabían lo que se hacían y a lo que venían.

Contemplar a aquella Dómina poderosa, pero cariñosa con su sumisa, era admirable. Tenía toda la confianza de Sandrine en sus manos y sabía que no la iba a desperdiciar. Ya habían hecho domas juntas y eso se notaba.

El modo en que le acarició las nalgas desnudas y pasó sus manos enguantadas por su piel blanca le puso la piel de gallina a Sky. Jessica debía darle con la fusta delgada y de cuero diez veces, y se las dio todas en el trasero.

Sandrine las contaba. La morena, cuyos ojos permanecían cubiertos, tomaba aire por la boca y sonreía porque la sensación residual le encantaba. Le ardía la piel, le picaba, seguro. Eso pensaba Sky.

Después Jessica la volvió a acariciar para calmar el posible escozor, y la tumbó en la mesa. Le abrió las piernas, se coló entre ellas y empezó a

acariciarla hasta que, metódicamente, consiguió los dos orgasmos. Los hizo en quince.

Jessica no se quitó los guantes en ningún momento. Cuando acabó su labor y ayudó a sentar a su sumisa, la dómina autoritaria clavó sus ojos marrones muy claros en los violeta de Sky.

Dómina Trix, Jessica, era un portento como Ama. Daba lo que le pedían, ni más ni menos. Pero Sky vio algo en las profundidades de sus ojos. Un deseo, un anhelo, una necesidad no colmada. Allí, en la gruta de los Amos, todos hacían lo que les gustaba, pero no todos tenían lo que querían.

—¿Quieres que sea tu turno pronto? —le preguntó Jessica divertida.

—Creo que Sandrine se lo ha pasado muy bien —murmuró Sky aún admirada.

—Eso siempre —contestó Jessica observando cómo la pantalla subía diez puntos más de los noventa que tenía. Ahora llevaba cien e iba en cabeza.

Lo que le dio a entender a la shoshone que llevaban jugando a eso desde que se inauguró el Reino.

—¿Por qué no podemos ver nada de lo que pasa? —soltó el sumiso de Liz.

Liz sujetó a su sumiso por los pelos del coraje y le echó la cabeza hacia atrás.

—¿Los animales hablan? —la cola de la salvaje mulata dio bandazos cuando lo sacudió.

—No —murmuró el tipo.

—¿Entonces por qué tú sí? Te voy a poner los huevos al rojo vivo...

Sky estuvo a punto de dejar ir una carcajada, y Jessica la regañó desde su posición, aunque a la Dómina también se la veía con ganas de reír.

Entonces Sky miró en la dirección del sumiso, hacia abajo, y eso provocó que Liz hiciese lo mismo.

—Creo que se ha hecho... —susurró Sky señalándolo disimuladamente.

—No. No se ha meado —reconoció Liz alzando el rostro al techo, rezando a un Dios que no estaba de su parte—. Se ha corrido. Vaya... mierda.

El tío no dejaba de temblar y gemir, encogiéndose, corriéndose solo por lo que le había dicho Liz. Cuánto poder tenía entonces... Qué impresionante.

Las Arpías se empezaron a reír de ella. Katryn la que más.

Y el que se iba a casar y el otro padrino, que parecían notas discordantes en

una mesa llena de apolíneos, cacareaban con fuerza, riéndose de su amigo.

Pero las Arpías no tardaron nada en hacerlos callar.

—El siguiente va a ser el tuyo —le aseguró Liz a Katryn, cruzada de brazos como una cría enfadada, sentada al lado de su sumiso. Tenía mal perder. Dirigió una mirada compasiva a su invitado, y le acarició la barbilla con dulzura, tratándolo como a un crío—. Cerdito mío, qué poco duras.

Sky sabía que había modalidades de juego de BDsM llamadas Animal Play. Consistía en tratar a los sumisos como a animales, y que ellos adoptaran su personalidad.

—Pues ahora voy yo, porque el mío, como dice Liz, va a durar un suspiro.

—Por favor, señora, que tengo el culo sensible —dijo el de la Arpia de pelo rojísimo.

—Tranquilo —le aseguró agarrándolo del collar de sumiso y levantándolo. Le bajó los calzoncillos blancos y se los dejó por los muslos—. Apoya las manos aquí —le ordenó llevándose las ella misma a la mesa—. Y saca el culito.

—Pero... —protestó él.

—¡Que saques el culo ese blanco que tienes! —le cacheteó la nalga.

—Sí —él obedeció.

—Esto va a ser rápido. Cuenta. Diez palazos —y ella empezó. Pero iba intercambiando la pala con su mano, acariciándole el paquete por delante.

A Katryn le tocó las pezoneras, la pala, pero ningún orgasmo. Cada vez que ella le tocaba, el tipo daba un saltito y gemía.

No llegó al sexto palazo. Se corrió, lloriqueando.

La experiencia que le estaban dando las Amas a esos hombres no la iban a olvidar nunca. Ellas sabían que solo querían pasárselo bien. Y lo mejor era que, por intimidados o no que se sintieran, estaban muy calientes y cachondos. O sea, que les gustaba. Por eso no duraban.

Liz se rio de ella y Katryn bizqueó, mientras todos lamentaban lo de esos hombres que adoraban ser sometidos pero que no tenían aguante.

—Esto es un fracaso.

—Las Arpías cayendo estrepitosamente —canturreó Derek desaprobándolas con humor.

—Aún quedo yo —le recordó Tori, detrás del sumiso que se iba a casar en

breve. Apoyaba sus manos en sus hombros y sonreía a Derek con suficiencia.

El Griego se levantó. No pidió permiso a nadie para ir él. Obligó a Coral a coger una carta de cada, y las expuso.

Sky entendió que le tocaba algo de más maniobra. Algo más dedicado y delicado.

Tenía diez minutos para darle con el *flogger* en los pechos mientras le hacía un *fisting* vaginal.

Derek trataba a su sumisa con mucha delicadeza. Hizo que apoyase la espalda en la mesa y los talones también sobre la superficie. La chica llevaba una falda volátil a su alrededor y nada debajo.

Su sexo liso quedó expuesto. Le subió la camiseta, sin quitársela del todo, solo para acariciar dulcemente los pechos con las tiras de cuero del *flogger*.

Y mientras la azotaba, la trabajaba con los dedos. Fue impresionante ver cómo Derek iba avanzando la mano poco a poco, metiendo más dedos, concentrado en su labor.

Coral disfrutaba de aquella invasión, y cuanto más avanzaba él más gemía ella.

Sky supo cuándo le introdujo toda la mano. Fue en el momento en que con el *flogger* azotando sus pechos, ella empezó a correrse, treinta segundos antes de que el reloj digital de la pantalla llegase al minuto diez.

El moreno de pecas y cara bella echó un vistazo a la pantalla, y llegó a los cien, como Jessica.

Sin darse cuenta, entre protocolos, presentaciones, charlas y juegos, el reloj avanzaba.

Cuando llegó el turno de Tori, a la Arpia le tocó meterle un *plug in* y *spankings*. Ella lamentó su suerte, porque solo tenía veinte minutos para eso.

—Es muy poco tiempo —reprochó—. Es novato. Virgen analmente. En veinte minutos no puedo hacerle eso.

—Vosotras habéis querido jugar —le recriminó Derek.

—Es para darles la experiencia que en realidad piden —contestó Tori con sus ojos negros y rasgados fijos en su sumiso—. No voy a hacerle daño.

—Pues no lo hagas con un *plug in* —le sugirió Katryn—. Usa tus dedos.

Tori movió los labios de un lado al otro, valorando aquella opción. La de rasgos japoneses asumió que no iba a puntuar igual y que esa noche, en esa

ronda, ya no iba a ganar.

Pero aun así iba a jugar.

—Está bien. Arriba, perrito —tiró de la cadena del collar y el sumiso sonrió agradecido—. Esta noche vais a estar por primera vez con Amas de verdad —le dijo al oído—. Espero que la recordéis toda la vida y que hagáis caso a vuestras mujercitas a partir de ahora.

—¿Qué tengo que hacer?

—Lo que todos queréis. Correr —mordió el lóbulo de su oreja y todos vieron cómo la erección votó en el interior de sus calzoncillos.

Tori no necesitó más de diez minutos. Logró que él se corriese. De todos, era el sumiso más atractivo, aunque le faltaba confianza en sí mismo. No se soltaba. Pero ella jugueteó mucho con él por atrás y por delante. Alternaba el *spanking* con las caricias y la penetración. Eso enloqueció a aquel hombre. Y al final, acabó apretando el esfínter alrededor del dedo de la Ama y corriéndose con fuerza.

Los amigos lo vitorearon, de hecho, ellos ya estaban excitados de nuevo. Pero ya no era su turno.

Tori subió ocho puntos en la pantalla y se sentó, después de haberlo limpiado a él y de haber lavado sus guantes de charol.

La higiene era muy importante para los Amos y para un lugar como el Reino.

Para Sky era como ver un espectáculo sentada en la primera butaca. Ella ya había presenciado infinidad de ellos, pero ninguno relacionado tan directamente con el mundo bedesemero. Le pareció muy estimulante.

Y se sentía expectante. ¿Qué sería lo siguiente?

—Os toca —musitó Jessica saboreando un Chupa Chups de fresa. ¿De dónde lo había sacado?

Sky aún pensaba en esa golosina cuando Koda acercó su silla de piedra, con todo lo que pesaba, de golpe, a su lado, para que estuvieran cabeza con cabeza.

Sus ojos violetas se impregnaron de los amarillos del águila y vio en ellos el desafío que suponía haber aceptado su invitación.

—¿Es esto lo que quieres? —le preguntó Koda.

Sky sabía que todos la miraban y la escuchaban.

Pero ella yacía inmersa en una burbuja donde solo existían el calavera y

ella. Nadie más.

Sky asintió.

—Dímelo. No quiero solo movimientos de cabeza —el tono autoritario de Koda se le coló bajo la piel como un espía que no quería ser descubierto.

—Sí.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —con un movimiento de cabeza, él sí porque era el que mandaba, le señaló las cartas sobre la enorme mesa de piedra.

Sky estiró el brazo y con sus dedos levantó boca arriba las cartas que había elegido. Era como una partida de póker. Todos perdían algo allí, menos dinero.

Objetos: Gag

Objeto X: Consolador

Modalidad: gotas de vela donde lo desee el Dómine.

Tiempo: Veinte minutos dos orgasmos.

Cuando Sky leyó lo que le tocaba y giró el rostro para ver cómo reaccionaba Koda, este parecía una estatua de granito.

—Recuerda que harás lo que yo te diga. Y que yo haré lo que considere oportuno —sentenció. Sus ojos echaban fuego. Parecían más claros que nunca, como los de un depredador.

—Sí.

—¿Me harás caso?

—Sí.

—¿Me das tu palabra? Es la primera vez que te vas a someter, dices —aunque su tono era de incredulidad, como si no lo tuviese claro.

—Digo, porque es la verdad —recalcó ella.

—¿No romperás tu palabra y te rajarás?

—No.

—Necesitamos palabra de seguridad. Si ves que no puedes o que es demasiado...

—Calavera —contestó ella—. Esa es mi *codeword*.

Koda levantó la barbilla ligeramente, con una chispa de orgullo y destilando ganas a través de su actitud.

—Bien.

—Bien.

—Entonces... —Koda oteó la cartas y las repasó. Sonrió, solo para ponerla nerviosa—. Siéntate sobre la mesa, con las piernas abiertas, delante de mí.

Sky se levantó. Era el momento de demostrarle quién era y qué quería. No les temía, a ninguno de ellos. A él tampoco.

Pero quería dejarle las cosas claras de una vez por todas. Sabía que su naturaleza era provocadora y desafiante, y que además, cuando lo hacía conscientemente era de flirtear y seducir.

Así que colocó una pierna por encima de los muslos de Koda, como si se fuera a sentar encima de él y a desobedecerle a la primera de cambio.

Él no podía creérselo, pero esperaba que ella corrigiera ese movimiento.

Y entonces, Sky se apoyó en la mesa de piedra con las palmas, como si fuera la ágil mujer gata, y de un saltito se sentó en la mesa, tal y como él le había ordenado. Abrió las piernas bien y se inclinó hacia adelante.

—¿Así?

Koda se levantó de golpe, encendido y tenso. Pero con movimientos calculados, se apartó de ella, se agachó y, de debajo de la mesa, tomó un *gag*, una vela ya preparada de color rojo y una cerilla. Allí tenían todos los instrumentos para su disfrute.

Se incorporó, volvió a colocarse entre las piernas de la joven y encendió la cerilla frente a ella y después prendió la vela. Apagó la cerilla con un soplo y la dejó encima de la mesa. Liz la recogió y la tiró a la basura.

—Esto te va a quemar un poquito.

Dómina Trix alargó la mano y dejó un botecito de bálsamo en el centro.

—Toma. Lo va a necesitar —recomendó—. Tienes veinte minutos. Te recuerdo —inquirió la rubia.

Koda recogió el bote y lo dejó a su lado.

Colocó sus manazas en el interior de sus muslos y los abrió bien de golpe.

Sky sonreía burlona. Y él cada vez estaba más serio.

—Esa actitud no es buena —Koda dejó la vela encendida también a su lado—. No debes querer tomarme el pelo.

—No quiero tomarte el pelo.

Él le acarició las hebras que caían por su espalda hasta las lumbares, y ahí se las sujetó y tiró de ellas para conseguir que Sky quedase tumbada de espaldas sobre la mesa.

Se cernió sobre ella y posó sus manos apoyadas a cada lado de su cabeza. Como si ella fuera un banquete que se iba a comer.

—Este precioso mono que llevas... —le susurró—. Tiene cremalleras.

—Sí. Se abre por abajo y por arriba.

—Chica lista —los Amos se rieron por lo bajini—. Pero ahora no quiero que digas nada más —tomó el *gag*, compuesto por una tira de cuero y una bola roja y le dijo—. Abre la boca, cielo —jugó con su nombre.

Ella abrió la boca, sujetó la pelota entre sus dientes y él le ató el *gag* a la parte trasera de la cabeza.

Koda deslizó la mano por su rostro, la comisura de su boca abierta, el cuello y la hizo viajar entre sus pechos, su abdomen hasta que reposó en su sexo. No apoyó la mano completa, solo la punta de sus dedos. Allí buscó la cremallera que le abría la parte inferior, para que no tuviera que desnudarse totalmente si necesitaba ir al baño. Era un mono de calidad, que transpiraba bien. Koda bajó las dos cremalleras que se unían a la costura de las ingles y las subió hasta el pubis. Después retiró la prenda y expuso el sexo de Sky ante él. Nadie, excepto Liz que podía ver solo una parte, veía lo que Sky tenía entre las piernas.

Por un momento, Koda se encendió por completo. Hubiese deseado que nadie más le viera haciendo aquello. Pero era un deseo de Sky. Podía cumplirlo, por haber sido un borde gilipollas.

—¿Sabes lo que va a pasarte? —le preguntó tomando la cera y mirando el reloj. Habían pasado ya tres minutos. Le quedaban diecisiete para conseguir que ella se encendiera como él y se corriese dos veces.

Sky asintió mirándolo fijamente. Aquel color violeta de sus ojos era subyugante.

—Bien... Voy a hacer que te corras, Sky. Pero tengo que hacerlo como dicen las cartas. La sensación de la cera en la piel es muy ardiente pero dura solo un segundo —alzó la vela y dejó caer la primera gota sobre el monte de Venus de la joven.

Sky dio un respingo y se arqueó sobre la mesa cerrando los ojos con fuerza.

La cera se secó enseguida en su piel, pero la impresionó igual.

—Trix —Koda buscó la complicidad de la Dómina—. Por favor.

Trix asintió con compasión y sujetó las manos de Sky por encima de su cabeza. No lo hizo a la fuerza. Le relajó los brazos y le sujetó las muñecas.

Sky miró hacia arriba y agradecida, encontró los ojos marrones de la Dómina compasiva. Ella sonrió levemente y asintió solo para darle seguridad.

Sky se sujetó a las muñecas de Trix y volvió a mirar a Koda.

Koda dejó caer tres gotas más, una por encima de la raja lisa de Sky, otra en los labios exteriores...

El calavera reconoció la fortaleza de Sky y su aguante. Se le estaban saltando las lágrimas, pero quería más. Podía ver el modo en que su vagina se apretaba por la impresión y poco a poco se iba hinchando. Humedeciéndose.

Sky cogía aire por la boca. Tenía las pupilas dilatadas y estaba concentrada en él y en esa vela maldita.

Dejó caer dos gotas más y clavó las uñas en las muñecas de Trix. Esta no se quejó, al contrario, la continuó sujetando con más fuerza y le calmó con un «chist», imperceptible.

Koda dejó la vela sobre la mesa, y se sentó en su silla. Abriéndole bien las piernas a su inesperada sumisa.

—La cera se despega con facilidad —le explicó retirando las gotitas de cera roja de la piel que rodeaba su sexo. Volvió a mirar el reloj. Quedaban catorce minutos. Abrió el ungüento que le había facilitado Trix y se untó los dedos con él. Y entonces, barnizó la delicada piel de Sky con ello.

Ella aflojó el amarre en Trix, pero la dómina todavía no la soltaba.

Sky pensó que ese día, en esa mesa, rodeada de tantos dominadores del sexo, acababa y empezaba una nueva vida. Sería una nueva Sky. Y le quitaría las dudas y los prejuicios de un plumazo a Koda.

Él le abrió más los muslos y delicadamente le separó los labios exteriores con los pulgares. Observándola con atención. Entrecerró los ojos y después buscó a Sky por encima del monte de Venus.

—El consolador —incidió Derek cruzándose de brazos y observando todo con atención.

—Un momento —contestó Koda. Estaba investigando a Sky como si fuera un ginecólogo.

Ella cerraba los ojos con fuerza y esperaba lo que tuviera que venir.

Koda le acarició con los pulgares y a modo de tentativa, introdujo uno en su interior, muy lentamente porque era increíblemente estrecha. Entonces se detuvo.

Sky levantó el rostro y lo miró inquisitivamente. ¿Qué hacía?

Koda se había quedado muy quieto, mientras jugaba sutilmente con el pulgar en su entrada. Parecía enfadado. Molesto.

Ella entonces sonrió y volvió a dejarse caer sobre la mesa, satisfecha consigo misma.

—El consolador —repitió Derek mirando el tiempo que le quedaba.

Koda no sabía ni qué decir, ni qué hacer. Se había detenido. Y sabía que esa noche no podía ganar, porque no pensaba usar el consolador con ella.

—No —dijo Koda—. Prefiero esto.

Koda le dio un larguísimo lametazo de arriba abajo a Sky y esta gimoteó y se volvió a tensar. Como si no quisiera aquello.

Jessica no entendía nada, pero seguía sujetando a la chica.

—No vas a puntuar —señalo la Dómina.

—Me da igual —Koda se hacía cruces. Parecía un perro rabioso sujetado por varias correas. Entonces le dio una palmada en el interior del muslo a Sky y le ordenó—: Ábrete. No te cierres.

—Puto —gruñó Sky con el *gag* en la boca.

Trix volvió a reír sorprendida. Debió ser la única que entendió lo que acababa de decir.

—Qué atrevida —murmuró.

A Koda le daba igual lo que dijera o no. Volvió a la carga si compasión, y empezó a comerla con una ansiedad brutal. Le introducía la lengua hasta donde ella le dejaba, y después volvía a saborearla entre los labios internos, jugando con su clítoris, succionándolo con fuerza. La hizo hincharse y sollozar por el orgasmo.

Allí nadie quería meterse. Era Koda quien mandaba y no debían intervenir entre Amo y Sumiso si había una comunicación o un lenguaje entre ellos que nadie más conocía.

Y entonces, Koda tiró de Sky por las caderas, la hizo resbalar por la mesa, y se la pegó más a la cara, metiéndole la lengua y acariciándole el clítoris con el

labio superior y los dientes.

No quería darle ese orgasmo. No entendía qué pretendía Sky ni qué quería de él. Pero sentía que le había metido en una trampa.

Así que se retiró justo cuando ella más a punto estaba y se levantó de la silla. Volvió a arrinconarla con sus brazos sobre la mesa y mirándola sin piedad le ordenó:

—Córrete tú. Tócate.

Sky se soltó del amarre de Trix. Por una parte se sentía ganadora, pero por la otra estaba muy decepcionada y dolida.

Pero no iba a quedarse así. Se moría de ganas de correrse. Y si Koda se pensaba que no iba a hacerlo por vergüenza o por cualquier pensamiento machista suyo, iba listo.

Así que deslizó la mano entre sus cuerpos y el poco espacio que le daba Koda para maniobrar, y ella misma acabó la faena.

Se frotó suavemente y consiguió correrse al cabo de los segundos.

Koda no se perdía ninguna de sus expresiones ni ninguno de sus movimientos entre las piernas.

La mirada resplandeciente y desafiante no se le iba, y cada vez tensaba más la barbilla.

Sí, pensó Sky. Está muy enfadado.

Pero ya no le importaba. Ella había conseguido su objetivo.

Y no era correrse, precisamente. Era demostrar su inocencia por encima de todo.

Cuando acabó de temblar por el orgasmo, Sky se quedó desmadejada sobre la mesa, como una imagen sardónica y bizarra de las lascivias y el libertinaje.

—Muy bonito todo —espetó Derek—. Pero no has puntuado. No has usado el consolador y no has hecho que se corriese dos veces. Además, no he leído nada de que tuviera que acabar masturbándose. Hoy no es tu noche.

—Desde luego que no —Dómina Trix se apoyó en su silla, observándolos a los dos con detenimiento.

Koda se levantó de la silla y se limpió la boca con la manga de su jersey negro. El iWatch dorado brilló iluminado por las luces led.

—No. Ya veo —contestó Koda sin dejar de mirar a Sky—. Tápate —le ordenó. No tenía paciencia para ser cariñoso.

Sky seguía sintiéndose ganadora, así que se incorporó lentamente y se quitó el *gag*, dejándolo delicadamente sobre la mesa. Después movió los labios para recuperar elasticidad y se aseguró de tener la diadema de orejas de gatita y el pelo en su sitio. Solo entonces aceptó las toallitas húmedas que le ofrecía Liz, se limpió y se subió las cremalleras de la entrepierna.

Ningún sumiso había visto su actuación. Solo los Amos. Seguro que no había sido de las mejores, pero sí de las más tensas y puras.

De repente hizo pie en el suelo. Y Koda y ella se quedaron el uno en frente del otro, como si fueran dos titanes a punto de pelearse.

Pero eso no iba a pasar. Sky no quería pelearse.

Había probado su verdad. Ya había ganado.

Koda tenía los orificios de la nariz dilatados como los de un toro. Estaba furioso. Con los brazos abiertos y los puños apretados a cada lado de sus caderas.

Ella se humedeció los labios y carraspeó.

—¿Qué pasa, Koda?

—¿Vais a seguir jugando u os vais a ir a hacer otras cosas en la intimidad? —quiso saber Trix reordenando las cartas.

—No. Nada de eso —contestó Koda agarrando a Sky por la muñeca y obligándola a salir de ahí—. Este no es lugar para niñas.

¿Niñas? Sky se mordió la lengua dado que sabía que él estaba así porque lo había dejado sin palabras. No iba a hacer más sangre. Ya se le pasaría.

Cuando salieron de la Gruta, y cerraron las puertas tras ellos, Koda se dio la vuelta como un vendaval y la obligó a pegarse a la pared. La señalaba iracundo.

—¡Tú! ¡¿Cómo se te pasa por la cabeza algo así?! ¿Estás loca?

—¿Por qué? —preguntó ella con inocencia.

—No puedes pretender jugar con Amos cuando... cuando eres... eres...

—¿Qué soy, calavera? —se envalentonó. Lo miraba expectante y levantaba la barbilla desafiándolo a decir la palabra—. ¿Qué soy? ¡Dilo!

—¡Virgen! —espetó totalmente extraviado y decepcionado—. Virgen... —dicho esto, Koda dio un puñetazo en la pared por encima de la cabeza de Sky, como si no le perdonase aquella encerrona.

—¿Estás enfadado? —inquirió ella—. Porque yo también lo he estado. No

me gusta que piensen de mí cosas que no soy.

—Te gusta jugar con fuego, Sky —aseveró Koda encolerizado—. Te gusta apostar y manipular.

—Yo no te he manipulado.

—¡Sí lo has hecho! Juega... juega con fuego, que un día te quemarás — advirtió. Se dio la vuelta, alejándose de ella. No soportaba su cercanía—. ¡Joder! —gritó bajando las escaleras.

—¿Adónde vas? —le preguntó desde lo alto.

—Se acabó tu aventura en Disney World. Nos vamos —contestó sin mirarla ni una vez más.

Ella inhaló con satisfacción. Aunque le había quedado el amargo en el paladar y en el pecho.

Él podría haber seguido. A ella le hubiese gustado que hubiese continuado, no quería que se detuviera. Todavía tenía el cuerpo caliente. Lo que Koda le había hecho fue... maravilloso. Sabía que su águila debía ser un amante excelente.

Pero además de eso, tenía un código de honor. El calavera le había demostrado tener autocontrol, principios. Y aunque ella lo deseaba, y quería que fuese él y no otro, Koda resultó ser un caballero.

Aunque ahora fuera el caballero oscuro más mosqueado de la historia.

CAPÍTULO 11

No intercambiaron ni una palabra más en el coche.

No se dijeron nada.

Dejaron que la letra de *Happy Now*, entre otras, ocuparan aquella ausencia de dires y diretes que deseaban echarse en cara.

Koda echaba humo.

Y a Sky cada vez le sentaba peor su actitud y que se sintiese tan ofendido cuando ella, y nadie más, debería ser la afligida.

Desde que él se la llevó siempre planeaba la sombra de la sospecha sobre ella. Además, consideraba que se había follado a todos los guardas, o incluso al revés. Que tal vez la habían forzado o que se acostaba con el Patrón. Ni una cosa ni la otra.

Nadie la había tocado jamás. Nunca.

Cuando llegaron a la casa, las espadas seguían en lo alto. Pero Sky no dudó en seguir dándole estocadas.

—Estás tan enfadado porque has perdido puntos en la clasificación general de vuestros sábados de baraja —contestó. Lo primero que haría sería quitarse las botas altas, porque le dolían los pies. Y eso hizo. Perdió más de medio palmo de estatura de golpe.

—¿Por qué? —inquirió Koda repentinamente.

—¿Por qué qué? No entiendo la pregunta.

Koda dejó la chaqueta en la percha de la entrada y esperó a que Sky se detuviera y lo mirase. Pero la chica se apresuraba a coger las escaleras y a subir a la habitación con las botas a cuestas.

—Eh —Koda la sujetó por la muñeca y la detuvo antes de que emprendiera el camino hacia arriba—. Ayúdame a entenderlo al menos. ¿Cómo puedes ser virgen habiendo estado rodeada de hombres y en esa situación de confinación? ¿Qué eras para él? —se hacía cruces.

—¿Cómo puedo ser virgen? Pues porque al Patrón no le gustaba que me rondaran. No quería que nadie me tocara. ¿Qué era para él? Algo muy

preciado, por lo visto. Su mayor fuente de ingresos.

—Sí, pero... Sky, tú llamas mucho la atención. Hay hombres, los de ese tipo que te rodeaban, concretamente, que abusan de mujeres como tú. Y más si son guapas... Creen que tienen el derecho de hacerlo. Os retienen, os secuestran...

—Ya has visto que a mí no me hicieron nada de eso. Sí, otras cosas —aclaró—. Pero nada que tuviera sexo de por medio.

—Pero... ¿ni siquiera él? Es que me extraña todo mucho.

—Te he dicho que él nunca hizo el amago de ponerme un dedo encima. Para nada. Ni siquiera en las dos veces que intenté escapar se encargó de los castigos. Siempre eran los demás los que los ejecutaban. Pero era él quien daba la orden.

—¿Qué castigos? —quiso saber.

Ella tendría que explicárselo, al final. Koda era muy insistente. Tarde o temprano se lo sacaría.

—De pequeña intenté escapar. Sus hombres me encontraron, me dieron una paliza y me mantuvo una semana sin comer, encerrada a oscuras en una habitación. La segunda vez que intenté huir, fue con Randi —la voz le tembló y apunto estuvo de quebrarse, pero se recuperó de su aparente fragilidad—. A Randi lo mataron delante de mis ojos. Y a mí me ataron a un poste y me flagelaron con un látigo. Durante horas, para asegurarse que no olvidaba la lección —tragó saliva y retiró la mirada—. Por algún motivo, el Patrón no quería sexo de mí y se encargaba de matar a cualquiera que tuviera ese tipo de interés en mi persona. Él solo quería mi don, no mi cuerpo. Soy virgen, sí. Eso era de máxima importancia para él. Se aseguraba de que lo fuera, obligándome a ser visitada por una ginecóloga cada seis meses. Para cerciorarse de que mi himen continuaba en su lugar. Me juró que me mataría si alguna vez eso desaparecía.

Los circuitos mentales de Koda cortocircuitaban. ¿Qué tipo de ser paranoico era el Patrón de Sky?

—Pero sí sabes de sexo... —estaba tan extraviado. Todas sus teorías se le habían caído a los pies—. Te has tocado para correrte.

—Sé tocarme —en ese momento pensó que era tan necio que le hizo gracia—. Sé darme placer, porque aprendí yo sola. Cualquier mujer puede aprender. Y he leído mucho. Los Kumar y vuestra parcialidad... Siempre has creído que

estaba muy familiarizada con el sexo y que me abría de piernas con mis jefes y sus ayudantes. No es verdad —le recordó observando el modo en que su mano enorme la tenía cogida por la muñeca—. Ahora, por favor, si no tienes más preguntas, me gustaría...

—Sí. Sí tengo más —Koda volvió al ataque—. ¿Por qué hoy querías venir conmigo al Reino? ¿Querías perder la virginidad ahí? —destilaba estupefacción en sus apuestos rasgos—. ¿Ahí, rodeada de Dómines? ¿En serio? Querías perderla para que el Patrón te desechara y dejara de tener interés en ti, aunque eso comportase tu muerte... porque sabes la importancia que él le da a tu naturaleza pura. Te daba igual con quién follaras si...

—¿Eso crees? —espetó cada vez más furibunda—. ¿Por qué no puedes pensar que solo me apetecía estar contigo en tu hábitat? ¿Que tenía mucha curiosidad?

—¿Y por qué querrías eso? Es absurdo. No me conoces de nada. No... querías tenderme una trampa para que yo me encargase de tu virginidad. ¿Pensaste que no me daría cuenta? ¿Que no me detendría?

Ella se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza negativamente.

—Yo no pienso mal de ti continuamente como en cambio sí haces tú conmigo. ¿Qué te pasa? —le echó en cara, se zafó de su sujeción dando un tirón—. ¿Tus hermanos también la cagaban tanto al principio con Karen y Shia? ¿Es algo de los calavera? ¿A ver quién de los tres la hace o la dice más gorda? Cada vez tengo más claro que no os las merecéis. Tal vez, tú tampoco me merezcas... —se calló inmediatamente. Le había dado información de más.

Él elevó las cejas con sorpresa.

—¿A qué viene eso? ¿Te comparas con ellas? —indagó Koda muy nervioso—. ¿De qué va esto? Ellas son las parejas de mis hermanos. Sus mujeres reales. Las que rompieron la maldición para ellos. Tú no eres como ellas —reveló soltando su muñeca—. No eres eso para mí.

—Claro, porque soy la hija de la bruja, ¿no? ¿Cómo vas a atreverte siquiera a pensar que pueda significar algo para ti? ¿Cuántas señales más tienen que enviarte para que abras los ojos y veas la realidad? Karen te ha dado una pista hoy en la comida. Veo que has hecho oídos sordos.

¿De qué hablaba esa mujer? ¿Estaba insinuando que ellos dos...? ¿Qué locura era esa?

—Yo no quiero nada de eso —sentenció—. Y no quiero que te confundas. No hay nada entre nosotros, Sky. Nada. Tu realidad no es la mía.

Ella siempre fue fuerte y se tomaba la vida con relativa relatividad. Pero había soñado con él tantas veces... su águila nunca se separaba de ella y cuidaba de ella. ¿Por qué él nunca había soñado con ella? ¿Por qué no podía sentir lo que ella sentía al verle?

Koda había llegado a su vida para rescatarla. Koda le pertenecía. No podía ser de otro modo.

—No sé qué sientes —continuó él— ni qué piensas de mí. Pero sea lo que sea, no soy yo. Lo que yo puedo ofrecerte es... lo que has visto en el Reino. Eso y mi protección. Eso te aseguro que te la daré. Pero nada más. No estoy hecho para nada más —le dejó claro—. Y deberías dejar de pensar en mí de ese modo...

—Entiendo —asumió con la voz débil y la mirada defraudada sobre él—. Solo protección y sexo dominante.

—Sí. Mejor solo protección.

—Claro. Porque lo del Reino solo lo haces con desconocidas.

—No. Lo hago cuando no me quieren tomar el pelo —le recriminó—. Podría haberte hecho mucho daño —sentenció con preocupación—. La dominación puede ser muy intensa para la primera vez de alguien —se frotó la nuca y la miró incómodo—. ¿Lo entiendes?

Sky dejó caer las pestañas y fijó su vista en la punta de sus pies cubiertos por unos pikis.

Koda Kumar le ofrecía más de lo que nadie le había ofrecido. Protección. Eso ya era mucho. Pero no quería darle lo que tenía reservado para ella. Lo que era suyo por derecho, porque así estaban ellos vinculados. Y no sabía cómo sentirse al respecto. Sus emociones enfrentadas la empujaban a pelear por él. Pero su orgullo le decía que lo dejara ir. Que si él tenía que ir a ella, debía venir por decisión propia y no porque ella decidiera nada sobre ellos.

—Comprendo. Queda todo muy claro —se iba a dar la vuelta para ir a su habitación a dormir y a pasar la vergüenza a solas, pero se detuvo en seco y miró hacia atrás—. Solo para que quede claro, también: yo no te quería tomar el pelo ni tenderte una trampa —se quitó la diadema de gata y se mesó el pelo—. Sabía que ibas a darte cuenta antes de hacer nada.

—¿Y por qué creíste que me detendría?

—Porque eres tú. Porque tu tótem lleva visitándome en mis sueños desde que alcanza mi memoria, Koda. Un águila. Con tus ojos.

—Lo que dices es... —la cortó asustado.

—Da igual. No me hagas caso —se encogió de hombros—. Yo sí confío en ti y en tu naturaleza bondadosa. Sabía que no seguirías adelante porque no era el lugar —después de aquello le dirigió una tímida sonrisa, que no era de felicidad, muy al contrario, era de resignación. Y se fue a su habitación.

Koda se quedó en los tres primeros peldaños de la escalera mirando cómo esa chica desaparecía al final de esta y retomaba su camino hacia su alcoba.

—Maldición —masculló frustrado.

Su pesadilla... la que había tenido esa tarde. La pesadilla en la que él se lo hacía a Sky, y ella sangraba entre las piernas y entonces aparecía su Patrón y lo mataba... Tenía sentido. Sky era virgen.

Se iba a servir una copa antes de ir a dormir. Porque necesitaba que algo le calentase por dentro, ya que la franqueza y la confianza de Sky lo habían dejado helado.

Al día siguiente

Koda no había dormido nada. No había descansado.

Soñó toda la santa noche con ojos violetas y pelo rojo por doquier. Con la mujer gatuna, con su diadema, su mono... su suave sexo, liso y pequeño. Y su virginidad puesta en bandeja como un abierto desafío.

Llevaba empalmado desde que la vio bajar vestida así de las escaleras. Pero ahora era peor. Porque la había probado. Y era deliciosa.

Su cuerpo reaccionaba a ella, eso no lo podía negar.

Pero... ¿qué hacía Sky en su vida? ¿Torturarlo? ¿Desequilibrarlo? La hija de Gossip lo estaba enloqueciendo.

Sin embargo, el último sueño que tuvo de madrugada, no era caliente ni obsesivo como los anteriores. Ese don que poseía, esa visión, era tan elocuente como inesperada. Y había soñado con algo del pasado de Sky. Algo que le había dejado mal cuerpo. Por eso, a pesar de que eran las ocho de la mañana de un domingo, y que nunca se levantaba temprano porque solía trasnochar los sábados, ya hacía rato que tenía los ojos abiertos, y no solo

porque la noche de baraja en el Reino no fue como esperaba y regresó antes de lo previsto. Ya no podía dormir más por todo lo que había visto.

Se había levantado de la cama a las seis y media, dando vueltas, haciendo ejercicio, abdominales, flexiones... se había dado una ducha, y ahora estaba de pie, mirando a través de los cristales del balcón cómo amanecía.

Adoraba ver amanecer. Le calmaba porque la salida del sol le recordaba que todo volvía a empezar al día siguiente. Que nada acababa ni empezaba. Porque el ciclo de la vida era así de vicioso. Y eso otorgaba nuevas oportunidades a cada despertar, nuevas cicatrices que sanar y nuevas heridas que abrir...

Koda apoyó la frente en la ventana. Sky decía que él era su protector. Él, que venía de los Delta Force, del Escuadrón especializado en rescates y contraterrorismo. Y que había matado con sus propias manos... él, que era un salvaje en la guerra, en el sexo y en la vida. Esa chica no se imaginaba qué tipo de pensamientos le cruzaban la mente, de lo contrario pensaría que querría hacerle de todo, excepto protegerla.

Era un enigma. Toda ella. Sky representaba el poder y la inteligencia. Y la supervivencia, eso desde luego. Lo peor de todo para Koda era haberla probado y saber que era esencialmente pura. Tal vez no lo era de pensamientos, porque sus órdenes y sus actitudes como Hermes eran las propias de alguien que estaba de vuelta de todo.

Pero, en experiencia, no en madurez mental, era virgen de verdad.

Virgen en todo.

El móvil de Koda empezó a sonar. Esperaba la llamada de la agente Robinson, pero no tan pronto.

—¿Koda? —su voz sonaba rasposa y soñolienta.

—Hola, agente —la saludó con cariño.

—Vaya... pareces muy despejado para ser las horas que son. Es domingo.

—Lo sé.

Karen guardó unos segundos de respeto.

—Como sea... ¿qué tal está Sky?

—Bien.

—¿Has descubierto algo más interesante?

Koda pensó en si decírselo o no. ¿Cambiaba algo que Sky, habiendo

ordenado lo que ordenaba en sus partidas clandestinas de póker *All In*, no tuviera experiencia sexual?

Ese detalle se lo iba a guardar. Por ahora.

—No.

—¿Ha dormido bien? ¿Ha tenido pesadillas?

—No —Koda lo sabía porque él no había pasado buena noche, y Sky estaba en la otra habitación al final del pasillo. De haber gritado, él habría ido a ver qué tal estaba—. ¿Y tú? ¿Tienes información? ¿Algo que decirnos?

—Hablé del tema con Montgomery. Tiene activos en Las Vegas para averiguar lo que te mencionó sobre Las Justas. Por ahora no sabemos nada. Y sobre los que os atacaron anteayer de madrugada, los de Logic, son una agencia privada de seguridad. Nick está rastreando cómo son contratados y a través de quién. Son muy requeridos en Las Vegas para controlar los Casinos. También hemos mirado los registros de la *suite* del hotel donde se celebraba la partida, y está a nombre de otra empresa que organiza eventos... Todo son tapaderas, mediadores que hacen contrataciones para los verdaderos jefes. Es difícil llegar a la raíz. Así que solo nos queda averiguar dónde se celebran Las Justas y qué son.

—¿Y las cámaras del hotel? —quiso saber Koda.

—Todos los vídeos que dan a la *suite* han sido eliminados. No podemos reconocer a nadie ni tenemos ningún rostro que estuviera allí esa noche.

—Vaya... qué casualidad —ironizó él.

—Pues alégrate, porque a ti tampoco te pudieron grabar.

—Pero eso fue por mi sabiduría y buen hacer —bromeó—. Usé bombonas de gas de efecto rápido para que no tuvieran visibilidad. Aunque me hubieran grabado, no podrían haberme identificado.

—Los calavera y vuestros truquitos... ¿y qué hay del móvil de Lombardo que debería estar en manos de la policía?

Él obvió ese remoque.

—Nada. Inactivo completamente. He consultado sus correos, whatsapps, llamadas, Dropbox, archivos... no hay nada. Creo que eliminaba cualquier dato que tuviera que ver con las partidas anteriores. Por eso solo había constancia de las que faltaban por celebrar.

—Entiendo...

—Hoy iremos a ver a Garia. Quiero hablar con él para ver qué me puede contar de los shoshones. Me extraña que, de todos los cementerios de Nevada, la madre de Sky quisiera ser enterrada en Carson.

—De acuerdo. Si Summers descubre algo más te llamaré.

—Bien.

—Ah, y otra cosa...

—¿Qué?

—Sé que no es de mi incumbencia. Pero los Kumar tendéis a ser más bruscos de la cuenta. Sky, por muy inteligente e intuitiva que sea, no deja de ser una víctima de trata. Se le han prohibido muchas cosas... no lo olvides. Tiene sus miedos y sus inseguridades. Tú has decidido hacerte cargo de ella, así que sé cuidadoso.

Si tú supieras, pensó Koda. Pero haría caso a Karen, dado que tenía razón y era una especialista en este tipo de víctimas.

—Voy a protegerla, al menos hasta que su Patrón esté fuera de órbita.

—Eso espero, pequeño Kumar —se le escapó la risa—. Bueno, te dejo... tu hermano mayor me está diciendo no sé qué de la moto.

—Está enamorado de tu Ducati.

—Yo también —contestó ella dejando ir una risita—. Cuídate, Koda.

—Y vosotros.

Cuando colgó, miró el móvil y se lo guardó en el bolsillo trasero del tejano. Iba con el torso descubierto y así mostraba todos sus tatuajes. En el centro del pecho tenía un ave con las alas desplegadas, cuyas extremidades le tocaban los hombros. Era un águila. El rostro de pico amarillo miraba al frente. Sus ojos tenían vida.

Abrió el armario y cogió una camisa verde militar. Se la abrochó y se arremangó las mangas por los antebrazos, también tatuados con plumas de ave de colores y calaveras.

Él siempre tendría el aspecto más extremo de los tres.

Se calzó las botas militares Martens, altas, y se dirigió hacia la habitación de Sky.

Debía despertarla para ir a Battle Mountain. La puerta de su habitación estaba abierta de par en par.

Pero ahí no había nadie. La cama estaba hecha. Todo perfectamente

recogido. Y las puertas del balcón abiertas de par en par. Aquello lo exasperó. Pensó en lo peor. ¿Se habría escapado?

Salió de la habitación y bajo las escaleras corriendo de dos en dos, hasta que al llegar al rellano, un olor a mantequilla y sirope le golpeó la nariz.

Se detuvo bruscamente y se dio la vuelta. Desde allí podía ver la cocina americana que daba al amplio salón.

En ella, moviéndose grácilmente y observando el móvil con atención, se encontraba Sky haciendo el desayuno.

Koda arrastró los pies como un hombre mecánico, hasta que se detuvo en la mesa isla y alta que separaba la cocina del salón.

Olía muy bien. Pero no solo las tortitas.

Olía bien ella. Ayer, cuando fue de compras, se esmeró mucho y lo hizo a fondo. Adquirió todos los accesorios y complementos femeninos que cualquier mujer tendría como sus imprescindibles. Como por ejemplo: un buen perfume.

Sky toqueteaba la pantalla táctil del móvil para darle al pause, y seguía con esmero las instrucciones de la receta de *pancakes*.

A él le encantaban los *pancakes*. A su madre le gustaba hacerlos los domingos.

Se había recogido el abundante pelo rizado en un moño alto no muy tenso. Le caían rizos por doquier.

Llevaba un pantalón negro ajustado y con los bajos estrechos dos dedos por encima de los tobillos. El pantalón tenía un ribete de piel en los laterales que iba de arriba abajo.

En el tronco superior llevaba un jersey fino y ajustado, de color blanco. Y en los pies unas Fila Disruptor negras.

Sky tenía una espalda esbelta y unos hombros hermosos. Era como una bailarina, tal vez con más pecho. Pero poseía igualmente una figura hermosa y de silueta femenina.

Iba a coger la sartén para darle la vuelta a la tortita tal y como indicaba el del vídeo. Y lo logró a la primera.

Dejó la tortita en la bandeja junto a cuatro más y, todavía sin advertir a Koda, encendió la cafetera para poner en marcha los cafés.

—Huele muy bien.

Sky se dio tal susto que por poco tiró una de las tazas de café al suelo.

Cuando lo miró, todavía tenía la mano en el pecho.

—Pero qué susto me has dado —cerró los ojos—. No me he dado cuenta de que estabas ahí.

Koda sonrió y continuó mirando todo lo que estaba haciendo.

—No sabía que cocinabas.

—Y no cocino —contestó ella cogiendo aire—. Es YouTube... —sacudió el móvil—. Hay tutoriales de lo que quieras. ¿Teniendo esto, quién necesita maestros? —Se sentía nerviosa de verle, por eso se limpió las manos sudadas en el pantalón y para mantenerse ocupada preparó la mesa para desayunar.

—No tienes que hacer esto. Yo no cocino —le aclaró.

—Me hacía ilusión. Yo no he cocinado en mi vida. Pero he empezado a ver vídeos, y dado que no he visto ninguna moto, ni bici ni nada por el estilo para practicar por primera vez, me he dado cuenta de que solo tenía a mano huevos, harina, nata para batir, mantequilla y azúcar... —señaló la nevera. No ocultaba su sorpresa por haberla visto tan vacía—. He puesto los ingredientes en Google y me han salido los tutoriales de las tortitas. Quería hacerlo —se encogió de hombros—. ¿Te molesta?

Koda se sentó en una de las butacas y no pudo dejar de mirarla. Ni siquiera parpadeó.

Esa chica era... no podía dejar de imaginarla con la ropa de ayer noche. Y ahora que sabía todo lo que sabía y que, para colmo, la había probado, era mucho peor. No se lo quitaba de la cabeza.

—Si hubieses puesto en YouTube televisión, reloj y olla a presión habrías preparado una bomba —se choteó.

Ella dibujó una sonrisa comprensiva pero lo miró como si fuera tonto.

—No. No me interesan esas cosas. Pero las tortitas sí. De algo tendré que comer —Sky sirvió los *pancakes* con mantequilla, crema de cacahuete y mermelada.

Y llenó una taza de café para ella y otra para Koda.

—No puedes alimentarte solo de pancakes —le dijo él.

—¿Ah no? —fingió desilusión.

—Me tomas el pelo.

—Por supuesto —Sky tomó su taza de café y sorbió con gusto. Eso era lo

primero que se llevaba a la boca en el día—. Lo que haré será probar todo lo que no he probado y comer lo que me venga en gana —sentenció—, y después ya me preocuparé de hacerme un menú más equilibrado —cogió un tenedor y partió un trozo de la torre de tortitas. Lo untó con mermelada de fresa. Y cuando lo llevó a la boca y lo masticó, la mirada se le tornó vidriosa—. Creo que voy a llorar.

Él sintió una empatía muy profunda hacia ella.

Koda le arrebató el tenedor y cortó otro trozo para él. Le echó mermelada y crema de cacahuete, y se llevó un pedazo de la montaña de *pancakes* cinco veces más grande que el de ella. Le cabían muchísimos en la boca. Sin poder decir ni una palabra, señaló la fuente de tortitas y asintió admirado.

—Están tan ricos como los de mi madre.

—Me alegra que tu madre te hiciese tortitas. Nosotras nunca tuvimos una cocina propia.

Él se sentó mal por ella. La vida que había tenido debió ser muy opaca en realidad.

—Están de muerte —y continuó comiendo.

Sky miró hacia otro lado para no mostrar su sonrisa. Al menos algo de lo que había hecho le gustaba. Ella cogió el otro tenedor y se puso a compartir la fuente de tortitas con él, como si fueran amigos.

No eran amigos. Vivían bajo el mismo techo. Y era momentáneo. Ah, sí. Y Koda le había comido entre las piernas la noche anterior. Pero iba a hacer como si nada de eso hubiese pasado. Era más fácil vivir ignorando esas vergüenzas.

—¿Has dormido bien? —preguntó él bebiendo café sin perderla de vista.

—Sí. Gracias.

Y era verdad. Había dormido bien. Ni rastro de águila y ni rastro de lenguas resbaladizas. El orgasmo que ella misma se consiguió en el Reino le dio mucha calma a la hora de dormir.

—¿Y tú?

—No he dormido una mierda —contestó con total sinceridad.

—Ah —dejó caer la mirada en la punta de su calzado—. ¿Y eso por qué?

—Mi cabeza... que no deja de pensar, supongo. No puedo conciliar el sueño cuando tengo tantas cosas en mente...

—¿Qué cosas?

—Nada —replicó desviando la mirada—. Vamos a ir a Battle Mountain. Tenemos un trayecto largo.

—De acuerdo. ¿Crees que Garia conocería a la tribu shoshone? He leído que están en otros estados.

—No lo sé. Garia sabe de todo sobre todos. Podría saber incluso de ti —la señaló tomándosele a guasa.

—¿Es chamán? ¿Qué es?

—Sí, es chamán. De hecho es el jefe de las reservas de gunlock más puristas. Se suponía que uno de los hijos de Koda Kumar debía erigirse como líder gunlock. Él está ocupando el lugar que ninguno de nosotros queremos. Pero no tardará en reclamarnos su atención. De hecho, ya se lo pidió a Lonan. Que tomase su lugar como mayor de los Kumar.

—Entonces... —él le hablaba como si ella lo supiera todo. Pero también tenía que deducir—. ¿Tu padre se llamaba Koda? ¿Como tú?

Koda asintió y esperó un mejor momento para decirle que él era un bastardo.

—¿Y qué hace a un gunlock jefe? ¿Tu padre era el jefe?

—Mi padre —respondió— era hijo del jefe Gunlock. Pero murió asesinado y se suponía que uno de sus hijos debía precederlo. Sin embargo, no fue así —asumió—, por culpa de la maldición de tu madre Gossip.

Sky esperaba que ese día no le hablara de ello. Que no le recriminase su papel en su infelicidad. Pero ahí estaba de nuevo.

Dios, ese hombre no iba a olvidar quién era ella jamás.

—¿Podrías dejar descansar a mi madre muerta?

Utilizó un tono que hizo enmudecer y recapacitar a Koda. Él inspiró aire por la nariz profundamente, se acabó el penúltimo trozo de tortitas y dejó el último para ella.

—Cómete eso —le pidió—. Debemos irnos ya.

Ella tomó el último trozo y se lo llevó a la boca sin dejar de recriminarle su actitud.

Pasaba que ayer la dejase a medias.

Pasaba que la tratase de delincuente y de tramposa. De pervertida y de lasciva.

Pasaba que no supiera ver quién era ella para él.

Pero, al menos, solo le pedía que dejase en paz a su madre, porque, aunque su relación no fue demasiado profunda, era su madre igualmente.

Y Sky la quería a su modo.

—Me da igual lo que digas de mí o lo que pienses sobre mi persona — aclaró levantándose del taburete. Dejó los platos en el fregadero. Tomó el móvil y se lo guardó—. Crees que soy una ilusa por pensar lo que pienso de ti. Seguro que crees que miento. Y también crees que ayer te quise tender una trampa para que me echaras a perder para el Patrón —hizo una mueca conformista—. Está bien, cree lo que quieras. Pero necesito que a ella la dejes en paz. Que no la nombres más —se limpió las manos en una servilleta de papel y lo lanzó a la papelera—. ¿Podrás? ¿O la bilis no te dejará?

Koda elevó la barbilla como si fuera un Rey soberano y le lanzó una mirada comprensiva.

—De acuerdo —sería considerado y no volvería a mencionar a su madre—. Te doy mi palabra que no volveré a agitar el descanso de Gossip.

—Bien —concedió sin confiar plenamente del todo.

—Bien.

—Voy a lavarme los dientes. Cojo una chaqueta y bajo.

—Perfecto.

Koda contempló cómo Sky volvía a subir las escaleras con agilidad y en ese momento pensó que, él le daría paz y sosiego a la difunta Gossip.

Pero ¿quién iba a tranquilizarlo a él?

Sky era una fuente de atracción y estimulación creciente para su persona.

No. No iba a ser nada fácil. Y el día acababa de empezar.

CAPÍTULO 12

Podía sentirse de muchas maneras.

Viajar y ver la vastedad del horizonte montañoso la hacía creerse un granito de arena. La empequeñecía.

Acostumbrada a las luces y los edificios de Las Vegas, a sus caras *suites* y a los metros de sus cárceles de lujo, ver naturaleza y exterior la dejaba sin palabras. Para muchos aquello sería ridículo. Porque poder disfrutar de lo que les rodeaba venía en el contrato de ser una persona libre. Pero para ella nunca hubo un contrato así.

Sabía de tantas cosas y al mismo tiempo de tan pocas... que darse cuenta de ello la llenó de rabia y de vergüenza.

Porque había necesitado ser secuestrada para advertir todo lo que se perdía y para desear escapar y ser libre del Patrón más que nunca. Ahora jamás podría volver a esa vida. No lo aceptaría.

Se dirigían a Battle Mountain. Y estaban casi al llegar. Sky tenía calor, y se quitó el pañuelo rosa palo que rodeaba su garganta.

—Has estado muy callada todo el trayecto.

—Bueno... no es que tú hables por los codos.

Él tuvo un tic en el labio.

—¿En qué piensas?

—En mi no vida.

Koda entendió a la primera lo que ella quiso decir. No sabía ponerse en su lugar, porque no se imaginaba lo que era vivir como ella había vivido. Seguramente, la realidad le supondría un *shock* enorme. Era un desconsiderado.

—¿Cómo te sientes?

Ella rotó los ojos hacia él. Se había sorprendido de su interés.

—Me siento insignificante. Y como si acabase de salir del cascarón de un huevo.

—Debe de ser desconcertante ver el mundo así.

—Lo es —aseguró volviendo a mirar por la ventana—. Y es una verdad muy incómoda ser consciente de todo lo que me he perdido y no reclamé. Debí —se pasó la mano por la frente— exigirlo. Debí pelear y luchar por mi vida y la de mi madre.

—No te culpes de ello. Lo intentaste. Y las dos veces te hicieron pagar por atreverte a salirte con la tuya. Los abusadores menguan y te intimidan para que dejes de pensar en desobedecerles. Fuiste una rehén toda tu vida, aunque tu Patrón fue lo suficientemente listo como para hacerte creer que no estabais tan mal.

—No me hace sentir mejor. No creo que haya nada por lo que se me deba recompensar ni darme una palmadita en la espalda. Mi capacidad de análisis, mi intuición, mi necesidad de aprender y de observar... siento que he desperdiciado algo muy especial. Que lo han explotado. Y que lo he permitido —confesó cada vez más abrumada.

—No lo has permitido. Hiciste lo que tenías que hacer para que no mataran ni a ti ni a tu madre. Incluso tu madre —iba a decir algo con la boca pequeña—, también se vería obligada a aceptar todos los trabajos que le pedían los clientes. No sois culpables. Sois víctimas —cuando lo dijo en voz alta, para reafirmarla y hacerla sentir mejor, se dio cuenta de que él también lo pensaba. Ya no la podría culpar más. Ya no podría pensar mal. Eran presas. Siempre lo fueron.

Ella se mordió la uña de uno de sus dedos y le dejó una caída de ojos que lo puso en órbita muy rápido.

—¿Estás perdonando a mi madre por haberos maldecido?

Él miró hacia un lado y al otro de la solitaria carretera despejada y finalmente asintió.

—Me queda mucho por comprender todavía. Pero no puedo culpabilizarla por hacer el trabajo que le obligaban a hacer. Nosotros también sufrimos mucho. Pero me doy cuenta de que, si hay que vengarse de alguien, no era de ella. Es del Patrón.

Aquello la hizo sentirse bien. Era muy importante que Koda la creyese y que dejara de verla como alguien manipuladora o maquiavélica. Su papel de Hermes era una cosa. Ella, era otra.

—Yo también quiero vengarme de él, no solo por explotarnos a mi madre y

a mí. Quiero vengarme porque mató a Randi. Él era un chico bueno. Lo más parecido a un amigo. Y me lo arrebató. Los cinco años que vinieron después de su muerte, me encerré más de lo que ya estaba, y no quise mantener ningún tipo de contacto visual o relación con ningún otro guarda. Pero Joe era un caradura y siempre bromeaba conmigo... y ahora está muerto también. ¿Sabes? —entornó el rostro hacia él y lo miró solemnemente—. Puede que yo sí esté maldita. Y que todos los que se acercan a mí más de la cuenta, mueran. Creo que estás en serio peligro —sus ojos violeta titilaron por la luz del sol.

Koda recordó el sueño que había tenido esa madrugada. Tan claro, tan real. Tan revelador... Era, sin lugar a dudas, una escena del pasado de Sky. Exactamente, la noche en que Randi murió.

—Recuerdas que te dije que yo tengo un tipo de visión —anunció él—. Un don que nada tiene que ver con el tuyo pero que me dice cosas sobre las personas también.

Ella afirmó con la cabeza y lo escuchó con atención. ¿Se iba a abrir con ella, por fin? Nada le entusiasmaba más que conocer al águila que la quería proteger.

—Sí. Lo recuerdo.

—No tienes que decirme ni sí ni no. Pero esta noche tuve un sueño de madrugada —continuó conduciendo con la música de fondo de *The Guardian* de Delta Goodrem—. Soñé con un chico moreno de pelo rizado, ojos negros, boca grande cuyas paletas estaban ligeramente separadas. Tenía perilla y un pendiente colgando con una cruz —Sky no podía esconder su sorpresa, pero no le interrumpió—. Era igual de alto que tú. De México, probablemente. Os cogieron en el parquin del hotel en el que te hospedabas. Habías quedado con él allí. Bajaste sin nada —Koda lo recordaba como si lo hubiese vivido él—. Cuando llegaste, los guardias ya lo habían agarrado. No le dio tiempo a subir al coche. Inmediatamente después, te cogieron a ti también, os cubrieron la cabeza y os metieron a los dos en una furgoneta. Cuando volviste a abrir los ojos estabas en una sala vacía, con la típica línea roja horizontal que delimita la altura de los coches en un garaje. Jamás sabrías qué garaje era ni a quién pertenecía —explicaba él. Captaba la tensión de Sky porque parecía que le rozaba la piel—. Cuando te sacaron la tela del rostro, viste al Patrón. Trajeado, con la máscara de Ronald Reagan, los guantes de piel... tal y como tú me lo describiste. Tenía las manos cruzadas a la espalda. No le hizo falta

dar ninguna orden. Con un gesto de la cabeza, le ordenó a uno de sus caudillos que rajara la garganta de Randi delante de ti. Viste cómo se le iba la vida de los ojos de tu amigo... y lo único que añadió tu Patrón fue que, si volvías a hacerlo, si alguna vez escapabas de él, la siguiente en ser degollada sería Gossip.

Sky se aclaró la garganta y cuando parpadeó, las lágrimas corrieron por sus mejillas con una libertad que hasta entonces no habían conocido. Se limpió las lágrimas con la manga del jersey y sorbió por la nariz. No se atrevía a decir nada. ¿Para qué? Ya lo había dicho él todo. Pero oírlo, fue como revivirlo de nuevo. Solo que desde otra perspectiva. Una que le hizo ver que era pasado y que eso sí sucedió.

Ya no era un secreto.

Ya no era un pecado.

Jamás sería olvidado.

—Puedes ver cosas que han sucedido —susurró ella—. Es un don... un don de verdad —volvió a inhalar y a secarse de nuevo las lágrimas que no dejaban de brotar.

A él le entró una ternura que no supo explicar. Habría detenido el coche y la habría abrazado, porque esa Sky era de verdad, vulnerable, inocente y emotiva.

—Esa noche, después de ver cómo Randi moría, te ataron a un poste metálico en esa misma sala. Te llenaron la espalda y las nalgas de cortes de látigo —le daba tanta rabia haber visto eso que apretaba los dientes.

—Tardé un mes y medio en sanar bien. Y aun así, me hicieron trabajar. Mi madre se encargó de hacerme las curas con sus ungüentos.

Koda cerró los ojos como si el dolor hubiese sido suyo. Debió ser un horror para ella.

—Lo que sé, lo sé por mí, porque lo he visto —aclaró Koda—. Y también sé que no te quedaste por ti. Decidiste no ser egoísta y dejar de luchar y te rendiste por tu madre, por la amenaza que vertió el Patrón hijo de perra si le desobedecías. Eso no te convierte en una decepción. Te convierte en una guerrera resiliente. Te remontaste a tu dolor y a tu miedo y seguiste adelante para favorecer a otro por el que te preocupabas.

Ella afirmó sin más y aceptó las palabras de Koda. No las interiorizaría tan pronto, pero le agradaba saber que él pensaba así de ella.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ella esperanzada.

—Sí —estaba muy convencido—. También sé que tu madre ya no está, y que ahora serías capaz de desobedecer a ese individuo una y mil veces, porque ya no te pueden hacer más daño. Y tú te das poca importancia.

—Te equivocas —contestó ella—. Pero sí pueden hacerme daño. Ahora me siento libre, aunque tú estés a mi alrededor, y si él me coge de nuevo, si me encuentra me quitará mi libertad. Antes no me importaba, porque no la conocía. Ahora sí me importa —lo miró penetrantemente—. Lucharía con uñas y dientes, no me dejaría llevar de nuevo.

Koda alzó la mano. Lo hizo automáticamente y sin pensarlo. Acunó su mejilla y con el pulgar le retiró la lágrima que resbalaba por la comisura de uno de sus hermosos ojos.

Ella tomó aire por la boca entreabierta y sintió esa levísima caricia en todo el cuerpo. Pero se retiró antes de que él apartase la mano.

Si Koda pensaba que después de lo que él le hizo la noche anterior en el Reino ella podía ser indiferente a su persona, iba muy perdido el pobre. Muchísimo.

No dejaba de pensar en el calavera.

Lo hacía desde la primera vez que sus ojos entraron en contacto en el Hard Rock. Sky lo quería para ella. Se pertenecían. Pero Koda Kumar se había negado la posibilidad de estar con nadie, porque había dedicado su vida a la venganza. Y le era muy difícil pensar en nada que no fuera satisfacer sus ganas de sangre. Ahora se estaba centrando en el Patrón para canalizar toda esa energía acumulada durante tanto tiempo. Y ella se lo agradecía, porque su vida podría empezar a ser considerada vida cuando ese hombre desapareciese o lo encerrasen. Saber que el gunlock quería ayudarla a lograrlo la tranquilizaba.

Koda miró la lágrima que había recogido del rostro de Sky con la extrañeza de alguien que sentía emociones por primera vez. Sky lo estudió con todos sus sentidos e hizo lo que mejor sabía hacer: Reconocer las emociones y la historia de los demás. Y también podía observar y deducir. No adivinaba nada.

—Es una pena, Koda, que te cierres en banda y te niegues lo que está reservado para ti.

Aquello puso nervioso al Delta y frunció el ceño.

—¿Reservado para mí?

—¿Y si soy virgen porque te he estado esperando toda mi vida?

Koda dio un volantazo al no ver una pequeña piedra del camino. Aquello le tomó por sorpresa. Lo había puesto nervioso y lo había desconcentrado.

Sky dejó ir una risita, y ya más relajada, tomando por fin el control que nunca quería perder, subió la música y decidió que lo mejor era seguir analizando a Koda y descubrir a qué le tenía miedo.

—Te he puesto nervioso —volvió a reírse.

—Eres un ser imprevisible —masculló Koda.

Ella le dirigió una caída de ojos y le miró de soslayo.

De los tres Kumar él era el más estigmatizado.

—Hay rasgos en tu rostro que nada tienen que ver con los de tus hermanos. ¿Por qué? —observó su perfil.

Él se incomodó, pero no iba a dejarla sin respuesta.

Cuando Koda le explicó la historia real de Cihuatl, Ben Bellamy, la maldición y todo lo demás, Sky cambió de actitud rotundamente. Y mientras escuchaba todo lo que habían hecho desde que habían llegado a Carson City, ella no dejó de beber de su refresco y comer frutos secos como si le leyeran un libro policíaco.

—Lamento todo mucho —concedió ella finalmente—. No sabía nada de eso.

—Me lo imagino —murmuró Koda.

—¿Por eso estás en guerra contigo mismo?

—¿Cómo dices?

—¿Porque luchas contra todo lo indigno, todo lo falaz y malvado? Sé lo que me digo —aseguró—. Luchas contra todo lo que crees que hay en ti —dijo Sky con una puntería mortal—. Y es una pena.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no me odio por ser hija de mi madre. Ella tenía sus defectos y, como te dije, no desarrollamos una relación vinculante ni emotiva. Pero aunque era mi madre no me convierte en la persona que era ella. Ni me obliga a repetir sus mismos errores ni a hacer nada de lo que ella hizo. Soy alguien completamente distinta. Y tú, no eres hijo de Bellamy. Y si llevas su sangre, eso no te condiciona ni te hace peor. Tú eres el antídoto para que la sangre de Ben no pudra ni siga contaminando. Tus genes gunlock, los de tu madre,

vencieron el virus hace mucho —Sky sonrió porque sabía que le había dado algo en lo que pensar.

Koda jamás había pensado en su cruz de ese modo. Sus largas pestañas oscilaron arriba y abajo al parpadear como un autómatas, y cuando centró de nuevo su mirada amarilla en la carretera, supo que estaban entrando ya en Battle Mountain, en el condado de Lander, porque acababan de pasar el cartel de bienvenida.

Y también fue consciente de lo que Sky y sus aplastantes confirmaciones, acababan de provocar en él. Y era algo que ni su madre ni sus hermanos consiguieron hacerle ver en los treinta años de vida que tenía. Se quedó tan pensativo y tan enmudecido, que el trayecto hasta la entrada de las reservas lo hizo en un riguroso silencio.

Pero uno más cómodo e introspectivo.

Y un poco más en paz de lo que lo había estado jamás.

Debía tener mucho cuidado con ella, o le haría bajar la guardia.

Y un protector no bajaba la guardia jamás, o perdía el estado de alerta.

Battle Mountain

Las reservas indias de Battle Mountain eran famosas.

Allí vivían muchos de su comunidad, aunque después de las fugas a la gran ciudad, impulsadas por las compras ilegales de Ben Bellamy, la población gunlock y las demás habían menguado considerablemente.

Cuando Lonan llegó a Battle Mountain semanas atrás, lo hizo como un desconocido. Entonces no sabían que era un Kumar. Ahora, los hermanos habían salido en los medios por todo el caso de Ben Bellamy, y eran reconocidos.

De hecho, los indios que salían de sus cabañas, lo miraban con orgullo y curiosidad.

Koda le abrió la puerta a Sky como un caballero y ella salió del coche con los ojos abiertos como platos, entusiasmada con lo que veía.

—¿Así que estas son las reservas? —preguntó.

—Sí —dijo él cerrando la puerta y asegurando el coche con el mando a distancia.

—Todos nos miran —susurró mientras seguía a Koda por el medio de la pasarela de tierra que había entre las cabañas.

Sky estudiaba los rostros de los allí presentes. Los hombres espigados de pelo largo negro y lacio y piel morena, por el sol y por su etnia. No sintió que los rechazaran por su visita, pero sí que esperaban algo de ellos. Mejor dicho, de él, de Koda, al que observaban como una especie de salvador.

—Hay tipis —susurró ella fascinada.

Koda sonrió disimuladamente y al ver cómo miraban a Sky, que llamaba mucho la atención con ese pelo y, en fin, toda ella... Koda decidió tomarla de la mano.

—Así dejarán de mirarte —concedió él en voz baja—. ¿Te molesta?

—¿Te molesta a ti? —replicó ella—. ¿Y sabes adónde vamos? —Sky sabía que él no había ido por allí en mucho tiempo, porque había necesitado del GPS para encontrar el lugar, y porque reparaba en todo con melancolía, como si hiciese una eternidad que no lo veía. Seguramente desde que era un crío.

—Mi hermano me dijo que debía ir a una especie de librería.

—Buscáis a Garia —contestó un chaval tras ellos.

Sky y Koda se dieron la vuelta y lo miraron con sorpresa. Era como todos los demás, pero más joven. De no más de diecisiete años.

—Sí.

—He oído que buscáis una librería —se tocó el oído—. Aquí solo hay una. Venid, yo os llevo. Está aquí al lado —señaló al frente. A una caseta central bajo un enorme pino verde.

Koda siguió al chico sin perder de vista la caseta, y recordó la maldición.

—Allí, bajo ese árbol —le explicó a Sky—, se aceptó el juicio contra mi madre. Allí Marlene la maldijo. Entonces, ella estaba embarazada de mí.

La chica asintió absorbiendo la información. Debía ser complicado para Koda estar en ese lugar.

—Eres uno de los Kumar del Reino —dijo el joven guía emocionado—. Aquí todos seguimos el arresto a los Bellamy... —dijo orgulloso—. Nos alegra que hayas venido. Garia esperaba que lo visitarais de nuevo.

—¿Garia nos espera? —le preguntó Koda.

—Sí, ya lo creo —el muchacho les dejó en la tienda y esperó a que subieran las escaleras de madera. Toda la casita era de roble. Como un lugar de

recuerdos y objetos de regalo de las reservas.

Koda esperó a que el muchacho se fuera, y ambos se quedaron parapetados tras la puerta.

Él observó todo con detenimiento y entonces entró sin más.

Era como una tienda de recuerdos con libros. Tenía su propia magia y su propio olor a antiguo y sagrado.

Un hombre salió de una habitación tipo almacén, con tres enormes atrapasueños en las manos. Los iba a colgar detrás de su mostrador, pero deparó en ellos y se detuvo con satisfacción. Dejó los enormes amuletos sobre la vitrina de cristal y salió del mostrador para recibirles.

Era un hombre de pelo blanco y largo, como su barba. Tenía ojos negros y sabios y una piel curtida por la edad. Llevaba una camisa gris con una gafas colgadas en el bolsillo y unos pantalones negros sujetos con cinturón.

Era indio, pero muy anglosajón. En las reservas los indios gunlock no eran los indios de las películas. Los tipis eran meramente decorativos, pero todos los demás habían aprendido a llevar una vida más occidental, más americana. Si hasta tenían casinos y muchos de los miembros de la comunidad eran empresarios.

—Koda —murmuró—. El pequeño Koda... aunque de pequeño ya no hay nada en ti.

—¿Eres Garia?

—Sí —asintió solemne y le estrechó la mano con agrado—. Eres... de todos, eres el que más se parece a Cihuatl —espetó admirado—. Te esperaba desde que tu hermano nos visitó.

Aquello llenó de orgullo a Koda y Sky se sintió bien por él. El pequeño de los Kumar acarreaba con mucho y necesitaba que le reconocieran lo bueno, que, curiosamente, era lo que más llamaba la atención de él, pero él menos veía de sí mismo.

—No te veía desde que eras un recién nacido.

—Yo no te recuerdo. He oído sobre ti mucho, pero...

—Es normal. Pero siempre hay tiempo para una primera visita —Garia dejó caer los ojos en Sky y su reacción fue tan extraña que no pasó desapercibida a ninguno de los dos—. ¿Y tú eres su pareja?

—Eh... no —contestó ella algo incómoda.

Garia se colocó las gafas de ver y la observó con detenimiento, como si Sky fuera un mapa del tesoro.

—Vaya... es... sorprendente.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Hace mucho que no veo unos ojos así.

—¿Cómo dice? —susurró ella.

—Muchísimo —repitió Garia. Se quitó los anteojos algo confuso y miró a Koda con intriga—: algo me dice que esta no es una visita cualquiera. Le dije a Karen cuando estuvo aquí que os animara a visitarnos más, de hecho, parte de los terrenos de las reservas son vuestros. Pero... tengo la intuición de que no has venido aquí para ver cómo se encuentra nuestro pueblo.

—En realidad, me interesa cómo está el pueblo Gunlock —le aclaró Koda—, pero sé que eres el hombre más sabio y respetado de Battle Mountain, que a ti los Bellamy nunca pudieron extorsionarte y que estabas de parte de mi madre y de Henry para implantar la demanda conjunta contra esos corruptos que extorsionaban a los clanes. Y he supuesto que debes llevar mucho tiempo aquí y tener información no sobre los gunlock, sino sobre todas las tribus de Battle Mountain y de alrededor.

Garia sonrió incrédulo.

—Soy la persona que más sabe de reservas de toda Nevada —confesó sin aires de grandeza—. Aquí, en Battle Mountain —señaló—, bajo este árbol, celebrábamos concilios y reuniones de tribus con los jefes de cada clan.

Sky y Koda se miraron esperanzados.

—Entonces... tendrás información que necesitamos.

—Lo que queráis, por supuesto, pero antes —alzó un dedo—, dejadme que os invite a un octli. Este reencuentro debe ser celebrado como merece.

Koda y Sky cedieron a su invitación y le siguieron hasta un pequeño salón comedor de la cabaña, muy íntimo y acogedor.

Garia les hizo sentarse en sus pufs de colores bordados a manos.

—El *octli* —le explicó Koda a Sky— es una bebida ceremonial que se ofrece a los jefes, chamanes o ancianos de la comunidad.

—Ah... ¿y qué somos nosotros? —quiso saber ella acariciando asombrada los hilos bordados del puf. Eran una maravilla.

—Mis invitados —contestó Garia feliz, sirviéndoles en vasos la bebida sagrada—. Y puede que algo más... —les ofreció un vaso a cada uno.

—¿Vendéis todo lo que hacéis aquí? —quiso saber ella enamorada de cada objeto. Al parecer, la sangre que corría por sus venas reconocía lo que veían sus ojos y le llamaban la atención.

—Todo. Todo lo hacemos a mano. ¿Los atrapasueños que ves? —señaló Garia—. Muchos de ellos son de Cihuatl. Era la mejor en el arte del hilo y las telas de araña.

Koda agachó la cabeza y se sintió orgulloso de ella. Y le dio pena pensar en que ya no estaba y en que no podía disfrutar del éxito de sus hijos.

—¿Esos atrapasueños son de la madre de Koda? —repitió Sky incrédula.

—Sí.

—Entonces me gustaría comprar algunos. Todos.

El Kumar hizo una mueca apreciativa. Era un bonito gesto.

—¿Todos? —Koda se quedó perplejo.

—Aquí solo tengo siete —aclaró Garia—. Siete gigantes.

—Suficientes —contestó Sky ilusionada.

Koda y Garia la miraron pasmados, pero no iban a quitarle la ilusión a la muchacha de comprar todos esos artículos tan especiales.

—Veamos —intervino Garia con decisión—. ¿Qué es lo que os inquieta? ¿De qué queréis hablar conmigo?

Koda bebió un sorbo de la bebida y recordó, vagamente, una escena de cuando era bebé, con Garia en la casa de su madre. Una sola visita. Y esos mismos vasos ceremoniales.

Frunció el ceño y se quedó flasheado.

—¿Koda? —insistió Sky.

—Eh, sí... Lo que voy a contar ahora no es ficción. Es mi historia —le aclaró—. Espero que no me juzgues —le pidió.

—Un jefe espiritual no está para juzgar —murmuró mirándolo inquisitivamente—. Su misión es ayudar y guiar. ¿Necesitas guía?

—No exactamente. Necesito respuestas.

—Lo mismo es —Garia entrelazó sus dedos y escuchó con atención lo que fuera que Koda iba a contarle—. Adelante. No tenemos prisa.

Koda tomó aire y le contó todo a Garia. Le explicó su móvil a la hora de ir a por Sky, y cómo había cambiado todo desde que se la llevó.

Cuando finalizó, Garia torció el gesto y clavó la mirada oval en la joven de pelo rojo y rizado. Parecía que se había abierto la veda y que ahora él confirmaba lo que había creído ver nada más mirarla. El viejo Garia, jefe espiritual de los gunlock, dejó el vaso vacío de octli en la diminuta mesa redonda cubierta con un mantelito de cenefas rojas y doradas. Se pasó la mano por la boca, de manera pensativa y confirmó sus sospechas en voz alta.

—Los shoshone vivían en otras reservas fuera de Nevada. En Utah y Wyoming. Pero hubo algunas generaciones de shoshones que se movilaron alrededor de las reservas de Battle Mountain —Garia la señaló con el índice—. Eres una shoshone. Y no una cualquiera. Debes de ser descendiente de las Banan.

—¿Quiénes?

—Las Banan... una generación de shoshones ya desaparecidas. Algunas de sus descendientes nacían con la rareza de los ojos violetas. No todas. Solo algunas, como tú. Las Banan venían de Utah. Las tribus de Utah poseían muchos caballos —murmuró— y hacían negocio con ellos.

—¿Las conoces? ¿Sabes dónde están?

—Aquí, en Battle Mountain y en Nevada ya no quedan Banans ni shoshones. Desaparecieron con el paso de los años. Estaban marcadas por la tragedia.

Koda y Sky se dirigieron sendas miradas cómplices. Y el calavera jugó con el piercing de su labio y le ordenó amablemente a Garia:

—Háblame de esa tragedia.

CAPÍTULO 13

—Las Banan —contó Garia— vivían en los alrededores de Battle Mountain. En los límites de Lander. Eran de las tribus shoshones que formaban parte de los concilios de las reservas y poseían los mayores establos del Estado. Criaban a los mejores caballos. Su nombre viene de «piel blanca», porque son descendientes de indios comanches y hombres blancos. Eran tribus amigas, por supuesto. Betsabé, que era la jefa espiritual de las shoshones, era muy amiga de mi abuela Ayahutli, que estuvo presente en el juicio contra tu madre —miró a Koda esperando comprensión de su parte—. Betsabé tenía los ojos violetas —sonrió maravillado a Sky—, como tú. Y no era hija única. Tenía dos hermanas más con la misma anomalía en sus ojos. Se decía que las Banan de ojos morados, conseguían que los anhelos de los hombres fueran colmados. Porque tenían un don, el don de la clarividencia. No como algo mágico, sino como algo más natural. Leían a las personas. Esa condición ocular se saltaba una generación, siempre.

Koda oteó a Sky, que parecía en trance escuchando a Garia. Leer a las personas, eso era justamente lo que hacía ella. Pero además, la habían encerrado para potenciar su habilidad, y ahora era como un escáner de altísima frecuencia. Nada se perdía a su ojo.

—Las tres Banan —continuó Garia— tuvieron descendencia. Su descendencia, todas mujeres, en cambio, no poseían los ojos de ese color, con lo cual, no parecían tener dones. Pero sí tenían una gran habilidad para la magia ancestral. Las hijas de las Banan se dedicaron a ella, para hacer el bien. Las tres se emparejaron y cuando empezaron a quedarse embarazadas, de nuevo, el gen volvió a aparecer, era la generación que tocaba, y sus hijas nacieron con ojos violetas. Y ahí empezó la maldición. Las niñas de esa generación empezaron a desaparecer... y las Banan cayeron en desgracia.

—¿Desaparecer? ¿Cómo? —preguntó Sky.

—De la noche a la mañana. Un total de ocho niñas. Algunas muertas en extrañas circunstancias. Otras, extraviadas.

—¿Cómo se puede extraviar una niña?

Garia se hacía cruces de ello, pero no tenía respuesta.

—Eso les destrozó por completo. Pero las hijas de Betsabé y las demás tendrían un final: la muerte tenía planes para todas. Perdieron la vida en el incendio de los establos. Los caballos eran un negocio familiar. Cuando la tragedia sucedió les cogió a todos dentro.

—¿Todos? ¿Y sus maridos también?

—Todos muertos. La generación de las Banan se perdió en ese siniestro.

—¿Y los caballos?

—Escaparon —contestó—. Tuvieron tiempo a liberarlos, pero ellos no pudieron salvarse. Les cayó una viga del techo, les encerró en la boyeriza y los calcinó por completo. Al final pudieron recuperar los caballos y los amigos de la familia lograron reunificarlos en los nuevos establos. Con ellos se erigió el criadero Banan. Sigue en activo y es una referencia a nivel estatal. El responsable de recuperarlo y llevarlo todo a cabo es Landom. Uno de los gunlock que vivía cerca de los Banan, un amigo íntimo de la familia. Él y los suyos se han hecho cargo de todo y llevan el criadero con máxima diligencia.

A Sky esos datos le sobraban. Se le puso la piel de gallina. ¿Cómo podía pasar eso? ¿Quién era el responsable?

—¿Encontraron los cuerpos de las Banan? —indagó Koda sin impresionarse por esa historia.

—Encontraron seis cadáveres. Los tres maridos, y los de ellas.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Sky con ojos vidriosos—. Las tres, digo.

—Dakota, Nayeli y River Gossip. Hicimos un ritual del adiós en Battle Mountain para esa familia entera. Eran muy respetados por los clanes. Y tus ojos... me recuerdan a ellas.

Sky exhaló abruptamente y repitió el nombre de su madre:

—Gossip.

—Sí —asintió Garia convirtiendo sus ojos en una fina línea—. Gossip. ¿Qué sucede?

—Mi madre... —su voz temblaba sin consuelo. Ahora lo veía claro—, no murió en ese incendio. Murió hace poco al caerse por unas escaleras. Se llamaba Gossip.

Garia se levantó de la silla y abrió la mandíbula con estupefacción, como quien veía un fantasma.

—Por los Atalayas... —susurró—. No puede ser cierto.

—Sí lo es —contestó ella cubriéndose el rostro.

Koda no soportó verla así, la atrajo hasta él y la abrazó para darle calma y sosiego. Sentirla tan cerca y notar que encajaba tan bien lo dejó sin palabras, pero supo reaccionar a tiempo.

—Sky es hija de Gossip. De una de las Banan. Y es víctima de un hombre que se hace llamar el Patrón, que la tuvo a ella y a su madre en cautiverio, explotándola laboralmente durante más de veinticinco años. Hay una trama de trata de personas y explotación con las Banan.

Garia se tensó por completo y lamentó oír aquello. La mirada compasiva que dirigió a Sky le hubiera dado calor y calma a cualquiera.

—Sky es la única descendiente conocida de las Banan —sentenció el Kumar.

—Eso explicaría el color de sus ojos. Y también su inteligencia innata —Garia se agachó y sujetó los dos vasos con los que Sky y Koda se habían tomado el Octli—. Tiene la misma energía que tenían ellas. Salta a la vista que es distinta. Es fascinante. Es... vaya... —Miró más profundamente en el culo de los vasos de barro—. Vuestros karmas están entrelazados.

—¿Lees los posos? —preguntó Koda.

—Sí. Los espíritus hablan alto, Kumar. Ella tiene una misión. Y tú eres su cuidador. Su vigía. No será fácil.

A Sky no le decía nada nuevo. A Koda, en cambio, esas palabras le aterraban.

—Tienes la visión, Koda —susurró Garia esperanzado—. Pensé que nadie podría heredar mi lugar. Tus hermanos son líderes naturales, pero tú posees el toque. Deberías ser tú —reconoció abiertamente—. Como hijo de Cihuatl podrías reemplazarme.

—No hemos venido aquí a reclamar nada ni a que me propongas para sustituir a nadie. Queríamos información y nos la has dado —aclaró Koda mirando a Sky con nerviosismo—. Te lo agradecemos.

—Uno no da la espalda a sus responsabilidades.

—No le doy la espalda a nada. Sencillamente, me centro en las prioridades. Quiero encontrar al Patrón. Y seguir el rastro a las demás Banan. Después de lo que me has dicho puede que Sky no sea la única superviviente. Si siguen vivas, él sabrá dónde están.

—Garia —intervino Sky—. ¿Puedo preguntarte algo sobre los posos?

Garia asintió. Seguía sin poderse creer que tuviera una Banan frente a él, cuando las consideraban desaparecidas.

—Sé lo que quieres saber.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y cuál es la respuesta?

—La respuesta es sí a todo. Pero que el águila abra los ojos dependerá de ti.

—¿En qué sentido?

Garia se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—El águila cree que al volver a su ponedero siempre encontrará a sus poyuelos. A veces, para activar su modo más emotivo, debe llegar al nido y no encontrar a sus crías —Garia se retiró y mantuvo sus ojos negros clavados en los de ella—. ¿Comprendes lo que te digo? ¿Cómo va a saber lo que es el miedo si nada le asusta?

Sky había entendido a la perfección la metáfora de Garia. Pero del dicho al hecho siempre había un trecho.

—Gracias por el consejo.

—No las merecen —tomó su mano con cariño y la cubrió con las suyas—. Estoy encantado de poder ayudar a una Banan. Siempre fuimos grandes amigos. Y es sorprendente lo que ha traído el viento hoy aquí. El destino es tan caprichoso a veces... —suspiró y dirigió la vista a Koda—. Koda Kumar, se avecinan muchas decisiones para ti.

Él no quería pensar en nada que tuviera que ver con su persona. Lo que más le apremiaba en ese momento era seguir investigando lo que había sucedido con las mujeres Banan. Pero no quedaba ni una en pie. Y poco podían hacer allí después de lo que les había dicho Garia.

—Koda —Sky levantó la cabeza, aún abrazada a él y lo miró suplicante—. Quiero hacer algo.

—¿Qué? —así era imposible negarle nada.

—Quiero ir a ver el nuevo criadero Banan. Es la única manera de que pueda estar en contacto con lo que fue mi familia. Necesito verlo —reclamó emocionada.

Él se lo pensó unos segundos. Ya no tenían nada que perder.

—¿Quedan muy lejos de Battle Mountain los establos?

—No. A media hora.

Estaban cerca entonces. La visita podría valer la pena y ser interesante, al menos para visualizar y hacerse una idea de lo que pudo pasar el día del incendio.

También llamaría a sus hermanos para que pusieran en marcha su maquinaria de investigación y comprobaran si el perito de la muerte de las Banan coincidía con la realidad. Y si identificaron los cuerpos de esas mujeres correctamente. Por lo pronto, uno de ellos no era real, porque Gossip no murió en un incendio, aunque dijeran que sí. Vivió al menos veintiséis años más. De lo contrario, ahora no tendría a una chica de pelo rojo y ojos de película, sujetándolo de la mano, reclamándole que la llevara a ver el lugar donde, supuestamente murió, al menos, su padre.

—Vamos.

Cuando Koda y ella se fueron de la caseta de Garia y este se despidió de ellos, Koda supo en su fuero interno que si regresaba otra vez a Battle Mountain, probablemente, él no sería el mismo, y puede que Sky tampoco lo fuera.

Garia tenía razón.

Se avecinaban cambios.

Y advertían tormentas.

Condado de Lander

Minería y juego. Esas eran las dos fuentes de ingresos del condado. Sin embargo, en sus grandes extensiones desérticas que lo rodeaban, otras familias de las reservas, como la Banan, habían logrado sobrevivir de sus animales, al menos hasta que el siniestro tuvo lugar y alguien decidió eliminarlas del plano.

Sky se sentía orgullosa de saber que venía de una familia trabajadora y de honor.

Su madre siempre había mantenido su origen shoshone. Pero nunca le habló de los suyos. Y ahora sabía más de lo que nunca esperó. Pero eran malas noticias. Nadie allí continuaba en pie, y estaba tan sola como al principio.

Cuando llegaron con el coche, los establos se levantaban en medio del paisaje como un lugar de poderío y casta. Ahora era de la familia gunlock que pudo recuperar a los purasangres el día del incendio. Pero un tiempo atrás, fue de los suyos.

Y seguro que fueron tiempos de brotes verdes. Porque los pastos de alrededor estaban completamente saneados y las instalaciones parecían de muy buena calidad. ¿Cuántos cobertizos y cuadras había? Era un terreno enorme. No le extrañaba que tuviera tanto éxito.

—Entraremos a mirar, ¿te parece?

Koda parecía tener más tacto con ella que de costumbre.

—Sí. Me gustaría. Pero quiero verlo porque, como te dije, el Patrón apuesta a los caballos. ¿Y si todo está relacionado?

Koda había pensado lo mismo. Le alegraba saber que a ella no se le pasaban esos detalles. Estaba pendiente de todo.

—¿Qué piensas de lo que ha dicho Garia? —le preguntó Koda.

—Pienso que ellos sí murieron. Los hombres, me refiero. Mi padre moriría en el incendio, con mis tíos. Pero mi madre no murió, y si ella no murió, mis tías con toda probabilidad tampoco. Alguien se las llevó. Lo que hace falta es saber dónde están y si siguen vivas. Y si hay más como yo. Por lo pronto, sé que hay más Patrones. Y eso puede ser un indicador de que hayan más Banan —se cruzó de brazos y apoyada en el coche observó las instalaciones—. Vamos. No quiero esperar más.

—Un momento —Koda abrió el coche, y de la guantera cogió unas gafas. Y, como si fuera a conjunto, su glock. Luego rodeó el todoterreno y se colocó delante de ella.

—¿Quieres que coja un arma? —preguntó incrédula.

—No —Koda se guardó la glock en la cinturilla trasera del pantalón. Después sacó las gafas aviador y se las puso a ella. Eran de él pero a Sky le quedaban de muerte—. Las Banan son muy conocidas por lo visto por esta zona. Debes pasar inadvertida. Y con esos ojos lo pones muy difícil. Mira lo que les pasó a tus familiares.

—Las quemaron como a las brujas —bromeó ella.

Él llevaba un día muy malo. No sabía lo que le estaba pasando, pero cada vez se sentía más extraño y más incómodo con la presencia de Sky, porque lo ponía muy nervioso.

Era ridículo.

—El plan es este —le dijo Koda—. Vamos a hacernos pasar por una pareja interesada en comprar un semental. Estos sitios tienen cámaras por todas partes y están muy vigilados. Así que vamos a hacer bien nuestro papel. Pediremos hablar con el dueño. Deja que hable yo.

Ella bizqueó pero el cristal de las gafas cubrió sus ojos.

—De acuerdo.

—Y, por favor, sigue mis instrucciones. Estamos investigando. No podemos desenmascarnos.

Sky le dio la razón y le prometió que le seguiría el hilo.

Total, estaban trabajando juntos, y debían respetarse.

—Ah, y otra cosa —Koda miró al frente al ver que salía alguien a recibirlos.

—¿Qué? —dijo Sky.

—Esto —la agarró de la cintura y pegó sus labios a los de ella.

Fue un fogonazo, un relámpago. Sky se quedó quieta, recibiendo ese beso. La lengua de Koda abrió sus labios y se coló en su boca. Ella notaba el piercing, el aliento fresco de Koda y su cuerpo despertaba al jugueteo que la intensa lengua de ese hombre hacía con la suya.

Sus brazos la rodearon, la aplastaron contra su cuerpo y cortó el morreo tan rápido como llegó. Sonrió abiertamente, como un niño.

—Estoy tan feliz de traerte aquí, amor —dijo.

Sky arrugó la frente y vio que por el rabillo del ojo les esperaba una mujer morena, india, sin duda, entretenida con esa escena de amor.

Y entonces lo comprendió todo.

Estaba fingiendo.

No iba a decepcionarse allí mismo, pero se juró que si había un segundo beso, iba a disfrutarlo más. Koda tenía la desconcertante manía de dejarla a medias. Y eso no le gustaba.

—Bienvenidos a Banan Horses —les saludó la mujer.

Más de veinticinco caballos tenían allí. A cuál más espectacular.

Eran ejemplares bravos, llenos de testosterona y con un brío salvaje que los

podía hacer ganadores en cualquier modalidad.

La mujer, que se encargaba de recibir a todos los visitantes, les dijo que fueran al primer establo, que allí encontrarían a su marido y él les hablaría de todos los caballos. Cuando entraron a las instalaciones, no les salió a recibir nadie, excepto el encargado de las cuadras, que resultó ser el mismo hombre que les había dicho Garia. Landom.

Era un tipo amable, de unos cincuenta. Y tenía una comunicación muy fluida con los purasangres. Lo respetaban y le hacían mucho caso. Llevaba sujeto de una de las bridas a un hermoso caballo pardo de cabellera color crema. Era un macho, y acababa de darle su paseo.

—¿Les puedo ayudar en algo? —preguntó él extrañado por tener visitas un domingo.

—Buenos días —se presentó Koda—. Mi prometida y yo hemos venido para ver a uno de vuestros sementales.

—¿Quién les ha recomendado? —quiso saber el hombre con el pelo negro entrecano recogido en una cola baja.

—Garia, el jefe espiritual de las reservas de Battle Mountain.

Landom sonrió satisfecho. Aquello pareció agradaarle.

—Garia es amigo —concedió—. Sed bienvenidos. Dejaré a Tormento en su cuadra —acarició el lomo del imponente caballo pardo— y les enseñaré las instalaciones Banan.

Koda volvió a tomar de la mano a Sky, como si fueran una pareja enamorada, y siguieron al mozo hasta el primer establo. Había dos, uno al lado del otro.

—¿Se encarga usted solo de todo esto? —quiso saber Koda—. Es mucho trabajo para una persona.

Landom dejó al caballo en su cuadra y se aseguró de que tuviera comida y agua.

Sonrió como si estuviera agotado y contestó la pregunta de Koda:

—Yo me encargo de mantenerlos en forma. Hago que galopen por los terrenos y corran como velocistas y saltadores de obstáculos que son. Tengo otros mozos que se encargan de mantenerlos limpios y de alimentarlos. Y tenemos un grupo de veterinarios especializados en caballos.

Koda echó un vistazo a todos los caballos que asomaban el hocico por encima de las puertas de sus amplios refugios. Su pelo brillaba con matices

satinados. No había duda de que tenían un mantenimiento excelente.

—Son preciosos.

—Muchas gracias. Nos esforzamos para ofrecer lo mejor y darles la mejor calidad de vida a nuestros animales. Tenemos dos establos —explicó señalando los techos del altísimo cobertizo de piedra y madera—. En cada uno de ellos hay doce cuadras de veinticuatro metros cuadrados para que ellos estén cómodos, con sus bebederos, sus comederos... Tienen mucho temperamento, por eso deben tener espacio y no sentirse enjaulados. Aquí no pasan ni frío ni calor, la temperatura está estabilizada todo el año. Ni las plagas ni los tábanos les molestan. Además, las parcelas y los prados de alrededor sirven para que ellos se oxigenen. Y en los terrenos, cuando los dejamos en régimen de semilibertad, hay refugios entre las grandes florestas que ellos ya conocen. Limpiamos las parcelas de cada caballo dos veces al día —alzó los dos dedos de la mano y les animó a salir del establo para enseñarles los exteriores y entrar en el otro edificio gemelo donde se encontraban el resto de caballos—. Y por supuesto, mantenemos en orden el plan de almacenamiento de aperos, heno y lechos. Somos uno de los criaderos de caballos más importantes de Nevada. Ofrecemos a nuestros clientes auténticos caballos de raza.

Sky lo observaba todo en silencio. Si tenía que hablar, lo haría al final. A ese hombre le gustaba conversar con Koda, no con ella. Suponía que porque era una mujer que solo quería un capricho. Pero mientras él hablaba, ella le hacía una radiografía completa y caía en detalles en los que ni siquiera imaginaba.

—¿Es para su mujer el caballo?

Koda sonrió y, para sorpresa de Sky, posó su mano en su trasero y dijo socarrón.

—Lo mejor para mi princesa. Vamos a ver si hay alguno del que ella se enamore.

Sky estiró los labios como si sonriese. Pero no. Pensó que era tonto, aunque respetó su papel. Hasta que considerase que era el momento de abrir la boca. Koda le pellizó la nalga y la soltó.

Echaba chispas.

—¿Lo quieren para uso propio? ¿Tienen un espacio adecuado para él? —preguntó preocupado.

—Por supuesto —contestó Koda ofendido.

—Bien, bien —lo tranquilizó él—. Mucha gente quiere caballos y no tienen ni idea de cuidarlos. Nosotros criamos purasangres. Y necesitan un mantenimiento, no vale cualquier cosa.

Entraron en el siguiente establo, y sucedió lo mismo. Una caravana de cabezas de caballos salieron a saludarlos, a cual más portentoso.

—Todos ellos entrenan en los picaderos. Tenemos dos —aclaró.

—¿Están en venta todos los caballos?

—No —contestó Lomian—. Muchos de ellos son caballos de competición y los cuidamos, los mantenemos y los entrenamos nosotros. Gracias a ellos somos conocidos —comentó agradecido.

En una de las cuadras había un chico con mono azul. Fuera de ella había un maletín abierto de par en par.

—Es el veterinario. Carroll. Está tratando a Legolas, el potrancito blanco. Tiene una lesión en la rodilla, creemos que se le desplazó. Le va a pinchar una anestesia local para tratarla y recolocarla.

—Pobrecito...

Sky se acuclilló y sin pedir permiso se puso a mirar la medicación que allí había guardada. Había jeringas ya preparadas para administrar al animal.

—La anestesia de los caballos dura solo unos quince minutos —comentó Landom—. Pero puede dejar fuera de juego a cualquiera de nosotros más de una hora y media.

Sky asintió sin más. Se levantó y se dio la vuelta.

—Mirad. El negro, ese de ahí —Landom señaló al último de la última cuadra—. Es Dark Chocolate. Es todo un semental. Os daría una cría de caballos de éxito. Ha ganado muchas carreras —anunció acercándose a él—. Mire —le pidió a Sky—. Tóquelo. Es muy sociable, y es fiel. Él elige a su jinete.

Sky se acercó a Dark Chocolate. Era gigante. Y ella parecía una enanita a su lado.

Koda pensó que hacían una estampa magnífica los dos. Ella con el pelo rojo recogido en un voluminoso recogido, sus gafas de sol y su silueta esbelta... y la bestia de pelo negro que parecía domada por su presencia.

Tuvo que tragar saliva, compungido.

—Dark Chocolate, eh —susurró ella alzando la mano para acariciarle el hocico. El caballo rebufó feliz, y Sky sonrió. Pero mientras lo hacía absorbió todos los detalles a su alrededor. Todos los olores. Y se fijó en las vigas de madera de los techos, y en las ventanas de cada cuadra. En la de Dark, pegada por fuera, había una pegatina con un nombre de una empresa de seguridad privada.

Sky unió su frente al hocico de Dark y sus ojos violetas se clavaron en los negros penetrantes del purasangre.

—¿A qué huele? —pregunto Sky concentrada en el caballo—. No he estado nunca en un establo. Es un aroma penetrante...

Landom arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Huele mal?

—No. Es un olor intenso...

—Es sensible a los olores —reconoció Landom—. Lo que está oliendo es la pomada de los cascos para los caballos. Es una grasa llamada Kerckhaert. Lleva aceite de laurel, de bacalao y grasa capilar. La utilizamos sobre la corona de todos los caballos para que las nuevas células crezcan con más facilidad. Los cascos se desgastan, y esto ayuda a regenerarlos.

—¿Y todas huelen así?

—La nuestra sí. Es de producción propia —comentó orgulloso.

—Entiendo... —musitó Sky muy tensa. Entonces, desvió el rostro hacia Koda y le dijo—: Es bonito. Me gusta Dark. Deberíamos hablar sobre si puedo quedármelo o no, ¿no, amor? —espetó ella siguiéndole el juego a Koda.

Este puso cara de circunstancias.

—¿Lo quiere probar? —preguntó el hombre—. Pueden dar una vuelta con él, si lo desean —aseguró—. Pero no es una vuelta gratuita —especificó—. Dark compite en obstáculos.

Koda no se sorprendió por el comentario. Aquello era una empresa y no se fiaba. De lo contrario, todo el mundo iría allí a probar caballos gratis.

—Sé cómo funcionan estos negocios —Koda se llevó la mano a la cartera. Tenía un fajo de billetes, por si las moscas—: ¿Cuánto cuesta una vuelta con la belleza?

—Con su novia, no sé —Landom piropeó a Sky, y esta se lo agradeció haciéndose la tímida—. Pero media hora con Dark son trescientos dólares.

Koda asumió el gasto sin darle importancia, como un hombre que pudiera comprar ese y los que quisiera.

—Los terrenos Banan son muy vastos. Y están delimitados por vallas. No tiene pérdida. Les prepararé una silla para los dos.

Desde luego, el mozo de caballería era muy amable y solícito. El trato al cliente era exquisito. Por eso tenía tan buena reputación. Pero también era rápido en coger el dinero y guardarlo en su riñonera.

—Había escuchado que los establos Banan sufrieron un grave percance.

—Sí —contestó Landom con tono grave—. Fue muy duro para todos. Yo vivía en una cabaña muy cerca de aquí. Recuerdo ver salir a los caballos, algunos con llamas sobre sus lomos. Mire —se arremangó la camisa y le mostró la piel quemada—. Les apagué el fuego con mis propias manos.

—Debía ser muy joven entonces.

—Tenía veinticinco años. Pero poseía mucha experiencia como mozo. Así que trabajaba para los Banan. Pero ese maldito incendio —chasqueó con la lengua y meneó la cabeza— salió de la nada.

—¿Cómo fue?

—Un fusible del techo reventó... Las chispas cayeron y empezaron a quemar la zona donde se amontonaba el heno y la alfalfa para alimentar a los caballos. Eso prendió muy rápido. Los Banan intentaron ahogar las llamas y tuvieron tiempo de liberar a sus animales... pero les cayó una viga encima. No había herederos, así que me encargué yo de los caballos. Vendí algunos —contó con pena— y eso me dio la inyección suficiente para poder hacerme cargo de este lugar y volver a recuperarlo. La tragedia se llevó muchas vidas por delante. Y ahora, veinticinco años después, soy el propietario de los establos —alzó el mentón orgulloso de su proeza.

—Tiene motivos para estar orgulloso.

—Soy un hombre de familia y los caballos son mi vida. Y mantenerle el nombre a este lugar es mi pequeño homenaje a los Banan. Eran gente muy buena. Pero la vida sigue... —exhaló, como si estuviera harto de contar la misma historia—. ¿Preparo a Dark?

Koda sabía montar a caballo. Sky miraba con suma atención a Landom, como si lo psicoanalizara. Entonces, antes de que él se percatara, sonrió dulcemente, metiéndose en su papel como una actriz experta, y Koda supo que la chica tenía algo. Algo que quería decirle.

—Nos encantará montarlo —contestó Koda—. ¿Verdad, nena?

—Claro, nene —contestó con la sonrisa tensa en sus labios. Estaba acostumbrada a jugar, pero odiaba esos juegos si no eran de verdad. A ella le encantaría que con Koda lo fuesen.

—Bien, esperen fuera unos diez minutos y les sacaré al chocolate negro.

Koda y Sky obedecieron al encargado y salieron del descomunal establo.

Esperarían a subirse al caballo para conversar abiertamente.

CAPÍTULO 14

Cabalgar era una locura.

Koda estaba sentado tras ella y él llevaba el caballo como un experto jinete.

Avanzaba por los pastos probando la fiabilidad de la bestia que tenía entre las piernas. Ella se agarraba a la silla y Lonan la sujetaba contra él con una mano en sus caderas.

Ya estaban tocando los límites de las vallas que delimitaba los terrenos Banan, y allí, rodeados del abismo de valles y pastos descomunales, Koda detuvo a Dark y lo puso de manera que los tres pudieran disfrutar del magnánimo y sobrecogedor lienzo natural que tenían a sus pies.

—So... —le susurró Koda a Dark—. Habla, trucha —bromeó—. Sé que tienes cosas que decirme...

—Esta es la primera vez que voy a caballo —contestó Sky emocionada.

No había hablado en todo el trayecto porque Koda así se lo había ordenado y porque quería estar seguro de que no habían cámaras ni micros cerca.

El tono con el que ella habló alertó a Koda. Se inclinó hacia adelante para tomarle la cara y vio que, por debajo de la montura de las gafas, había lágrimas. Estaba llorando. Sky lloraba. ¿Por qué? Por montar a caballo y cabalgar en libertad. Eso fue como si le pillaran el corazón con un anzuelo. Cualquier cosa era motivo de emoción y alegría para ella. Desde comerse una caja de Donuts, a ir a una discoteca, a viajar en coche... a cabalgar...

Mierda, empezaba a dejarse afectar por ella y su emotividad.

—Sky, no llores, por favor...

—No es de tristeza —aseguró ella secándose las lágrimas como podía—. Es solo que... es increíble. Dark es precioso... —acarició la crin del caballo y el animal relincho al percibir su contacto.

—Joder, Sky —murmuró Koda intentando serenarse—. ¿Quieres el caballo? Te lo compro para que dejes de llorar —aseguró sin restricciones—. Pero no llores más. Me pone nervioso...

Sky sonrió y dejó caer la cabeza.

—¿Eres de los que solucionas las cosas a golpe de talonario?

—No.

—Te pone nervioso cualquier cosa.

—Me pones nervioso tú —masculló tenso. ¿Cómo podía ser posible que, investigando lo que investigaban, él solo estuviera pensando en su culo y en hacerla suya? Ese pensamiento se le había adherido a la mente con pegamento desde que la secuestró.

Y se sentía una mierda. Un debilucho. No era de piedra. Sky era una chica bellísima y con un carisma brutal para él. Pero... no iba a complicar más las cosas. No debía. Sus hermanos habían vivido cosas similares con sus parejas y no quería angustiarse tanto como lo habían hecho ellos al pasar por todas esas dificultades.

Sky lo miró por encima del hombro. Y Koda solo pudo ver su propio reflejo en los cristales de las Ray Ban. En ese momento debería pensar que era un cagado.

Tal vez lo era. Pero por mucho que la deseara o por mucho que tuviera necesidad de hacer algo más con ella, no iba a relacionarse más intensamente hasta que no estuviera a salvo del Patrón.

Fuera lo que fuese lo que Sky pensaba en ese momento, prefirió no expresarlo. Así que volvió el rostro al frente y se tomó sus segundos para serenarse, hasta que dijo:

—¿Recuerdas que te dije que el Patrón tenía un olor peculiar?

—Sí.

—Olía a lo que ha dicho Landom. Al ungüento para los cascos de los caballos. A eso —sentenció—. Landom ha dicho que el suyo es de producción propia y que no todos huelen así.

Koda llegaba a la misma conclusión.

—¿Crees que el Patrón tiene relación con Banan Horses?

—No lo sé. Pero si tenemos en cuenta que el Patrón apostaba casi siempre a uno, y que aquí mantienen y entrenan a caballos de competición, deberíamos asegurarnos de investigar a qué caballería pertenecía su purasangre ganador. Amazing Red. Si pertenece a Banan Horses, tendremos más datos para dar con él.

Koda sabía que esa información podía ser oro.

—Eso es muy relevante, Sky —reconoció Koda—. Me he fijado en el sistema de cámaras de seguridad que tienen —explicó él—. Tienen una pegatina de reconocimiento en las ventanas del cobertizo.

—También las vi.

—Puedo encontrar el modo de hackear su sistema y observar los establos todo el día, para ver qué podemos averiguar. Le diré a Nick Summers que lo haga. Es el mejor para eso.

—No sé quién es Nick.

—Seguro que te caería bien.

Ella se quedó en silencio.

—¿Y qué piensas de Landom? —insistió él—. ¿Has podido usar tu magia con él? ¿Has leído algo que debamos saber?

—Creo que a simple vista es un hombre normal y agradable. Su mujer parece muy noble. Pero he notado un afán extraño de dar entusiasmo a su historia de salvador de los caballos. Me ha parecido sobreactuado, como si se lo hubiese aprendido de memoria.

—¿No te ha gustado?

—No me ha convencido del todo —puntualizó ella frotando a Dark por detrás de las orejas—. Tal vez me equivoque...

—No. Tú no te equivocas —espetó confiado en su instinto—. Eres la que sabe de perfiles —le concedió él—. Te diré lo que haremos. Vamos a pasar toda la información que tenemos a Karen y a mis hermanos. Que hablen con Nick y nos ayuden. Y tú y yo regresaremos a Carson. Porque si, por un casual, el Patrón tiene acceso a este recinto y estamos en su patatal, es posible que, sin querer, nos hayamos metido en la boca del lobo antes de tiempo. Es mejor que nos vayamos.

Sky asintió y volvió a sujetarse a la silla de montar, dispuesta a emprender el camino de vuelta. Ojalá pudiera quedarse en ese lugar más tiempo. Ojalá pudiera disfrutarlo sin miedo a que nadie la asustase o la persiguiera. Y ojalá... ojalá que Koda la besara otra vez. Maldito calavera.

Koda la estudió. Era muy delicada. Pero también muy fuerte. Era toda una tierra de contrastes esa muchacha.

—¿Quieres que te deje llevar las riendas?

Ella no se esperaba oír aquello.

—¿Cómo? No sé llevar un caballo...

—Sabes cabalgar muy bien —le contestó tomando las riendas para que ella las cogiera—. Yo guiaré a Dark con mis talones. Tú encárgate de hacerlo frenar tirando de las riendas y dirigiéndolas hacia donde quieras ir. Izquierda, tiras de las riendas de la izquierda. Derecha, haces lo mismo. ¿Entendido?

—¿Y si pierdo el control?

Koda negó vehementemente y le dijo al oído:

—Si lo pierdes, yo lo recupero.

A Sky se le puso la piel de gallina. Alzó la barbilla como una digna amazona y decidió aceptar el desafío.

—Vamos. ¿Preparada?

—¿Y tú? —replicó—. Arre —le ordenó a Dark suavemente con una risita.

Entre ella y ese animal había una simbiosis especial. Cualquiera podría verlo. Dark era un ser inteligente y empático y se mimetizaba con ella. Joder, era una maravilla.

Pero más maravilloso fue contemplar la alegría de Sky galopando, dibujando una sonrisa increíble y auténtica de oreja a oreja. Iban tan rápido, que el moño se le deshizo.

Y cuando eso sucedió, los largos mechones de su pelo golpearon el rostro de Koda y lo impregnaron de su aroma. Olía a flores. Parecía una dama salvaje.

El Kumar se empalmó no solo de lo sexi que ella parecía. Se encendió de la emoción, porque la alegría de Sky llegó hasta él y le salpicó hasta afectarlo.

Hizo suya su asertividad y, en aquel momento en los pastos interminables de la familia de Sky, ella y él se hicieron uno en espíritu.

El calavera supo que era la primera vez en su vida que experimentaba una emoción de ese calibre y una conexión íntima y emocional con alguien. Sin sexo de por medio.

¿Qué pasaría si cediera a su instinto y decidiera ser el primero para ella?

Que le partiera un rayo ahí mismo si no lo deseaba.

Media hora después estaban a punto de dejar al semental.

Pero un Delta Force como él olía el peligro.

Las señales, los cambios en el aire, los silencios...

Miró al frente.

Quedaban cien metros para llegar a los establos y bajarse del imperial Dark Chocolate. Pero desde allí también se veía la entrada al recinto, y las vallas de seguridad. Podía ubicar su coche, y donde antes no había ninguno, ahora se encontraban aparcados dos coches negros con los cristales completamente oscuros. No debería suceder nada extraño, pero un señor trajeado y con gafas de sol intentaba otear el interior del Jeep.

Koda lo sintió todo antes de que sucediera.

Fue al llegar a los alrededores de los Picaderos, cuando se dio cuenta de que algo no iba bien. Los Picaderos tenían gradas que se veían desde afuera. Koda detectó un resplandor extraño. Como si el sol diera en un cristal.

Si no había caballos que entrenar, no había jinetes, tampoco debería haber personas en las gradas... ¿de dónde venía ese reflejo? Era el reflejo que el sol daba contra la mirilla de una escopeta.

Escuchó el silbido de la bala pasar por encima de su cabeza. Era un disparo.

Le disparaban a él. No a Sky. Y tenían silenciador.

—¡Nos disparan! —exclamó Koda.

Sky se agachó asustada y se abrazó al cuello de Dark.

—¡Corre, Dark! ¡Corre! —le ordenó.

El caballo empezó a galopar como el de un cosaco que iba a la guerra, pero en dirección contraria.

Koda se hacía cargo de él y lo guiaba, encogiéndose, rezando por que la puntería de los francotiradores no fuese buena. Si le daban a él, esperaba que no alcanzase ningún órgano vital, porque no podía dejar a Sky en manos de ese Patrón de nuevo.

—¡Agárrate, Sky y no te sueltes! —le ordenó—. ¡No levantes la cabeza!

Ella cerró los ojos con fuerza y le obedeció.

Los coches que estaban aparcados arrancaron para seguirles e ir a la caza.

Koda sabía dónde tenía que ir. No podía buscar carretera porque los coches les alcanzarían. Debía continuar con Dark por los pastos y saltar las vallas de la parte Norte, donde alcanzaría terrenos que ya no formaban parte de los

Banan. Terrenos insondables que tendrían que atravesar a caballo.

Como fuera, iba a hacer correr al caballo como él deseaba. Era un animal de las carreras, de los riesgos y las aventuras, adoraría la velocidad.

Los disparos remitieron después de cinco minutos interminables. Pero Koda escuchaba los coches y el motor inconfundible de algunos quads.

No habían tardado nada en encontrarles. Nada. Había sido pisar el antiguo hogar de las Banan para darse cuenta de que Landom no había tardado nada en reconocer a Sky. O puede que él no hubiera dado el chivatazo. Tal vez fueron las cámaras internas de los establos que rebelaban dónde estaban.

Había sido una mala idea.

Lo que tenía claro Koda era que el estilo de esos hombres casaba con el de los miembros de seguridad que habían intentado agredirles en su casa.

Seguramente, si Banan Horse tenía algún vínculo con el Patrón, se servía de la misma agencia de seguridad que usaba en sus partidas de Hermes.

En todo eso pensaba Koda mientras, con Sky bien sujeta con un brazo y las bridas en la otra mano, saltaban rocas, hierbas, hoyos y charcos, y recorrían bosquejos... Hacían el mismo trayecto que cuarenta minutos atrás. Dark se lo sabía de memoria.

Pero los quads negros que iban tras ellos, que eran dos, también conocían otros caminos por los que acortar y rodearles.

Y llovieron las balas de nuevo. Koda miró hacia atrás y se sacó la glock de detrás de los pantalones. Sky captó que necesitaba tener las manos libres, así que ella sujetó las bridas de Dark y empezó a animar al caballo.

—¡Vamos, bonito! ¡Corre! ¡No dejes que nos cojan! —le pedía.

Koda apuntó al quad que corría paralelo a ellos. Lo veía aparecer y desaparecer entre los árboles. Sujetó bien la empuñadura y con la otra mano fijó más el amarre y tensó los brazos. Él siempre tuvo muy buena puntería. Y eso no se olvidaba.

Koda disparó cuando consideró que el cuerpo del motorista estaría al descubierto. Esperó que pasara dos troncos de árboles más y lanzó el disparo al hueco.

El tipo dejó ir un exabrupto y cayó de la moto. Esta impactó contra un árbol, con tanta fuerza, que el motor dejó ir una explosión.

—Bingo.

El fuego.

El fuego podría salvarles. Landom y los demás no iban a permitir que el incendio se escampase y comiera terreno, y más con el riesgo de que pudiera llegar a los cobertizos.

El otro quad continuó persiguiéndoles colina arriba.

—¡Hay que llegar a la valla que delimita el terreno y saltarla! —le decía Koda intentando apuntar al segundo objetivo que se movía en zigzag tras ellos.

—¡Cómo va a saltar! ¡Y si es un caballo que no salta!

—¡Es de los que compiten en obstáculos! —le recordó—. ¡Lo dijo Landom! ¡Clava los talones dos veces en sus costillas y comunícate con el caballo como te dé la gana, Sky, pero tiene que saltarla o nos alcanzarán!

Mientras Koda disparaba sin éxito una segunda vez, Sky divisó a doscientos metros la valla de la que hablaba Koda, ahí donde hacía menos de una hora estaban los dos compartiendo información y admirando las vistas.

Estaba nerviosa. La adrenalina le corría por las venas como un torrente de agua sin freno. Era una locura.

—¡Haz que salte! ¡Sé que lo harás, Sky!

A ella le asombró la confianza plena que ese hombre tenía en sus nulas facultades como jinete.

Sky se apoyó sobre el cuello del caballo y empezó a hablarle al oído, porque no se le ocurría otra cosa.

—Sácanos de aquí. Sácanos y serás libre. Seremos libres —le repitió—. Pero tienes que saltar la valla —le suplicó.

Koda disparó una tercera vez y, esta vez sí, dio en la rueda delantera derecha del quad. Esta reventó y el conductor perdió el control del vehículo y acabó teniendo un accidente. Ya no les perseguían.

Koda miró al frente.

Estaban a veinte metros, no más, de dar el salto y cruzar al otro terreno colindante. Se sujetó a ella y la vio tan concentrada en su labor, hablándole al caballo con tanta calma, que no dudó ni por un segundo en que no lo conseguirían.

El caballo relinchó.

Diez metros.

Cinco metros.

Sky miró al frente. Koda la sujetó bien para que no volara hacia adelante con el salto.

Un metro... dos golpes de talón en sus costillas y...

¡Flas!

La plasticidad del salto de Dark Chocolate los elevó por encima de las vallas de madera barnizadas de rojo. La sensación de vacío en el estómago les golpeó a los dos el tiempo que estuvieron en el aire.

Y, al cabo de tres segundos, tocaron suelo de nuevo. El caballo no se detuvo, y continuaron galopando los pastos ajenos en dirección Norte.

Sky dejó ir una carcajada y elevó los dos puños al aire.

Koda la ancló al caballo y sonrió con ella.

—¡Corre, pequeño! ¡Corre! —le pedía eufórica.

Koda miró hacia atrás, y agudizó el oído. En ese momento nadie les seguía, pero no dudaba que irían a por ellos.

Koda se había dejado el coche ahí. Al menos, llevaba la documentación encima. Si querían saber a quién pertenecía solo tendrían que leer la matrícula. Pero la cartera, el móvil, la documentación y su arma, iban con él.

Aunque no se iba a engañar. Estaban jodidos.

¿Cuánto tendrían que cabalgar para estar a salvo?

Los iban a perseguir y ellos iban los dos montados a lomo de un caballo.

Tres cuartos de hora después, Koda detuvo a Dark.

Sky tenía las pupilas dilatadas y le dolía el trasero y los muslos de galopar. A él también. Además, compartían una silla doble y no era muy cómoda.

—¿Por qué lo haces parar? —le preguntó Sky.

—Porque es un caballo que pertenece a la caballeriza Banan —explicó él—. Están protegidos contra todo tipo de robo. Seguramente, tengan algún localizador.

—¿Me estás diciendo que saben perfectamente dónde nos encontramos? —preguntó desilusionada.

—Sí. Por eso lo mejor que podemos hacer —él se bajó del caballo de un salto y levantó las manos para ayudarla a bajar también. La cogió por la cintura y la manipuló como si no pesase nada— es dejarlo cerca de esta zona

de ríos —oteó los alrededores—. Podrá beber agua, comer hierbajos, y tarde o temprano, Landom lo recogerá y se lo llevará de vuelta.

—Pero es que... —susurró apenada.

—No —la detuvo él antes de que dijera lo que iba a decir—. No, Sky. No nos lo podemos quedar. Al menos, no por ahora.

Ella no comprendió lo que quería decirle.

—Pero Dark me gusta —espetó ella abrazándose al cuello del semental.

—Y tú le gustas a él —le aseguró el calavera—, pero será mejor para él que se lo lleven a los establos. Ya nos ha ayudado.

A Sky los ojos se le llenaron de lágrimas. No quería desprenderse del animal.

Koda comprendió que estaba superada y nerviosa. Así que dejó al caballo cerca del río para que bebiese agua, y la alejó, porque ella desde luego no iba a dar un paso sin él.

La adrenalina estaba golpeando con fuerza a la muchacha, y Koda, experto en esas situaciones, tiró de ella para seguir el río como si fueran senderistas. Debían alejarse de allí.

Sky iba andando a trompicones, pisando las piedrecitas de las orillas de la corriente de agua. Mirando hacia atrás, lanzando miradas furtivas al caballo que también parecía despedirse de ella. Y lo peor era que no podía dejar de llorar. Y que ahora temblaba.

Koda continuó tirando de ella con brío para que siguieran caminando. Cogió el móvil e hizo una llamada.

—Lonan.

—Koda, ¿cómo ha ido la...?

—Lonan, escucha. Código rojo.

Los hermanos tenían una clave entre ellos. Cuando mencionaban las palabras «código rojo», no tenían que dar más explicaciones. Se ponían en alerta porque uno de ellos estaba en peligro.

—¿Dónde estás? ¿Estás con Sky?

—Sí. Ella está conmigo. Voy a dejar el buscapersonas del móvil activado. No tengo mucha batería. Y creo que Sky tampoco. No sé muy bien dónde nos encontramos. Creo que hemos salido del Condado de Lander. No estoy seguro... tenemos ríos alrededor. Y la zona es muy espesa. Es todo valle y

montañas, tío. Seguiremos el río una hora más y nos detendremos en algún lugar a cubierto. Anochecerá rápido por aquí.

—¿Estáis a salvo ahora?

—Ahora no nos sigue nadie. Pero tengo mi Jeep en Banan Horses. Es una historia muy larga. Nos han atacado ahí. Hemos salido a lomos de un caballo y corrido con él por llanuras de todo tipo. Por eso digo que no estoy seguro de que estemos en Lander. Fuimos hacia el Norte. Y aquí no hay una mierda de cobertura —dijo frustrado.

—De acuerdo, vamos a localizaros. Estamos regresando de Las Vegas. Iremos a por vosotros. Ten el móvil a mano.

—Sí. No sé si tendré buena señal... sea como sea, buscaré una cabaña de forestales para resguardarnos. Si se va nuestra señal, buscadnos en ellas. No sé cuántas habrá por aquí.

—Entendido. Os encontraremos. Poneos a cubierto.

—Descuida.

Koda colgó y miró cuánto le quedaba de batería. Treinta por ciento.

—Sky, ¿cuánto te queda a ti?

Ella sorbió por la nariz y miró a la pantalla.

—Cincuenta.

—Bien. Trae —le arrebató el móvil y le activó el busca personas. Lo compartió con los demás. Pero no tenía modo de saber si eso funcionaba o no, porque se quedaba sin señal y no podía comprobar nada—. Te lo voy a poner en ahorro de energía —a continuación se lo entregó y ella se lo guardó.

Las montañas que los rodeaban tenían picos nevados. Bajaría la temperatura mucho y necesitaban ponerse a cubierto y protegerse del frío que llegaría.

—Vamos —le ordenó Koda tomándola de la mano de nuevo.

Ella se dejó hacer. Koda estaba hecho para situaciones límites. Era como un guerrero.

—Fuiste militar —no era una pregunta.

—Fui Delta.

Ella asintió pensando en ello.

—Tienes mucha puntería.

—Sí —asintió Koda buscando nuevos caminos entre matorrales.

—¿Crees que nos van a...?

—No —contestó él antes de que ella acabara la pregunta—. Te dije que no iba a dejar que te cogieran. Soy tu protector, ¿no?

Le dirigió una sonrisa amable y cómplice que la hizo sentir bien y en deuda con él.

—Sí.

—Somos amigos. Ahora ya somos amigos —añadió él resiguiendo un caminito de tierra paralelo al río.

—¿Amigos? —dijo ella incrédula. No. Randi había sido su amigo. Él era el hombre por el que sus huesos y su espíritu se deshacían. Aunque le negase esa verdad.

—Claro. Hemos saltado a lomos de un caballo de carreras. Ahí se forjan vínculos —musitó él intentando hacerla reír.

—Tú estás loco —contestó con una risita.

Pero ese momento de bienestar no borraba su sensación más oscura ni su pensamiento más triste. Estaba poniendo a Koda en peligro. Y no se perdonaría que a él le volviese a pasar lo mismo que a Randi.

No lo permitiría.

Caminaron durante dos horas más. Sin rumbo exacto. Solo siguiendo el río.

Koda decía que era mucho mejor tener agua a mano, no solo para ellos, sino porque así sus hermanos no tendrían pérdida al encontrarlos. Sabían que él siempre busvaba acampar cerca de fuentes de hidratación.

Al final, localizaron un cobertizo de montaña, pequeñito, como una habitación de no más de cuatro metros cuadrados. Al menos, la suerte les sonreía y al caer la noche tendrían techo bajo el que reposar.

—Nos meteremos aquí —dijo inspeccionando el interior—. Está escondido. No muy a la vista. No tendremos mucha luz. Pero la piedra caliza de alrededor, si hay luna, nos dará la claridad que necesitamos.

Sky se sentó y apoyó la espalda en la cabaña.

La vida tenía un sentido del humor muy negro. ¿Cómo podía ser liberada para sentirse más perseguida que nunca?

Era increíble.

Koda inspeccionaba el perímetro del bosque en el que se encontraban.

Empezaba a refrescar. Koda se acuclilló delante de ella.

—Aquí el río es suave y apenas hace ruido. Oiremos cualquier movimiento alrededor —le explicó. Tomó su pistola y la abrió para comprobar cuántas balas le quedaban. Siete. Siete balas. La cerró de nuevo y echó un vistazo a la pequeña choza—. Deberíamos entrar —sugirió.

Ella podía imaginárselo de militar, en misiones encubiertas. Salvando a gente. O castigándola, dependiendo del bando en el que estuvieran.

Koda Kumar era un hombre del pecado con intenciones justas.

Un hombre de Ley con el atractivo de un diablo.

Y ella... a ella le dolía mirarlo. Porque deseaba haberlo encontrado en otra vida, en otro momento, pero el karma era así.

Su karma les ponía en peligro de muerte a los dos.

¿Cómo iba a vivir en paz consigo misma si, por su culpa, su águila era cazada y torturada?

No. Las aves como él estaban hechas para volar libres, no para cortarles las alas.

Debía tomar una decisión antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 15

Horas después

En el interior de la cabaña, a pesar de estar sentados juntos, hombro con hombro, hacía un frío de mil narices. Habían cerrado la puerta para que el helor no entrase, pero el frío venía desde abajo, y aunque la cabañita era de madera, sin nada que les diera calor extra se iban a congelar.

Sky temblaba a su lado y se pegaba a él todo lo que podía.

Koda le rodeó el menudo cuerpo con un brazo y la sentó encima de él, sobre sus piernas, para que sintiera más su calor corporal.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro.

Se sentía desdichada. Nunca en su vida, a pesar de sus circunstancias, había percibido la oscuridad tan de cerca. Y se sentía así porque temía perder lo que acababa de conocer. Ahora ya sabía lo que se perdía. Ahora ya conocía parte de la vida que podía llegar a tener. Y, sobre todo, ahora ya había dado con él.

—¿Sabes? —dijo Sky acongojada—. Pienso que tú y yo podríamos habernos conocido en otro momento. Que podríamos tener otra historia.

Él apoyó la cabeza en la madera y no dijo nada. No la interrumpió. Dejó que hablase.

—Yo podría haber sido policía. O tal vez jinete.

Koda sonrió. Dos profesiones que iban de la mano, obvio.

—Tendría mi carrera y mi vida. Y un día, aburrida de todo el mundo vainilla de mi vida y de mi zona de confort, me habría presentado en el Reino —se estremeció de frío, y Koda la abrazó más—. Seguramente, buscaría a un hombre que no tuviera miedo a mirarme a los ojos, y al que mi aplastante personalidad —dijo sin tomarse en serio— no le intimidase. Un hombre —concluyó—. Me tomaría una copa de las que nunca he tomado en la barra, y estudiaría mis posibilidades. Y entonces... te vería. Te vería porque sería imposible no verte.

—Sky...

—No, déjame hablar, Koda. No tengas miedo —lo tranquilizó con la normalidad de quien estaba acostumbrada a hacerlo y sabía lo que le incomodaba a todo el mundo—. Tú aparecerías entre la multitud, bailando con una chica, centrada en ella, pero sin estar realmente interesado —fantaseó.

—¿Por qué no iba a estar interesado?

—Porque si a mí me aburren los demás, a ti te aburren todas —sentenció—. Y ahí estarías, sonriendo como cuando lo haces sin ganas... Ella se contonearía contigo, creyendo que eres una presa divertida y que te tiene en el bote. Pero ella no te conoce. Yo sí. Ella no sabe que eres un depredador de los cielos. Un cazador del aire. Un águila —musitó tiritando—. Y con ella no tendrías ni para empezar. Entonces, yo te miraría.

—¿Cómo irías vestida?

—Claro. Olvidaba que eres fetichista y te encanta el cuero bien ajustado. Seguramente iría de negro, con el pelo suelto, y un top que me levantaría el poco pecho que tengo. Pero a ti no te importaría, porque tú estabas esperando toda tu vida por una chica de ojos lilas como los míos. Porque soñabas conmigo. Como yo he soñado contigo desde que era una cría.

Él se quedó inmóvil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Sé que tu animal totémico es un águila porque siempre estabas en mis sueños, a mi lado. Porque tienes los mismos ojos que el ave que cuidaba de mí. Sé que eres el futuro chamán de los gunlock y que... de alguna manera, eras para mí. Pero, por alguna razón, en esta vida parece que tú no me reconoces... y que no es el mejor momento para coincidir.

Se hizo el silencio entre ellos. Sky hubiese esperado un «sí te reconozco, pero no sé de qué va todo esto». O un «sé quién eres, pero no creo en el amor», que sería igualmente triste. O solo un «tengo miedo», que sería la única verdad.

—¿Quieres saber qué harías tú al verme? —le preguntó Sky con las lágrimas en la garganta.

—¿Qué? —susurró él.

—Me pondrías celosa, seguramente. Porque eres un tío al que le gusta mandar y que está acostumbrado a llamar la atención y a que ellas suspiren. Y tienes suerte, porque creo que soy celosa —asumió sin darle importancia—. Pero me mantendría firme. Tú esperarías a que yo fuera, porque te encanta

dominar en la cama pero quieres a una mujer decidida y valiente a tu lado fuera de ella. Y yo iría, Koda —dijo en voz baja—. Iría porque no podría no ir.

—¿Y qué harías?

—Te cogería de la cara —alzó el rostro— y te plantaría un beso en toda la boca. Como el que me has dado tú antes de entrar a los establos. Pero lo mío no sería un papel. Sería el hambre, estaría famélica de tener lo que nunca he tenido —osciló las pestañas y carraspeó—. Pero tú te harías el duro, y me apartarías —continuó—. Sin embargo, yo, volvería a hacer lo mismo hasta que no rechazaras mis besos.

—¿Violarías mi boca?

—Hasta que reconocieras que necesitas mis b-besos tanto como yo necesitaría los tuyos. Y entonces... entonces me cogerías, me cargarías al hombro y me subirías a las celdas.

—No. No subiríamos —la corrigió él—. Bajaríamos. Mi celda está abajo, en las mazmorras.

—Ah... —dijo con sorpresa—. Y allí, podrías... ha-hacerme todo lo que quisieras y yo t-te lo permitiría, porque querría de ti todo lo que tuvieras por ofrecerme.

—Estás helada —le frotó el cuerpo.

—Ha-hasta que por fin me dieras tu corazón —alzó un dedo y le hizo la cruz sobre el pecho—. Yo te lo guardaría para siempre.

Koda tragó compungido. Sky era muy gráfica y se había imaginado la escena con muchos detalles. Lo curioso era que había adivinado todos sus movimientos. Lo conocía. Se había encargado de estudiarlo en ese tiempo que llevaban juntos.

—¿Por qué crees que te gustaría lo que yo tendría para darte?

Sky lo tomó de la barbilla y él no se apartó.

—Hay personas que... —le castañeteaban los dientes— t-tenemos la suerte de saber quiénes nos pertenecen y quiénes nos dominan con solo una mirada. Yo tengo la suerte de saber que tú estás hecho para mí —con el pulgar raspó suavemente su *piercing*—. No voy a luchar contra ello.

Koda observó su rostro. La luz de la luna entraba a través de las ventanas y la claridad caliza de las rocas que bordeaban el río teñían el interior de la cueva. Pero no eliminaban el frío.

Por eso, cuando Koda advirtió que tenía los labios morados, se puso nervioso. Y decidió que el mejor modo de mantener el calor era pegarse piel con piel.

—Levántate —Koda la ayudó y se levantó con ella en brazos.

La dejó tocar con los pies en el suelo. Se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo. La ayudó a ella a quitarse la chaqueta y el jersey...

—Tenemos que hacer algo, Sky, o sufrirás hipotermia —cuando hablaban salía vapor de la boca.

—Y-ya... —no podía dejar de temblar—. T-tengo mucho frío.

—Ven, no te asustes —Koda se quitó el jersey por la cabeza y se bajó los pantalones. Se quedó en calzoncillos negros tipo slip—. Hace demasiado frío. Tenemos nieve en los picos de las montañas que nos rodean.

Sky estaba congelada, pero su cerebro todavía funcionaba, y no pudo emocionarse al ver el increíble águila que cruzaba el pecho de Koda. Sonrió para sí y supo que tenía razón desde un principio.

—Mi águila —musitó mirando su diseño.

Él le quitó el calzado y le bajó los pantalones.

Se quedaron en ropa interior.

Pero Koda, que sabía de supervivencia, aprovechó y colocó la ropa como si fueran los bajos de una cama. Se tumbó encima de las prendas, en el suelo y arrastró a Sky con él, colocándola debajo de su cuerpo. Después se tapó con las chaquetas y cubrió ambos cuerpos todo lo que pudo.

Ella lo miraba fijamente y no dejaba de observar el tatuaje de su pecho.

—Este es el águila de mi sueño —susurró intentando entrar en calor, acariciando su piel con la punta de sus dedos helados—. Y yo lo quiero —lloriqueó cerrando los ojos.

—Sky, mírame...

—No, Koda, escúchame. ¿Y s-si creamos calor nosotros?

Y de repente, a pesar del frío, Sky alzó las piernas y rodeó la cintura a Koda con ellas.

Él se quedó de piedra. Tenía el pelo totalmente desparramado por el suelo, sus ojos, a pesar de la poca claridad que había, se veían violetas.

Era más menuda que él, pero tenía la piel muy suave, y las formas muy tiernas y femeninas, nada que ver con él que era todo músculo y dureza.

¿Qué le sucedía? No podía ponerse cachondo en una situación así. Pero no se podía engañar, llevaba horas duro, y más después del subidón de la persecución. Esa mujer repleta de arrojo le afectaba sexualmente. No lo negaría.

Sky movió su entrepierna contra su durísima erección. Sus ojos brillaban con inteligencia y sonreían. ¿Lo habría tramado? ¿No tendría tanto frío en realidad?

—Estoy helada... —le aseguró— pero ardo por dentro —alzó la cabeza y le dijo al oído—, por ti.

—¿Qué haces? —preguntó nervioso. Tan grande como era y parecía indefenso con ella.

—Házmelo. Sé el primero —le pidió.

—No —protestó.

—Koda —ella le sujetó del rostro—. Has follado con muchas mujeres. Con muchas. Quiero que seas tú. No tiene que suponer nada más... —se estremeció de frío de nuevo y sus dientes chocaron con convulsiones—. Arrebátame la virginidad —le pidió—. A él le dejaré de servir —Koda la miraba enmudecido—. El Patrón está obsesionado con la pureza —explicó pasándole el pulgar por los labios.

—No. Además, no llevo condón y...

—¿No eres tan experto? Seguro que sabrás parar. No es nada. Nos están persiguiendo, Koda. Esto quedará entre tú y yo, y tengo tanto frío que me duele la cabeza... Por favor, por favor... —musitó cerrando los ojos y volviéndose a frotar contra su erección—. Tienes ganas. Sé que las tienes.

Él gruñó y le ordenó.

—Deja de hacer eso. Deja de frotarte.

—No. No quiero —se negó ella. De repente, fue rápida, coló la mano entre sus cuerpos y con sus dedos helados le metió la mano en el interior del calzoncillo. Ella se asombró por su tamaño, y él siseó. Sus ojos amarillos se dilataron y su mirada se tornó más peligrosa.

—¿Quieres follar aquí para entrar en calor? —repitió él sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Sí.

—¿Quieres que te quite el himen?

—Sí.

—¿Para que tu Patrón te deseche?

Ella afirmó. No podía rodear su vara gruesa totalmente. Esa parte del cuerpo ardía, justo como su entrepierna.

—Tu Patrón nunca va a saberlo —espetó Koda bajando la voz.

—¿Por qué?

—Porque él no va a dar contigo. Mientras yo esté a tu lado, nunca te cogerá.

Le gustó tanto escuchar aquello que a punto estuvo de echarse a llorar. Pero les faltaba tiempo. Sky quería aquello ya. Debían darse prisa.

—Házmelo solo porque tengo frío y porque para ti el sexo no significa nada más que placer. Házmelo. No te estoy pidiendo ni siquiera que me hagas lo que a las demás, solo te pido que me ayudes. Estás siendo la persona de mis primeras veces. Me has dado mi primer sexo oral, mi primer beso, ¿por qué no puedes darme también mi primera vez en el sexo?

Koda parecía una estatua de mármol. A Sky nunca la habían tocado. Nunca la habían besado. Y la tenía ahí, dispuesta para él, sin exigirle nada a cambio, solo que se movieran sus cuerpos para crear calor. Y lo necesitaban.

—¿Quieres que sea aquí? ¿Así? —tenía la voz ronca.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

Él cogió aire por la boca, y al exhalar añadió:

—Tú lo has querido. Vamos a crear calor.

¿Calor? Iba a prender el maldito infierno ahí mismo.

Koda se bajó los calzoncillos él mismo hasta los tobillos y le quitó las braguitas a Sky. Veía poco, pero lo suficiente para acertar a vislumbrar formas.

Sky se sujetaba a sus hombros mientras él le abría las piernas bien.

Entonces, llegó a su sujetador negro y dijo:

—Esto —se lo quitó sin mucha delicadeza—, también fuera.

Koda se dejó caer sobre ella, asegurándose de que la cubría por completo.

Sujetó sus muslos y le ayudó a que le rodeara bien la cintura.

—Tienes que estar bien abierta —le susurró—. Te haría más cosas para que te excitaras más rápido, pero no quiero que pases frío...

—Y-ya estoy excitada —dijo ella.

—No —Koda negó aquella falacia—. Conmigo deberías estarlo mucho más, pero haré lo que pueda —Koda se apoyó en un codo, y se sujetó el miembro con la otra mano libre. Entonces empezó a jugar con el prepucio por todo su sexo. Arriba y abajo lentamente.

Ella abrió los ojos. Cogía aire cada vez con más rapidez.

—¿Te gusta que te acaricie así? —le preguntó—. Lo hago con mi polla.

Ella asintió. Le pareció tan erótico que sintió que se humedecía entre las piernas.

Koda continuó haciéndole eso un buen rato, hasta que sintió que resbalaba de verdad y que se mojaba con su excitación. Con los dedos, Koda la acarició entre las piernas, y recogió parte del lubricante natural de Sky para deslizarlo por todo su pene.

Él deseaba clavarse en ella profundamente, pero no quería hacerle daño. El dolor iba a llegar irremediadamente. Pero no tenía por qué ser exigente en su primera vez.

Koda adoraba el modo en que ella se mojaba con cada pasada de su sexo. Ojalá pudiera verla bien, como en la noche de baraja. Pero allí tenía esas condiciones y debía sacar provecho.

Él apoyó la punta de seta de su erección en la entrada de la vagina de Sky. Era muy ancha y su agujero pequeño y virgen. Pero cabría.

Sky le sujetó de la cara y le obligó a mirarla.

—¿Cuánto tiempo me vas a tener esperando? —le preguntó.

Ahí se dio cuenta de que ya no tenían tanto frío y de que ella ya no tiritaba. No sabía cuánto rato habría estado jugueteando entre sus piernas. Se le había pasado el tiempo.

—¿Quieres que te folle?

—Sí —clamó ella. Se incorporó sujetando el apuesto rostro del calavera, y lo besó en los labios.

Él no le devolvió el beso, dejó que se entretuviera con su boca para despistarla, y poder ejercer presión entre las piernas. La obligó a estirarse de

nuevo en el suelo, él la aplastó y se cernió sobre ella. Y poco a poco avanzó las caderas. Estiró el anillo apretado de su entrada, y con resistencia, pudo meter al final el prepucio en su interior.

Ella se quedó muy quieta, cerrando los ojos con fuerza mejilla con mejilla.

—Un momento... —pidió ella.

—Tranquila. Tengo que romper esa barrera —empujó hacia delante y captó el himen—. ¿Lo notas?

—Ah... sí.

—Tengo que empujar... —apretó los dientes—. Joder, estás muy cerrada... qué gusto...

Ella no sabía si reírse o llorar.

Entonces, Koda le tomó una mano y se la colocó sobre su sexo.

—Tócate como en la Gruta. Me encantó...

Ella asintió y tragó compungida. Miró hacia abajo. Estaba abierta de piernas, y el increíble cuerpo de Koda estaba encima de ella. Tenía un miembro viril muy grande y grueso. Y venoso. Su piel era muy suave... Y una espesa mata de pelo rizado negro lo rodeaba. Verlo la excitó. ¿Cómo iba a caber eso en ella? Sin embargo, tenía solo la cabeza de su pene en su interior.

Sky empezó a acariciarse el clítoris en círculos. Estaba resbaladizo e hinchado. Con las caricias sentía que Koda hacía más presión. Y con la presión más gusto sentía ella. El placer se hacía insostenible. Le gustaba notarlo dentro, aunque solo fuera por unos centímetros. Pero quería más. Su cuerpo pedía más. Y entonces, empezó a frotar su clítoris con fuerza.

Él sonrió y sus dientes se vieron muy blancos en la noche.

—Eso es, nena... así. Así...

Koda bamboleó sus caderas, y eso provocó que Sky tocara el orgasmo con los dedos, y justo cuando se iba a correr, Koda le sujetó los muslos con fuerza y empujó hacia adentro... y la penetró. Se tragó el grito de Sky con su boca y disfrutó del orgasmo que ella estaba teniendo con él en su interior.

—Joderrrrrrr... —dijo él entre dientes—. No te muevas...

—Más, más —dijo ella llorando.

—No. No te muevas... —le ordenó—. No llores —se apoyó en los codos y se quedó ahí, ensartado solo hasta la mitad. Ella era una rareza. Lloraba de placer y de dolor. Era maravillosa. Tan estrecha, tan perfecta...

—Siento que me vas a partir en dos —susurró temblorosa aún por el orgasmo.

—¿Te duele?

—Sí. Claro que sí... —contestó con sinceridad—. Pero quiero más. No estás metido del todo.

Él dejó ir una risita.

—No puedo hacer nada para evitar el dolor. Pero te prometo que pasará. Cuando te acostumbres seguiré...

Sky se mordió el labio inferior. Pasó sus manos por el pecho de Koda y después rodeó su nuca con sus dedos. Sin decir nada más, acercó su boca a la suya y lo besó.

Él quedó sobrecogido por aquella confianza y aceptación. Era toda dulzura en ese momento. Maravilloso.

Sin embargo, la chica no quería esperar a acostumbrarse. Quería más de ese ardor. Más de ese placer y esas sensaciones. Así que coló la lengua en el interior de la boca de Koda y solo cortó el beso para decirle contra los labios:

—Fóllame.

Y fue como si le dieran al botón de encendido.

Koda intentó refrenarse. Intentó detenerse. Pero con el sabor de los besos en su boca y su sexo oprimiéndole el suyo, se impulsó hacia adelante, y se incrustó en lo más hondo de ella, porque no había resistencia que le frenara.

Porque nadie podría haber evitado aquello.

Sky se quedó sin respiración al notar que tenía toda su elongación dentro, y que los testículos de él chocaban contra su trasero.

Y Koda no supo decir nada más. No supo hablarle ni dedicarle nada bonito.

Se convirtió en un saqueador que no iba a dejar nada en pie. Se centró en ella y en el tesoro que tenía entre sus piernas, y se obcecó en poseerla.

Retrocedía y avanzaba, retrocedía y avanzaba, y más ganas tenía de correrse. Habían pasado de congelarse a sudar, las diminutas ventanas superiores estaban empañadas del calor que desprendían sus cuerpos.

Koda penetraba a Sky hasta lo más hondo y ella se sentía pletórica.

Feliz porque, no sabía lo que iba a pasar, pero sabía que ya no podía volver atrás y que ya no era virgen. Y había perdido esa inocencia física con el hombre que debía ser para ella. Que ella quería.

Nadie podría arrebatarse ese momento.

Koda se colocó de rodillas y la sentó a ella encima de él.

Empezó a moverla arriba y abajo y a acompañar sus caderas con las estocadas. Era... La dejaba sin palabras. Que un hombre tan grande cupiera así en su cuerpo parecía surrealista. Pero ella estaba hecha para él.

Se sujetó a sus hombros y él hundió el rostro entre sus pechos.

Sostenía sus nalgas con fiereza, la marcaba, seguro que le dejaría los dedos grabados. Pero sería un precioso recuerdo. No podría decir que aquello no había sucedido.

Claro que no.

Era imposible negarlo.

Koda se había llevado su virginidad, y se había apoderado de ella, para siempre.

Koda se había corrido sobre su vientre dos veces.

Y ella había tenido tres orgasmos. Orgasmos uterinos. Todos con el miembro de ese hombre sacudiéndola por dentro.

Hacía calor dentro de la cabaña. Y olía a sexo. Y a miedo y a palabras impronunciadas en forma de silencio.

Ella estaba tumbada sobre él, con el rostro sobre su pecho. Le acariciaba con los dedos el pene semierecto y lo hacía de manera automática, dado que su cabeza había implosionado con los orgasmos.

Estaba irritada y le dolía entre las piernas. Había sangrado, pero poco. Tal vez por eso él había querido detenerse y dejarla descansar.

Si fuera por ella aún lo tendría en su interior. Porque quería más sexo con él. Se lo había dado, le había concedido su deseo. Pero siempre querría mucho más.

Sin embargo, solo tenía esa noche, porque una vez salieran de la cabaña, aquella mini aventura acabaría.

—¿Estás bien? —le preguntó él por enésima vez.

Sky afirmó con la cabeza.

—Ha sido genial —reconoció—. Muchas gracias.

Koda miraba el techo, con una mano apoyada sobre las nalgas desnudas de

Sky y otra detrás de su cuello. Estaban cubiertos por las ropas.

Pensaba en ella. Solo en ella.

Después del sexo Koda solía pensar en el trabajo, en su venganza, o en volver a follar con otras. Nunca lo había hecho con una chica. Desde hacía años follaba en grupo, y él siempre prefería ser el que sodomizaba. Porque no le gustaba demasiado el mirar a los ojos de nadie si no tenían nada que decirse. En cambio, había hecho muchas concesiones con ella.

Nada de sexo anal. Solo sexo tradicional. Y había sido todo lo cuidadoso que no era en años, dado que las mujeres con las que estaba eran todas bedesemeras o les gustaba el sexo duro.

Sky no entraba en ninguna categoría.

Era virgen. Le había pedido que la desvirgara después de haberle reconocido que lo quería para ella. Y Koda, como si lo hubiese hipnotizado, la había obedecido sin más.

Y ahora, tenía una sensación con la que no estaba del todo cómodo. Lo peor era que si dependiese de él la estaría poseyendo durante días, y con aquello no tenía ni para empezar.

¿Qué le había hecho Sky?

—¿Te sientes mal? —preguntó ella preocupada.

—No.

—Te sientes extraño —concedió—. Pero no tienes que preocuparte. Asumo lo que es esto. No voy a perseguirte. Sé que no has prometido nada...

Koda bajó la mirada y clavó los ojos en su pelo rizado y lleno de vida.

—Esto no ha sido nada —reivindicó él.

—Ya lo has dicho —intentó quitarle tensión al asunto—. Tranquilo. Espero que, al menos, lo hayas disfrutado.

Koda le agarró del pelo y la obligó a mirarlo.

—Me he corrido dos veces encima de ti... ¿crees que no me ha gustado?

—Sé que no es tu estilo. Pero también sé que lo has hecho por mí. Gracias por ser deferente conmigo.

Él aceptó su gratitud y se quedó en silencio de nuevo.

Los móviles estaban ya casi sin batería. Él tenía el diez por ciento y ella el veinte. Pero ambos sin cobertura.

Esperaba que les viniesen a buscar pronto.

La noche ya no estaba tan cerrada.

Sky se incorporó y fue la primera en romper aquel momento de quietud y reflexión.

Se colocó las braguitas y se vistió lo más rápido posible.

—¿Qué haces?

—Tengo pis —respondió ella con algo de vergüenza—. Necesito salir. Además, ya está amaneciendo.

Koda se medio incorporó. Tenía razón.

Pero no podían moverse de donde estaban, porque sus hermanos tenían su ubicación.

—Haz pis y vuelve aquí —le ordenó.

Ella tuvo la cara de reírse de él.

—Claro, ¿qué crees? ¿Que voy a ir a por el desayuno?

Koda entrecerró los ojos. Ella le acarició la cresta con los dedos y lo miró como si no tuviera remedio.

—Aguilucho tuerto —le espetó—. Ahora vengo.

Sky salió de la cabaña y el frío le golpeó toda la cara. Se abrigó lo que pudo, que no era mucho, y se ayudó de la claridad del amanecer para ubicarse detrás de un matorral y hacer sus necesidades. Cuando acabó, se acercó al río y allí, se acuclilló, se llenó las manos de agua y se remojó la cara.

¡Qué fría estaba! Se sentía algo incómoda entre las piernas. Pero era normal. Koda era un hombre de grandes dimensiones. Cuando se incorporó, se imaginó esa vida con él.

Viviendo rodeados de montañas y naturaleza, en una casita preciosa, con caballos... Bah, qué tontería.

En ese momento, al darse media vuelta, en el horizonte a unos doscientos metros, divisó dos hombres de negro. Dos dobermans les precedían. Uno de ellos tenía el pañuelo que ella había dejado en el coche de Koda para cubrirse el cuello.

Y entonces el mundo se le cayó a los pies.

No. La felicidad no era para ella.

CAPÍTULO 16

De todas las decisiones, aquella fue la más difícil.

Aceptar que tenía que dejar ir su sueño y que la libertad no estaba hecha para ella, fue un duro golpe difícil de encajar.

Pero así era. Los hombres del Patrón los habían encontrado. Llevaban a dos sabuesos rastreadores con ellos. Seguramente habían encontrado a Dark Chocolate cerca, porque al hermoso caballo le habría costado alejarse. Con los rastreadores y una prenda de su ropa, no les fue difícil encontrarla.

Se quería morir.

Lo que no podía permitir era que cazaran a Koda.

Hizo lo que tenía que hacer, lo que era su deber. Ella estaba marcada, pero su suerte no tenía por qué ser la de los demás que la habían intentado ayudar.

Con lágrimas en los ojos, Sky se preparó para salvar a Koda.

No dejaría que le hiciesen daño.

Entró en la cabaña y sorbió por la nariz.

—Hace un frío de muerte —dijo tiritando.

Koda se la quedó mirando. Percibía algo extraño en ella.

Ella sabía que él se daría cuenta de su estado de ánimo. Contaba con eso. También era muy observador.

—¿Estás llorando? —parecía angustiado.

Sky rio y lloró a la vez. Se agachó y se abrazó con fuerza a ese hombre fuerte y valiente que quería protegerla pero que no podía lograrlo. Porque nadie podía. Quería olerlo otra vez, tocarlo y sentirlo cerca.

Koda se quedó impactado y recibió el abrazo con gusto. Se estaba metiendo en un lío gordo.

—Gracias —susurró ella.

—¿Por qué, hechicera? —le preguntó dulcemente jugando con los rizos rojos entre sus dedos.

—Por todo.

Él dejó ir el aire con fuerza y miró al techo. Sintió un pinchazo en el cuello. Otro más. Los malditos mosquitos les acribillaban ahí adentro.

—No tienes que darme las gracias, Sky.

—Estaré en deuda contigo siempre —lo besó en los labios, un roce intenso pero corto y se retiró.

Él arrugó el ceño y le quitó hierro al asunto.

—Basta. Anda, ayúdame a levantarme que tengo los riñones...

Koda intentó incorporarse, pero se dio cuenta de que las extremidades no le respondían.

—¿Qué mierda me pasa?

Se preguntó.

—Nada —contestó ella con las lágrimas por las mejillas. De repente le mostró la jeringuilla que acababa de manipular.

Koda no podía creérselo. Era una de las jeringas de anestesia local para caballos. La muy perra la había sustraído del botiquín del veterinario. ¿Lo había tramado todo desde un principio? ¿Y Sky le acababa de pinchar con eso? ¿Por qué?

—Sky... —se llevó la mano al pinchazo del cuello—. ¿Qué estás haciendo? ¿Cuánta cantidad había ahí?

—Una dosis pequeña.

—¿Por qué haces esto?

—Porque es lo que tengo que hacer —tiró la jeringa al suelo—. El Patrón me ha encontrado.

—¿Qué? No —Koda alargó la mano para alcanzar su pistola, pero esta estaba completamente dormida. No tardaría nada en perder la conciencia—. No, Sky, no... dame la pistola.

Ella miró el arma y negó con la cabeza.

—Vienen dos hombres con dos dobermans a por mí. Uno de los perros lleva colgado al cuello un trozo de mi pañuelo. Del que me he dejado en tu coche. Y el otro lleva otro.

Koda, a pesar del chute, llegó a la misma conclusión que ella. Habían encontrado a Dark Chocolate cerca de su perímetro y se habían puesto a rastrearlos con los perros.

—Voy a intentar que no vengán hasta aquí —informó nerviosa— y haré que

me encuentren antes. Intentaré ganar tiempo para alejarlos de ti.

Él quería zarandearla y gritarle por lo que había hecho.

—No lo hagas... no te vayas con ellos. Yo te iba a ayudar...

—No. No puedes —le replicó abatida—. No podéis. Koda... lo siento —se agachó le dio el último beso con sabor a despedida y lágrimas y se dispuso a abandonar la cabaña.

Koda sentía que se le iban las fuerzas pero encontró el poder para decirle:

—No te lo voy a perdonar nunca —dijo entre dientes. Al menos no sentía que le entraba sueño, pero no podía mover ni brazos ni piernas—. Si te largas y me dejas así, no te lo perdonaré, ¿me oyes? Reza por que te encuentre tu Patrón antes que yo —le repitió amenazándola.

Ella tragó el nudo de la garganta y se encogió de hombros. No le importaba. Para entonces, todo habría acabado. Y el patrón ya no se acordaría de ellos.

Con la decisión en firme, creyendo que hacía lo mejor para todos, Sky salió de la cabaña decidida a ponerse en la trayectoria de los dobermans y detener su avance.

Cuando Koda vio cerrarse la puerta de la cabaña, la impotencia y el miedo lo abrazaron por completo. Jamás se había sentido tan débil ni tan expuesto.

Sky le había hecho lo que nadie: arrebatárle la seguridad y la certeza de que él podía con todo.

No. Con todo no.

Con ella no había podido.

Sky no había creído en él y acababa de humillarlo dejándolo inmóvil en una cabaña perdida en el monte, cuando ella iba a correr peligro y a entregarse de nuevo a su viejo Captor.

Manipuladora. Embustera.

Koda rezaba por que, al menos, la ira que lo consumía rebajara el efecto de la anestesia y lo agitase.

Había jugado con el hombre, con el Delta, con el chamán y el dominante. Y se había reído de él.

Y se juró que si sus hermanos lograban llegar a tiempo y recuperaban a Sky, él se lo iba a hacer pagar.

Había dejado atrás su afán de venganza por ella.

Y por ella la volvería a retomar.

Lo principal era encontrarla de nuevo.

CONTINÚA EN AYM XIV...

DICCIONARIO Bedesemero

Dice la WIKIPEDIA:

24/7: la relación que se establece de forma permanente -y en ciertos casos con pretensión de irrevocabilidad-, 24 horas al día, siete días a la semana.

adult baby: (ingl.) juego de rol en el que una de las partes adopta el papel de un bebé, que debe ser mimado, vestido, limpiado, educado....

age play: (ingl.) termino genérico para todos los juegos de rol en los que se establece la fantasía de que una de las partes es de edad infantil o adolescente.

algolagia: (lat.) También se usa el término algolagnia. Es una de las definiciones paramédicas del erotismo relacionador con el dolor, y puede ser pasiva o activa, según dicho erotismo lo despierte la recepción del dolor o el ejércelo sobre otros-as.

Amo/a: Es una más de las acepciones con que se designa al dominante en una relación D/s - en las relaciones S/M no es tan usual, aunque también se utiliza. En los juegos de rol, especialmente en la escena angloamericana, se habla de top. Otras referencias son Maestro, Dueño, Señor o Master.

Animal Training : (ingl.) entrenamiento de mascotas humanas, en las que la parte pasiva juega el papel de mascota (perro-a, pony, etc.).

Anillo de O: Una referencia al clásico contemporáneo de la literatura de BDSM, "Historia de O" , de Pauline Réage (publicado en 1954). Se trata del anillo que mostraban en la película (realizada en 1974) las sumisas que eran llevadas al Club por sus Dueños para su adiestramiento y/o iniciación, como muestra de su estado de sumisión a los varones "socios" del Club. Es un anillo de plata, con un pequeño aro en su frontal. Recientemente ha comenzado a llevarse también por parte del Dueño de una sumisa, pero este lo llevará en la izquierda, mientras que aquella lo hace en la derecha. En realidad, el anillo referenciado en la película no era el que figura en la novela original de Pauline Réage, basado en los símbolos celtas y que carecía de aro frontal.

animal play: (ingl.) ver mascota, juegos de

arnés de poni: complementos de cuero, metal o combinados, que se colocan a la sumisa para escenificar su rol como pony. Pueden ser de cuerpo, de cabeza, de cintura, etc.

arnés, *bondage* de: un tipo de bondage , que se acopla a todo el cuerpo de la sumisa, incluyendo senos, vientre, brazos y piernas. En el bondage japonés tipo (shibari), recibe el nombre de Karada.

arnés, de cuerpo o corporal: un tipo de prenda , muy usada y apreciada en escenarios S/M y D/s, consistente en tiras de cuero y/o metal que enlazan el torso, con ciertas reminiscencias de la imagen que se tiene de los gladiadores romanos y de un atuendo "esclavista". Se basa en enlazados de cuero y cadenas finas de metal, que dejan libre los senos. Los varones sumisos también los suelen usar, con algunas variantes. En su versión "gladiador romano", es muy celebrado en la escena S/M homosexual masculina.

Auto-bondage: Atamientos con cuerda (bondage) o con plásticos anchos (momificación) o cintas de caucho (cinching) por parte de una persona sobre su propio cuerpo. Puede tener variadas motivaciones: como practica sensorialmente placentera en sí misma, similar a quien se da un masaje en los pies, por ejemplo. En esta forma, está sumamente difundida en Estados Unidos. También como recurso en casos de relaciones a distancia, siguiendo las instrucciones

del dominante -por teléfono, por irc, por mensajería electrónica, por notas , etc. Igualmente, como recurso en periodos de ausencia de relaciones estables, o como autoaprendizaje del propio cuerpo y sus reacciones, por parte de una sumisa que desea progresar en la entrega y la comprensión de dicha entrega. Finalmente, como actividad erótica, enlazada o no, previa o no a otras actividades autoeróticas. Debido a sus especiales características, debe practicarse con suma prevención, siendo siempre una práctica de riesgo.

auto-axfisia: práctica erótica de alto riesgo, consistente en dificultarse a sí mismo-a por propia voluntad la respiración hasta alcanzar el éxtasis sexual. Registra un elevadísimo número de muertes accidentales y es desaconsejada por casi todas las organizaciones y personalidades del BDSM.

azotes: golpear con la mano y por extensión con algún instrumento específico -fusta, gato de colas, látigo, paleta, etc.-o bien de uso cotidiano, - zapatillas, paleta de tenis de mesa, regla, vara, etc.- una parte del cuerpo de la persona sumisa, como castigo por una acción impropia, como parte de la relación de ambos, o como juego de preparación sexual. Los puristas interpretan que el spanking, solo es aquél que se propina con la mano sobre las nalgas desnudas de la persona sumisa, recibiendo las demás variantes otros nombres (canning, a los azotes con canne, o vara vegetal, flogging, para los azotes con flogger o gato de colas suaves, etc.). El azote se usa indistintamente en la D/s y en la S/M, aunque con diferentes motivaciones y rituales. Puede llegar a alcanzar una carga erótica singularmente alta, y no es infrecuente que el dominante deba regular el ritmo y la intensidad de los mismos, para evitar un orgasmo inesperado por parte de la persona sumisa.

bastinado:(lat.) Castigo con un bastón rígido, preferentemente en las plantas de los pies.

bastoneado, bastonear: acción de administrar un castigo de bastinado.

BB: (ingl.) abreviatura inglesa para los bondages o atamientos de pechos.

B&D: (abrv.) abreviatura para Bondage y Disciplina, una fórmula que se usó para diferenciarse del S/M, y que paradójicamente formó luego la base del concepto genérico BDSM.

BDSM: (abrv.) acrónimo para la comunidad que practica una sexualidad no convencional y para los estilos de vida con intercambio de poder (EPE), entre otros. Su significado viene a ser Bondage y Disciplina, Dominación y Sumisión, Sadismo y Masoquismo.

bizarr: (ingl.) bizarro, relativo al sexo extremo o actividades extremas de BDSM, por extensión y en ciertas partes del mundo anglosajón, todo lo relativo a la sexualidad no convencional, incluyendo el BDSM.

bondage: (ingl.) juegos de ataduras o inmovilizaciones, que pueden hacerse con cuerdas, cintas de cuero, seda, pañuelos, cadenas, etc., con un propósito estético, o para inmovilizar a la sumisa durante una sesión o durante su uso sexual.

bottom: (ingl.) Pasivo, sumiso, sumisa.

branding: (ingl.) marcas y señales practicadas por medio del fuego, utensilios calentados al rojo, etc.

breath control: (ingl.) control de respiración.

caída post-sesión: un estado similar a la depresión, que puede sobrevenir a la persona sumisa tras una sesión, especialmente si en esta se han alcanzado niveles notables de sensaciones. Es recomendable reposo temporal, tranquilidad y quietud. Suele desaparecer en poco tiempo y por sí solo.

cane: (ingl.) término usado para designar varas de bambú o fresno, con las que antiguamente se practicaban los castigos en las escuelas victorianas.

caning: (ingl.) Azotes practicados con una caña de alma de bambú, fresno flexible o similar.

castigo: En la escena D/s, esta palabra tiene múltiples significados, no siempre coincidentes. En general, es una de esas palabras que en cada relación tiene un significado distinto y muchas veces opuesto. Puede referirse a la acción de un dominante sobre la persona sometida, para penar una falta de aquella o simplemente por placer de este, o incluso provocada por la sumisa, en la busca de su propio placer. También es simplemente una clave verbal mutua, para denominar el punto de arranque de una actividad sexual, integrada en la relación de dominación-sumisión que ambos mantienen.

cepo: elemento de madera o hierro, imitando los antiguos instrumentos punitivos de la Edad Media, usado en juegos de restricción de movimientos en el BDSM.

cinching:(ingl.) rodear el cuerpo sometido con cinta de látex, rubber, cinta americana, etc. Ver momificación.

cinta americana: un tipo de cinta ancha adhesiva de seguridad, muy valorada en escenarios BDSM por su textura y su practicidad para fijar muñecas o tobillos, o para realizar envolvimientos parciales o totales.

codeword:(ingl.) ver palabra de seguridad

código: Conjunto de reglas impuestas en una escena de BDSM respecto al vestuario y el comportamiento.

código de vestuario: el que suele anunciarse como necesario o recomendable a la hora de asistir a una fiesta BDSM privada o pública. Suele contener el negro como color esencial, y elementos fetichistas femeninos (corsé, zapatos de tacón), así como una estética identificadora en los materiales (cuero, látex, vinilo, rubber, etc.) y en los accesorios (collares de sumisión, elementos simbólicos, etc.).

collar: de cuero o metal, simbolizan la entrega. Puede ser tremendamente sofisticado, estilizado o basto y de "castigo", destinado a su uso en sesiones íntimas o para llevar en público. Suele incluir uno o más ganchos para completarlos con un tirante-guía, que el dominante maneja o usa para inmovilizar a la sumisa o sumiso.

Collar de perlas es un término coloquial, de la jerga sexual, se refiere a un acto sexual en el cual el hombre eyacula en o cerca del cuello, el tórax o pecho de otra persona.

CNC:(abrv.) del inglés "consensual non-consent". Ver metaconsenso

consenso, consensuado-a: toda actividad enmarcada en el BDSM, deber ser, por definición, previamente pactada ente los participantes, es decir, debe estar consensuada.

consensual non-consent:(ingl.) ver metaconsenso

control de respiración: práctica considerada como extrema y de alto riesgo, consistente en controlar la respiración de la persona sometida mediante diferentes sistemas. Sin entrar a valorar la intensidad del placer sexual que pueda causar, es altamente desaconsejable. Es la práctica que fue la materia base para la película El Imperio de Los Sentidos, sobre un caso real que causó el fallecimiento del amante.

contrato de sumisión: una práctica conocida en algunos sectores minoritarios del BDSM, en los que el contenido, alcance, límites, pactos e incluso duración de la relación, se fija por escrito en un Contrato. Este tiene un carácter meramente simbólico, pues carece de efectividad legal alguna.

Cruz de San Andrés: Una cruz de madera, en forma de aspa, a cuyos brazos se atan tobillos, muñecas y otras partes del cuerpo de la persona sometida. El objetivo es dejarla expuesta e

indefensa, para subrayar la entrega. Se combina con otras actividades: bondage, pinzas, azotes, etc.

Cruz (Rueda) de Wartemberg: Antiguamente usada en las mazmorras de la Edad Media, en forma de rueda de madera sobre un eje móvil, se usa en el BDSM en los juegos de dominación y/o sadomasoquismo, generalmente colocada en posición vertical. A la parte pasiva en el juego se la sujeta a la rueda por los tobillos, muñecas, antebrazos, piernas y cintura, y se gira la rueda hasta invertir la postura, a fin de magnificar la sensación de “indefensión”.

clinical, clínico: (ingl.) ver escenarios médicos.

devot: (lat.) sumisa, sumiso, denominación habitual en las áreas de lengua alemana.

disciplina: Imposición de normas de comportamiento. Son elementos muy comunes en los juegos de EPE(intercambio erótico de poder) o de dominación-sumisión. Al ser infringidas imponen la necesidad de castigar a la persona sumisa.

disciplina inglesa: se suele dar esa denominación a la flagelación erótica, asumiendo de una parte el uso que durante la época victoriana se hacía de los azotes en las escuelas inglesas, y de otro su empleo actual como medio “disciplinario” en los juegos de “educación”.

doma: educación en el arte de la sumisión, ejercida sobre un sumiso/a por parte de su Ama/o.

dom: (abrv.) de Dominante

domina: se refiere a la mujer que ejerce un rol activo o dominante en una relación BDSM.

dominatrix: vocablo que suele designar a la profesional de la denominada dominación femenina, variante de la prostitución especializada. No se suele usar como sinónimo de ama no-profesional. Ver domina.

dominante: persona que ejerce de manera natural o por juego una relación de poder sobre otra u otras, que incluye –pero no necesariamente– el área sexual .

dominación: relación de tipo especial, por la que una persona “toma las decisiones” por otra, en todo, o en aquello que ambos han “pactado” (EPE). Puede ser etc.de muchos tipos: reservada exclusivamente al campo sexual, global, con o sin exclusiones, temporal (solo durante los encuentros de ambas personas), permanente (denominada 24x7), exclusiva y excluyente o de carácter polígamo, heterosexual u homosexual, ejercida en directo o a través de la distancia.

dominación a distancia: la que se ejerce en ausencia de la presencia física del dominante, usando algún sistema de comunicación a distancia, como teléfono, Internet, correo,, etc.

dominación femenina: juegos en donde la parte femenina toma el rol dominante, y la masculina el sumiso.

D&S (DS, D/s): (abrv.) siglas representativas de las relaciones de Dominación-sumisión.

Edgeplay: (ingl.) juego al borde de lo permisible, prácticas extremas donde, sin abandonar la norma esencial del consentimiento previo, se asumen situaciones de riesgo.

entrega: la cesión de poder (de decisión) que hace la parte sumisa ante su dominante, así como la sensación que experimenta y transmite aquélla.

EPE: (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange

EPEIC (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange Information Center

entrenamiento: la acción por la cual un dominante (Mentor, Master, Tutor, etc.) condiciona de forma activa la respuesta de la sumisa ante determinados estímulos. El objeto del “entrenamiento” es doble, por una parte se justifica en sí mismo como juego pactado por

ambos, por otra parte se desea “modelar”, igualmente de forma consensuada, el comportamiento sumiso.

Erotic Power Exchange: (ingl.) Intercambio Erótico de Poder, relaciones en las que la persona sumisa cede parte o la totalidad de su capacidad de decisión, de forma pactada, al dominante. En castellano se emplea mucho más la denominación “relaciones de dominación-sumisión” o abreviadamente, D/s.

escena: se puede referir tanto a la realidad de la comunidad BDSM en un país o ciudad concreta, como a la parte formal, escénica, de una sesión con prácticas BDSM.

escenarios médicos: juegos en un escenario “clínico”, donde el dominante suele ejercer de “doctor/a” o “enfermero/a”, y la/el sumisa/o de “paciente”. Se complementa con objetos y muebles especiales, como sillas ginecológicas, camillas, instrumental de observación, y utensilios médicos o paramédicos, destinados a recrear una fantasía de escenografía clínica. Puede incluir enemas, agujas, masajes, inspección vaginal o anal, etc.

esclava, esclavo: en la comunidad BDSM es una de las denominaciones consensuadas para quien toma el rol pasivo o sumiso.

esclava goreana: se entiende por ese nombre la parte pasiva en un juego de rol de carácter sexual, inspirado en las novelas de la saga de Gor, escritas por John Norman

espacio sumiso: se refiere a una situación de éxtasis, una especie de transposición corporal que a veces sobreviene a una sumisa durante una sesión de BDSM, cuando esta alcanza una notable intensidad sensorial.

estudio: denominación usual para las salas privadas, decoradas apropiadamente, donde se ejerce la prostitución especializada en escenarios BDSM. En el ambiente no profesional se suele emplear en su lugar “mazmorra” o “sala de juego”.

femdom: (ingl.) Término inglés por el cual es conocida la dominación femenina.

feminización: acto consistente en la transformación de un varón sumiso en “mujer”, bien con ropajes, ademanes o actuaciones apropiadas. Suele ser realizada por “mandato” de una mujer, que toma en este caso el rol dominante.

flagelación: consiste en azotar, como parte de un rol sexual, por medio de látigos o similar.

flog, flogging: (ingl.) en inglés, azotar con un gato de colas como juego sexual.

flogger: (ingl.) en inglés, gato para azotes.

fusta: Vara flexible o látigo largo y delgado que por el extremo superior tiene una trencilla de correa que se usa en equitación. La fusta de montar normal es una vara forrada en cuero con una pequeña lonja de cuero doblada al medio como azotera. Se hacen también forradas en nylon con un cordel de unos 3 cm. como azotera y suele medir alrededor de 70 centímetros. Las de salto y adiestramiento algo más de un metro. Su empleo está muy difundido tanto en el SM como en la DS, tanto como instrumento de azote erótico como usado (por el Dominante) por su valor simbólico.

gato: por extensión, cualquier tipo de látigo formado por varias tiras

gato de nueve colas: gato de tiras, látigo de entre 40 centímetros y metro y medio, con varias colas o tiras (el típico en los antiguos castigos de la marina británica, tenía nueve), al contrario que el látigo clásico, de una sola tira. Su uso es muy frecuente en la llamada flagelación erótica dentro del BDSM.

hogtied: (ingl.) una figura de atamieto o inmovilización muy practicada en juegos de BDSM, consistente en unir, enlazados entre sí por cuerdas o similar, muñecas y tobillos de la persona

pasiva, como paso previo a otros juegos sexuales o como actividad propia.

Historia de O: novela de la escritora francesa Pauline Réage (seudónimo de [[Dominique Aury) publicada en 1954. Es considerada una de las obras cumbres de la literatura BDSM contemporánea.

infantilismo: Fetichismo consistente en vestirse de bebé y usar ropas, objetos y ademanes de niños muy pequeños.

iniciación: Se trata de un espacio muy ritualizado, por el que se “consagra” la entrega de la persona sometida y la aceptación de esta por parte del dominante. Los rituales dependen de cada dominante, pero suelen comprender una especie de introducción formal en cada uno de los aspectos de la sumisión -siempre a juicio de aquél. La sumisa, bañada en aceites y rodeada de una liturgia muy especial, se desliza por una serie de cuadros oníricos y de fuerte contenido sexual.

Intercambio de Poder: ver EPE

juego: denominación usual para las actividades consensuadas dentro del BDSM.

kajira: es el nombre empleado en la saga de ficción de Gor para designar a una esclava. Se usa para identificar a la sumisa que sigue, en su relación, los rituales y prácticas descritas en dichos libros. Ver Gor .

kinky: (ingl.) palabra usada para designar cualquier tipo de actividad sexual no convencional, o para calificar una mentalidad abierta a la exploración y la experimentación de nuevas actividades.

lady: se usa, entre otras, en el BDSM para designar a una mujer dominante.

látigo: instrumento de juego sexual usado en el sadomasoquismo, pero también en otras subculturas del BDSM, como la disciplina inglesa y las relaciones D/s.

Leather Pride: (ingl.) La bandera del Orgullo del Cuero fue diseñada por el activista americano Tony DeBlase en mayo de 1988 y se ha extendido como símbolo de identidad para toda la cultura BDSM.

lord: (ingl.) Una de las denominaciones empleadas para designar a un varón dominante, poco usual en la escena española.

límites: Pacto establecido previo a la sesión, si es puntual, o a la relación, si es global, respecto a lo que las personas que lo establecen NO quieren hacer. Los límites varían entre unas y otras personas y en cada situación.

maestro: Aquel que controla un juego sexual de dominación y sumisión, que dirige un bondage o que es un afamado experto en alguna técnica BDSM. También se emplea como sinónimo de tutor, o empleado como muestra de respeto hacía un reconocido y afamado dominante.

Manifiesto Sadomasquista:

marca: la inscripción de figuras o letras en el cuerpo, que si es permanente suele realizarse mediante hierros al rojo. Las zonas preferidas son: nalgas, vientre y sexo. Si es temporal, se hace con otros instrumentos, como útiles de azote o paletas con protuberancias agudas.

mascota: término empleado en los juegos de rol donde la parte pasiva adopta los usos y comportamientos de un “animal” de compañía. El “entrenador” es representado en ese caso por la parte activa.

masoquismo: define el placer sexual relacionado con el dolor recibido. El término fue descrito por el médico alemán Kraft Ebbing, tomándolo del austríaco Leopold von Sacher-Masoch, que escribió varias obras (“La venus de las pieles” entre otras) describiendo los goces sexuales del

dolor.

maso: forma coloquial para masoquista o masoquismo

master: (ingl.) maestro, usual en el escenario BDSM para denominar al dominante varón.

mazmorra: lugar habilitado para actividades dentro del BDSM o específicamente sadomasoquistas, dotados de muebles y accesorios que imitan a los que se encontraban en las antiguas mazmorras, pero diseñados para realizar juegos de rol sexual.

metaconsenso: forma específica del consenso usual en el BDSM, en la cual la parte sometida pide que se ael dominante quien juzgue la conveniencia o no de interrumpir la sesión, cuando esto sea solicitado por la parte sometida. Es un concepto contravertido en ciertas esferas del colectivo BDSM, aunque era de uso frecuente en la época pionera de la Old Guard.

momificación: Envolvimiento completo del cuerpo sometido, usando cinta americana, plástico de envolver o vestidos-monos de látex, cuero o rubber, especialmente diseñados para ello. Suele considerarse como un subgénero del bondage.

mordaza: Cualquier objeto que amortigüe el sonido procedente de la boca. Se usan como función ornativa o como complemento del juego, acentuando la privación sensorial.

mordaza de bola: accesorio consistente en una bola de silicona o similar, insertada en una banda elástica o de cuero. Se usa, introducida en la boca de persona pasiva y atada la banda a su nuca, para simular un proceso de privación sensorial.

Movimiento del Cuero: movimiento comenzado en los 50 con algunos de los soldados que volvían de la II Guerra Mundial, relacionado con la estética homosexual del cuero y las motos, y que dio paso a la época de la Old Guard, mediados de los 70, como precursora del BDSM pansexual.

negociación: proceso de consenso previo a un juego, sesión o relación de tipo BDSM, en el que se establecen los pactos que rigen extremos tales como la intensidad, los riesgos, la palabra de seguridad, los límites, etc.

New Gard: (ingl.) A principios de los 90, comienza lo que hoy conocemos como el periodo de la New Guard (Guardia joven o nueva), que se caracteriza por la decidida apertura hacia el mundo heterosexual y de la homosexualidad femenina, la aceptación del fenómeno switch, la inclusión de elementos de sensibilidad interior (dominación psicológica, relaciones D/S sin inclusión de rasgos sadomasoquistas, etc.), la aceptación de quienes practicaban el “solo juego”, y la participación activa de la mujer heterosexual en el asociacionismo BDSM. [3]

Old Gard: (ingl.)Es la época pionera del BDSM, mediados de los 70, y su libro de cabecera es Leatherman’s Handbook. Durante este periodo, el movimiento conserva su vinculación con el mundo homosexual masculino, sin abrirse a los espacios hetero y rechazando la aceptación del fenómeno switch (es decir, quienes se confesaban cómodos en ambos roles). También rechazaban frontalmente la admisión de quienes considerasen las relaciones B/D y S/M como “solo juego”. Los activistas de esa época era favorables a las relaciones de metaconsenso y muy excépticos respecto al establecimiento de límites.

Other World Kingdom: En 1997 aparece en la localidad de Cerna, a 150 kilómetros de Praga, Checoslovaquia, y es un centro de la denominada dominación femenina por pago, constituido alrededor de antiguas mansiones ducales, en las que “reina” la mujer dominante (profesional) bajo la mirada de la Reina Patricia I, y en la que todos los hombres son “esclavos” que pagan puntualmente sus “impuestos”.

palabra de seguridad: La palabra-código (también así llamada) es usada por la parte sumisa para indicar de forma rápida que el grado, las circunstancias o la actividad que se está

desarrollando, no es de su gusto y que desea parar. La ética del BDSM prefija que en todo momento la parte dominante respetará dicha manifestación e interrumpirá la sesión.

parafilia: término clínico empleado para designar el gusto intenso por una detgerminada práctica, generalmente relacionado con el placer sexual por algunas actividad concreta: fetichismo, bondage, sadomasoquismo, voyeurismo, etc.

pasivo -a: designa la parte sometida o sumisa; se usa especialmente en las relaciones sadomasoquistas y con mucha menor frecuencia en las de tipo D/s.

pet play: (ingl.) juego con mascotas, juego de rol en el que la parte sumisa adopta el papel de una mascota.

poder, intercambio de: vr EPE

pony-play: la persona sometida (ponygirl, ponyboy) adopta un rol de montura equina, que puede contar con elementos enriquecedores de la estética D/s, tales como mascararas-bocado, arneses de cabeza, sillas de montar especiales, látigos de doma de caballos, etc. Pero también puede adoptar una forma lúdica, combinada con azotes, e incluso con el juego sexual.

pinzas: muy usadas en relacione D/s y S/M, se utilizan para presionar diferentes partes del cuerpo. Se usan pinzas corrientes del hogar, de madera o plástico, pinzas metálicas especiales, etc. Suelen utilizarse en pezones, áreas próximas, labios vaginales, incluido el clítoris, escroto, testículos y pene en los varones, brazos, etc.

potro: similar al potro usado en competiciones gimnásticas, con ligeras modificaciones en tamaño y altura, y con el aditamento de elementos de fijación. Se usa para inmovilizar, azotar, y muy frecuentemente para interactuar sexualmente con la persona sumisa. Proviene de la iconografía medieval de las salas de tortura.

potro de Berkley: diseñado en la mitad del siglo XIX por una dama inglesa de ese nombre, dedicada a la flagelación profesional, y destinado a inmovilizar a las personas que deseaban ser flageladas. Cobró rápidamente una gran popularidad entre los partidarios de la llamada disciplina inglesa.

privación sensorial: todo juego o actividad en la que se priva, consensuada y temporalmente, a la parte pasiva de uno o varios sentidos: el habla, la capacidad de movimiento, la vista, etc., por medio de mordazas, cuerdas, pañuelos de seda, etc. Su objetivo en el juego es promover o acentuar la sensación de indefensión, como instrumento de excitación mutua, o como parte de una relación D/s.

Quagmyr: promotor y diseñador del triskel símbolo del BDSM mundial, entre otros.

Racsa: (abrv.) equivalencia hispana del rack, que para una parte de la comunidad BDSM ha venido a sustituir con más precisión el del SCC, como elemento definitorio del BDSM. Viene a significar riesgo asumido y consensuado para sexo alternativo (o no convencional).

rebenque: antiguo instrumento de castigo en las marinas mercantes y de guerra, usado en el BDSM hispano en juegos sadomasoquistas.

Roissy: mansión donde se desarrolla en gran parte la novela considerada como la obra cumbre del BDSM, la Historia de O.

rol, juegos de: todos aquellos en los que la persona dominante y la persona pasiva adoptan un papel consensuado y complementario, que puede tener connotaciones sexuales, pero no necesariamente. Ejemplos de ello son los juegos Amo-sumisa, Señora-esclavo, Maestro-alumna, Enfermera-paciente, etc.

rubber: (ingl.) polímero sintético que comercialmente se presenta con la apariencia de goma

negra y basta, usado entre otros en la confección de artículos y ropa de tendencia fetichista. Especialmente presente en la subcultura homosexual del S/M.

[editar]de la S a la W

Sadismo, sádico-a:

Sadomaso: coloquialmente, sadomasoquista o sadomasoquismo

Sadomasoquismo, Sadomasoquista:

safeword:(ingl.) ver palabra de seguridad

sane, safe and consensual: (ingl.) sensato, seguro y consensuado : lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

S/M : abreviatura de Sadismo/masoquismo o más habitualmente, sadomasoquismo.

sensato, seguro y consensuado: lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

servir de criada: actuar de una forma exagerada y escénica, en una dramatización de la figura de criada, enfatizando las actividades que realizaría: limpiar, servir comida o bebida, etc.

servir de mueble: la persona sumisa se coloca en el rol de mueble, generalmente una mesa, donde se colocan platos, vasos, ceniceros, etc.

servir de WC: la persona sometida se ofrece para que el dominante utilice su cuerpo y/o sus cavidades como receptáculo de su orina y/o heces.

sesión: el espacio de tiempo dedicado a actividades BDSM específicas, que pueden incluir prácticas sexuales. Puede durar algunos minutos, horas o incluso días.

shibari: (jap.) Variedad tradicional del bondage japonés. Ver artículo principal shibari.

sir: (ingl.) un término usado para designar al dominante varón en las relaciones BDSM.

sissificación: palabra que expresa la conversión de un sumiso (excepcionalmente también una sumisa) en una forma extremadamente bucólica de doncella.

someter, sometimiento, sometido-a: todo el complejo entramado de actividades mediante las cuales un dominante establece su dominio sobre la persona sometida: pueden ser de carácter exclusivamente sexual, o abarcar todas y cada una de las facetas de la vida (24/7).

spanking: (ingl.) azotes eróticos propinados generalmente con la mano, o con un objeto. Ver azotes.

SSC: (abrv.) abreviatura de sane, safe and consensual Ver sensato, seguro y consensuado

sub: (ingl.) sumisa, sumiso

subcultura BDSM: la identificación del BDSM como subcultura, al entender que tiene una identidad social propia y unitaria, un lenguaje interno o argot propio, y un desarrollo cultural autónomo.

subspace: (ingl.) se aplica a la situación, que para algunos tiene elementos del trance místico, a la que puede llegar una persona sumisa durante una sesión, al traspasar la barrera de las sensaciones físicas y entrar en el llamado "espacio sumiso".

suspensión: elevación y permanencia, por medio de ataduras y sin tocar el suelo, en alguna de las formas existentes (pendiendo de las muñecas, invertida, de los tobillos, de muñecas y tobillos, de la cintura, en arneses de suspensión, etc.)

sumisa, sumiso: definición adoptada para la parte pasiva en todas las relaciones en las que una de las partes desarrolla la responsabilidad sobre la acción, mientras que la otra -la pasiva-

cede el control de la situación a su compañero/a. Es típica de las relaciones de dominación/sumisión, D/s, aunque no tanto en las relaciones sadomasoquistas (S/M).

sumisión: es el contrapunto a la dominación: la persona que se somete a otra, le entrega determinadas parcelas de su libre decisión, las que ambas partes acuerden.

switch: (ingl.) es quién gusta de ejercer ambos roles (sumiso y dominante), dependiendo de la circunstancia y de la otra persona.

top: (ingl.) término equivalente a activo, dominante.

tortura de pene: manipulación del pene, el glande, el escroto y los testículos, para conseguir sensaciones de dolor más o menos marcado. Se usa la mano, golpes con paletas, fustas o cañas, cera, corrientes, hielo, pinzas, agujas, fijaciones, etc.

Total Power Exchange: (ingl.) Traspaso o Intercambio Total de Control, relaciones tipo D/s, donde no se establecen tiempos pactados de sesión, ni límites fuera de los que la razón impone. La parte dominante asume el control total de la relación, durante todo el tiempo. Otras versión del mismo concepto el de "relaciones 24/7". Sin embargo, puede haber relaciones TPE pactadas para una única sesión, aunque no es lo habitual. Enlaza a su vez con el concepto del metaconsenso, indispensable en relaciones 24/7, TPE o similares.

TPE: (abrv.) ver Total Power Exchange

trampling: consiste en pisar a la persona sometida o aposentarse sobre él-ella, ya sea con el pie desnudo como con calzado.

triskel: en el BDSM se usa el triskel de origen céltico como símbolo de la comunidad. Su diseñador, Quagmyr, se inspiró en la lectura de la novela de Pauline Réage, Historia de O.

tutor: un tipo específico de master o dominante, que se hace cargo del "entrenamiento" o preparación de una persona sumisa, pero con vistas a que está en algún momento posterior "recupere" su libertad y busque una relación autónoma con una persona dominante. También se puede dar el caso de que la persona sumisa ya tenga establecida tal relación, y con consentimiento y conocimiento de todas las partes, se inicie un proceso de "tutelaje" con un tercero, en este caso el Tutor.

vicio inglés, el: se refiere a la flagelación. En el siglo XVIII los franceses denominaban de esa forma a los que gustaban del azote erótico en cualesquiera de sus modalidades, por creer que provenía directamente del uso de los azotes disciplinarios sobre las desnudas nalgas de alumnas y alumnos de las escuelas victorianas. También es el título de un conocido libro científico sobre la historia de la flagelación, escrito por el hispanista inglés Ian Gibson. (Gibson, Ian, El vicio inglés. Barcelona: Planeta, 1980 / The English Vice. London: Duckworth, 1978.)

[editar]Apéndice de acrónimos en inglés

Estos son algunos acrónimos ingleses usados en la escena BDSM y en los debates de foros de Internet dedicados a esa temática.

BBW Big Beautiful Woman, la mujer gruesa como fetiche

BDSM Bondage, Disciplina, D/s, Sadismo y Masoquismo. El cajón de sastre.

BDSMLMNO P BDSM "y cualquier cosa que deseemos hacer" (prácticas extremas)

CB o C+B Tortura de pene y testículos

CBT igual que anterior

CIS Sumisión Completa e Irrevocable

CNC Consensuado “No-consenso”
CP Corporal Punishment, castigo corporal
D/s Dominación y Sumisión
EPE Erotic Power Exchange, la base ideológica de la D/s
GS Golden Shower, lluvia dorada
IMAO In My Arrogant Opinion, en Mi opinión dominante (arrogante)
IMHO In My Humble Opinion, en mi humilde opinión
LDR Long Distance Relationship, relación a distancia
MPD Multiple Personality Disorder, múltiples desórdenes de personalidad
MUDs Multi User Dungeon, calabozos para juego de rol múltiple on-line
Munch Social gathering of local BDSM-people, reuniones sociales de grupos BDSM
NC No-Consensual
NL New Leather, los integrantes de la “modernidad” en el BDSM
NLA National Leather Association, grupo de ayuda americano a la comunidad S/M
ObBDSM Obligatory BDSM: Obligadamente BDSM, referido a la necesidad de poner algo sobre la temática, en un mail a un grupo de noticias BDSM
OG Old Guard Leather , la “vieja guardia” en el BDSM
PEP People Exchanging Power , grupo de ayuda a la comunidad BDSM
PITA castigar, golpear las nalgas (punishment in the ass)
S slave (sub), esclava/o, sumisa/o
SAM Smart-Ass Masochist, que le gusta ser azotada/o en las nalgas
Sex Magick una palabra inventada, compuesta de Sex (sexo), Magic (magia) y kik, golpe, patada, empujón.
S/M or S&M Sadismo y masoquismo, sadomasoquismo
SO Significant Other, el importante Otro, generalmente referido a la otra parte de una relación
D/s
SSC Safe, Sane, Consensual: seguro, razonable (o sensato) y consensuado
S.S.S. Soc.Sexuality. Spanking, sociedad para la difusión de la sexualidad de los azotes
SUB /SUBMISSIVE sumiso/a, sometido/a
TPE Total Power Exchange, Intercambio o Cesión Total de Poder.
WS Water Sports ,juegos acuáticos, lluvia dorada
YKINMK Your Kink Is Not My Kink : tu afición (gusto sexual) no es el mío
YKINOK Your Kink Is Not Okay, tu afición (gusto sexual) no está bien
YKIOK, IJNMK Your Kink is OK, It’s Just Not My Kink, tu afición (gusto sexual) está bien, pero no es la mia.
YMMV Your Mileage May Vary, nuestras experiencias pueden ser distintas. Una manera ritualizada de expresar tolerancia con otras prácticas que no se comparten.

BIBLIOGRAFÍA:

* Bartomeu Domènech y Sibila Martí, “Diccionario multilingüe de BDSM”, Ed. Bellaterra, 2004. ISBN 84-7290-248-X.

* Wetzstein, Thomas A. / Steinmetz, Linda / Reis, Christa / Eckert, Roland: "Sadomasochismus - Szenen und Rituale", alemán, 1993. ISBN 3-499-19632-8

* Hoffmann, Arne: "SM-Lexikon", editorial Schwarzkopf & Schwarzkopf, alemán, 2003. ISBN 3-89602-533-3

* Sanchidrián, Isacio ("IKARA"): "Glosario básico del BDSM", Cuadernos Extremos, 2001

NOTA: Este diccionario está íntegramente extraído de la WIKIPEDIA, un texto disponible bajo la Licencia Creative Commons Atribución Compartir Igual 3.0. La autora de esta obra no se proclama dueña de ninguno de los derechos de este diccionario.